

**Manuel José Othón
y su ambiente**

Rafael Montejano y Aguiñaga

Manuel José Othón y su ambiente

RAFAEL MONTEJANO Y AGUIÑAGA

PRÓLOGO DE
MARCO ANTONIO CAMPOS

PRIMERA REIMPRESIÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SAN LUIS POTOSÍ

SAN LUIS POTOSÍ, S.L.P., MÉXICO, 2001

Primera edición: 1984
Segunda edición aumentada: 1997

© Universidad Autónoma de San Luis Potosí
Alvaro Obregón No. 64
Centro
78000, San Luis Potosí, S.L.P.

© Centro de Investigaciones Históricas de
San Luis Potosí, A.C.
Arista 420
Centro
78000, San Luis Potosí, S.L.P.

Primera reimpresión: 2001

© Derechos reservados *by*
Universidad Autónoma de San Luis Potosí

Impreso y hecho en México

Editorial Universitaria Potosina

ISBN 968-7674-07-5 Segunda edición

0506-96043-A 0109 Segunda edición

0696-00105-A 0211 Primera reimpresión

UNA BIOGRAFÍA DE OTHÓN

Marco Antonio Campos

El género biográfico no ha tenido gran fortuna entre nosotros, o dicho con una frase lapidaria de Ernesto de la Torre en su prólogo a Las estatuas de la Reforma de Francisco Sosa: "La biografía en México se ha cultivado con más abundancia que esmero". Desde Mora, Zavala, Alamán y Bustamante, sobran retratos, semblanzas, esbozos, panegiricos y listas de servicios, pero solo hay escasamente la verdadera biografía, que sea a la vez rigurosa, que retrate con fidelidad a los personajes y su tiempo y tenga vivacidad estilística. No ha habido el André Maurois o el Emil Ludwing. Una excepción de relieve es esta biografía, Manuel José Othón y su ambiente, escrita por el presbítero Rafael Montejano y Aguiñaga y hecha con inteligencia, conocimiento y pasión. Las diferencias que puedan tenerse con él son de interpretación de hechos y personas, no de rigor documental. Montejano no solo parece haber leído todo lo que se ha escrito sobre el gran poeta potosino, sino en el libro se siente la honda simpatía que siente por su personaje, el ansia de comprenderlo y al final, como poniéndole los santos óleos, de despedirse de alguien que se hubiera anhelado como amigo.

Entre los aspectos admirables del volumen quisiera destacar al menos tres: el primero, la ordenación de un modo casi definitivo

de lo que Othón dejó en poesía, narrativa, teatro, crítica teatral y periodismo: una tarea a la cual ha contribuido también otro poeta y presbítero del sitio: Joaquín Antonio Peñalosa. Othón fantaseaba muchos proyectos que nunca llegó a realizar pero que hizo creer a los amigos, y acaso se lo hizo creer él mismo, que los llevaría a cabo. Por varios decenios se creyó que esos textos se hallaban en alguna parte. Montejano deslinda los terrenos del bosque.

*El segundo aspecto es haber puesto los puntos sobre las *ies* respecto a las fantasías e invenciones que se han dicho sobre la figura, la vida y la poesía de Othón, principalmente de parte de un amigo (Alfonso Toro), de un joven conocido (Artemio de Valle Arizpe), y en menor medida, del othonista Jesús Zavala. Quizá porque a veces de contundencia, como cuando niega cualquier viso de realidad al anecdotario de Valle Arizpe, pero en general su escalpelo es implacable cuando se hace la disección de las imposturas. Es necesario y ético —aprobaría Montejano— evitar el triunfo del error.*

El tercer aspecto, quizá el más plausible, es la excepcional reconstrucción y ambientación del San Luis de los años cincuenta, sesenta, setenta, ochenta y noventa del siglo XIX y los primeros años del nuestro. No podía ser de otro modo. Montejano ha consagrado su vida de historiador, escritor y crítico al estudio del solar natal. Ha explorado y explotado numerosos filones: vidas ilustres, investigación de ciudades, historia de los teatros, historia del periodismo, bibliografía de escritores, tesoros ocultos, el arte taurino... Se podrá estar de acuerdo o no con él, pero a quien quiera ahondar en la historia de San Luis le será imposible soslayar su obra. En este libro Montejano recobra el mundo político, social, educativo, cultural y artístico y lo relaciona vividamente con la vida del poeta. Escrito con una prosa vehemente que atrae como un imán, pese a su vasta documentación, el libro se lee como una novela y nos hace sentir el ambiente y creemos andar por las calles, plazas, casas y teatros del San Luis que conoció Othón. En ese sentido, el título de la biografía no puede ser más puntual.

Esas décadas de que hablamos son el tiempo del nacimiento de Othón, de sus estudios primarios, del ingreso al Seminario Conciliar Guadalupano Josefino, de la iniciación en la poesía y en el teatro, del noviazgo con Josefa, de la bohemia citadina, de los años fósiles de la carrera de Derecho, de los éxitos y fracasos teatrales, de las primeras peregrinaciones del "matrimonio nómada" que los llevaría a veces a villorrios mezquinos y pueblos que lindaban con el horror. O resumiendo con el biógrafo los años posteriores a la boda que dan una imagen de pesadilla por las mudanzas y el tráfago espantoso:

Recién casados, emprendieron el viaje a Santa María; al poco tiempo volvieron a San Luis; después se fueron a Cerritos; a los dos años, al renunciar el poeta al juzgado, hizo continuos viajes de Cerritos a Guadalcázar, donde también tuvo casa; en 1886, otra vez en San Luis, por unos dos años, para emigrar al cabo a Tula, Tamaulipas; al par de años, vuelta a San Luis; en 1894, a Santa María del Río; en 1897, a Saltillo y luego a Torreón y en seguida a Ciudad Lerdo, Dgo. Con el domicilio aquí, el poeta emprendió continuos viajes a los alrededores, especialmente a la Hacienda de Noé, de los Lavín, donde pasó largas temporadas. En 1904, él volvió a San Luis, pero ella se quedó en Lerdo. Entre 1904 y 1906 hubo también varios viajes a distintas partes. Finalmente en noviembre 6 los separó la muerte.

Tiene toda la razón el biógrafo cuando dice que, más allá de los clérigos del Seminario, con sus clases y consejos, Othón careció de verdaderos maestros. No podían serlo los grises literatos que lo antecedieron (Macías Valadez, Gamarra, Barragán, los Cabrera). No tuvo tampoco un diálogo fructuoso con sus compañeros de generación (Francisco de Asís Castro, Pablo Colunga, Verástegui o Rostro), los cuales ahora son citados o leídos por viajar en el tren de la época en el cual iba él. A Othón lo rodearon la aridez de la tierra de buena parte de su estado nativo y la aridez del ámbito cultural. La primera obra importante hecha por un potosino, dice Montejano, fue el Himno Nacional (1854), de Francisco González Bocanegra, existiendo antes —la excepción es Modesto Santa Cruz, quien escribía en latín, y a quien Othón tra-

dujo— sólo una cuerda mediocre de versificadores.

Pero si la educación del joven estudiante, como prueba el historiador y biógrafo, tuvo serias deficiencias, no fue lo mismo, a nuestro juicio, su formación poética. Montejano escribe que al parecer en los años ochenta “la cultura del ya célebre dramaturgo no era ni muy amplia ni muy sólida”, y unas líneas más adelante añade que en arte Othón fue un autodidacto “y que sus conocimientos se debieron más a su experiencia interna e hipersensibilidad ante cualquier manifestación artística que al estudio formal, y a lo que juntó en la compañía de sus amigos de la juventud, ya que después, en su vida pueblerina, ordinariamente trataría con la aristocracia rural y sólo excepcionalmente con literatos”. En esto nos atrevemos a disentir parcialmente. Si nos atenemos a una cultura general, estaríamos quizá de acuerdo; pero su cultura poética fue creativa y su formación intensa. Othón leyó muy bien al Virgilio de las Églogas, al Dante de La Comedia, al Shakespeare de las tragedias esenciales, asimiló de raíz a varios autores clásicos del siglo de oro, o mejor, de los siglos de oro (San Juan de la Cruz y Santa Teresa, Fray Luis de León y Jorge Manrique, Garcilaso y Lope) y siguió con viva atención a Byron y a Hugo, a los románticos españoles (desde Espronceda hasta Bécquer), a los románticos mexicanos y a varios de sus notables compañeros de generación (Gutiérrez Nájera, Nervo, Díaz Mirón). Othón leyó de buena poesía lo que podía leerse en México en su tiempo, y es visible esto detrás o entre sus versos. Más: en una carta a Delgado decía aun que nadie como él había leído a Cervantes, con cuyo personaje célebre debió identificarse hondamente. ¿Qué otra cosa era la suya, la de ser juez o abogado en pueblos de pena y villorrios de desolación, sino una penitencia absurda o una quijotería?

Hombre profundamente católico y profundamente guadalupano, en su poesía, sin embargo, hizo convivir elementos bíblicos y litúrgicos con citas de dioses y de hechos fabulosos de la mitología grecorromana, si bien, es preciso puntualizarlo, la cultura griega pasó a través del tamiz de sus lecturas latinas. ¿Quién no

recuerda esa impresionante terceta de su Elegía?:

y endulzó el amargor de mi ostracismo
 en miel de los helénicos panales
 y en la sangrienta flor del cristianismo.

Pero el católico Othón no fue, por fortuna, un soldado de Dios. De los Evangelios prefirió el Cristo de las Bienaventuranzas al Cristo que vino a traer a la tierra la espada. Nada más lejano a su alma noble que el fuego infame del inquisidor.

Si Othón hubiera muerto antes de 1891 sería apenas un nombre más en la lista de los poetas de su generación que se ahogaban en la bohemia del San Luis de fin de siglo. Antes del Himno de los bosques no escribió nada que hiciera presagiar al gran poeta que fue. Él lo sabía. No en balde negó casi toda su producción anterior: Ensayos poéticos (1875), que sólo existió como manuscrito hasta 1947; Poesías (1880) y Nuevas poesías (1883). Útil material para el biógrafo, el erudito o el othonista, es un alud de versos de medianía que sepulta la voluntad de todo buen lector. Por demás, como nadie ignora, hasta antes del Himno de los bosques su fama nacional fue como dramaturgo, y se debió ante todo a la pieza Después de la muerte (1883), que se representó con gran éxito en ciudad de México, en diversas ciudades del país y en países centroamericanos. Ahora su teatro es juzgado con severidad y él es visto apenas como un seguidor sin relieve del español José Echegaray. El Othón que permanece y dura es el que escribió un manojito de poemas que suele repetirse en las antologías que se realizan sobre su obra: Voz interna, Nostálgica, Himno de los bosques, Noche rústica de Walpurgis, Salmo del fuego, Pastoral, Canto del regreso, Remember, Elegía y, desde luego, Idilio salvaje.

En el ir y venir por extensas y fragosas soledades, subiendo a menudo, con tristeza y amargura "los peldaños de la escalera ajena", Othón vivió acompañado siempre de la mano de la hermana pobreza. Pudo haber residido en la ciudad de México (lo pensó más de una vez), donde se le quería y admiraba. En este caso particular debemos dar gracias a la desgracia. Por haber vivido en pai-

sajes de desamparo Othón hizo vivir en la poesía, como nadie lo había hecho entre nosotros, bosques, montañas y desiertos hasta hacerlos personajes. Cuando leemos sus poemas sentimos que los elementos de la naturaleza se integran musicalmente a nuestro cuerpo. Para consagrar, los medios literarios de la ciudad de México no perdonan que los poetas venidos del interior de la república no hayan morado al menos un buen tiempo en ella. Para no caer en lo prolijo hagamos una rápida lista sólo del siglo XIX: el yucateco Quintana Roo, el michoacano Tagle, los veracruzanos Carpio y Pesado, el hidalguense Rodríguez Galván, el jalisciense Calderón, el guanajuatense Ramírez, el guerrerense Altamirano, el coahuilense Acuña, el nayarita Nervo, el veracruzano Díaz Mirón... Una vez integrados, sin embargo, y sin recelos ni envidias, los medios de la ciudad los consideran suyos y aun pueden ocupar cargos políticos, financieros o culturales de toda índole; de no hacerlo, de haber residido un tiempo en ella, los medios serán indiferentes o desdeñosos, lo cual es una manera de declarar inexistente a un autor y a su obra. Othón es el único gran poeta moderno nuestro, como dice Montejano, que no abandonó la provincia, es decir, que no habiendo vivido en la ciudad de México un periodo importante, los medios de la ciudad de México lo consagraron y no han dejado de hacerlo.

“Manuel José Othón tenía seis alas blancas como los serafines”, se le oía decir a Díaz Mirón; “no se puede dudar, nos hallábamos frente a un ser extraordinario”, evocaba Luis G. Urbina; “aquel ilustre poeta fue el hombre más modesto de la república”, escribía doliéndose su gran amigo José López Portillo y Rojas. Este Othón, grande como poeta y de un corazón más noble que los árboles, es el que nos recobra y detalla minuciosamente Montejano y Aguiñaga en estas páginas.

Tenemos ante nosotros la gran biografía de Othón escrita por un religioso; falta la gran biografía de Othón escrita por un laico.

PRELIMINAR

Desde la presentación en la Metrópoli —1885— del drama de Manuel José Othón *Después de la muerte*, hasta el presente, mucho se ha escrito sobre la vida y la obra del gran potosino; más sobre ésta que sobre aquélla. Hay estudios, como el de Alfonso Reyes, que a pesar del tiempo, no han perdido su frescura original. Sin embargo, después de medio siglo de la muerte de Othón, si abundan los trabajos parciales —sobre *Poemas rústicos*, sobre el *Idilio salvaje*, etc.—, no existe aún, respecto de la obra del potosino, el estudio completo y exhaustivo; ni sobre su vida, la biografía integral y definitiva. Jesús Zavala escribió una, bastante acabada por lo que a cronología se refiere, y Valle Arizpe, un anecdotario repleto de falsedades, que pasará sin pena ni gloria.* Mas la biografía auténtica, todavía no se hace.

El estudio que ahora presentamos no pretende llenar ese vacío, pero sí quiere ayudar a llenarlo. Para ello contamos, en primer lugar, con el valioso epistolario de Manuel José a su esposa —inédito aún—; con los papeles y manuscritos del poeta, con la historia de San Luis Potosí, lugar donde Othón nació, vivió y murió; y con el conocimiento del ambiente que lo rodeó al iniciarse y descollar en las letras. Escudriñamos fuentes de primera mano, desconocidas, o

* Baltazar Dromundo publicó *Manuel José Othón, su vida y su obra*, México, 1959, 181. [3 p.] "Deja correr la imaginación, pero, en lo fundamental, nada agrega a lo dicho antes de él... Uno más entre los que nada aportan al estudio serio del poeta potosino e incluso lo perjudican". J. Meléndez de Espinosa. Reseña en *Revista de la Facultad de Humanidades*, San Luis Potosí, 1, 3, julio-septiembre 1959, 277-278.

no estudiadas hasta ahora.

No pretendemos analizar ni toda la vida ni toda la obra de Manuel José Othón; atendemos a aquello que a nuestro juicio es lo capital en él. De los hechos, escogimos los que influyeron en su ideología; de las ideas, las que sirvieron para dar forma a su carácter y a su estro; y para el conocimiento del hombre-Othón preferimos dejar que hablaran sus cartas —sinceras, espontáneas, ingenuas—y quienes lo conocieron y trataron. Todo esto lo agrupamos en pocos capítulos que llevan por título algunas frases del poeta mismo, tomadas de sus versos.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

A. Inéditas.

Archivo de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

Othón, Manuel José, *Epistolario*. Recopilación, transcripción, introducción y notas de Rafael Montejano y Aguiñaga.

Manuscritos y Papeles. Biblioteca Pública de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. (MS. 801.1, I-XV).

B. Impresas.*

Agüeros, Victoriano, "Don Manuel José Othón. Prólogo a Poesías". En *Obras completas***, 1013-1023.

Alcorta Guerrero, Ramón, "En torno a las obras de Othón". En *Letras Potosinas*, San Luis Potosí. VI, 71-72, noviembre-diciembre 1948, 16.

Amézaga, Carlos, *Poetas mexicanos*, Buenos Aires, 1896.

Arroyo, César S., "Modernos poetas mejicanos: Manuel José Othón".

En *Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria de Quito*, XXII, (1919) 16-22.

Bustos Cerecedo, Miguel, Prólogo a Manuel José Othón (Poemas y Cuentos), VII-XXVII.

Calvillo, Manuel, Prólogo a Manuel José Othón, *Paisaje*, IX-XXXV.

* Algunos de los trabajos registrados han sido publicados varias veces; citamos la edición que nos ha parecido más fácil de consultar.

** Por *Obras Completas* entendemos la edición preparada por Zavala y publicada en México, 1945, y por *Obras* la edición de la Secretaría de Educación Pública, en dos tomos, México, 1928.

Castañeda Batres, Oscar, "El idioma de Othón". En *Boletín Bibliográfico Mexicano*, XVIII, 215, julio-agosto 1958, 1-3.

"Manuel José Othón y el modernismo". En *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, México, 136, 1 julio 1958, 1,7.

Castro, Francisco de A., "El Himno de los Bosques; recuerdos de Othón". En *Estilo*, San Luis Potosí, 41 (enero-marzo 1957) 39-41.

"Los que se fueron", *Ibid.*, 19-24.

"Manuel José Othón en la intimidad", *Ibid.*, 24-34.

"Manuel José Othón", *Ibid.*, 41-43.

"Los primeros años de Othón", *Ibid.*, 34-39.

"Los últimos versos de Manuel José Othón", *Ibid.*, 43-45.

Colunga, Paulo, "La sombra del hogar" (Crónica). En *Estilo*, 46, abril-junio 1958, 109-112.

Chávez, Ezequiel A., "Manuel José Othón"; estudio inédito. En *Abside*, México, XXII, 3, julio-septiembre 1958, 251-280; 4, octubre-diciembre 1958, 375-408.

Chumacero, Ali, "La poesía de Othón". En *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, México, 29 de septiembre de 1958.

Dávila, Oscar. El diptico "Fronas y glebas", de Manuel José Othón. En *Trivium*, Monterrey, N. L., II, 10, septiembre 1950, 13-15.

Delgado, Juan B., *Post-mortem*. En *Estilo*, 46, abril-junio 1958, 75-78.

La Esmeralda, San Luis Potosí, 1881-1882.

El Estandarte, San Luis Potosí, 1885-1912.

González, Manuel Pedro, "Algunas influencias perceptibles en la obra de Manuel José Othón". En Homenaje de la Universidad de Chile a su ex-Rector don Domingo Amunátegui Solar en el 75 aniversario de su nacimiento, Santiago de Chile, 1935, II, 241-283.

"Estudios sobre literaturas hispanoamericanas, glosas y semblanzas". En *Cuadernos Americanos*, Méjico, 19, 1951, 19-75.

"Motivos de lírica mexicana" (Variaciones en torno a Manuel José Othón), *Atenea*, Santiago de Chile, XVIII, 114, diciembre 1934.

González Guerrero; Francisco, "Las Obras Completas de Manuel José Othón". En *Los Libros de los Otros*, Méjico 1947, 225-238.

González Peña, Carlos, *Historia de la literatura mexicana*, Méjico, 1954.

El hogar del pobre, San Luis Potosí, 1873-?

La ilustración potosina, San Luis Potosí, 1869-1870.

La instrucción primaria, San Luis Potosí, 1877-1881.

Jiménez Rueda, Julio, *Historia de la literatura mexicana*, Méjico, 1934.

Junco, Alfonso, "Mi padre le escribe a Othón". En *Abside*, XXII, 2, abril-junio 1958, 163-180.

"Othón en mi recuerdo", *Ibid*, 157-162.

"Religiosidad de Othón", *Ibid.*, XXII, 3, julio-septiembre 1958, 307-313.

Junco de la Vega, Celedonio, "Manuel José Othón". En *Estilo*, 46, abril-junio 1958, 61-64.

Leal, Luis, "Los cuentos de Manuel José Othón". En *Armas y Letras*, Monterrey, N. L., I, 2, abril-junio 1958, 7-20.

“Los sonetos de Manuel José Othón”. En *La Palabra y el Hombre*, Jalapa, Ver., 6, abril-junio 1958, 183-198.

López Portillo y Rojas, José, “Elogio de Manuel José Othón”. En *Obras I*, XV-XLI.

María y Campos, Armando de, “Manuel José Othón como dramaturgo”. En *Letras Potosinas*, XVI, 127, enero-marzo 1958, 3-11.

Meade, Joaquín, *Hemerografía potosina; historia del periodismo en San Luis Potosí, 1828-1956*, San Luis Potosí, 1956.

“Othón en periódicos potosinos”. En *Abside XXI*, 4, octubre-diciembre 1958, 441-469.

Méndez Plancarte, Alfonso, “Del álbum de Elena Padilla. El poema de Othón y sus variantes”. En *El Universal*, Méjico, 21 de febrero de 1949.

Millán, María del Carmen, “El paisaje sinfónico”; introducción a la poesía de Manuel José Othón. En *Estilo*, 19, julio-septiembre 1951, 142-159.

Montejano y Aguiñaga, Rafael, “Biobibliografía del Dr. Francisco de Asís Castro”. En *Fichas de Bibliografía Potosina*, San Luis Potosí, III, 1, enero-marzo 1956, 3-17.

“Cartas de Altamirano, Segura, Chavero y Peza a Manuel José Othón”. En *Estilo*, 42, abril-junio 1957, 127-131.

Catálogo de los manuscritos de la Biblioteca Pública de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí, San Luis Potosí, 1958.

“De las cartas de Othón a su esposa”. En *Estilo*, 18, abril-junio 1951, 79-95.

“El destino de los manuscritos de Manuel José Othón”. En *Fichas de Bibliografía Potosina*, I, 3, noviembre-diciembre 1949, 3-8.

“Los manuscritos de Othón”. En *Letras Potosinas*, VII, 83-84,

noviembre-diciembre 1949, 29-31.

“Una carta de Pagaza a Othón y otra de Pepita a Zavala”. En *Estilo*, 47-48, julio-diciembre 1958, 145-148.

Montes de Oca y Obregón, Ignacio. “Discurso pronunciado en los Juegos Florales celebrados en San Luis Potosí el 6 de abril de 1913”. En *Obras pastorales y oratorias*, VIII, 257-281.

Muro, Manuel, *Historia de San Luis Potosí*, San Luis Potosí, 1910. 3 vols.

Las ciencias, las letras y las artes potosinas en el siglo XIX; ligeros apuntes, San Luis Potosí, 1908.

Nervo, Amado, “Poemas Rústicos” de Othón. (Nota bibliográfica). En *Revista Moderna*, Méjico, V, 18, 2a. quincena de septiembre de 1902, 284-285.

Noyola Vázquez, Luis, “Los cauces poéticos de Manuel Jose Othón”. En *Boletín Bibliográfico de la Secretaria de Hacienda*, 136, 1 julio 1958, 1,8: 137 (15 julio 1958) 8.

“Hontanar de Othón”. En *Letras Potosinas*, VII, 83-84, noviembre-diciembre 1949, 20-26.

Paisaje y evasión de los “Poemas Rústicos”. *Letras Potosinas*, X, 102-103, marzo-junio 1952, 4-6.

Peñalosa, Joaquín Antonio, “Cervantes en San Luis Potosí”. En *Estilo*, 8, octubre-diciembre 1947, 201-212.

“Cuestiúnculas sobre Manuel José Othón”. En *Letras Potosinas*, XII, 111, enero-marzo 1953, 22.

“El doctor Castro, biógrafo de Othón”. En *Estilo*, 41, enero-marzo 1957, 17-45. (Incluye los artículos othonianos del Dr. Castro).

“La espada y el puñal”. En *Letras Potosinas*, VIII, 73-74, enero-febrero 1948, 3.

“El estilo en Poemas Rústicos”. En *Ábside*, XXII, 3, julio-

septiembre 1958, 325-351.

“El Idilio Salvaje, historia, texto, estilo”. En *Letras Potosinas*, XVI, 128-129, abril-septiembre 1958, 7-12.

“Manuel José Othón, novelista olvidado”. En *Estilo*, 20, octubre-diciembre 1951, 185-194.

“Para las *Obras Completas* de Manuel José Othón”. En *Abside*, XII, 3, julio-septiembre 1948, 257-283.

“Pepita Jiménez viuda de Othón”. En *Estilo*, 36, abril-septiembre 1958, 79-82.

Periódico Oficial del Gobierno del Estado de San Luis Potosí, San Luis Potosí, 1887.

Puga y Acal, Manuel, “Manuel José Othón”. En *Estilo*, 46, abril-junio 1958, 65-69.

Ramirez Arriaga, Manuel, “Las elegías de Manuel José Othón”. En *Letras Potosinas*, VIII, 85-86, enero-febrero 1950, 8-12.

Reyes, Alfonso, “Los Poemas Rústicos de Manuel José Othón”. En *Obras Completas*, 1041-1067.

Río, Rafael del, “Othón en Lerdo”. En *Cauce*, Torreón, Coahuila, 4. marzo-abril 1949, 19-24.

Rivera, José, *Manuel José Othón, clásico y estoico*, Méjico, 1939.

Rodríguez Barragán, Nereo, “Manuel José Othón, su vida a través de documentos oficiales”. En *Letras Potosinas*, XVI, 127, enero-marzo 1958, 13-21.

Ruiz, Rodolfo D., *Del lirico vergel potosino; semblanzas y pergeños*, San Luis Potosí, 1919.

La Sombra de Zaragoza. Periódico oficial del Estado, San Luis Potosí, 1867-1877.

Toro, Alfonso, "En memoria de Manuel José Othón". En *Revista de Revistas*, Méjico, XIII, 655, 26 noviembre 1922, 12-13.

Udick, Bernice, "Bibliografía de Manuel José Othón". En *Revista Iberoamericana*, Méjico, XI, 22, 31 octubre 1946, 351-378.

"Adiciones a la Bibliografía de Manuel José Othón". En *Ábside*, XV, 2, abril-junio 1951, 279-294.

Manuel José Othón, nature poet of Mexico. (Inédita).

"Othon's Himno de los Bosques". En *The Modern Language Forum*, XXXIV, 4, septiembre-diciembre 1949, 109-116.

La Unión Democrática, San Luis Potosí, 1873-1886.

Urbina, Luis G., "Recuerdos de Othón, I. Manuel José Othón en la ciudad de México. II. Anécdotas de intimidad". En *Obras Completas*, 1025-1040.

Valdés, José Santos, "A propósito de Manuel José Othón". En *El Herald*, San Luis Potosí, 26 de junio de 1958.

Valdés, Octaviano, "El Idilio Salvaje". En *Universidad de México*, Méjico, XIII, 4, diciembre 1958, 16-17.

Valle Arizpe, Artemio, *Anecdotario de Manuel José Othón*. Méjico, 1958.

Vázquez, Jorge Adalberto, "La obra lírica de Manuel José Othón". En *El Libro y el Pueblo*. Méjico, IX, 1, 1922, 19-23.

Velázquez, Primo Feliciano, *Historia de San Luis Potosí*, Méjico, 1946-1948, 4 vols.

Vera, Agustín, "La última musa de Othón". En *Bohemia*, San Luis Potosí, III, 36-37, noviembre-diciembre 1945, 4, 14.

Preliminar

Veral, Angel, "Manuel José Othón; recuerdos de su permanencia en Cerritos". En *El Estandarte*, San Luis Potosí, XXII, 4779, 16 de junio de 1906.

La Voz de San Luis. San Luis Potosí, 1882-1884.

Zavala, Jesús, *Manuel José Othón, el hombre y el poeta*, Méjico, 1952.

"Mi respuesta a Joaquín Antonio Peñalosa". En *El Heraldo*, 15, 22 y 29 de junio; 6, 13 y 20 de julio; 3, 10, 17, 24 y 31 de agosto de 1952. (Respuesta a la nota crítica hecha por Joaquín Antonio Peñalosa sobre la obra anterior).

"Sobre las Obras Completas de Othón". En *El Nacional*, Méjico, 28 de noviembre de 1948.

I. LA URENTE LLAMA

El Tratado de Guadalupe, suscrito “en la ciudad de Guadalupe, Hidalgo, el día dos de febrero del año de Nuestro Señor mil ochocientos cuarenta y ocho”, obligó a México a ceder 216,012 leguas cuadradas, es decir, todo Texas y Alta California, a los Estados Unidos de Norteamérica. Con esto, traído muy acá el límite norte de la República, San Luis Potosí vino a quedar estratégicamente enclavado en el centro del país, entre sus nueve naturales vecinos, Zacatecas, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Veracruz, Jalisco, Guanajuato, Querétaro e Hidalgo, a cual más de inquietos y belicosos, y entonces los más importantes en la mitad norte de México.

Esta cualidad geográfica del estado de San Luis Potosí —en el centro del país y cercado por nueve vecinos— lo convirtió o en posta o en paso obligado —ya en la capital, ya en cualquiera de sus distintos municipios— para todo viaje del norte al sur o del oriente al poniente; y por ende, cuanto movimiento de proyección nacional, muy especialmente en los terrenos de la política, se ejecutaba en México repercutía rápida e intensamente en San Luis Potosí.

México, en aquellos tiempos —mitad del siglo XIX— era un hervidero de levantamientos, cuartelazos y contrarrevoluciones. No había año en que no se sucedieran, ya en la capital, ya en los Estados, una o más trifulcas, fracasadas unas, victoriosas otras, pero todas sangrientas.

Esta incontable sucesión de guerras entre hermanos, incluyendo las guerras con España, con Francia y con los Estados Unidos de Norteamérica, y una que otra epidemia en los intermedios, empezó

con el cuartelazo que derrocó a Iturbide; pero cobró fuerza en la tercera década del siglo, y desde entonces las revoluciones fueron continuas, alcanzando su apogeo en la llamada Guerra de Tres Años, la Intervención Francesa y el Segundo Imperio. Todavía después de 1867 hubo algún levantamiento, y sólo se alcanzó la paz estable cuando se afianzó la de Tuxtepec.

Por los cincuentas del siglo pasado, los potosinos vivían con el azoro pegado al cuerpo. Huyendo o correteando, era frecuente que las tropas en contienda hicieran parada aquí, unas veces entrando en la ciudad sin dificultad, otras a fuerza de cañonazos, para rehacerse a costa de la economía y la sangre de San Luis Potosí; o bien, la ciudad levantisca provocaba la ira y codicia de los otros, y en la rebatiña, cualquiera que fuese el victorioso perdían los potosinos, ya que al fin, quedaba la población empobrecida y desierta.

Cuanta revolución y contrarrevolución hubo en esos años, chupó ávidamente la sangre y el dinero de San Luis Potosí. Dificilmente puede encontrarse otra entidad que en tal cuantía haya sido diezmada por las luchas fratricidas, empezando con el brigadier Calleja que, al iniciarse la Independencia, aquí organizó las fuerzas con las que se echó a batir al padre Hidalgo. Los caudillos que vinieron después hicieron lo mismo. En el siglo pasado no hubo trifulca ni campo de guerra donde no anduvieran en el conflicto buen número de potosinos. San Luis fue siempre inagotable vivero de carne de cañón y banca de préstamos forzosos para uno y otro bando. En premio a esta obligada generosidad sin límites, le concedieron al Estado, cuando la invasión norteamericana, el glorioso título de "San Luis de la Patria". Y ¡cómo no!: en esa ocasión el general Santa Ana, en unos cuantos días, de paso por esta ciudad, reclutó siete mil quinientos hombres y el Estado invirtió la friolera de ochocientos mil pesos en sostenerlo y proveerlo¹.

A la vista de tanto despilfarro inútil y constante de sangre y de dinero, nadie mejor que un potosino —Francisco González Boca-

¹ Muro, M. *Historia de San Luis Potosí*, I, 395 ss.

negra, que probó el amargor del ostracismo cuando la expulsión de españoles— pudo escribir aquella dolorida frase de nuestro himno nacional:

*Ya no más de tus hijos la sangre
se derrame en contienda de hermanos...*

Conforme se iban sucediendo las revoluciones y contrarrevoluciones, los estragos eran mayores. Y si en todos los órdenes causaban perjuicio las “contiendas de hermanos”, mayormente en el orden cultural, donde llegaron al máximo los estragos, al perderse—por la destrucción o por el éxodo— sin beneficiar a nadie, bastantes acervos artísticos y bibliográficos.

Manuel José Othón nació precisamente en los momentos en que estas luchas fratricidas alcanzaban su clímax, y en las que los Othón, como prominentes conservadores, ocupaban en San Luis Potosí los primeros lugares.

El año del Señor de 1858, en que nació Manuel José Othón, fue pródigo en estas sangrientas “contiendas de hermanos”. La Constitución de 1857 encendió los ánimos. A poco de promulgada ésta, el 17 de diciembre de 1857, y contra ella, se rebeló la brigada Zuloaga en Tacubaya; dos días después, Comonfort declaraba su aprobación a este levantamiento. Luego, el 11 de enero de 1858, se reformó el Plan de Tacubaya, aparecieron triunfantes Osollo y Miramón, y Comonfort tuvo que desaparecer de la Capital.

A unos cuantos días de proclamado en México, D. F., el Plan de Tacubaya tuvo su repercusión en San Luis Potosí: el coronel Morett se rebeló aquí, secundando a los de Tacubaya, el 29 de diciembre, y empezaron los balazos. Morett se hizo fuerte en el convento de San Francisco y el general Degollado en el de El Carmen. Degollado, viéndose perdido, huyó a Venado, S. L. P., donde estableció su gobierno; Morett, victorioso, se apropió la ciudad. Un mes después, y con otras intenciones, se pronunció contra Morett el coronel Alfaro; tumbó a Morett, puso como gobernador a Nicolás Mas-

corro, quedando Degollado a la deriva, y como prefecto de la capital a don Juan Othón, tío de Manuel José, el poeta.

La ciudad estaba, por el momento, en manos de los conservadores. Del norte mandaron fuerzas para aniquilarlos, y éstos mandaron otras para batir a los fronterizos. El encuentro fue en la Hacienda de Solís, S. L. P., venciendo los liberales. Había empezado la Guerra de Tres Años.

Miramón, que ya había dado buenos golpes a los liberales, se trasladó a San Luis Potosí para reunirse con Osollo. No muy lejos de esta ciudad, en las cercanías de Ahualulco, le salió al paso Zuazua; hubo encuentro, mas no lo pudo detener. Las tropas conservadoras entraron a San Luis el 17 de abril de 1858,

recibiéndolas la guarnición —escribe el historiador liberal Muro— empleados y muchos particulares, con muestras de simpatía y gran ruido de campanas, salvas y cohetes. Téngase presente que en aquellas épocas las familias de San Luis, como las de México, Puebla, Guadalajara, Querétaro y otras ciudades, tenían puestas todas sus simpatías en los caudillos y soldados conservadores².

El destronado gobernador Eulalio Degollado, cuyo lugar ocupó, después de Alfaro, don Juan Othón, unió sus fuerzas a las semi-bárbaras del fronterizo Zuazua. Entre los dos tomaron Zacatecas. Luego, todavía juntos los dos, pretendieron hacer lo mismo con San Luis, pero la llegada de Osollo les quitó las ilusiones. Días después, el 14 de junio, nació Manuel José Othón, y cuatro días más tarde murió el general Luis Gonzaga Osollo, en una casa cercana a aquélla en que nació el poeta.

La plaza, recién conquistada por los conservadores, no duraría mucho en manos de ellos. Zuazua merodeaba por las proximidades de la ciudad. Y mientras, aquí se reforzaban las trincheras, se llenaban de agua los fosos abiertos cuando la invasión norteamericana y

² Muro, *op. cit.*, III, 203.

se almacenaban víveres. Zuazua, que había plantado su cuartel en la Hacienda de Bocas, S. L. P., en un solo mes dio cabal cuenta de más de medio millar de reses, de diez mil fanegas de maíz y de una rastrojera enormísima. Así fortalecido, a la cabeza de su tropa, atacó la ciudad y la tomó a sangre y fuego. Los fronterizos, como buitres hambrientos de muchos días, se dieron el gran festín. Zuazua dio el ejemplo: destruyó, plagió, saqueó y mató.

Como ese 30 de junio de 1858, San Luis no había visto uno ni verá otro. “Día de lágrimas para las familias de los plagiados y de indignación para todos” —escribió un testigo, el doctor Francisco Javier Estrada³—. “Desde el saqueo que sufrió la ciudad —recuerda Muro— en noviembre de 1810, por las hordas que trajo el insurgente Iriarte, no había habido otro de iguales proporciones”⁴. “Fueron cerca de cuatrocientas casas las saqueadas” —advierde Soberón en su *Diario*⁵— y el coronel Valdés, que llegó a la zaga de Zuazua, apunta en sus *Memorias*: “(Julio). Día 5. Llegamos a San Luis, y la ciudad presenta un cuadro lastimoso”⁶.

Doña Pudenciana Vargas de Othón, que apenas dos semanas antes había salido felizmente de su cuidado, lo haya tenido en pleno monte, entre la Hacienda de La Pila y Ojo Caliente, S.L.P. —como quiere una tradición—, o en su propio domicilio —como dicen todos—, no pudo, como las demás familias, huir de la ciudad. Recluida en sus habitaciones pasó el susto; y puesto que su casa estaba a media cuadra de la Catedral y los Othón, además de acomodados, eran conservadores —uno de ellos, Juan, era entonces Jefe del Departamento; otro, el padre del poeta, años después acompañaría al emperador en el sitio de Querétaro—, doña Pudenciana, dentro de su alcoba, con el pequeño Manuel José en su regazo, vio a los bárbaros trajinar por las habitaciones, entregados al frenético saqueo.

³ Estrada, F.J. *Recuerdos de mi vida*. Introducción, transcripción y notas de Rafael Montejano y Aguiñaga, San Luis Potosí, 1954, p. 236.

⁴ Muro, *op. cit.* III, 215, 216.

⁵ Soberón, A. *Diario*. Matchuala, S.L.P., 1940, p. 14.

⁶ Valdés, M. *Memorias para la guerra de Reforma*. México, 1913.

Escribió Juan Vildósola en su *Diario* que “entre las casas que saquearon se cuentan... la casa de D. Guadalupe y D. Juan Othón...”, padre y tío, respectivamente, del poeta.

Entre las memorables hazañas de Zuazua en esa ocasión, está la saña con que trató a respetables ancianos, uno de ellos el Ilustrísimo Sr. Barajas, primer obispo de San Luis Potosí, a quien expulsó de la manera más arbitraria. Despatriado éste, tomó el gobierno de la Mitra el M. I. Sr. Canónigo don Manuel del Conde, el mismo que, días antes, el 16 del mismo mes, puso “Óleos y Crisma a un infante de dos días de nacido, y por nombre Manuel José Basilio”, y que con el tiempo sería el tercer obispo de San Luis, precisamente en los años en que Othón estudiaría en el Seminario.

No pararon aquí las destrucciones y saqueos. En seguida hubo más. De tanto estrago Manuel José no se dio cuenta, porque apenas tenía dos años de edad, pero a media cuadra de su casa, la chusma saqueó el magnífico convento del Carmen —uno de tantos—, para que luego Chico Sein —que acabó sus días loco— lo convirtiera en Palacio de Justicia y en cárcel. El historiador Muro, con ser liberal, condenó el incalificable estropicio⁷. “La fuerza y el número de las patas soeces” en frase de Manuel José Othón, hizo trizas la cultura potosina. Y precisamente en esos momentos entró él al mundo, cuando estaba en toda su fuerza “la urente llama”.

Como este año del 58 fueron los siguientes. Othón nació y creció entre el humo y la sangre de la inacabable “contienda de hermanos”. Años después lo recordaría en su prosa y lo deploraría en sus versos. Primero, en la infancia irracional no advirtió nada, ni el saqueo de Zuazua; después, en la niñez irresponsable, gozó con los sobresaltos de la guerra, con el regocijo de la obligada suspensión de clases y con la anhelante expectación de las huidas: “yo no me daba cuenta de aquellas angustias y de aquellas tragedias”—confesó más tarde⁸— vio, ciertamente, la primera llegada de Juárez a San

⁷ Muro, *op. cit.*, III, p. 251.

⁸ Othón, M.J., “Recuerdos del general Martínez”. En *Obras Completas*, p. 666.

Luis y la entrada de las tropas francesas; vio también cómo su padre, al retirarse los conservadores, se iba con ellos a encerrarse con el emperador en el sitio de Querétaro — “mi madre lloró de angustia todo ese tiempo”, recordaría después⁹; vio, asimismo, el regreso de Juárez y oyó comentar la visita de la princesa Salm Salm y la dene-gación del indulto para Maximiliano, noticia que atribuló a su madre y también a él, por la suerte del padre. Todo esto vio y oyó Othón, mas no alcanzó a comprender su alcance, no obstante que en la más grande ocasión, la “contienda de hermanos” había arras-trado a su progenitor hasta el frente de batalla. Sólo con el correr de los años, estudiando ya en el Instituto, comprendería “aquellas tra-gedias” y las lloraría en su poema “Patria”:

*¡Oh, la lucha sin fin! ¡La eterna lucha. . . !
sacudida sin fin por los verdugos,
en espantosa postración falleces
sin sostener la lucha prometea.
Porque aquí las pasiones son ruines,
cobardes y bastardas...
Aquí sobre tu suelo, de la guerra
se levanta fatidico el espectro,
llevando por tus campos virginales
la ensangrentada ropa...*

Luego pone en verso, en el mismo poema, lo que en prosa le contó su madre de lo que hacían las gentes, en aquellos años aciagos al concluir los combates:

*Aquí tus pobres hijas, ondeando
al aire sus cabellos, triste el rostro,
medio desnudo el palpitante seno,
inquietas las miradas, van y buscan,*

⁹ *Ibid.*

*allá en las altas horas de la noche
y a la luz de una antorcha mortecina,
los cadáveres yertos y queridos
de los deudos de su alma. Y removiendo
la tierra y el pantano y la maleza,
sólo encuentran la horrible podredumbre
en donde hicieron su festin los buitres.*

E inspirándose en lo que oyó decir del saqueo de Zuazua, de la expulsión del Ilmo Sr. Barajas, de los robos en los conventos:

*Aquí quedaron solos los altares
y Dios fue destronado. El fanatismo
puso sobre las aras del santuario
de otro dios el maléfico fantasma
vengativo y feroz. Aquí las turbas
desenfrenadas arrancaron luego
no sólo el fanatismo y los oscuros
espectros del error, ¡también la bella
imagen de la fe pura y sagrada
que nos legaron nuestros padres!
Loca
hoy la negra ambición todo lo abarca
y sienta sus reales sobre el trono
de los reyes aztecas...*

En su relato “Recuerdos del General Martínez”, Othón hace también memoria de los belicosos días de su infancia:

Era yo casi un niño... Era por aquel tiempo en que a cada paso veíamos a nuestra noble y heroica ciudad de San Luis Potosí alborotada con los amagos del asalto. Las clases se cerraban en seguida y nuestras madres poníanse a rezar sus oraciones, mientras de las aulas llegábamos. Un día —eran los últimos meses del año de 69— tocaron la campana del Seminario a salida de clase; pero en su vibración había algo así co-

mo un estremecimiento nervioso, algo como un toque de alarma y, sobre todo, un sonido que alegró los pechos de los estudiantes, con la promesa de gorja y jaleo.

Llegué a mi casa mostrando en el semblante la irradiación de la felicidad. ¡San Luis Potosí se había pronunciado! El gobernador, Juan B. Barragán, estaba preso y presos también los diputados. ¡Qué gloria! La ciudad estaba declarada en estado de sitio. Y a mi no me importaba un comino la cuestión política. Lo que me interesaba era que por algún tiempo dejaría de frecuentar las horribles clases del colegio, y el espe-luznador *quis vel quid*, al cual llegábamos, sería aplazado hasta muchos meses después.

En mi casa estaba todo preparado para la partida. Si habríamos de salir al día siguiente, porque la salud de mi madre y los intereses de mi padre así lo exigían. Las circunstancias anormales porque atravesaba la ciudad pedían nuestra marcha imperiosamente.

Salimos por fin. ¡Oh!, qué gran día aquel en que atravesando trincheras a medio fabricar y fosos a medio cavar, por entre filas de soldados, vi extenderse hacia lo alto en nubes sutiles el polvo que las ruedas de nuestro carruaje levantaban...

Llegamos a Moctezuma (entonces se llamaba La Hedionda). Allí descansamos de tan feroz impresión, como la que al solo anuncio de la guerra había agitado nuestros espíritus. Pocos años, muy pocos hacia que mi padre había regresado del sitio de Querétaro. Dentro del cerco estuvo durante el tiempo que las armas imperiales pudieron resistir al ejército liberal. Mi madre lloró de angustia todo ese tiempo y yo no me daba cuenta de aquellas angustias y de aquellas tragedias...

Una mañana despertéme al agudo son de los clarines y al ronco redoblar de los tambores. En un instante estuve de pie. Me asome a la puerta de la casa. Un escuadrón de caballería galopaba por la calle, hiriendo con los cascos de sus caballos los guijarros del empedrado... La curiosidad me hizo salir hasta la esquina. No hacía dos minutos que en ella estaba, cuando el toque de llamada estremeció mis oídos e hizo latir la sangre de mis arterias de manera inusitada. Oírse el toque de las cornetas y formarse en derredor de la plaza la infantería y la caballería de aquellas tropas, fue todo uno.

Vi de repente abrirse el cuadro por un lado. Entre una escolta de diez hombres era conducido un infeliz que apenas podía dar un paso. En pos de él, un apuesto militar, seguido de cinco jinetes, y blandiendo la espada, alzó la voz atiplada y enérgica, condenando al pobre soldado a sufrir quinientos palos, por haber desertado de las filas cuando se iba en

busca del enemigo. La última palabra de aquel jefe fue ahogada por los gritos del desdichado que, de bruces en el suelo, recibía los tremendos latigazos que los cabos descargaban sobre él...

Pasaron tres años. Yo había ganado dos asignaturas y estudiaba primer año de Filosofía. Las escenas de antaño se repetían casi diariamente. Seguían el correr de las gentes por la calle, el cerrarse de las tiendas y el aspaviento de todos los semblantes, a la vez que la curiosidad y el anhelo de noticias retratados en ellos.

Una mañana (era el 10. de julio de 1872) nos echaron del colegio antes de la hora acostumbrada. ¡Va a haber guerra!, nos dijo el portero. Están en El Saucito, decía la gente alborotada que en la calle encontrábamos.

La turba de chiquillos corríamos por la calle que del Seminario conducía a la Plaza de Armas. En cada bocacalle había un montón de vigas y pacas de algodón. Nos metimos por entre ellas y nos encontramos de pronto en medio de la Plaza. Nuestra curiosidad nos hacía ir de un lado para otro, pero nos paramos en las esquinas del Parián y de la Catedral. Allí estaban dos grandes piezas de artillería, que un soldado apuntaba con sumo cuidado.

—¡Afuera todo el mundo!— gritó un oficial de a caballo.

A este grito toda la gente curiosa empezó a correr... Nosotros quisimos hacer lo mismo..., pero ya era tarde.

¡Soom! tronó el cañón del Parián, e inmediatamente se oyó una nutridísima descarga, y luego otra.... y luego se sucedieron sin interrupción. ¿En dónde buscar refugio?... A la curiosidad sucedió el miedo, y tratábamos de escondernos en un lugar que nos brindara abrigo y protección... La Catedral estaba abierta. En el momento de arrojarme a las puertas del templo, vi a mi padre que, pálido, desencajado, me agarró de un brazo con suma fuerza y me arrastró hacia una de las bocacalles, sin decir una palabra. En la trinchera se cruzó un diálogo vehemente entre mi padre y el oficial. No sé lo que se dijeron, pero pasamos al fin. Entre el fuego nutrido que se cruzaba por aquella calle, que se me hizo, de muchas leguas, llegamos a mi casa. Yo esperaba una reprimenda terrible y temblando me puse delante de mi madre, que lloraba de angustia, como en otros días...¹⁰

¹⁰ *Ibid.* p. 665-669. Redactado este capítulo, apareció en *Abside* un estudio de don Ezequiel A. Chávez, "Manuel José Othón (inédito)", cuyo párrafo "La patria convulsa" coincide sustancialmente con lo que apuntamos en esta parte. Cfr. *Abside*, XXII, 3, julio-septiembre 1958, p. 251-280.

“La urente llama” de las luchas fratricidas marcó su sello en la ideología de Manuel José Othón, y siguiendo a sus padres y a sus tíos, él también fue conservador. En lo político, no tuvo ocasión de manifestarlo porque fue poeta, y semejante actividad no le interesaba, a pesar de que dos veces fue diputado; pero lo manifestó constantemente en lo religioso, manteniéndose como integral cristiano, sin ocultar su fe ni avergonzarse de ella. La poesía *Vis et vir*, dedicada a Juárez, es una poesía de compromiso, escrita por gratitud a su benefactor y amigo, el general Reyes. Othón jamás estimó a Juárez. Habiendo estado su padre en el sitio de Querétaro, no podía estimarlo, y así se lo confesó a Celedonio Junco de la Vega en Monterrey, cuando la acababa de leer. Lo que oyó contar a sus parientes acerca de lo que sufrieron ellos a manos de los liberales, de la inútil visita a San Luis de la llorosa princesa Salm Salm, de la dene-gación de indulto a Maximiliano por parte de Juárez, y del sitio de Querétaro donde se encontraban sus padres y algunos tíos defendiendo el imperio, hizo mella en el ánimo del poeta.

En cambio, cuando se aproximaba el primer centenario del nacimiento de Iturbide (1883), Othón colaboró entusiastamente para el grandioso homenaje: formó parte de la comisión organizadora — el director, Lic. Primo Feliciano Velázquez, y redactores de *La Voz de San Luis*—, escribió el “Himno a Iturbide” y terció en la polémica. La fobia de algunos demagogos liberales dio al traste con el festival, y no se llevó a cabo. El licenciado Velázquez explica así las cosas:

Se trató de celebrar patrióticamente el centenario del Libertador Iturbide, promoviendo al efecto un certamen literario y aun sugiriendo la idea de levantarle un monumento. *La Voz de San Luis*, periódico fundado por el que esto escribe, publicó durante 1883 documentos y artículos sobre la vida y méritos del héroe de Iguala. No obedecía la empresa, excusamos decirlo, a fines de partido, ni la inspiraban políticos ambiciosos, mas la suspicacia de rancios liberales vio en ellas tendencias de conservadores enemigos, por lo que, mediante el periódico intitulado *Correo de San Luis*, combatieron aquel proyecto, y entre ambos órganos de

publicidad se entabló una polémica, que acaso no fue del todo infructuosa para los estudios históricos. Tuvo *La Voz de San Luis* la fortuna, ya que no en el resultado, en el esfuerzo. Mereció su programa elogios del célebre jurisconsulto don Ignacio Aguilar y Marocho, director a la sazón de *La Voz de México*, y obtuvo la colaboración de escritores muy distinguidos. Para la velada conmemorativa del 27 de septiembre recibió un hermoso artículo de don José Sebastián Segura, una brillante poesía de don José María Roa Bárcena y otra bien pensada de don José Joaquín Terrazas. Don Manuel José Othón, que ya se distinguía en el campo donde había de conquistar justo renombre, compuso el "Himno a Iturbide", al que puso música el afamado maestro don León Zavala. Con estos ricos elementos y una prefación del autor de estas líneas se preparó la festividad. Entraban en el Teatro Alarcón las familias invitadas, cuando un grupo, que se dijo integrado por guardas de la Aduana, capitaneado por cierto conocido demagogo, invadió la sala; uno de los asaltantes disparó su pistola al escenario sobre el retrato de Iturbide, colocado en medio de otros de los más notables insurgentes; y so pretexto del alboroto y confusión del concurso, la policía cerró el teatro, mientras las patrullas recorrían la ciudad en previsión de mayor desorden.¹¹

Con todo lo anterior, se explica lo que de él escribió Puga y Acal: "En definitiva, el poeta Manuel José Othón, era de abolengo colonial y conservador", es decir, honrado y culto.¹²

¹¹ Velázquez, P.F. *Historia de San Luis Potosí*, III, 84-86. El "Acuerdo sobre la adjudicación de la Pluma de Oro", firmado por P.F. Velázquez, M.J. Othón, Dávalos, F. de A. Castro y F. de P. Cossio y Peña, puede verse en *La Voz de San Luis*, número especial del jueves 27 de septiembre de 1883, p. 11.

¹² Puga y Acal, M. "Manuel José Othón". En *Estilo*, 46, abril-junio 1958, p. 66.

II. CON EL PRIMER ALIENTO DE LA VIDA

Fue costumbre de las familias acomodadas de San Luis Potosí, en las azarosas décadas de los treinta a los sesenta del siglo pasado, tener un refugio en algún pueblo o en alguna hacienda a donde acogerse cuando la ciudad se veía amagada por las fuerzas contrarias, especialmente las liberales. Ya vimos en el capítulo anterior que, en cierta ocasión, la familia del poeta huyó a Moctezuma, S. L. P., con motivo de uno de tantos pronunciamientos: “los intereses de mi padre —explicó él— así lo exigían”. El más solicitado de esos refugios era la cercana villa de Santa María del Río, S. L. P., a unos cuantos kilómetros al sur de la ciudad de San Luis, por sus amplias y hospitalarias casonas, por sus huertas de manzanos, naranjos, limones y aguacates, por su río y los baños termales de Ojo Caliente, por sus paseos y bulliciosas tertulias.¹ Allá los prófugos, mientras la ciudad, semidesierta, era pasto de la guerra, mitigaban sus penas con paseos por las vegas del río, con días de campo, con reuniones y diversiones. De esto nos da breve cuenta el doctor Francisco Javier Estrada en su autobiografía, al recordar una de tantas huidas, precisamente la del mes de junio de 1858, mes y año en que nació Manuel José Othón:

Determiné salir de esta ciudad en compañía de mi familia, que trasladé

¹ En *México pintoresco, antología de artículos descriptivos del país*, arreglado por Adalberto A. Esteva, México, 1905, aparece un capítulo “Santa María del Río, Ojocaliente y Guanajuato”, (p. 115-122), de Facundo —José T. de Cuéllar—.

a Santa María del Río, a donde ya habían ido a abrigarse multitud de familias de esta ciudad —San Luis Potosí—, así como otras lo habían hecho a diversos lugares más o menos distantes, abandonando sus casas, de manera que de todos los habitantes de ella no habrían quedado más de una cuarta parte; pues todos los más huyeron. . . La reunión de las familias en Santa María del Río, cuyo lugar es tan ameno, y más en la estación en que fuimos a aquel lugar, suavizó mucho para todos la pena que sentíamos por estar fuera de nuestras casas, porque todos procuramos divertirnos, como lo hicimos con paseos a los baños, a Guanajuatito, que es un lugar ameno, en donde se advierte un bosque de ahucates corpulentos y frondosos, donde se pasan días alegres, mientras por la noche nos reuníamos en la casa de las señoras González...²

Al realizarse estas huidas colectivas, los que primero corrían eran aquéllos a quienes más graves cuentas podían exigir los sitiadores. Tal era el caso de los Othón: conservadores y acomodados todos, políticos y revolucionarios algunos. No es de extrañar, entonces —aunque no consta, pero sí hay suficientes razones para creerlo cierto—, que en junio de 1858, cuando el éxodo fue mayor—el citado doctor Estrada calcula que en esa huida emigró el setenta y cinco por ciento de la población—, entre los emigrantes estuviera la familia de don José Guadalupe Othón, cuyo abuelo fue regidor, cuyo padre fue miembro de la Junta Departamental y cuyos hermanos no hacía mucho habían andado en rebeliones: en 1845 murió en un pronunciamiento Ramón Othón —uno de ellos— y Juan, otro de los mismos, en diciembre de 1856, en compañía de Manuel Calvo, se pronunció en contra del gobernador de San Luis, ocupando en enero siguiente la ciudad a sangre y fuego,³ y el cual, además, en dicho mes y año era jefe—conservador— del Departamento.

Por otra parte, desde principio del citado junio de 1858, el temible fronterizo Zuazua se había arrimado tanto a San Luis con la intención de arrebatárles la plaza a los conservadores que hacía po-

² Estrada, *op. cit.*, p. 235.

³ Estrada, *op. cit.*, p. 230.

co la acababan de ocupar, que instaló su cuartel general en Bocas, cuarenta kilómetros al norte de San Luis. Fue la proximidad de éste y su tropa de desalmados lo que hizo huir a las tres cuartas partes de los potosinos. Don José Guadalupe Othón tenía un doble motivo de preocupación: el del próximo inevitable ataque a la ciudad por los norteños liberales —siendo él conservador, y su hermano jefe del Departamento— y el inminente alumbramiento de doña Pudenciana Vargas, su esposa. Y se trataba del primer hijo.

Así las cosas, ante el amago bélico y con la seguridad de que la señora saldría mejor de su compromiso en un lugar apacible y seguro, es muy probable que el señor Othón haya emprendido el viaje a Santa María del Río con su esposa encinta. Y ya sea a la ida, por el trajín y el susto, o a la vuelta porque se presentaron dificultades al aproximarse el parto, o simplemente porque se le cumplió su tiempo cuando iba de viaje, doña Pudenciana dio a luz a su primogénito Manuel José Basilio en pleno campo, a la sombra de un mezquite, más allá de la Hacienda de La Pila, por el camino que lleva a Santa María del Río.

Esto último es lo que cuenta una recatada tradición; las premisas que ponemos, sacadas legítimamente de la situación que privaba entonces, la hacen verosímil. Por algo hubo discusiones sobre el lugar donde nació el poeta cuando, en 1924, se lanzó la iniciativa de poner una lápida recordatoria en su casa natal. Y si esta leyenda, que todavía recuerda uno que otro viejo, no echó raíces, se debe o bien a que no es más que eso: leyenda, o a que el pudor de entonces no quiso publicar en alta voz el involuntario alumbramiento en despoblado, escondiendo el caso con un piadoso velo, y a que Manuel José, cuando nació, no era más que el hijo de uno de tantos vecinos, y ni quién se fijara en él. Una cosa es cierta, y él lo dijo, que fue por ahí, por donde se dice que nació, donde vio “el primer verde”.⁴

Además de esa inhóspita margen del camino a Santa María del Río, Guadalcázar, también reclamó el honor de haber sido el lugar

⁴ “Días de Otoño”. En *Obras Completas*, p. 655.

Con el primer aliento de la vida

donde el poeta recibió “el primer aliento de la vida”. Cuenta don Panchito Castro que:

en carta particular que un discreto escritor que reside aún entre nosotros (el Lic. Agustín Vera) dirigió en esos días —por 1924— al Lic. Betancourt, aseguraba que en un reciente viaje que había hecho a Guadalcázar, un viejecito que entonces contaba ya noventa y dos años, pero que creo que vive aún, pues yo le conozco y dudo que haya llegado a esa edad, habiales referido que era esa población la cuna del poeta y aún le había señalado la casa donde, según él, había venido al mundo nuestro biografiado— Manuel José Othón—, y lo mismo le aseguraba otro respetable anciano, muy amigo de Othón, que aún vive entre nosotros y que residió por mucho tiempo en el citado municipio.⁵

El acta de nacimiento de Manuel José Othón, a decir verdad, no afirma que el poeta haya nacido en la ciudad de San Luis Potosí.⁶

Y si implícitamente excluye a Guadalcázar como lugar de origen, no por eso excluye el susodicho alumbramiento en despoblado. Sin embargo, la versión general es que Manuel José nació en la ciudad de San Luis Potosí la noche del 14 de junio de 1858, en la casa actualmente marcada con el número 225 de la calle que lleva su nombre y que en otros tiempos se llamó, sucesivamente, de la Sacristía de Catedral, del Diamante y de Jiménez. El historiador Alfonso Toro, buen amigo de Othón y a quien éste dedicó —y achacó— el *Idilio Salvaje*, hace muchos años que escribió un artículo sobre nuestro poeta diciendo más mentiras que verdades. Algunas

⁵ Castro, F. de A. “Los primeros años de Othón”. En *Estilo*, 41 enero-marzo 1957, p. 35.

⁶ Acta de Bautismo de Manuel José Othón: Al margen: 835. Manuel José Basilio. Al centro. En el año del señor de mil ochocientos cincuenta y ocho, a diez y seis días del mes de Junio, en el Sagrario de la Santa Iglesia Catedral de esta Ciudad de San Luis Potosí, yo el Licenciado Don Manuel del Conde, Canónigo Lectoral, Provisor, Vicario Gral. y Cura Rector del mismo Sagrario y de día. Sta. Iglesia, bauticé solemnemente, puse Oleo y Crisma a un infante de dos días de nacido a quien puse por nombre Manuel José Basilio, hijo legítimo de los Sres. D. Je. Guade, Othón y de Da. Pudentiana Vargas; abuelos paternos Dn. José Othón y Da. Micaela Reyes; maternos D. Rafael Vargas y Da. Zeferina Santos Coy. Fueron sus padrinos D. Pedro Santos Coy, por poder de su hijo Don José Ma. Santos Coy y Da. Gertrudis Fernández de la Cavada.— Y para que conste, lo firmé. Manl. del Conde (rúb). Archivo de la Parroquia del Sagrario, Lib. de Bautismos, n. 107, Acta 835, fol. 69, vta.

de ellas: que Manuel José Othón estudió medicina en México; que ya para concluir esta carrera emprendió la de jurisprudencia; que tenía diecisiete años cuando escribió *Después de la muerte*, que éste fue su primer drama; que pensaba escribir una truculenta comedia al estilo del Tenorio, con un Don Juan “millonario crapuloso a la alta escuela”; que concluida la jurisprudencia estudió latín; y esta media verdad: “parece que su abuelo era de origen alsaciano y que después de batirse como soldado en las guerras napoleónicas al principiar el siglo pasado, vino después al país”.⁷

Lo que Toro da por hipótesis, Zavala da por cierto: ¿Cuáles son los antecedentes genealógicos de Manuel José Othón? —se pregunta, y se contesta—: El bisabuelo paterno fue de origen alemán. Respondió a los nombres de Ivón Othón. Joven aún se radicó en el puerto de Cádiz. Allí se casó con doña Josefa Jiménez, andaluza. Hijo único de este matrimonio fue don José Othón, quien desde sus mocedades se trasladó a América y se estableció en la capital potosina. En dicha ciudad se desposó con doña Micaela de los Reyes. Fruto de este enlace fueron nueve hijos, uno de ellos, José Guadalupe, el padre del poeta.⁸

La ascendencia germana insinuada por Toro y explicada por Zavala, no la aceptó el escritor Puga y Acal—“Brummel”, quien dio a Manuel José la ocasión para el “Himno de los bosques”—, compañero de Othón en las andanzas literarias, pues afirmó enfáticamente:

Con respecto a Manuel José Othon y a su obra poetica... se ignoran muchas cosas que debieran saberse mientras se saben otras que debieran ignorarse: el de que Othon era de origen aleman y el de que fue un innovador en cuya poesia se advierte la influencia germánica, como en Gutiérrez Nájera la francesa. Nada más falso que lo primero desde el punto de vista biográfico imaginarse que el apellido de Othon es de ori-

⁷ Toro, A. “En memoria de Manuel José Othón”. En *Revista de Revistas*, Méjico, XIII, 655, 26 de noviembre de 1922, p. 12-13.

⁸ Zavala, J. *Manuel José Othón, el hombre y el poeta*, p. 7.

gen germanico porque hubo emperadores alemanes que llevaron este nombre, que es todavía muy común en Alemania, es ignorar que mucho antes que aquellos emperadores, hubo uno romano, y muy romano, puesto que descendía de una antiquísima familia etrusca, que se llamaba Othón. Manuel José Othón era un criollo de prosapia española, lo más española y noble por añadidura. Don Manuel José Othón, su bisabuelo, era regidor de San Luis Potosí en 1829, y seguía siéndolo en 1832, aunque entonces ya se había quitado la partícula nobiliaria por motivos fácilmente comprensibles. En 1837 su abuelo don Manuel José Othón era miembro de la Junta Departamental y notable vecino de la misma ciudad. Su tío, el Capitán D. Ramón Othon, siendo jefe de la guardia del Palacio Nacional en esta Capital —México—, secundó el pronunciamiento del general Joaquín Rangel contra el Presidente D. José Joaquín Herrera, le disparó a éste un tiro de pistola, sin lograr tocarle, y fue muerto después en la refriega subsiguiente. Por último, otro de sus tíos, don Juan Othón, era diputado al Congreso General en 1847; en 1856 se adhirió en San Luis Potosí al Plan de Ayutla, pero después secundó el de Tacubaya; fue Gobernador del Departamento, y sus opiniones conservadoras eran tan firmes, que sirvió al Imperio de Maximiliano, y con el grado de coronel, y "con antecedentes de especial responsabilidad" cayó en poder del ejército republicano cuando fue tomada la plaza de Querétaro. Y, por último, su padre, D. José Guadalupe Othón, nada tuvo en su vida pública ni privada de demagogo ni extremista. En definitiva, el poeta Manuel José Othón, era de abolengo colonial y conservador, es decir, honrado y culto.⁹

La dinastía potosina de los Othón no es tan vieja como Puga y Acal afirma. Muro la llamó "antigua familia potosina". Parece que el bisabuelo paterno de Othón sí era alemán y que casó en Cádiz, España, con Josefa Jiménez. Lo que no está muy claro es si tuvo un solo hijo, José, o dos, José y Bernardo, pues se dice que mientras aquél vino a San Luis Potosí, éste emigró a América del Sur. Ciertamente, Manuel José tuvo un tío abuelo paterno llamado Bernardo, con el cual se retrató hacia 1861.¹⁰

⁹ Puga y Acal, M., *art. cit.*

¹⁰ Muro, *op. cit.*, II, p. 343

José Othón —el andaluz— fijó su domicilio, no en la ciudad de San Luis Potosí, como asegura Zavala, sino en el Valle de San Francisco —hoy Villa de Reyes, S. L. P.— donde contrajo matrimonio con doña Micaela de los Reyes, emparentada con los célebres políticos potosinos de este apellido, hacia 1798-1799, por lo que podemos suponer que José Othón llegó a estos rumbos por 1795.

Al brotar, en 1827, el sentimiento antihispano, posiblemente el señor Othón mandó a su familia a la ciudad de San Luis Potosí, pues José Guadalupe, el último de sus hijos, ya nació aquí, mientras que los primeros nacieron en Villa de Reyes. Allá radicaba él cuando se decretó la expulsión de españoles. Y aunque el hecho de estar casado con una mexicana lo ponía a salvo de dicho decreto y como tal figuró —domiciliado en el “partido de Santa María del Río”, a donde entonces pertenecía Villa de Reyes— en la “lista de españoles que no están comprendidos en las leyes de expulsión, y residen en el territorio de este Estado”¹¹, prefirió desterrarse; hizo lo mismo que el padre del otro poeta potosino autor del Himno Nacional, Francisco González Bocanegra, quien se hallaba en iguales condiciones. Don José Othón regresó a España, mas no llevó a su familia, la dejó en San Luis Potosí. Estando él allá, murió su esposa en julio de 1833, en la epidemia del cólera. Luego fueron a traerlo sus hijos Manuel José y Juan. No sobrevivió mucho a su esposa, volvió bastante enfermo de la mente y del cuerpo, y al poco tiempo lo recogió la muerte.

Puga y Acal confunde al abuelo y al bisabuelo de Othón con el tío mayor del mismo, Manuel de Othón o Manuel Othón, a secas.

Además de las noticias que da aquél —tomadas de Muro— consta que éste cooperó en 1828 —después de la expulsión de los españoles— para la reparación del bergantín Guerrero;¹² que representando a la fracción de la Compañía, figuró entre los

¹¹ *El Mejicano Libre Potosinense*, San Luis Potosí, Suplemento al No. 25, 18 de mayo de 1828, p. 4.

¹² *Id.* Suplemento al No. 32, 12 de junio de 1828.

Con el primer aliento de la vida

electores que este día de felicidad resultaron por voto libre y espontáneo del pueblo soberano;¹³ que siendo regidor, el 3 de agosto de 1829, firmó una proclama contra la invasión española;¹⁴ que contribuyó para la fiesta del 16 de septiembre del citado año;¹⁵ que fue prefecto de la Capital,¹⁶ gobernador interino en agosto de 1830¹⁷ y regidor en 1832.¹⁸

José Othón, el abuelo del poeta, según datos proporcionados por la señorita María de Jesús Álvarez, quien a su vez los recibió de su tía la señorita Guadalupe Álvarez Othón (prima hermana del poeta, mujer de extraordinaria memoria, fallecida a los ciento cinco años de edad), de su matrimonio con doña Micaela de los Reyes tuvo doce hijos —no nueve, como asienta Zavala—: MANUEL, nacido en 1801 y casado con Antonia Malabear; —fruto de cuyo matrimonio fueron Francisca (esposa de Felipe Muriedas), Antonia (casada con Eduardo Pitman), Ramón (que casó con Paulina Lechón), y José y Manuel que no se casaron—; MARÍA DE LOS DOLORES no se casó; MERCEDES contrajo matrimonio con Manuel Escontría, quien fuera padre de Blas Escontría (que fungió como gobernador y Ministro de Fomento); JUAN, casado con Carmen Basave con quien tuvo dos hijos: Tomás y Pedro; CÁNDIDA contrajo matrimonio con Jorge Lozano y no tuvo descendientes; RAMÓN, militar, murió soltero en 1845; JOAQUINA murió de corta edad; MANUEL JOSÉ no se casó; JOSÉ ESTEBAN murió pequeño; MARÍA DE JESÚS casó con Antonio M. Álvarez; ISABEL contrajo matrimonio con Federico Staines; y JOSÉ GUADALUPE, el último de los hijos, nacido en 1827, casado con Pudenciana Vargas, y padre del poeta¹⁹.

De Manuel José, el octavo de éstos, escribió el poeta:

¹³ *Id.* No. 55, 3 de agosto de 1828.

¹⁴ Muro, *op. cit.*, I, p. 504.

¹⁵ *El Mejicano Libre Potosinense*, No. 63, 28 de septiembre de 1828.

¹⁶ Muro, *op. cit.*, I, p. 538.

¹⁷ Muro, *op. cit.*, II, p. 26.

¹⁸ Muro, *op. cit.*, II, p. 31.

¹⁹ En el acta de defunción del señor Othón se dice que murió de 55 años, el 7 de mayo de 1882, y que era originario de San Luis Potosí. Archivo de la Parroquia del Sagrario, Lib. Def. n. 42, fol. 124.

*Tuve un tío cuyo nombre
era exactamente el mío:
¡Qué buen hombre era mi tío,
según dicen, qué buen hombre !*

El apellido Othón, en la actualidad, sólo está siendo prolongado por los bisnietos de Manuel Othón Reyes, los Othón Macal, radicados, unos, en los Estados Unidos de Norteamérica, y otros, en San Miguel Allende, Gto., pues todos los demás Othones de las ramas masculinas, o murieron solteros o no tuvieron hijos —como sucedió al poeta—. En San Luis Potosí casi se ha extinguido el apellido, pues únicamente lo llevaban doña Francisca Othón, viuda de Flores, nieta de Manuel Othón Reyes, y la señorita Isabel Staines Othón, nieta de Isabel Othón Reyes e hija de Isabel Othón, la hermana del poeta; otros parientes, radicados también en San Luis Potosí, son los Quijano Pitman y los Espinosa Pitman, bisnietos de Manuel Othón Reyes, y la señorita Mercedes Álvarez, nieta de María de Jesús Othón Reyes. En Villa de Reyes, donde nacieron los primeros Othón, no echó raíces la familia y ninguno queda; los demás andan dispersos por el mundo.

Manuel Othón, o de Othón, además de miembro de la Junta Departamental en 1837 y notable vecino de la ciudad, fue regidor en 1836 y gobernador del Departamento en 1845 y 1846;²⁰ otro tío fue el capitán Ramón Othón, el de la rebelión de 1845, un joven rubio y de gallardo porte, instruido en la milicia y de gran valor, miembro de la antigua familia potosina del mismo apellido, de la que hay todavía en San Luis algunos descendientes;²¹ y otro tío, Juan Othón, desarrolló una notable actividad política: primero fue liberal puro y firmó el Plan de Ayutla, después se hizo conservador y firmó el de Tacubaya, en 1865 ayudó a Calvo en su rebelión, sufrió cárceles, fue dos veces gobernador del Departamento, prefecto del Distrito de la

²⁰ Muro, *op. cit.*, II, p. 258, 350.

²¹ Muro, *op. cit.*, II, p. 343.

Con el primer aliento de la vida

Capital, y estuvo en el sitio de Querétaro combatiendo al lado del emperador con el grado de coronel, después se retiró de la política y se dedicó a la explotación de minerales,²² para lo cual formó y presidió varias compañías, una de ellas para trabajar las minas de Bernalejo, picacho al que alude Othón en sus prosas; otros parientes del poeta fueron José y Pedro, compañeros de escuela del historiador Muro hacia la mitad del siglo; aquél fue diputado al séptimo Congreso Constitucional del Estado en 1877-1879 y presidente de la Diputación Territorial de Minería en 1878; Manuel Othón, regidor suplente en 1870, y Ramón Othón, que figuró en la directiva de La Lonja en 1879 y 1881-1882. Finalmente, el canónigo Francisco Peña —historiador, contemporáneo de Othón—, al hablar de la historia de Villa de Reyes y de sus gentes, en 1894, cuando todavía vivía el poeta, escribió:

En tiempos cercanos a nosotros, hemos conocido familias que llevan los apellidos Reyes y Othón, entre cuyos miembros cuéntanse jurisconsultos, literatos y gobernadores de San Luis... y la de Othón, D. Manuel José, D. Juan y el distinguido poeta Manuel José Othón²³.

El doctor Francisco de Asís Castro —el primer othonista—

siendo muy niño y en virtud de la gran amistad que desde entonces le ligaba con nuestro poeta, conoció muy bien a sus progenitores y recuerda perfectamente a D. José Guadalupe, hombre de alta estatura, honrado a carta cabal, de costumbres austeras y carácter severo, pero sin darse a repulsión. Su esposa, la señora Vargas, era una estimable persona, perteneciente a una honorable familia del Estado de Coahuila.²⁴

Ella era hija de don Rafael Vargas y doña Zeferina Santos Coy, y sobrina de doña Refugio Santos Coy, casada con don Rafael

²² Muro, *op. cit.*, *passim*.

²³ Peña, F. *Estudio histórico sobre San Luis Potosí*, San Luis Potosí, 1894, p. 75.

²⁴ Castro, F. de A. *Art. Cit. ibid.*, p. 37-38.

Aguirre, acaudalados señores que cooperaron generosamente para las obras de la reconstrucción de la Catedral de San Luis Potosí. En esta iglesia se conserva un retrato al óleo de dicho matrimonio. Doña Pudenciana murió el 19 de junio de 1878, a los cuarenta y un años de edad,²⁵ y don José Guadalupe el 7 de mayo de 1882, al parecer, de tuberculosis²⁶ —lo que quizá explique la enfermedad del poeta—. Este matrimonio tuvo tres hijos: Manuel José, María e Isabel.

²⁵ Archivo de la Parroquia del Sagrario, Lib. Def. n. 41, f. 182.

²⁶ *Ibid.* Lib. Def. N. 42, f. 124.

III. LOS HELÉNICOS PANALES

Cuando Manuel José Othón entró a la edad de ir a la escuela, la instrucción pública en San Luis Potosí, como consecuencia de la Reforma y de tanta revuelta, estaba poco menos que en quiebra. Ciertamente que empezaba la reorganización de la cosa escolar, mas para una población de cerca de veinticinco mil almas, sólo había unas seis escuelas oficiales y dos particulares. A una de éstas, a la del profesor Luis Gonzaga Toro, un oscuro maestro que no figura en *la Historia de la Instrucción Pública en San Luis Potosí*, por Manuel Muro, pero sí en el directorio de algunas publicaciones de aquel tiempo, asistió Manuel José. Era la época en que la eficacia de la pedagogía dependía en proporción directa de la aplicación del férreo principio: “La letra, con sangre entra”.

El licenciado Zavala —más por buenas intenciones que por buenas razones— dice que Manuel José Othón “se distinguió por su aplicación y clara inteligencia”.¹ Si lo segundo es posible, lo primero puede ponerse en duda a la vista de lo que sucedió después. Como quiera que sea, la instrucción primaria de Othón se quedó en lo rudimentario:

Durante ese tiempo —el del segundo Imperio— poco impulso se dio a la instrucción primaria —afirma Muro—, probablemente porque las autoridades del Departamento no podían disponer de las rentas públicas, sin ex-

¹ Zavala, *op. cit.*, p. 9.

presa autorización del gobierno de México y por lo anormal de las circunstancias,² y añade: En los últimos años del imperio de Maximiliano concu- rrieron a las escuelas públicas de San Luis y villas suburbanas 1082 niños, y a las particulares 117 —uno de ellos, Othón—, a las de niñas 845 y a las particulares 116.³

Por lo dispuesto en el reglamento publicado a la caída del Im- perio, podemos sopesar la cultura adquirida por el poeta a su paso por la escuela primaria. En dicho reglamento se declararon libros de texto para las escuelas públicas los siguientes: “*Lectura: Carteles*, por el Padre Garcia de San Vicente. *Libro Segundo. Religión de- mostrada*, por Balmes. *Simón Mexicano. Horas serias de un joven. Poesias, miscelánea*, propiedad de la Junta. *Tesoro de las Niñas y Horas serias de una joven*.— *Aritmética: la de la Junta*.— *Gramá- tica: la de Casa—Madrid*.— *Ortología: la de la Junta*.— *Moral: Catecismo del Padre Ripalda*.— *Geografía: la de Garcia Cubas*.— *Historia de México: la cartilla de Historia del país para las escue- las municipales de México*.— *Urbanidad y Economía Doméstica: Lecciones orales*”.⁴

Siendo que Othón, aunque no fue un poeta precoz si empezó a hacer versos desde muy chico, merece especial atención el libro de texto citado por *Lectura, Poesias, miscelánea*, “propiedad de la Junta”, por el influjo que pudo ejercer en Manuel José Othón, ya que fue, quizá, el primer libro de versos que leyó con detenimiento. El título exacto de este libro, que tuvo muchas ediciones, todas ellas potosinas ya que “esta compilación tal como está arreglada es pro- piedad de la Junta Inspectora de Instrucción primaria en San Luis Potosí, con arreglo a la ley en la materia” es este: *Colección selecta de Poesias para el uso de las escuelas de la Junta Inspectora de instrucción pública de San Luis Potosí*. Comprende unas ciento treinta páginas e incluye muchas poesias de Carpio, algunas de José

² Muro, M. *Historia de la instrucción pública en San Luis Potosí*. San Luis Potosí, 1899, p. 146.

³ Muro, *op. cit.*, p. 147-148

⁴ Muro, *op. cit.*, p. 176.

Rosas, de Jesús González Cos, de Guillermo Prieto, de José T. de Cuéllar, de los potosinos Benigno Arriaga y Jesús Aguirre y Fierro, y de otros poetas menores.

Mientras Manuel José asistía a la escuela, sus padres resistían en la Hacienda de Pardo, municipio de Villa de Reyes, al sur y a treinta y cinco kilómetros de San Luis, finca situada entre la vía del ferrocarril México-Laredo y la carretera Central, precisamente donde empieza el valle potosino. Al poniente de ella, al otro lado de la vía se yerguen las estribaciones de la Sierra de San Miguelito y el picacho de Bernalejo. La hacienda pertenecía entonces a la señora Refugio Santos Coy de Aguirre, tía de doña Pudenciana, y la administraba don José Guadalupe. El poeta vivía en San Luis con el tío Manuel, hermano de su padre, casado con doña Antonia Malavear.

A esta hacienda, administrada por su padre, y que Zavala confunde con la de Bernalejo,⁵ que jamás existió, iba con frecuencia Manuel José, ya de paseo, ya de vacaciones. En ella tuvo su primer contacto con la naturaleza: allí vio “el primer verde”. Años más tarde, en la cercana Hacienda de La Pila, al escribir “Días de Otoño” recordaría su infancia en Pardo y haría una exacta descripción de esta finca:

He salido al campo. Hacia mucho tiempo, no sé cuánto, que no veía los valles de mi infancia. Otra naturaleza más virgen, más vigorosa, más augusta, me ha cobijado durante largos años; pero yo amo más la gastada y triste vegetación que nutrió mis pulmones y oxigenó mi sangre cuando niño. El valle se dilata hasta el pie de la azul cordillera, mi vieja conocida. El suelo es aterrado y ceniciento y el chaparral lo cubre como una cabellera cortada a rape que no se ha peinado nunca. Fue el primer verde que ví cuando empecé a tener idea de los colores, y quedó fotografiado para siempre en mi cerebro. Brisas heladas de mis valles nativos, las mismas brisas que arrullaron mi niñez, refrescan ahora mi corazón seco y envejecido...

No lejos de aquí, a la bajada de aquellas lomas y donde el llano confina

⁵ Zavala, *Manuel José Othón, el hombre y el poeta*, p. 9.

con el horizonte, están los valles de mi infancia y mis nativos campos. Desde lo más alto de la era, contemplo el picacho granítico de Bernalejo, que vio correr mis primeros y alegres años. Por mi imaginación pasa vertiginosamente y de un golpe el encantado panorama de la niñez. La casa grande con su solo patio sombreado por naranjos y limoneros, la inmensa huerta con sus estanques, sus calles de árboles y su alfombra de verdura, los enormes fresnos cuyos troncos aprisionaban los arriates de piedra y mezcla, la troje de doble bóveda cercana a los amplios asoleaderos enladrillados, donde se alzaban los cereales amontonados en amarillos conos. A lo lejos, los campos de trigo meciendo las blondas espigas al manso compás del viento, y el chilar dilatándose hasta la orilla de las presas y escondiendo entre su filigrana de esmeralda el sazonado fruto, rojo como carbones encendidos. Allí la blanca iglesia donde aprendí a postrarme ante la imagen santa de Cristo crucificado y a balbucir mis primeros rezos; y allá, en el fondo de la huerta, el cenador perfumado y cubierto de madre selvas y jazmines, donde adiviné el amor con el presentimiento de la adolescencia. ¡Oh!, Bernalejo, primer amigo de mi infancia, viejo atalaya del inmenso y adorado valle de mi tierra potosina...⁶

Concluida la primaria, Othón ingresó al Seminario para hacer los estudios secundarios. Zavala dice que al concluir la primaria y entrar al Seminario,⁷ Castro que antes de ingresar al Seminario.⁸ Manuel José estudió latín bajo la dirección del estudiante de teología Jesús Orozco, ordenado sacerdote en 1873. “Creo oportuno hacer esta advertencia —explica Panchito Castro— porque en un artículo que sobre nuestro poeta publicó el entendido historiógrafo D. Alfonso Toro, asegura que “cuando el poeta terminó sus estudios primarios, aprendió latín con un fraile franciscano y desde entonces databa su gusto por los clásicos”.⁹ Dos veces le dio a Manuel José Othón por estudiar latín: una con el profesor ya dicho, y otra —la formal— en el Seminario; ya para concluir la carrera de aboga-

⁶ “Días de otoño”. *Obras Completas*, p. 655-659.

⁷ Zavala, *op. cit.*, p. 10.

⁸ Castro, F. de A., art. cit., *ibid.*, p. 38-39.

⁹ Castro, *loc. cit.*

do, le dio por estudiar griego en el Instituto Científico y Literario.

Así pues, concluida la primaria, o bien, para concluir la primaria y hacer después la secundaria, Othón ingresó al Seminario en 1869. Este acontecimiento fue decisivo en su formación de hombre y de poeta clásico y cristiano; allí Manuel José nutrió su numen y su espíritu

*en miel de los helénicos panales
y en la sangrienta flor del cristianismo.*

Desde que se fundó —con el nombre de Colegio Guadalupano Josefino—, en 1826, hasta fines del siglo pasado, el Seminario Conciliar Guadalupano Josefino fue, primero, durante cuatro décadas, lo único, después ya no, pero siempre lo mejor que hubo en San Luis Potosí para cursar los estudios preparatorios.

El Seminario no era entonces —como lo es hoy— un plantel exclusivo para la carrera sacerdotal; estaba abierto para todos. Además de los estudios de teología —que ya se cursaban en él desde los treinta, a poco de su fundación¹⁰— propios para los aspirantes al sacerdocio, tenía la escuela primaria y los estudios de humanidades, filosofía, teneduría de libros, jurisprudencia y la cátedra de medicina legal.

Hay, además, en esta ciudad —escribía Muro— un colegio Seminario que sostiene la Mitra de la Diócesis, y anexo a él un establecimiento de instrucción primaria... En ambos establecimientos se reciben alumnos externos gratuitamente... En el Seminario se enseñan todas las materias preparatorias que exige la ley del Estado, y además las que son propias de la índole del plantel. Pero en ese Colegio no se exige a los alumnos que precisamente se dediquen a la carrera eclesiástica, pues una vez terminados los estudios preparatorios, están en libertad para seguir los de la profesión que quieran adoptar. Al efecto, reciben los certificados correspondientes, los que legalizados a su pedimento por la autoridad competente, les sirven

¹⁰ Muro, *Historia de San Luis Potosí*, II, p. 95.

para matricularse en el Instituto en la materia profesional que quieren cursar. Muchos jóvenes que comenzaron sus estudios en el Seminario y luego los siguieron en el Instituto o en los Colegios de México, ejercen ahora las profesiones de abogado, médico o ingeniero, con la aceptación que en la práctica han podido conquistar.¹¹

En los mismos términos se expresaba el Ilmo. Sr. Montes de Oca:

La inmensa mayoría de los estudiantes ha abandonado, es cierto, el colegio, antes de traspasar los umbrales de la Cátedra de Teología, pero han ido a engrosar las filas de las escuelas de jurisprudencia o de medicina.¹²

Manuel José Othón fue al Seminario, no para ser sacerdote, sino como lo hacía la juventud potosina de entonces, como lo hacían en todas partes, como hicieron Amado Nervo, Enrique González Martínez, Ramón López Velarde y tantos otros, para, a su tiempo, “engrosar las filas de las escuelas de jurisprudencia o de medicina” —como decía Montes de Oca—. En el Seminario hizo todos sus estudios, inclusive los de abogacía, el gran historiador y humanista Primo Feliciano Velázquez, lo mismo que la mayor parte de los compañeros de Othón, como Dávalos, Rostro, Ramírez, Ruelas, Verástegui, Manrique, Castro, etc. Uno de ellos, el humanista Ambrosio Ramírez, afirma que:

Las generaciones de clérigos, licenciados, doctores, algunos ingenieros y muchos profesores de instrucción primaria y, en fin, los hombres de letras que en San Luis existían hasta 1885, con muy pocas excepciones, habían salido del Seminario Conciliar.¹³

Años después el poeta, al escribir su narración “27 de abril” ha-

¹¹ Muro, *Historia de la instrucción pública*, p. 278.

¹² Montes de Oca y Obregón, I. *Obras pastorales y Oratorias*, VII, p. 362.

¹³ Ramírez, Ambrosio, *Traductor de Horacio*. Introducción, transcripción y notas de Joaquín Antonio Peñalosa. San Luis Potosí, 1954, p. 8.

ría un grato recuerdo de los años pasados en el Seminario, y especialmente, del virtuoso y sabio rector canónigo Anastasio Rodríguez, fallecido en plena madurez, a los 43 años de edad, el 20 de febrero de 1879.

Manuel José Othón fue alumno del Seminario Conciliar Guadalupeño Josefino de 1869 a 1875, allí estudió humanidades y filosofía como alumno externo. El certificado expedido por el rector da fe de que “ha cursado las siguientes materias: 1° y 2° años de latinidad; 1° y 2° años de francés; 1° año de inglés; 1° de filosofía, lógica, metafísica y ética; 2° de ídem, aritmética, álgebra, geometría plana y del espacio y trigonometría rectilínea; 3° ídem, física y nociones de química. Y habiendo sido examinado en cada una de ellas por el jurado correspondiente, resultó aprobado por unanimidad”.¹⁴ Fue en el Seminario, también, donde empezó Othón su triunfal carrera de poeta. Entre él, Paulo Colunga, Pablo López y Adrián Aguirre publicaron el semanario *La idea del progreso*, en 1872, precursor de *La Esmeralda*.¹⁵ Desgraciadamente, de tal revista no se conoce ni un ejemplar. Tampoco se conserva ningún número de la hoja *El estudiante*, sólo el siguiente dato que nos da el doctor Castro: “desde antes del mencionado año de 1876, Manuel escribía versos: se trasladaba a mi casa y ahí los copiábamos en una hojita manuscrita que hacemos llamar *El estudiante* y que hacemos circular entre nuestras amistades, no muy numerosas por cierto”.¹⁶ De las poesías conocidas de Othón, la más antigua data de 1873, y se intitula “La fe”.¹⁷

¹⁴ Certificado: “El presbítero Anastasio Rodríguez, Canónigo de la Santa Iglesia Catedral y Rector del Seminario Conciliar de esta Diócesis, certifica: que el alumno Manuel José Othón, alumno externo de este Seminario, ha cursado las siguientes materias: 1o. y 2o. Año de Latinidad.— 1o. y 2o. año de Francés.— 1o. año de Inglés.— 1o. de Filosofía, Lógica, Metafísica y Ética.— 2o. de ídem., Aritmética, Álgebra, Geometría plana, y del espacio y Trigonometría rectilínea.— 3o. de ídem. Física y nociones de Química.— Y habiendo sido examinado en cada una de ellas, por el jurado correspondiente, resultó aprobado por unanimidad.— Y para los usos que al interesado convengan, le extiende este en el Seminario Conciliar de San Luis Potosí, a los ocho días del mes de enero de mil ochocientos setenta y seis.— El Rector, Anastasio Rodríguez (rúb)”. Archivo de la U. A. de S.L.P.

¹⁵ Cfr. Meade, *J. Hemerografía potosina*, p. 46.

¹⁶ Castro, “Manuel José Othón en la intimidad”. En *Estilo* 41, enero-marzo 1957, p. 25.

¹⁷ Othón, M.J. *Ensayos poéticos inéditos*, p. 4.

Hacia 1875, el último año de Manuel José Othón en el Seminario, el poeta andaba ya en los dieciséis años y metido en un clima doblemente romántico, el de la juventud y el de la época. Todavía faltaban años para que apareciera, en México, D.F., la *Revista Azul*. “Era romántico porque, según lo ha dicho don Justo Sierra, desde 1830 hasta la llegada de Gutiérrez Nájera, todo fue romanticismo en México”.¹⁸ Confiesa el citado doctor Castro que en esos años él y Othón

nos solazábamos horas enteras deleitando nuestra casi infantil imaginación con las obras del inmortal sevillano Gustavo Adolfo Bécquer, de Zorrilla, de Campoamor, de Flores, de Manuel Acuña y de tantos poetas más que eran los idolos de la juventud de aquellos tiempos.¹⁹

o sea, la flor y nata del romanticismo.

“Por eso no es de extrañar que en 1875, a los diecisiete años, suspirara de amor como buen romántico”.²⁰ Inspiración y motivo no le faltaban. Se dice que tuvo entonces tres novias, las tres llamadas con el mismo nombre, María, las tres con la misma inicial del apellido, Pacheco, Parra y Ponce; se dice también que, para quedar bien con las tres, aprovechaba los versos dedicados a la primera María P. para dedicarlos a la otra María P. y a la otra. Una cosa es cierta, que en 1875 escribió una poesía cuyo título es, a secas, “A María P”. y el subtítulo “Declaración”:²¹

*Escucha, niña hermosa, las tiernas vibraciones
que exhala palpitante mi tétrico laúd:
si el duelo funerario cubrió con sus crespones
mi corazón marchito, hoy te alzo mis canciones
en medio de mi ardiente juventud.*

¹⁸ Reyes, A. “Apuntes varios. IV. Ignacio Altamirano” *Obras Completas*, I, p. 263.

¹⁹ Castro, *art. cit.*, *ibid.*

²⁰ Othón, *Ensayos poéticos inéditos*, p. V.

²¹ *Ibid.*, p. 38-39.

*Sufrió mucho en un tiempo — ¡oh, ideal de mis ideales!—
sufrió mucho mi alma por una cruel mujer...
De amor entusiasmado le alcé yo mis cantares
del corazón adúltera mi ruego despreció...*

En esta poesía, rebosante de romanticismo, hace mención de un anterior fracaso de amor, tan tremendo así, que “el duelo funerario cubrió con sus crespones” su “marchito corazón”.

“Verso de incomprensiva adolescencia, de petulante ritmo, forma vana, fingido amor y artificial dolencia,” como diría Enrique González Martínez.²²

En estos años Othón formó su primer libro. Le dieron la materia, la fe, la patria y el amor, juvenilmente cantados dentro del eufórico y melancólico molde romántico. El libro lo dedicó a María P., posiblemente María Ponce. Contiene treinta y cinco poesías y tres epigramas; las fechas son de 1873 a 1875, excepto la del último epigrama, que es de 1876.²³

En este primer libro de Othón ni siquiera alcanza a delinearse con seguridad el autor de los *Poemas rústicos* y del *Idilio salvaje*. Entre la “declaración” a María P. y la descripción del asunto con la “India Brava” hay un abismo. Los *Ensayos poéticos* son pobres en recursos y en rima, abundan repeticiones forzadas e innecesarias, las poesías amorosas carecen de originalidad y el compromiso con la métrica, violenta los diptongos. Pero representa muy bien al Othón adolescente y romántico, suspirosamente romántico, que todavía no escribía teatro ni prosa ni imaginaba su tema vital. Es la primera etapa del poeta; la segunda sería la de la juventud, y la tercera —maciza, definitiva, original— la de la madurez.

En el Seminario, Othón encontró, en vísperas de la paz tuxtepecana —y porfiriana—, entre las últimas convulsiones revolucionarias de México, en el momento en que la cultura potosina se laiciza-

²² González Martínez, E. *El hombre y el búho*. México, 1944, p. 160.

²³ Othón, M.J. *Ensayos poéticos inéditos*. Edición y prólogo Joaquín Antonio Peñalosa. San Luis Potosí, con el perfil de *Éstilo*, 1947, xvii, 57, (2) p., 24 por 18 cms.

ba y se gestaba la formación de un grupo —el primero— de escritores y poetas, respetable y nutrido, en el Seminario, Othón encontró —y guardó para, acendrada, externarla después— la esencia de su conducta como hombre y de su estilo como poeta. De los “helénicos panales” recogió no lo pagano sino lo humanístico.

Desde el punto de vista literario, fuera de los clérigos del Seminario —Guajardo, Rodríguez, Carranco, Peña, oradores o escritores o poetas, pero de una formación estrictamente escolástica y clásica o neoclásica— Othón no tuvo más maestros. Los otros literatos de entonces —Macías Valadez, Gamarra, Barragán, los Cabrera— además de ser empíricos en literatura, o se metieron en cosas áridas, o en la política, y nunca tuvieron pretensiones de maestros. Los compañeros del poeta estaban como él. De ahí que el influjo de los autores en boga fuera decisivo en aquella juventud ansiosa, inexperta y, hasta cierto punto, literariamente incultivada.

En Othón, como en Ambrosio Ramírez y en Primo Feliciano Velázquez, pero no en los otros contemporáneos suyos, se nota una marcada inquietud por los clásicos latinos: Manuel José, antes de hacer la secundaria, estudió latín; volvió a estudiarlo al cursar humanidades; y se aplicó al griego cuando concluía la jurisprudencia. Y sin que se manifestara en su poesía de entonces, en la tierra virgen de su espíritu, hundía la semilla de su estilo clásico, rotundo, macizo, equilibrado, que más tarde habría de fructificar en los *Poemas rústicos*. En ellos, principalmente, encontramos el aroma de “la sangrienta flor” y el sabor de “los helénicos panales”.

Othón no fue un poeta místico, pero sí un poeta profundo, integral, medularmente católico. Concibió la naturaleza, el tema de sus temas, no al modo panteísta —hecha dios—, sino al modo cristiano: Dios presente en la naturaleza —criatura de Dios—, y toda la naturaleza que nos habla de Él, pidiéndonos la acompañemos en su perdurable himno latréutico y eucarístico. En el primero de los *Poemas rústicos*, “Invocación”, el poeta concluye ordenando a su Musa:

*que resuene en tu canto inmensamente
tu amor a Dios, tu culto a la Belleza,
alma del Arte y tu pasión ardiente
a la madre inmortal Naturaleza!*

El cristianismo de Othón, en su poesía, fue más de obra que de palabra, rehuyó los títulos a éste o a aquél, a ésta o a aquella virtud, y se concentró en el tema teísta en su sentido exacto. En los *Poemas rústicos*, excepto esa omnipresencia de Dios en la naturaleza, casi no hay alusiones teológicas, pero sí varias alusiones a los libros y personajes bíblicos. En el prólogo repite las palabras de Adán —“el padre del género humano”— al descubrir a Eva: *os ex ossibus meis et caro de carne mea*²⁴, y en las “Montañas épicas” vuelve a recordar la idea bíblica de la creación:

*Sus formas terroríficas y extrañas
sólo Dios modeló, no la ventura.*

Torna a la evocación bíblica en “Salmo de fuego” y en “Canto nupcial”:

*Surge de cada flor, de cada nido
un verso del “Cantar de los Cantares
y pasan del Hermón por los pinares
suspirando los vientos un gemido.
De Galaad por los collados bajan
triscando las ovejas. En las viñas
de Engaddi el zumo los racimos cuajan.*

El momento culminante de la Pasión sirve de final a “El ruiseñor”

Sólo yo alcé mi voz consoladora,

²⁴ Génesis II, p. 23.

*como una blanda y celestial caricia,
cuando Jesús agonizó en el huerto.*

La ritual invitación de la misa "*orate, fratres*" la convierte en el ruego de "Los Muertos":

*¡Ay!, por nosotros vuestra queja santa
levantad al Señor. ¡Orad, hermanos!*

Othón concluye sus "Poemas rústicos" —el libro maestro— con un himno a la Virgen, "Rosa mística", como también concluyó el "Himno de los bosques" recordando la mariana oración del Ángelus—nombre, igualmente, de otro poema *Angelus Domini*—:

*del universo el corazón murmura
esta inmensa oración: ¡SALVE MARÍA!*

Así concebía el poeta la "madre inmortal Naturaleza", murmurando una "inmensa oración".

Mucho más frecuentes que las anteriores evocaciones cristianas son las citas mitológicas, pero empleadas discretamente, y sólo para unos cuantos dioses, especialmente Pan, el dios de los ganados, quien presidía los rebaños y representaba a la naturaleza entera personificada. Es que —como explica Alfonso Reyes— "Othón puede usar de la mitología antigua en varias ocasiones, pero sólo para resumir alguna idea poética en una fórmula precisa; no la usa para adornarse con ella, sino para explicarse con ella alguna vez"²⁵.

El citado autor —que trató a Othón— advierte que: "Manuel José Othón conocía sus clásicos y era entendido como pocos en su oficio"²⁶, advertencia que corrobora López Portillo cuando dice

²⁵ Reyes, A. "Los Poemas rústicos de Manuel José Othón". En *Obras Completas*, p. 1055.

²⁶ *Ibid.* p. 1056

que era un “conocedor profundo de los poetas latinos, profesábales a todos una admiración sin límites, pero sobre todo, a Virgilio. Leía constantemente a Mantuano”²⁷. Éste fue, evidentemente su predilecto, de él tomó parte de la Égloga IX para epigrafe de los *Poemas rústicos* y “la afición del campo, el don de lágrimas y el profundo clamor humano que requella bajo el campanileo de sus versos,”²⁸ pero no a lo bucólico, sino según su propio original modo. Se notan también, en Othón, huellas de Horacio, en menor escala; y de los otros grandes latinos, nada. En cuanto a los griegos — “los helénicos”, en sentido estricto— sólo el espíritu de la cultura grecorromana.

En el Seminario Manuel José Othón encontró los “helénicos panales” y también, abierta, “la sangrienta flor del cristianismo” que hecha botón probó en su hogar. En los *Ensayos poéticos* —el libro escrito durante su permanencia en el Seminario—

Manuel José Othón —dice el mejor de sus críticos— trata expresamente motivos religiosos y baña toda su poesía con la fragancia cristiana, no por mera tendencia de escuela, sino porque, de abolengo cristiano, nació en el seno de una familia profundamente católica y fue educado, ya a los once años, en el Seminario de San Luis Potosí.²⁹

La primera poesía de este libro se intitula “Dios”, la segunda “A la Fe”. Se conserva íntegro un discurso de Othón sobre la necesidad de la instrucción religiosa en la escuela,³⁰ y es característico el escudo que deliberadamente quiso que fuera en el frontispicio de los *Poemas rústicos*, a propósito del cual le ordenó a Delgado:

Le acompaño un dibujo —mío; y ya usted verá que no soy, en la materia, un émulo de Ruelas—; es un escudo —marca de fábrica— que quiero que vaya en la carátula de todas las obras mías que se publiquen. Es simbólico

²⁷ López Portillo y Rojas. “Elogio de Manuel José Othón”. En *Obras*, I, xxviii.

²⁸ Reyes, *loc. cit.*

²⁹ Peñalosa, prólogo a *Ensayos poéticos inéditos*, p. vii.

³⁰ Biblioteca Pública de la UASLP. MS. 801.1, XIII, p. 65-72.

y le diré lo que quise representar, aunque no lo haya logrado: es un triángulo equilátero, en cada uno de cuyos lados —el ángulo queda para abajo— están escritas las palabras latinas: lo Verdadero, lo Bello, lo Bueno. En el centro, una cruz de brazos iguales sobre un sol que flamea —eso negro que usted ve, son rayos luminosos—: lo cual representa a Jesucristo, el Verbo Eterno de Dios, que es el foco de todo Arte, de toda Ciencia, de todo lo que hay inteligente en el hombre. Es decir, en fin, mi lema, para todo lo que yo he escrito y escriba.³¹

Pero más que en su arte —“el tema vital” magistralmente explicado por la doctora Bernice Udick— en su vida se mantendría fresca y activa la potente savia del “helénico panal”; y sin claudicaciones ideológicas, Manuel José Othón se mantuvo erecto en una época positivista y laica y liberal, como fue la que vivió en su madurez.

³¹ Othón, *Epistolario*, p. 43.

IV. LA NO MUERTA FALANGE

Hay un aspecto, local si se quiere, pero interesante, en la vida y obra de Manuel José Othón, que ha pasado desapercibida por sus biógrafos y críticos: su influjo decisivo en el nacimiento de la actual cultura potosina y en la autoeducación literaria y estética de la falange de escritores, periodistas y poetas de la que él formó parte.

Manuel José Othón entra a las letras potosinas en un momento —en San Luis Potosí y aún en México— de transición de “las contiendas de hermanos” a la paz porfiriana, del fin político de los conservadores y del Imperio a la consolidación del liberalismo y de la República, del catolicismo tradicional al laicismo, de las artesanías a la incipiente industrialización y, sobre todo, del traspaso del dominio de la cultura —humanística y escolástica—, hasta entonces casi exclusivamente en manos de los clérigos, a las manos de todos, haciéndose entonces la cultura moderna, laica y diversa.

Desde los tiempos de fray Diego de la Magdalena (1590) hasta la infancia de Manuel José Othón, tanto la baja como la alta cultura potosina, sea porque las instituciones eran de ella, sea por el influjo que ella ejercía en todos los órdenes, aún en el político, estaba o exclusiva o casi exclusivamente en manos de la Iglesia. Por mil quinientos ochenta y tantos o noventa, fray Diego plantó la primera escuela para indios; luego, trazada la ciudad, fray Diego Basalénque abrió los primeros estudios de gramática; poco después los jesuitas inauguraron su Colegio. Éste fue clausurado en 1767, y la juventud potosina se quedó sin nada en donde hacer los estudios secundarios. Concluida la Independencia, en los conventos, ya de

mercedarios ya de franciscanos, se dieron clases de humanidades y de filosofía a pequeños grupos de jóvenes. Correspondiendo a una urgente necesidad, en 1826 el Pbro. Dr. D. Manuel María de Gorriño y Arduengo abrió el Colegio Guadalupano Josefino, y sus rectores siempre fueron sacerdotes, aunque dependiera del gobierno. Este Colegio, a mediados del siglo pasado, sufrió muchas desventuras. Pero no había otro. El Instituto Científico y Literario de San Anastasio, fundado poco antes de que naciera Manuel José Othón, y agregado al “Nacional y distinguido de San Juan de Letrán de México”, duró poco y no dejó huella. Finalmente, de enero a julio de 1859, el Colegio Guadalupano Josefino fue clausurado dos veces, y en agosto, Chico Sein le quitó definitivamente el viejo edificio construido por los jesuitas, lo echó a la calle y fundó —en decreto, nada más— el Instituto Científico y Literario de San Luis Potosí que vino a abrirse dos años más tarde, en mayo del 61. Su primer director fue el presbítero Mariano Saldaña. La Escuela Normal para profesores, fundada en 1849, sólo ha servido para hacer maestros de escuela y nunca ha significado gran cosa en la alta cultura potosina; la de profesoras, se fundó muchos años después.

Para 1869, el año en que ingresó Othón al Seminario, no había más planteles de enseñanza superior que aquél y el Instituto Científico y Literario. Éste, que apenas empezaba; el otro, con un buen cuerpo de profesores, larga experiencia y perfectamente acreditado. En la década del 60, con la fundación del Instituto Científico y Literario empieza a declinar el predominio de la cultura escolástica, una, clásica, tradicional, humanística y disciplinada, y empieza a desarrollarse la otra cultura, laica, plural y positivista. Sin embargo, durante todo ese medio siglo, mantuvo la preferencia el Seminario Conciliar Guadalupano Josefino, y en él, hicieron la secundaria —y aun la profesional— los mejores literatos de entonces, uno de ellos, el licenciado Primo Feliciano Velázquez, quien fue hijo exclusivo del Seminario.

Esto por lo que se refiere a las instituciones docentes. Se cuentan aparte los grupos y sociedades culturales o científicas y las acti-

vidades literarias y artísticas.

De 1828, el año de la aparición del primer periódico potosino —la primera imprenta había empezado a trabajar once años antes, en Armadillo, S. L. P., construida y manejada por los Infante—, a 1872, el año en que Othón publicó, en *La idea del Progreso* —cuyo redactor era— sus primeras composiciones, se editaron muchos periódicos y revistas, de dos a doce por año, pero casi todos ellos políticos, de unos contra otros; por excepción aparecía uno religioso o de variedades. En eso se ocupaban los escritores potosinos, convertidos en improvisados periodistas políticos, en atizar el fuego de la “contienda de hermanos” con sus escritos. Una idea de estos escarceos periodísticos nos la da el doctor Francisco Javier Estrada al recordar sus aventuras de escritor político: era director del *Periódico Oficial*,

mas como en éste no era posible contestar a tanto papelucho —dice— que salía provocándome con miles de insultos, inventé publicar otro periódico extra oficial que titulé *El Zurriago*, en el que les devolví a mis detractores sátira por sátira, burla por burla, e insulto por insulto, y para conservar el anónimo y que ellos se extraviaran en sus conjeturas respecto del verdadero editor de *El Zurriago*, solía de vez en cuando echar uno que otro zurriago al *Periódico Oficial* de que yo era redactor al mismo tiempo.¹ Época de abatimiento intelectual, por cierto —la llamó el doctor Castro—: apenas si había uno que otro periódico de vida efímera (hablo de los periódicos exclusivamente literarios) que desaparecía ante la frialdad de la sociedad potosina, y muy feliz podía considerarse el escritor que en ese tiempo encontrase lectores.²

Entre esos periódicos de “vida efímera” merecen citarse, como agentes precursores de la cultura potosina, *El Álbum de las Señoritas Potosinas*, que salió en julio de 1867, por obra de Luis G. Toro —en cuya escuela, entonces, estudiaba Othón—, Rafael del Casti-

¹ Estrada, *op. cit.*, p. 211.

² Castro, F. de A. “Las letras potosinas”. En *Estilo* 28, octubre-diciembre 1953, p. 186.

Ilo y Ramón Guerrero, y sobre todo, *La Ilustración Potosina* (1869—1870), semanario dirigido por el célebre José T. Cuéllar (Facundo) y José María Flores Verdad, con ilustraciones de Villasana. *La Ilustración Potosina*, al fin dirigido por el gran Facundo, experimentado ya en las tareas periodísticas y literarias en otros lugares, fue la mejor revista en su género hasta entonces publicada, y de las mejores que ha habido. Hizo escuela. De 1872, el año en que Othón y compañeros publicaron *La idea del progreso*, las revistas científico-literarias se multiplicaron: *La Aurora* (1874), *La Esmeralda* (1875), *El Búcaro* (1876), *El Pensamiento* (1876), *La Instrucción Primaria* (1877), *El Álbum* (1878), *La Quincena* (1878), *La Esmeralda* —segunda época— (1879), *El Porvenir* (1879), etc., etc., y en buen número de ellas anduvo como director o redactor Manuel José Othón.³

El “Himno Nacional Mexicano” (1854) es la primera obra de valor escrita por un potosino. Antes de Francisco González Bocanegra, su autor, no encontramos ningún otro, excepto el poeta latino Modesto Santa Cruz, cuyo nombre merezca escribirse en la historia de la literatura mexicana o universal. La producción literaria potosina anterior a Manuel José Othón es bien pobre. El citado presbítero Modesto Santa Cruz, en 1850, escribió un precioso poema “*Brevis descriptio vespertis verni quodam in vico Reipublicae Mexicanae. Anno 1850*” —que después tradujo Othón—⁴, y en 1857 publicó el *Arte poética de Horacio*,⁵ con algunas observa-

³ Cfr. Meade, *op. cit.*; Montejano y Aguilera, R. “Cincuenta y tres adiciones a la “Hemerografía potosina” de Meade, en *Fichas de Bibliografía Potosina*. San Luis Potosí, III, 3-4, julio-diciembre 1956, p. 125-129.

⁴ Cfr. Peñalosa, J. “Modesto Santa Cruz, un juguete de la literatura latino mexicana : con las versiones castellanas de Manuel José Othón y Ambrosio Ramírez”. En *Abstide XX*, 3, julio-septiembre 1956, p. 251-282.

⁵ *Arte poética de Horacio* con algunas observaciones en forma de notas, por el presbítero D. Modesto Santa Cruz, catedrático de medianos y mayores en el Seminario Conciliar de esta Capital, y ocho odas del mismo poeta, traducidas en metro castellano por el célebre Sr. D. Leandro Fernández de Moratín. Obras que se publican para el aprovechamiento y mayor comodidad de la juventud potosina. San Luis Potosí, 187. Imprenta de Genaro Dávalos, a cargo de Antonio Luna, 2a. calle de la Concepción. ih., 49 p., 15.5 cm.

ciones y notas; en 1853 el profesor Casa-Madrid dio a luz sus *Elementos de gramática castellana*;⁶ en 1856 el presbítero Crescencio Rodríguez editó su *Breve relación histórica del magnífico templo de la villa de la Soledad*;⁷ en 1858, desterrado ya, el Ilmo. Sr. Barajas relató la *Persecución contra el Ilmo. Sr. Obispo de San Luis Potosí Dr. D. Pedro Barajas*⁸, que escribió el historiador Francisco Peña; en 1866 apareció un folleto del canónigo Guajardo *Noticia histórica de la reedificación y consagración de la Santa Iglesia Catedral*;⁹ los sermones que por esos años pronunció el mismo célebre orador sagrado se dieron a la prensa, en edición póstuma, en 1877;¹⁰ en 1865 apareció, en folletín, la primera novela potosina *Luisa o San Luis Potosí desde 1858 hasta 1860*, por Francisco de P. Palomo; este mismo escritor publicó al año siguiente, 1866, otra novela *Trabajos de Hércules*;¹¹ luego, en 1869, José T. Cuéllar da a conocer dos de sus novelas *Ensalada de pollos*, en *La Ilustración Potosina*¹² y *El Pecado del Siglo*;¹³ más tarde, en 1872, Cabrera

⁶ *Elementos de Gramática Castellana*, según las doctrinas de la Academia Española, D. Pedro Martínez López, D. Joaquín Avendaño, D. Vicente Salvá y los señores Noel y Chapsal, por Viviano G. Casa Madrid. Obra aprobada en 1853 por la Compañía Lancasteriana de San Luis Potosí, y en 1857 por el Gobierno del Estado de México. San Luis Potosí, Imp. de Silverio María Vélez, 1877. (10 edición corregida). 64 p., 15 cm.

⁷ *Breve relación histórica del magnífico templo de la Villa de la Soledad, y de su augusta dedicación solemnisima*, que, por insigne beneficio de la inefable Providencia del Señor tuvo lugar el 6 de abril de 1856. San Luis Potosí, imprenta de G. Dávalos, 1a. calle de la Sacristía, núm. 5, 18 p., 19-5 cm.

⁸ *Persecución contra el Ilmo. Sr. Obispo de San Luis Potosí Dr. D. Pedro Barajas*. Su destierro y el de las Comunidades Religiosas de San Francisco y la Merced de la misma ciudad. San Luis Potosí, imprenta de Genaro Dávalos, 2a. calle de la Concepción núm. 2, 1858. 32p., 21 cm. El texto de este opusculo fue dictado por el Ilmo. Sr. Barajas al historiador Canónigo Peña, su acompañante en el destierro.

⁹ *Noticia histórica de la reedificación y consagración de la Santa Iglesia Catedral de San Luis Potosí*. San Luis Potosí: 1866. imprenta de Genaro Dávalos, 2a. calle de la Concepción, núm. 2. 11 p., 20 cm.

¹⁰ *Sermones* del Sr. Lic. D. José Ma. Guajardo, canónigo que fue de la Santa Iglesia Catedral de San Luis Potosí y Rector del Seminario Conciliar. Obra póstuma publicada con licencia del Ordinario. San Luis Potosí, Imprenta de Dávalos, calle de S. Francisco. 1877. 4 h., 165, (1) p., 21 cm.

¹¹ *Luisa o San Luis Potosí desde 1858 hasta 1860*. Novela histórica original de D. Francisco de P. Palomo. San Luis Potosí. Tip. de Dávalos, segunda calle de la Concepción núm. 2, 1865. 350 p., 20 cm.

¹² *La Ilustración Potosina*, San Luis Potosí, p. 51—55, 57—60, 78—84, 89—95, 115—125, 141—146, 154—160, 171—172, 180—184, 189—191, 223—226, 237—240.

publicó su monografía sobre León, Gto.,¹⁴ y en 1876 su libro *La Huasteca*; el año anterior, 1875, Gregorio de la Maza editó un volumen de poesías *Flores de la montaña*,¹⁵ en 1877 el presbítero Francisco A. Carranco, entusiasta propulsor de la literatura, dio al público un *Discurso*¹⁶ y en 1879 una larga *Poesía*,¹⁷ finalmente, en 1880, Manuel José Othón, patrocinado por Agüeros, dio a conocer su primer libro impreso *Poesías*.¹⁸ Tras él, Jiménez publicó sus *Reglas para la construcción de oraciones latinas*¹⁹ y su *Gramática*,²⁰ Castro *Hojas de un libro*²¹ y *Cuentos*,²² el citado Carranco, su *Biografía del maestro don Eusebio Zavala*,²³ y Moya, una traducción de *De los deberes del hombre*, de Pellico.²⁴ En 1884, entre el eco de sonoros y optimistas aplausos, Othón imprime la primera edición de su drama *Después de la muerte*.²⁵ En los ochenta y no-

¹³ *El pecado del siglo*. Novela histórica (Época de Revillagigedo, 1769). Por José T. de Cuéllar. San Luis Potosí, Tipografía del Colegio Polimático, 1869. 580 p., 22 cm.

¹⁴ *Notas tipográficas y estadísticas de la ciudad de León de los Aldamas*. Por Antonio J. Cabrera, agrimensor titulado. San Luis Potosí, Tip. de Dávalos, calle de San Francisco núm. 8. 1872. 56 p., 15.5 cm.

¹⁵ *Flores de la montaña*. Poesías de Gregorio de la Maza. San Luis Potosí. Imprenta de Dávalos (1875?).

¹⁶ *Discurso* del Señor Presbítero D. Francisco de A. Carranco pronunciado en la solemne repartición de premios del Colegio de S. Luis, la noche del 5 de diciembre del corriente año. S.L.P., Impreso por Vicente Exiga, en la Tipografía de Dávalos. 1877. 15, (1) p., 21.5 cm.

¹⁷ Presbítero Francisco A. Carranco. *Poesía pronunciada en la Solemne Distribución de Premios del Seminario Conciliar de San Luis Potosí*, el 9 de noviembre de 1879. San Luis Potosí. José María Dávalos, impresor. 1879. 8 p., 21 cm.

¹⁸ Manuel José Othón. *Poesías*. San Luis Potosí. Imprenta de Dávalos. 1880. xl, 166, (1) p., 22 cm.

¹⁹ *Reglas para la construcción de las oraciones latinas, extractadas de los mejores gramáticos*. Por el Lic. José de Jesús Jiménez. Dedicadas a los cursantes de Latinidad. San Luis Potosí. Imprenta de Dávalos. 1881. 36 p., 16 cm.

²⁰ *Lecciones de Gramática General*, escritas por el Lic. José de Jesús Jiménez. San Luis Potosí. Imprenta de Dávalos. 1884. 127, (1) p., 15.5 cm.

²¹ *Hojas de un libro*. San Luis Potosí. imprenta de Vélez e hijos, primera calle de Guerrero núm. 3, 1882. 29 p., 17 cm.

²² "Cuentos de la montaña". No nos ha sido posible ver ningún ejemplar de este folleto.

²³ *Biografía del Maestro D. Eusebio Zavala*, escrita por el Sr. Presbítero don Francisco A. Carranco y publicada por varios de los amigos del difunto maestro. San Luis Potosí. 1882. Imprenta de la Escuela de Artes "Benito Juárez", dirigida por V. Exiga. 11 p., 21.5 cm.

²⁴ *De los deberes del hombre; consejos a un joven* por Sylvio Pellico de Saluces, versión castellana de Mario Moya. San Luis Potosí. Imprenta del Comercio. 1884.

²⁵ *Después de la muerte*, drama en tres actos, original y en verso por Manuel José Othón. Estrenado

venta, ya madura aquella generación, se multiplicaron las obras de diversa índole.

Las letras potosinas, ya como un arte permanente, difundido y de consideración, no como meras producciones esporádicas, nacen propiamente en 1869, el año en que Manuel José Othón entró al Seminario. El principio está en *La Ilustración Potosina*, la magnífica revista, superior a todas las anteriores, editada por Facundo. Éste, en su breve estancia en San Luis, contribuyó eficazmente al nacimiento de las letras potosinas. Venía de México, donde había estudiado humanidades, filosofía y pintura en los colegios de San Gregorio, San Ildefonso, Militar de Chapultepec y Academia de San Carlos; traía una buena experiencia —como que se había iniciado en 1848 en las tareas literarias, colaborando en la prensa y ensayándose en el teatro²⁶— y entusiasmo: fundó *La Ilustración Potosina*, dirigió *el Periódico Oficial* y dio a conocer dos de sus obras y varias crónicas teatrales. San Luis Potosí no había visto un literato de tamaña estatura. Y aquí encontró un grupo de jóvenes capaces y dispuestos, de éstos, algunos pudieron aprovechar su trato y experiencia, otros no, entre ellos Othón, pero sí lo conoció, y tal vez fue con motivo de aquella “Alocución pronunciada por el C. José T. de Cuéllar, al pie del altar de la patria, el día 16 de septiembre de 1868” ante los chiquillos de las escuelas.²⁷ Facundo se ausentó de San Luis hacia 1871, pero ya estaba echada la semilla.

Fundóse hacia el año de 1872 —en mayo, poco después de la ida de Facundo, recuerda el doctor Castro—, una sociedad literaria, acaso la primera de su especie que pudo organizarse en San Luis y a la que pertene-

en el Teatro Alarcón de San Luis Potosí, el 30 de diciembre de 1883. San Luis Potosí, imprenta de Dávalos, 1884. 86 p., 21 cm.

²⁶ González Peña, C. *Historia de la literatura mexicana*, p. 339; Pérez Martínez, H. *Facundo en su laberinto*. México, 1934, p. 17-24.

²⁷ *Discursos y alocuciones* pronunciadas en los días 15 y 16 de septiembre de 1868 por los CC. oradores nombrados por la Junta Patriótica Popular Militar. (San Luis Potosí), Imprenta de Vélez, (1868), p. 7-14.

cieron jóvenes como Paulo Colunga, Jacobo Dávalos, Gonzalo Verástegui, Pedro Galindo y otros ya ventajosamente conocidos — la mayoría de ellos alumnos del Seminario—.

Tuvo esta sociedad un órgano, *La idea del progreso*, el cual obtuvo una benévola acogida, y fue, digámoslo así, el primer periódico que comenzó a despertar el gusto literario entre los que hasta entonces habían permanecido indiferentes a los estudios y a las letras. Más tarde, los mismos jóvenes, perseverantes en su idea de ser los iniciadores del progreso de la literatura potosina, fundaron otra sociedad y otro periódico, *La Aurora*, que como el anterior fue perfectamente acogido por la sociedad y la prensa mexicana. Todavía algunos años después, y ya suficientemente conocidos, organizaron la 'Sociedad Alarcón' que fue hacia 1876 la mejor asociación literaria establecida en nuestra Capital y la que más simpatías captó por su buena organización y recomendables trabajos. Dio repetidas veladas literarias que proporcionaron a la sociedad de San Luis ratos de verdadero solaz, y en las cuales se leyeron piezas de verdadero mérito, como un trabajo sobre Galileo, escrito por el modesto joven, hoy Dr. D. Antonio F. López, y muy buenas poesías de Colunga, Arriaga y Manuel José Othón, el poeta dramático que tantos laureles ha conquistado últimamente. Estimulados por el ejemplo de la 'Sociedad Alarcón', reuniéronse varios otros jóvenes para dedicarse al cultivo de las bellas letras, y se fundaron la 'Bohemia Literaria' que tuvo por origen 'La Adelfa', y las sociedades 'Humboldt' y 'Rodríguez Galván', la primera de las cuales se dio a conocer con una velada literaria dada en obsequio de Guillermo Prieto, entonces nuestro ilustre huésped. Más tarde se fundó el 'Liceo Científico y Literario'.²⁸

Del "Liceo" fue fundador y director el presbítero Carranco quien, el 2 de septiembre de 1877, siendo presidente Francisco de A. Castro y secretario José M. García, extendió nombramiento de socio supernumerario a Manuel José Othón.

Acerca de la "Sociedad Alarcón" escribió Ventura Dávalos:

En el seno de la 'Sociedad Alarcón', y al amoroso abrigo de la poesía, nacieron y se educaron, por decirlo así, los jóvenes literatos a quienes hoy

²⁸ Castro, F. de A. "Las letras potosinas". En *Estilo*, 28, octubre-diciembre 1953, p. 186-187.

ha concedido la prensa un puesto de honor y para quienes reserva el arte una hoja de laurel de su corona. *El Búcaro*, fue el primer periódico que publicó la sociedad de que nos ocupamos, y en él aparecieron algunos ensayos literarios, no muy elegantes en su forma, pero que a la vez indicaban la vigorosa inspiración de sus jóvenes autores. Al reorganizarse, la 'Alarcón' dio a luz una publicación intitulada *La Esmeralda* y a sus redactores les cupo la honra de ver reproducidas algunas de sus composiciones en varios periódicos de nombradía".²⁹ En mayo de 1876, Manuel José Othón escribió un poema "A la Sociedad Alarcón, al inaugurar sus trabajos.

Sobre esta misma sociedad, le contaba Othón a Pepita, su novia, en 1878:

El movimiento literario que parecía iba acabándose, ha vuelto a reanimarse de un modo notable. La 'Sociedad Alarcón' ha vuelto a levantarse; sólo somos hoy doce socios, pues corrimos a todos los demás que entorpecían su marcha. Dentro de unos días empezará a publicarse un periódico literario. Yo te lo mandaré.³⁰

Además de estas sociedades literarias citadas hubo otra, tiempo después, para señoritas, fundada y dirigida por el licenciado José de Jesús Jiménez. En el *Tercer almanaque potosino para el año de 1888*, arreglado por Antonio Cabrera, se incluyen algunas "composiciones por señoritas de la Academia Dominical Literaria de esta Ciudad".³¹

Del 70 en adelante se nota una euforia literaria. La producción rebasó los límites de las revistas y libros: en los anuarios del Seminario y del Instituto Científico y Literario o en folletos conmemorativos de ciertos actos inaugurales o de veladas artísticas, aparecieron bastantes discursos y poesías. En los anuarios del Seminario publicaron por primera vez lo suyo, de una manera formal, los abo-

²⁹ *La Voz de San Luis*, 15 de abril de 1883.

³⁰ Carta del 27 de febrero de 1878. Biblioteca Pública de la UASLP.

³¹ *Tercer almanaque potosino para el año de 1888*, arreglado por Antonio Cabrera. San Luis Potosí, 1888, p. 70-82.

gados Primo Feliciano Velázquez y Ambrosio Ramírez. Aun los periódicos oficiales dieron cordial cabida a esta clase de composiciones.

La afición literaria prendió pronto en la generación aquella a la que perteneció Othón. La prueba la tenemos, más que en los libros editados por ellos, en las numerosas revistas y en las frecuentes tertulias organizadas por aquellos grupos culturales. Sin maestros que los guiaran—excepto los del “Liceo”, dirigido por el presbítero Carranco, y la efímera presencia de Facundo—, aquellos jóvenes, desde el punto de vista literario, se formaron solos. Sobre la base de lo aprendido en las clases de “latinidad y retórica”, no tenían más enseñanza que la lectura de los autores en boga y de lo que escribían los compañeros. Uno de ellos, Ventura Dávalos, se quejaba en 1883:

Los escritores potosinos no han concurrido nunca a una clase de Literatura, que hasta hace poco se fundó en el colegio del Estado y en el Seminario Conciliar de esta ciudad; y los amantes de las letras se han lanzado a la arena candente del periodismo, sin otro maestro que su inspiración y sin otros consejos que los de su propia experiencia.³²

La falta de formación la suplía el entusiasmo. Y el más entusiasta de toda aquella falange fue Manuel José Othón. Él mantuvo siempre, pero de una manera muy especial en los años de universitario, su espíritu abierto a toda manifestación artística, lo mismo de teatro, que de poesía, que de música. En ese tiempo en que todos escribían, él fue el más fecundo y activo: en un año escribió cinco dramas. A tanto llegó su actividad, que descuidó los estudios más de lo conveniente. En 1879, cuando estudiaba el cuarto año de jurisprudencia, casi ni asistió a clases: alcanzó ciento treinta y cinco faltas de asistencia.³³ En dicho año, llevado por su entusiasmo vol-

³² Dávalos, V. “Las letras potosinas”. En *La Voz de San Luis*, 15 de abril de 1883.

³³ Cfr. *La Unión Democrática*, 9 de octubre de 1879.

vió al estudio del inglés—ya antes lo había estudiado en el Seminario—, iba en el segundo curso, pero—advierde la *Noticia* correspondiente— “el alumno Manuel José Othón no se presentó [a examen] por haber separado de la clase”;³⁴ también estudió griego, y lo mismo: “dejaron de examinarse—aclara la citada *Noticia*— por haberse separado de la clase, los jóvenes Manuel José Othón y Ponciano Arriaga”.³⁵ Sin embargo, a pesar de las ciento treinta y cinco faltas de asistencia y de la pérdida de tiempo, de los seis alumnos que presentaron el examen final de cuarto de jurisprudencia, siendo profesor el licenciado Tomás del Hoyo, Othón fue el que quedó mejor, obtuvo M. B. M.³⁶ Se explica, había repetido año.

Algunos meses antes, el 7 de enero de 1878, el poeta escribía a su novia: “Hace ocho días me examiné de tercer año, y con el favor de Dios, salí bien. De consiguiente, mi vida, este es el último año que estudio, y creo que dentro de año y medio me recibiré; yo, a lo menos, voy a hacer todos los empeños por lograrlo”.³⁷ Mas estos empeños fueron vanos. Manuel José Othón presentó su examen profesional, no un año y medio después, como promete aquí, sino casi cuatro años más tarde, el 29 de diciembre de 1881³⁸—aunque

³⁴ *Noticia de los alumnos del Instituto Científico y Literario del Estado*, con expresión de los que fueron examinados en el año escolar que hoy termina, sobre las materias que en seguida se expresan, las calificaciones que obtuvieron, los que han sido dignos de premio de instrucción o mérito, los que no se presentaron a examen y el número de los que en cada clase fueron reprobados. (San Luis Potosí, 17 de noviembre de 1879), p. 6.

³⁵ *Noticia*, p. 6.

³⁶ *Noticia*, p. 19.

³⁷ Carta del 7 de enero de 1878. Biblioteca Pública de la UASLP.

³⁸ Acta del examen de Manuel José Othón. “En la ciudad de San Luis Potosí, a los veinticuatro días del mes de octubre de mil ochocientos ochenta y uno, siendo las tres de la tarde, se instaló en el salón o aula mayor del Instituto Científico, el jurado que ha de proceder, según acuerdo del Sr. Director del Establecimiento, al examen por suficiencia del alumno Manuel Othón, en las materias quinto y sexto año de Derecho, a saber: Derecho Mercantil, por Pradier Federé y letras de cambio, por Zamorano; Procedimientos civiles (el Código), Derecho de minas y legislación federal, incluyéndose en la primera, de las materias determinadas, las Ordenanzas de Bilbao; de Derecho penal filosófico, por Pacheco, legal, Código Penal y Medicina Legal, Hidalgo Carpio.— El jurado de examen, formado de los catedráticos: doctor Jesús Monjaraz y licenciados Francisco Gama y José M. Undiano, presidiendo el último y funcionando de Secretario el primero, procedió a cumplir con su cometido, preguntando cada uno de los sinodales sobre las materias que enseña por un tiempo de treinta a cuarenta y cinco minutos cada uno.— Concluido el acto, se procedió a recoger la votación,

el título está fechado el 28 de mayo de 1888, y el de Escribano Público está datado en Durango, a 15 de julio de 1898—. Cuando Manuel José estudiaba el tercer año, logró que la novia le diera unas hebras de su pelo y un retrato; al agradecerle a ella el adorado obsequio, le escribía:

Tambien te agradezco inmensamente lo del retrato, y hoy te lo doy: sólo te ruego me lo devuelvas lo más pronto posible, pues no puedo estar sin él ni un solo momento; hasta cuando estudio, lo llevo en el libro, lo que da por resultado que no estudio nada...³⁹

En el 78 la muerte de su madre, pero en general la poesía, las tertulias y el teatro, sobre todo, además del noviazgo—por correspondencia— distrajeron mucho a Othón. De tal época datan las primeras y la mayoría de sus obras teatrales. Se inició en el teatro con *Herida en el corazón*, estrenada en el Alarcón el 14 de octubre de 1877, juntamente con *Una señora de antaño*, de Paulo Colunga; luego escribió *La sombra del hogar*, presentada en el mismo teatro por la compañía dramática española de María Rodríguez, el 11 de mayo de 1878. Estas dos piezas se han perdido; de la segunda conocemos su argumento nada más, tanto porque el poeta describió el desarrollo del primer y segundo acto en carta a la novia,⁴⁰ como por la crítica que de ella hizo Colunga.⁴¹ De este año son, también, *La cadena de flores*, perdida por mucho tiempo y publicada hace poco por Zavala, presentada en dicho teatro y *Con el alma y con la espada* y *Sendas de amor*, que no se representaron y tampoco se

dando el siguiente resultado: En Derecho Mercantil, letras de cambio y Ord. de Bilbao: M.M.M.— En Derecho de Minas: M.M.M.— En Derecho penal filosófico y Código Penal: M.M.M.— En Medicina legal: M.M.M.— Rectificadas las materias de examen con vista de la comunicación del Sr. Director, se excluyeron las siguientes: Procedimientos civiles y penales y Legislación federal.— José M. Urdiano, (rub.) Francisco P. Gama, (rub.),— J.E. Monjaraz, Srio. (rub.)". Archivo de la UASLP.

³⁹ Carta sin fecha (junio? 1878). Biblioteca Pública de la UASLP.

⁴⁰ Carta del 3 de marzo de 1878. *Ibid.*

⁴¹ En *La Unión Democrática*, 23 de mayo de 1878, reproducida en *Estilo*, 46 (abril-junio 1958) p. 109-112.

conservan. En la citada carta del 7 de enero de ese año, le escribía Manuel José a Pepa:

Me he distraído algo escribiendo, no versos sino piezas dramáticas. He concluido una en un acto titulada *Sendas de amor* y un drama en tres llamado *Con el alma y con la espada*. Actualmente estoy escribiendo una comedia en tres actos que se llama *La sombra del hogar*, si me sale buena la corrección, las daré al teatro cuando venga Enrique Guasp con su compañía, que será pronto.⁴²

En un año —junio de 1877 a mayo de 1878— el poeta escribió cinco piezas teatrales, con mengua de los estudios, por supuesto; luego la muerte de su madre cortó la inspiración. Felipe Muriedas y Eduardo Pitman, con cuñados entre sí y por consiguiente primos hermanos políticos de Manuel José, comentaban la cosa: “¡Pobre de Pudenciana con el hijo poeta!”.

En la afición teatral de Othón ciertamente que influyó Facundo. Éste, como llegado de la Capital y experimentado en todas las cuestiones literarias, sabía más y conocía más, aun de teatro, que cualquiera de los potosinos. Sus crónicas teatrales, agudas, ágiles, completas, muy distintas de las gacetillas que aparecían en las revistas y periódicos potosinos, ilustraron al público, especialmente a Othón y compañeros, e inauguraron aquí una nueva crítica teatral.⁴³ Othón siguió los pasos de Facundo, y también él, además de Colunga y los otros, se dio a escribir sus opiniones sobre el teatro, desgraciadamente no todas se conservan.

En aquella época en que la cultura potosina actual se encontraba en la cuna, los espectáculos literarios fuertes eran las representaciones teatrales, bastante frecuentes, sea por las compañías llegadas de fuera, especialmente españolas, sea por los aficionados de casa. Hubo compañías que permanecieron aquí todo un mes expo-

⁴² Carta del 7 de enero de 1878. *Ibid.*

⁴³ Cfr. Alcorta Guerrero, R. “Documentos para la historia del teatro en San Luis Potosí”. En *Estilo*, 21, enero-marzo 1952, p. 19-31. Reproduce las crónicas de Facundo.

niendo su amplísimo repertorio. En abril y mayo de 1878 actuó en San Luis una compañía; ésta, entre otras, puso en escena el 28 de mayo *Sor Teresa* y Othón publicó su crítica; un mes después llegó otra, permaneció unos quince días, y también el poeta se encargó de la crítica:

Esperaba el público con ansia que empezara sus trabajos la compañía dramática que se organizó últimamente en México para recorrer el interior de la República. Por fin, el domingo 25 del próximo pasado se presentó ante una numerosa concurrencia el cuadro completo de dicha compañía, manifestando, así, que las promesas hechas en el elenco estaban cumplidas. Después comenzó la representación. La obra con que se estrenó fue la preciosa comedia en tres actos y en verso del poeta español D. Luis San Juan titulada *Dulces Cadenas*, en la cual estuvieron verdaderamente felices los actores... El jueves 30 se estrenó en el teatro, como primera función de abono, el drama de Peón Contreras titulado *El Conde Peñalva*. Teníamos verdaderos deseos de conocer esa obra, tanto por ser del inspirado autor de *la Hija del Rey* y *Hasta el Cielo*, como por lo que la prensa de la Capital, ya favorable, ya desfavorablemente acerca de dicho drama nos había hablado. Queríamos desengañarnos por nosotros mismos. *El Conde Peñalva*, en nuestro humilde concepto, no tiene de bueno más que la versificación, que es en verdad brillante pero no natural en un drama, pues nos parece demasiado lírica; su argumento es altamente inverosímil. Tiene algunas situaciones verdaderamente conmovedoras y algunos golpes teatrales de buen efecto, tal es sobre todo al final del primer acto, el cual es a nuestro pobre juicio, lo mejor de la obra. Nosotros procuramos recoger las opiniones de los espectadores y los más están de acuerdo con la nuestra, por lo cual estampamos nuestras ideas, pues ellas no son más que las del público en general. Un amigo bastante inteligente a quien preguntamos su parecer, nos contestó: *El Conde de Peñalva* me parece una bonita colección de 'poesías líricas'. Esta es el resumen de todas las opiniones... El público espera con impaciencia la representación de las comedias del ilustre Mateos, de quien espera mucho bueno por su conocido talento y por los unánimes elogios que de sus obras ha hecho la prensa de la Capital. El domingo 2 del presente se puso en escena la conocida y hermosa comedia *El Tanto por Ciento* del gran autor del *Tejado de Vidrio*, a quien el público de San Luis ha admirado y aplaudido siempre. En su desempeño se distinguieron las Sras. Estrella, Paliza y Cejudo y los Sres. Baladía y Freire. El público quedó verdaderamente complacido con los actores que la desempeñaron. Estas son las tres obras en que hasta hoy ha tenido

ocasión el público de San Luis de aplaudir a los estimables actores que forman la nueva compañía. Vamos ahora a exponer el juicio que sobre cada uno nos hemos formado...⁴⁴

Othón no faltaba a estos espectáculos; y cuando se convirtió en dramaturgo, intimó con los actores más eminentes. Sólo por un tiempo, a raíz de la muerte de su madre—19 de junio de 1878— se retiró del teatro y dejó de escribir crónicas y dramas, pero todavía pudo asistir a la representación del drama de Echegaray *Con el puño de la espada*, el 6 de junio, en el Teatro Alarcón. De no ser por ese infausto acontecimiento, tendríamos más comedias, dramas y crónicas teatrales escritas por Manuel José Othón. Entonces el poeta estaba en plena euforia y no tenía problemas económicos. Cinco años más tarde reanudó sus actividades como dramaturgo con *Después de la muerte*, presentada el 30 de diciembre de 1883, por la actriz mexicana Concepción Padilla y el actor Francisco E. Solórzano.⁴⁵ El éxito de esta obra de Othón fue mucho mayor que el obtenido con las anteriores y uno de los más sonados en la historia del teatro en San Luis: el autor fue llevado al escenario muchas veces después de cada acto. Agradecido, escribía a Solórzano:

A usted debo el éxito obtenido inmerecidamente en la representación de este drama. Comparta U., pues, conmigo los aplausos del público y reciba en estas breves palabras la expresión sincera de mi gratitud. Por su digno conducto rindo a la eminente primera actriz americana María de la Concepción Padilla un homenaje de mi profunda admiración y respetuosa simpatía, puesto que con su gran talento supo elevar mi humilde obra a una altura que, a la verdad, no había imaginado siquiera.⁴⁶

⁴⁴ Las crónicas de Othón pueden verse, reproducidas en *Estilo*, Crónicas teatrales de Manuel José Othón, nota y transcripción de Joaquín Antonio Peñalosa, núm. 32, octubre-diciembre 1954, p. 183-188; "Una crónica teatral, un discurso y tres cartas de Othón", nota y transcripción de Rafael Montejano y Aguiñaga, núm. 40, octubre-diciembre 1956, p. 217-231.

⁴⁵ Cabe advertir, contra la falsa afirmación de Alfonso Toro "En memoria de Manuel José Othón", *Revista de Revistas*, México, XIII, 655, 26 de noviembre de 1922, p. 12—13, que *Después de la muerte* ni es la primera obra teatral de Othón, ni la escribió a los diecisiete años, ni fue "obra de un principiante", ni *Lo que hay detrás de la dicha* es superior al primero—*Después de la muerte*—.

⁴⁶ Carta del 4 de enero de 1884. Biblioteca Pública de la UASLP.

El general Bernardo Reyes, radicado entonces en San Luis, hizo gestiones para que se volviera a representar el drama. Y en efecto, el 2 de enero siguiente la misma compañía lo llevó a escena en una función especial de homenaje. Toda una apoteosis. El poeta vino expresamente desde Cerritos, S. L. P., y fue objeto de una recepción jamás vista, colmándolo de aplausos y regalos toda la sociedad potosina; en *La voz de San Luis* puede verse la optimista crónica de la representación, la lista de obsequios y los juicios críticos.⁴⁷ Escribió el cronista:

Habiendo alcanzado un espléndido triunfo en la noche del estreno el drama que el poeta Manuel José Othón escribió, titulado *Después de la muerte*, la sociedad a que el autor pertenece, acordó tributarle una ovación, haciéndose representar en dicho acto en los términos siguientes: Obsequio de las señoras de Coahuila residentes en esta Ciudad, presentado por D. Carlos Aguirre (h.); Obsequio del Sr. Gobernador del Estado, presentado por D. José F. Casarin; Obsequio de la guarnición federal de la plaza, presentado por el Sr. Lic. D. Adolfo Margain; Obsequio del Instituto Científico y Literario, presentado por el Dr. D. Alejo Monsiváis; Obsequio de los Sres. Abogados, presentado por el Lic. D. Primo Feliciano Velázquez; Obsequio del Comercio y Propietarios, presentado por los Sres. Manuel Peredo, Ricardo Muñoz y Alberto Facha; Obsequio de la Sociedad de Socorros Mutuos, presentado por el Sr. D. Jesús Ortiz; Obsequio de los Alumnos del Instituto Científico y Literario, presentado por D. Antonio Trujillo; Obsequio de los vecinos de las demarcaciones de Tequisquiapan, presentado por D. Jesús Peralta; Obsequio de los señores coahuilenses residentes en esta Ciudad, presentado por el Sr. D. Guillermo Aguirre; Obsequio de los Sres. médico—militares, presentado por el Sr. D. Francisco Antiga. Otros obsequios fueron presentados, y entre ellos merece especial mención el de los cargadores: dos hombres de mandil figuraron al lado de los hombres de frac. Todas las clases estuvieron representadas para ofrecer su digna corona al naciente genio dramático que es ya, según el Cuerpo de Abogados, una gloria de la literatura mexicana . . .

Este drama, además, le abrió a Othón las puertas de la Capital

⁴⁷ *La Voz de San Luis*, 3, 10 y 31 de enero de 1884.

—pudo más que la edición de *Poesías* prologada por Agüeros—, al presentarlo, año y medio después, María Servín, y la crítica metropolitana estalló en aplausos.

Después de la muerte, más que las otras piezas teatrales, y exceptuando *El último capítulo*, donde hay una marcada originalidad, acusa el fuerte influjo de José M. Echegaray, el fecundo dramaturgo español, sobre Manuel José Othón. Esta obra, en el fondo, no es sino una imitación de *El gran galeoto* —presentada varias veces en San Luis por el citado actor Solórzano—. De todos los dramaturgos, Echegaray fue el predilecto de Othón, y de él se hizo propagandista. En carta del 19 de octubre de 1879 le decía Adrián Aguirre a Othón:

Tanto me ponderaste la belleza de los dramas de Echegaray, que he devorado con febril anhelo los que se hallan de dicho autor en la Biblioteca Pública del Instituto de esta ciudad. Estoy convencido de que los elogios que tributabas a tan eminente autor eran justos y aun te quedaste corto en tus tributos de admiración hacia un hombre que como el señor Echegaray posee, segundo Moisés, la varita que hace llorar a la roca misma...⁴⁸

Entre los poquísimos libros que dejó la viuda del poeta y que eran de él, estaban diecisiete folletos con sendas piezas teatrales, desde *Hamlet* a *La venganza de los muertos*, poema dramático, imitación de una tragedia alemana, por A. Ituarte; de estos diecisiete, cinco son de Echegaray.

El apoteótico triunfo conseguido en San Luis Potosí con *Después de la muerte*, por lo mismo que Othón ya estaba casado, vivía lejos de la ciudad y tenía que luchar por la vida, no logró reincorporarlo al teatro, pero seguía pensando en los dramas. Año y medio después, *El Estandarte* daba esta noticia con motivo de una visita del poeta:

tiene terminadas (Othón) dos comedias, y una de ellas lista para darla a

⁴⁸ En *La Esmeralda*, San Luis Potosí, 6 de noviembre de 1881.

escena; de suerte que si viniera a visitarnos alguna compañía dramática, se nos presentaría la ocasión de aplaudir nuevamente al celebrado autor de *Después de la muerte*.⁴⁹

Una de estas piezas es el drama *Lo que hay detrás de la dicha*, estrenada con poco éxito, por la compañía de Concepción Padilla, el 14 de octubre de 1886; la otra, o se equivocó el cronista o era un mero proyecto que no alcanzó a tomar forma. *Lo que hay detrás de la dicha* fue la última pieza teatral extensa de Othón. Si en su juventud, por 1877-1878, fue fecundo dramaturgo, al alcanzar la madurez decayó su inspiración teatral. Entre *La cadena de flores* (1878) y *Después de la muerte* (1884), corrieron seis años; entre ésta y *Lo que hay detrás de la dicha* (1886), dos, y corrieron diecinueve entre la anterior y *El último capítulo* (1905), más breve que las otras, y no espontánea como ellas, sino exigida por su amigo el gobernador Espinosa y Cuevas. El poeta acabó por opacar al dramaturgo.

Después del *Himno de los bosques* y los *Poemas rústicos*, parece que a Othón ya no le interesó escribir más dramas; los que ideó entonces, no los concluyó. En 1892, “a vuela pluma para un objeto determinado” como apuntó en la dedicatoria—el poeta escribió el monólogo *Viniendo de Picos Pardos*. En este mismo año empezó *Victoriosa*, que jamás concluyó. Sobre esto, en junio del citado año, cuando lo acababan de inscribir en el álbum de la Academia de la Lengua, le confiaba, desde México, a la esposa: “Empecé a escribir un drama *Victoriosa*, pero ya no lo sigo, porque las compañías están infames y todos me aconsejan que no se lo dé; hoy, con la situación nueva literaria mía, me he resuelto a no darlo y lo interrumpo”.⁵⁰ En esos días, y quizá soltado por el mismo Othón, empezó a correr en México el rumor de que en breve se presentaría este drama; luego se rectificó la noticia. Acerca de la susodicha pieza, nueve años después decía a Delgado que la estaba rehaciendo y espera-

⁴⁹ *El Estandarte*, 17 de junio de 1886.

⁵⁰ Carta del 1 de junio de 1892. Biblioteca Pública de la UASLP.

ba terminarla pronto.⁵¹ Sin embargo, es casi seguro que no le dio fin, pues nada del mencionado drama encontramos entre sus papeles.

En 1904, con la debida anticipación, el general Reyes, entonces gobernador de Nuevo León, le encargó un monólogo para su hija Otilia. El poeta dejó pasar el tiempo y no hacía nada. Junco de la Vega recibió entonces la comisión de recordarle el compromiso; el 30 de abril le escribía: “Dígame si al fin mandó el monólogo, para en caso contrario hablar yo con el general”. Como no mandaba nada, volvió a insistir Junco de la Vega por vía telegráfica: “¿Remitió monólogo? Fiesta será definitivamente semana próxima. Suplícole contestarme hoy”.

El poeta andaba retrasado, explica Alfonso Junco, y se le urgía porque se echaba encima la fecha. Cuéntame ahora doña Otilia Reyes de López, la adolescente y fogosa recitadora de aquellos días, que como no llegaba lo de Manuel José, ella tuvo que aprenderse otra cosa. La víspera de la fiesta arribó al fin, rezagado y jadeante, el monólogo de Othón: *A las puertas de la vida*. Parecía ya inútil. Pero la impetuosa artista, sin decirselo a nadie, se desveló aquella noche, se metió de memoria y ensayó a conciencia el monólogo, y a la mañana siguiente le pidió a don Bernardo que se lo escuchara y resolviera si podía decirlo en la velada. Hubo que rendirse ante aquel milagro juvenil. Y Junco de la Vega telegrafió a Othón el 20 de mayo de 1904: “Monólogo recitado anoche magistralmente. Teatro pleno. Exito colosal. Ovación estruendosa”.⁵²

Por compromiso, también, Manuel José Othón escribió su postrer drama *El último capítulo*. Fue una de las condiciones —no precisamente *sine qua non*— que le puso el gobernador de San Luis Potosí don José Espinosa y Cuevas —descendiente de Cervantes, según se decía— para ayudarlo a instalarse en esta ciudad. Othón le escribía a Pepita:

⁵¹ Carta del 22 de noviembre de 1901. *Epistolario*, p. 41.

⁵² Junco, A. “Mi padre le escribe a Othón”. En *Abside*, XXII, 2 abril-junio 1958, 163 ss.

La no muerta falange

Se me dijo desde luego que se necesitaba el drama inmediatamente. Puseme a escribirlo, y con más o menos dificultad acabé el primer acto (sabes que tiene dos). Este acto me salió a toda mi satisfacción, pero por eso mismo me ha infundido un miedo horrible y una atroz desconfianza en el segundo, pues de esa obra, como debes suponer, depende todo nuestro porvenir y nuestro bienestar, pues todo el mundo está esperando una cosa inusitada, lo que me ha hecho y me hace vacilar mucho. Pero en fin, así y todo, con el favor de Dios, espero salir bien. Ruegale mucho al Señor que así sea.⁵³

Días después añadía:

Yo sigo con el drama; ruegale a Dios con todo fervor me saque con bien y me salga buena la obra.⁵⁴

luego:

He estado excesivamente ocupado con el drama, que ya casi concluido tuve que reformar quitándole un acto, porque como va a representarse por aficionados, resulta que el muchacho encargado del *Cervantes* no se podía morir debidamente en escena y resultaba una cosa ridícula que comprometía seguramente el éxito de la pieza. Así es que me reduje a transformar todo en un acto, y en estos momentos me ocupo en acabarlo, pero me sale bien y espero produzca el efecto necesario.⁵⁵

Afortunadamente, el drama tuvo éxito. Satisfecho, le escribía a la esposa:

Hoy hace ocho días se estrenó mi drama, y al día siguiente, que fue martes, telegrafíe dándote parte del resultado obtenido y anunciándote que telegrafo ampliaría mi información. Pero no lo hice porque no ocupé sino exclusivamente ese día en arreglar que se sacaran diversas fotografías de personajes y escenas del drama para *El Mundo Ilustrado*. Todo me costó mucho trabajo y muchos disgustos, lo mismo que los ensayos: cada uno

⁵³ Carta del 27 de agosto de 1905. Biblioteca Pública de la UASLP.

⁵⁴ Carta del 2 de septiembre de 1905, *Ibid.*

⁵⁵ Carta del 18 de septiembre de 1905, *Ibid.*

era una contrariedad y un obstáculo. Pero al fin se venció todo y pude salir adelante en todo y vencer en toda la línea. Por las crónicas que salieron en los periódicos de aquí verás lo correspondiente al éxito y al desempeño. Yo estoy del todo satisfecho de mi obra; y creo que fuera de aquí, en cualquiera de los centros intelectuales de la República, obtendría uno mucho mayor, porque será mi obra tanto más apreciada cuanto más entendida, y tú sabes que nadie, o poquitos, saben quién fue Cervantes, su vida, sus trabajos, su inmenso infortunio, todo unido a una resignación sin límites y a un decoro altivo y grande".⁵⁶

Ahora, el teatro de Othón ha caído en el olvido. Y fue precisamente el teatro, especialmente *Después de la muerte*, lo que consagró a Othón y le dio categoría de grande en la literatura mexicana. Cuando empezaba el cine nacional, Germán Camus hizo una adaptación del citado drama. La inexperiencia técnica de quienes hicieron la película contribuyó para que no tuviera éxito la cinta.⁵⁷

En 1875, como queda dicho, Manuel José Othón compiló su primer libro *Ensayos Poéticos*. Mas, por no haberlo editado y como deliberadamente lo enterró en el olvido, no se le toma en cuenta; es *Poesías* al que se llama primer libro de Othón. Lo publicó en San Luis Potosí, con un prólogo de Agüeros.⁵⁸ Tiene dos partes: *Violetas*, con treinta y cinco poemas, y *Leyendas y Poemas*, con seis. Estas poesías datan de 1875-1880. La práctica corrigió el verso, pero la inspiración es la misma de los *Ensayos Poéticos*, y no oculta el romanticismo, al contrario, el poeta escribió en el subtítulo de algunos poemas, que es versión libre de Byron o de Hugo o imitación de Bécquer. Agüeros, en el prólogo de dicho libro reconoce:

que el estilo es fácil y florido, ameno y casi siempre armonioso y brillante... en ocasiones carece de imágenes y de giros valientes, no faltan en él, sin embargo, aquella elegancia ni aquella gracia que hacen estimables las obras de este género... se echan todavía de menos en los versos de esta co-

⁵⁶ Carta del 15 de octubre de 1905, *Ibid.*

⁵⁷ Zavala. *Manuel José Othón, el hombre y el poeta*, p. 78.

⁵⁸ Manuel José Othón. *Poesías*. San Luis Potosí, Imprenta de Dávalos, 1880. xi, 166 p., 22 cm.

lección la correcta limpieza y los primores de lenguaje que sólo pueden ser fruto de la edad o de un estudio profundo y no interrumpido.

Y concluye augurándole que “llegará a ocupar indudablemente distinguido lugar en la literatura de su patria”.⁵⁹ Alfonso Reyes:

Poesias, nos ofrece las confesiones de una adolescencia romántica, muy dignas ya de nota si ha de tomarseles por señal o promesa de mejores frutos, aunque el libro en sí nos aparezca aún algo indefinido y hasta informe. Hay, empero, en aquellos versos de un muchacho, donde las primeras caricias de la vida y el alborozo de la inteligencia y la sensibilidad que van despertando se vacían en calurosas manifestaciones de ansia y de vigor desbordante; hay, empero, versos y estrofas que le habrían valido desde luego mayor renombre si mayor boga hubiera alcanzado este primer libro”.⁶⁰

Con este libro, Othón se pone a la cabeza de sus compañeros. Con su ejemplo se deciden a publicar lo suyo, o en humildes folletos o en las páginas de los periódicos y revistas, Castro, Colunga, Verástegui, Rostro, García Rojas, Arriaga y toda aquella falange que echó los cimientos de las actuales letras potosinas. Más que con su cultura, con su entusiasmo —así fuera a costa de los estudios— Othón promovió eficazmente la afición literaria de su ambiente. Bien decía Agüeros en el citado prólogo, que el poeta sostenía en San Luis “el fuego sagrado de las letras”. Confiesa el doctor Castro: “el gran acontecimiento literario fue el estreno del aplaudido drama *Después de la muerte...* fue un estímulo para que algunos jóvenes de San Luis se dedicaran a cultivar las letras, fundando nuevas sociedades y publicando algunas composiciones en los periódicos existentes”.

Tres años después de *Poesias*, Othón publicó otro libro: *Nuevas poesias*, en 1883.⁶¹ La cortísima edición de este volumen—”el

⁵⁹ Reproducido en *Obras Completas*, p. 1022.

⁶⁰ Reyes, A. *Ibid* p. 1043, 1044.

⁶¹ *Nuevas poesias* de Manuel José Othón. San Luis Potosí, Tipografía de B.E. García, 3a. del 5 de

tiro de ejemplares será muy reducido, decía *La Voz de San Luis*, en virtud de que el señor Othón da sus poesías a la prensa con el objeto exclusivo de regalarlas a sus amigos”⁶²—hizo suponer a Zavala que los ejemplares no circularon porque fueron quemados por Bruno E. García, el impresor, al no poder pagar el poeta la edición.⁶³ Que no hubo tal donosa quema lo demuestran la noticia arriba citada de *La Voz de San Luis* y este otro dato publicado cuando ya se había repartido la edición de *Nuevas Poesías*:

Terminada la edición del drama que con el título *Después de la muerte* compuso nuestro compañero don Manuel José Othón... También ha quedado terminada la edición de un tomito de versos al que puso por nombre *Nuevas poesías*: es una colección que ha compuesto con posterioridad a la publicación de su primer tomo de versos. De las *Nuevas poesías* se ha hecho un tiro de pocos ejemplares que el autor ha dedicado a sus amigos.⁶⁴

Y mientras el citado periódico incluyó varios anuncios para la venta de dicho drama, corroborando la advertencia “ha dedicado”, no publicó ni uno solo para *Nuevas poesías*, lo que quiere decir que tal libro no se puso en el comercio.

Nuevas poesías está integrado por catorce poemas escritos entre 1881 y 1883. Del libro sólo se conoce un ejemplar, mas su contenido lo conocemos casi todo, pues Othón lo había publicado ya en

mayo No. 11, 1883. 102 p., 18 cm.

⁶² *La Voz de San Luis*, 15 de abril de 1883.

⁶³ *Obras Completas*, p. XIV.

⁶⁴ *La Voz de San Luis*, 7 de febrero de 1884. Zavala ya no conoció este otro dato, concluyente en su frase “un tiro de pocos ejemplares que el autor ha dedicado a sus amigos”, en realidad, repetición del anterior. Cuando el doctor Peñalosa, en su macizo análisis de la edición de las *Obras Completas* de Othón, *Abside*, XIII, 3, 257-283, preparada por el citado crítico, dio a conocer la primer noticia, no pudiendo éste negarla, en su réplica continuó insistiendo en la donosa quema (“Sobre las Obras Completas de Othón” en *El Nacional*, México, 28 de noviembre de 1948); en “Manuel José Othón, el hombre y el poeta” volvió a repetir la especie: “El editor, disgustado”, incineró “la edición y sólo se salvaron algunos ejemplares”. El mismo doctor Peñalosa, al hacer la recensión de este último libro, repitió que no hubo tal destrucción, y Zavala, a su vez, que sí la hubo (“Mi respuesta a Joaquín Antonio Peñalosa”, en *El Herald*, San Luis Potosí, 29 de junio de 1952). No sólo con *Nuevas poesías*, también con el *Himno de los bosques* Othón hizo lo mismo, una “cortísima edición” (cfr. Carta a Delgado, 2 de mayo de 1894).

diversos periódicos y revistas. Estos poemas no difieren, por su calidad, de los que formaron el otro volumen.

Impotentes para hacer escuela los pocos escritores viejos o ya maduros de aquella época —Macías Valadez, Gamarra, Palomo, Cabrera, Muro—, los jóvenes se agruparon alrededor de Manuel José Othón. Éste se mantuvo en el centro y a la cabeza de todos ellos, de los grandes —serios, formales, entregados ya a su trabajo— y de los chicos—imberbes, novatos, estudiantes, como él—. Othón era el consagrado, los otros, aprendices. Fue cuando, además de poeta y dramaturgo, se sintió periodista. Con Castro, hacia 1871, redactó *El Estudiante*, la pequeña hoja manuscrita; con Colunga, Pablo López y Aguirre, fundó en 1872 *La Idea del Progreso*; en 1874 ayudó a Verástegui, Pedro Castro y Colunga en la publicación de *La Aurora*; en 1875, con Colunga como director, y con López y Aguirre, publicó *La Esmeralda*; en 1876, en compañía de Castro, Colunga y Dávalos, fundó *El Pensamiento* y colaboró en *El Peine* y en *El Búcaro*; en 1878 y 1879 colaboró en *La Quincena* y en *La Esmeralda* —segunda época—; en 1882 se unió a Velázquez y Cossío para la edición de *La Voz de San Luis*, y luego, al acabarse esta publicación, formó parte de la redacción de *El Estandarte*, el gran periódico que mantuvo por treinta años su fundador y director licenciado Primo Feliciano Velázquez. Finalmente, al fundarse en San Luis la Prensa Asociada, Othón fue el secretario de la misma.⁶⁵ Más tarde, entre 1889 y 1894, fue redactor y —en 1892— director de *El Americano* y colaboró otra vez en *El Estandarte*, en *El Contemporáneo* y en *El Correo de San Luis*. En 1892, en uno de sus viajes a México, cuando era director de *El Americano*, le escribía a la esposa: “Si puedes, lee esta carta a Rostro, y dile que ni se figuran lo que tengo para *El Americano* y quienes son sus colaboradores”.⁶⁶

⁶⁵ Cfr. Montejano y Aguiñaga, art. cit.

⁶⁶ Carta de 1 de junio de 1892.

A propósito de *La Esmeralda*, en el número 6 de la misma, apareció una poesía firmada por Saulo quien nos dejó el siguiente retrato de la “redacción” de ella:

*Un cuarto que no es un cuarto,
 porque es castigo de Dios;
 cuatro sillas que alcanzaron
 tiempos del Rey que rabió;
 una mesa y seis tinteros
 de todos a cual peor;
 mucho papel borroneado,
 tres carpetas de cartón;
 varios periódicos viejos
 y un cuadro de San Ramón;
 cuatro o cinco libros malos;
 diez sombreros y un paletó,
 una pistola de chispa,
 dos tranchetes y un bastón,
 tres portaplumas sin mango
 y un respetable reloj.
 Descrito está el manicomio,
 y los locos ¿quiénes son?
 Uno que cree ser el Dante,
 otro, que Victor Hugo,
 un tercero, Fray Gerundio
 y tu humilde servidor.
 Este totum revolutum
 te da a conocer, lector,
 la simpática Esmeralda
 con toda su redacción...*

El hecho de que Manuel José Othón haya figurado en tantas publicaciones demuestra lo solicitado que era. Y no sólo por su pluma, por su personalidad y entusiasmo. En las lecturas y produc-

ciones de aquellos jóvenes, el poeta decía la palabra decisiva. Era el mejor. Sin embargo, parece que la cultura del ya célebre dramaturgo y escritor no era ni muy amplia ni muy sólida.

Ya vimos que sus estudios primarios fueron muy rudimentarios, inferiores a los de ahora. Cuando Othón sí aprovechó el tiempo fue a su paso por el Seminario, gracias a la disciplina, a la calidad de los maestros, a los estudios de humanidades y filosofía y a que entonces apenas empezaba, adolescente todavía, a sentir la fuerza del amor y de las letras. Fue aquí donde se puso en contacto con los clásicos. En el Instituto se ocuparía más en escribir, en andar en tertulias y actividades literarias y en hacer el amor a Pepita, que en estudiar. Por otra parte, ya vimos, por letra de Dávalos, que los jóvenes de aquella generación se lanzaron “a la arena candente del periodismo sin otro maestro que su inspiración y sin otros consejos que los de su propia conciencia”. Puede decirse que, en arte, Othón fue un autodidacto, y que sus conocimientos se debieron más a su experiencia interna e hipersensibilidad ante cualquier manifestación artística, que al estudio formal, y a lo que juntó en la compañía de sus amigos de la juventud, ya que después, en su vida pueblerina, ordinariamente trataría con la aristocracia rural y sólo excepcionalmente con literatos.

Para su formación autodidacta, a juzgar por los influjos que se descubren en los escritos de Othón, aquellos jóvenes leían a Echeagaray, Cervantes, Espronceda, Bécquer, Núñez de Arce, Hugo, Byron —Othón estudió inglés y francés, aunque a Byron y Hugo, más que en el original, debieron de haberlo conocido a través de las versiones publicadas en las revistas de Cumplido, Campoamor, M. M. Flores, Acuña, Zorrilla “ídolos de la juventud de aquellos tiempos”, según confesión de Castro.⁶⁷

Que aquella juventud no pudo leer mucho, se explica por el hecho de que para entonces la Reforma había destruido las bibliotecas conventuales de San Luis y el Instituto inauguró la suya en 1879, y

⁶⁷ Castro, F. de A. “Manuel José Othón en la intimidad”. En *Estilo*, n. 41, p. 25.

en ella lo que más había eran viejas ediciones de los clásicos, muchos libros de filosofía y teología —todos ellos confiscados a los conventos— y pocas obras nuevas, la mayoría sobre materias de estudio y en francés. En San Luis no había entonces más que una librería, *El Libro Mayor*, de Carlos Danne, mal surtida. La biblioteca circulante que fundó Cabrera empezó a trabajar cuando Othón ya estaba lejos. Es difícil de aceptar la suposición de Agüeros cuando atribuye el defecto en *Poesías* de “frases que no son castizas” a “la asidua lectura de libros extranjeros”.⁶⁸ Nos parece característico de la cultura estética del poeta lo que él escribió —tiempo después— a Pepita: “Ahora que vaya, te llevaré la novela más grande de este siglo *Quo Vadis*, de un polaco”.⁶⁹ Manuel José, ante un verso, una pintura, una música, haciendo a un lado la crítica prorrum-pía en aplausos. Habló con Manterola —cuando su primer viaje a México— sobre filosofía, cosa que apenas sí entendía, y aquel obscuro ecléctico lo impresionó profundamente “hasta consiguió infundirme amor a esta clase de estudios” y le escribió una larga carta y le prometió publicar varios artículos sobre el asunto, artículos que no escribió;⁷⁰ conoció la mediocre pintura de Jesús L. Sánchez en la sala del Teatro de la Paz, en vísperas de inaugurarse éste, e inmediatamente le dirigió al pintor una amplia carta laudatoria;⁷¹ oyó a Carrillo una conferencia y concierto sobre Wagner, y se contrató con él para escribir entre los dos una “tetralogía”, “sublime y colosal”, “a base de lo nuestro;”⁷² aún más, tomaba una escopeta y se olvidaba de Pepita a la que llegó a dejar abandonada en pleno campo. Siempre anduvo tras las tertulias —aunque fuera sólo para tomar una deliciosa copa—, el teatro, la ópera y los amigos poetas. Las cartas a la esposa están llenas de estos asuntos, lo mismo que lo que sobre nuestro Othón escribió Urbina.⁷³

⁶⁸ En *Obras Completas*, p. 1022.

⁶⁹ Carta del 24 de diciembre de 1900.

⁷⁰ *Apud* Zavala. *Manuel José Othón, el hombre y el poeta*, p. 56-60.

⁷¹ En *Poesía, teatro, prosa, epistolario*, p. 96-98.

⁷² Carta a la esposa, 12 de noviembre de 1905.

⁷³ *Obras Completas*, p. 1025-1040.

Manuel José Othón era hipersensible a toda manifestación artística. En la carta al pintor Jesús L. Sánchez, el poeta hace una confesión muy elocuente e importante cuando le habla de

mi impresionabilidad y mi temperamento nervioso, que me obliga, a veces, hasta a tomar antiespasmódicos, después de sufrir —sufrir en toda la acepción de la palabra— una impresión artística. La estrofa, la sonata, el cuadro, producen en mi el efecto de un latigazo; latigazo que, en ocasiones, temo desgarrar la túnica nerviosa de mi cuerpo, cuando lo siento repercutir en mi cerebro.⁷⁴

Esta hipersensibilidad de Othón explotaba por medio del entusiasmo y de la agilidad para concebir ideas tanto para su poesía como para su prosa, según el motivo de la reacción, pero se estrellaba contra su propia dificultad y lentitud para escribir por lo “premioso” que era. Lo que tenía de rápido en la concepción, tenía de lento en la ejecución: “yo —le explicaba a Delgado—, aparte de que nunca he compuesto con facilidad, pues soy premioso naturalmente, hago un estudio de cada palabra, de cada cláusula, de cada oración. De allí que casi todo el mundo cree que soy flojo para escribir. Jamás he escrito un soneto en menos de veinte días. Cuatro versos del ‘Himno de los bosques’, me costaron tres meses de estudio, *et sic de coeteris...*”⁷⁵

Othón, además, en los momentos de éxito o de euforia artística, se dejaba llevar por un férvido optimismo y concebía maravillosas obras y títulos. Así como le sucedió al charlar con Manterola y al escuchar a Carrillo y proyectó artículos de filosofía y libretos de ópera, así le sucedía siempre. En uno de sus viajes a México, cuando lo hicieron académico y seguía regustando el éxito de sus dramas, concibió y empezó *Victoriosa*, drama que no concluyó y del que nada se conserva. Cuando estaban para salir los *Poemas rústicos*, le encargó a Delgado la inserción de un anuncio “en el reverso

⁷⁴ En *Poesía, teatro, prosa, epistolario*, p. 96.

⁷⁵ *Epistolario*, p. 48-49.

de la cubierta” de otros libros “en preparación”: *Poemas internos*, *Poemas del odio* y *Poemas brutales*. Sin embargo, no publicó ninguno de ellos, aunque del primero le habló a Delgado con tales pormenores que induce a suponer que ya lo tenía listo. Creía que daría un total de doscientas páginas; afirmaba tener ya “muy avanzada la preparación” y que en un mes “irá buena parte de los originales” y aún le envió a Delgado los índices para que “se haga cargo”.⁷⁶ En los papeles que dejó la viuda del poeta y en *Cuadernos de la montaña* hay varios índices de sus obras o de parte de ellas. En un solo cuaderno, por ejemplo, hay tres índices de *Leyendas y poemas*.⁷⁷

Creemos fundadamente que Othón, cuando de arte y literatura platicaba con los “coronistas, poetas y doctores” se propasaba en sus proyectos y daba por hecho lo que estaba haciendo o pensaba hacer. Ellos los creyeron. El doctor Castro dijo:

Sé que deja inéditos varios cuentos y una novela *La Gleba*.⁷⁸

López Portillo y Rojas:

Por mi parte, puedo dar testimonio también de que concluyó otros dos o tres dramas, pues la última vez que vino a México, a fines del año anterior, me lo dijo varias veces y aun dio pasos en el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, para que fuesen representados aquí por algunas de las compañías subvencionadas.⁷⁹

Alfonso Reyes habló de

tres volúmenes que nos faltan, los *Poemas del odio*, los *Poemas brutales* y algún otro cuyo nombre no he tenido la fortuna de conservar; los cuentos dispersos en las hojas periódicas, los dramas, un fragmento de autobiografía que sé yo que ha dejado escrito y se llama, si mi memoria no yerra,

⁷⁶ *Epistolario*, p. 82, 83.

⁷⁷ Cfr. Montejano y Aguilera. *Catálogo de los manuscritos de la Biblioteca Pública de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí*, p. 54, 56, 57.

⁷⁸ Castro, F. de A. “Los que se fueron”, en *Estilo*, 41 enero-marzo 1957, p. 23.

⁷⁹ En *Obras*, Cap. XIX.

‘Vida montaraz’; y tantas otras obras sueltas que ahora conservará la esposa del poeta.⁸⁰

Alfonso Toro, en su discutible artículo elude a

un drama simbolista, titulado *Victoriosa*, del que me leyó algunas escenas muy hermosas. Otra de sus obras proyectadas era una modernización del viejo asunto del Tenorio, en que, conservando los nombres de los personajes de Zorrilla, trasladaba la acción a nuestros tiempos, don Juan era un millonario crapuloso a la alta escuela, que seducía a doña Inés, doncella educada en aristocrático colegio. Ésta, una vez lanzada en la vida, se convertía en una *cocotte* de moda, que viendo perdida y amargada su existencia, acababa por odiar a don Juan, de quien huía. En el último acto del drama, éste, enfermo de parálisis general, a consecuencia de sus desórdenes, desengañado de todo, sólo recuerda con placer el amor de doña Inés, a quien ama profundamente y desea volver a ver. En busca de alivio a su enfermedad, va a un balneario y allí encuentra a su antigua víctima, pero doña Inés, ahora impúdica cortesana, cuando el inválido se arrastra a sus pies pidiéndole un poco de amor, sólo tiene para él la burla y el desprecio. Entonces don Juan, desesperado, muere a consecuencia de un ataque cerebral.⁸¹

Finalmente, el historiador potosino Joaquín Meade —quien de niño figuró en un cuadro plástico en la noche de la presentación de *El último capítulo*— “cree que anda un cuaderno de epigramas y poesía festiva de Othón traspapelado por esos mundos de Dios” —según refiere el doctor Peñalosa— aunque al poeta jamás le dio por el humorismo.⁸²

En cuanto a las obras teatrales, además de las ya citadas, Othón pensó escribir otras. En el índice de *Obras dramáticas*, formado por él mismo hacia 1890, encontramos unos títulos nuevos: “Macbeth. Tragedia en 4 actos.—Una novela de Tirso. Comedia

⁸⁰ En *Obras Completas*, p. 1045.

⁸¹ Toro, art. cit.

⁸² Cit. por Peñalosa. “Para las Obras Completas de Manuel José Othón”, *Abside*, XII 3, p. 278-279.

lirica en 4 poemas.— El último idilio. Comedia en 1 acto. — Francesca de Rímini. Drama en 4 actos.— La gente decente. Comedia en 3 actos.— Victoriosa. Drama en 4 actos”.⁸³ No incluyó en este índice *El maestro Zacarias*. Drama lírico en 3 actos, del que rescatamos una parte, ni los primeros dramas, algunos de ellos ya representados entonces. De *Victoriosa* consta porque se lo dijo a Pepa y a Delgado, además de lo que cuenta Toro, que escribió una parte; de las otras enlistadas no se conserva nada, excepto unos fragmentos de “Macbeth” y unos breves apuntes biográficos de los principales personajes de “Francesca de Rímini”.

Más serio y más importante es el problema de los cuentos de Othón, ya que no sólo son superiores en calidad y número a las obras de teatro sino que, además, colocan al poeta entre los iniciadores del cuento de la revolución mexicana y complementan su poesía. Analizando los índices hechos por él en diversas épocas y los papeles que dejó su viuda, aparecen muchos cuentos que no existen, aunque hay razón para creer que algunos de ellos sí fueron escritos, ya que tres de tales índices, cuando menos, agrupan cuentos con los que Othón pensaba formar sendos libros y aun indica los nombres de los mismos. A continuación transcribimos dichos índices:

Tradiciones, cuentos en prosa (1879)

El Padre Alegría.— La casa honda.— La capilla de la Virgen.— La cuesta del alcalde.— El columpio del diablo.— La campana de los muertos.— Juana Maltos.— Las mariposas.— La orgía de sangre.— La quinta de San Lionel.— Juan del Jarro (novela).⁸⁴

En prosa (1881)

La azucena tronchada (Leyenda).— La venganza de los muer-

⁸³ Cfr. Montejano y Aguiñaga, *op. cit.*

⁸⁴ Cfr. Peñalosa, art. cit. p. 280-281.

La no muerta falange

tos (Leyenda).— Umbra (Cuento).— Fray Lorenzo el sacrilego (Poema).— El Padre Alegría (Tradición).⁸⁵

Páginas de prosa (1896?)

“Artículos, narraciones, novelas y discursos”

Al lector

El Padre Pagaza 3

El Último Trovador 5

Telón de boca 3

Prólogo 3

Arco de teatro 3

Días de otoño 5

Las mesas de Celedón 8

Por las montañas 10

El Puente de Dios 10

Ráfagas de invierno 10

El Exclaustrado 10

Un Nocturno de Chopin 25

El montero Espinosa 15

El pastor Corydón 30

Discurso en el Instituto 4

Discurso en los Mercados 6

La gruta de Canoas 4

Cuentos de espantos 10

Brisas de Primavera 10

Los tres amores.⁸⁶

Cuentos y novelas cortas (1902).

El exclaustrado.—Un Nocturno de Chopin.— El montero Es-

⁸⁵ Biblioteca Pública de la UASLP. MS 801.1.

⁸⁶ *Ibid.*

pinosa.— El pastor Corydón.— Encuentro pavoroso.— Coro de Brujas.— El Nahual.— Tiempos idos (primera y segunda partes).— Cuatro ánimas por un perro. Y dos novelitas más que escribiré luego, pues son las que le tengo que enviar a Spíndola.⁸⁷

Cuentos y novelas cortas (1903)

El Exclaustrado.— Un Nocturno de Chopin.— El Último Trovador (en la muerte de Zorrilla).— Las Tres Novias del Niño.— El Montero Espinosa.— El Pastor Corydón.— Encuentro Pavoroso.— Coro de Brujas.— El Nahual.— Horrenda Noche.— La Casa Espectral.— Sin Dios ni Santa María.— Vida Montaraz.— El ojo que vio Caín.— Cuatro Animas por un Perro.— La Serrana.— De estos me falta escribir cuatro cuentos. A algunos de los apuntados les he variado el nombre.⁸⁸

A esto hay que añadir “La Nochebuena del Labriego”, “La Malinche” y “dos novelitas más”; probablemente *La Gleba*, no incluida en los índices anteriores, es una de las “dos novelitas” de que habló a Delgado.

Si de las tres primeras colecciones puede juzgarse que fueron meros proyectos, ya que de ellas sólo se conserva “El Padre Alegría” —trunco— y “Las Mesas de Celedón”, y no consta que haya pretendido publicarlas, de la última el poeta se expresó en tales términos que obliga a creer que la formó, aunque advierte: “De éstos — ‘Cuentos y novelas cortas’ — me falta escribir cuatro cuentos”. En octubre de 1902 Othón le escribía a Delgado:

Pienso arreglar para diciembre el volumen de *Poemas internos*, pero deseo también imprimirlo en ‘La Europea’, exactamente igual al presente —*Poemas rústicos*—. Ya nos arreglamos con Aguilar para que se comprometa a hacer la edición en dos o tres meses a lo sumo. ¿Le parece? Pro-

⁸⁷ *Epistolario*, p. 69-70.

⁸⁸ *Ibid* p. 83.

ponga a Bouret la impresión de un tomo de *Cuentos y novelas cortas*. Será de trescientas o cuatrocientas páginas y contendrá lo siguiente:

—los nueve cuentos del cuarto índice.⁸⁹ Meses después, en carta de mayo de 1903, volvía a insistir en la edición de *Cuentos y novelas cortas* y, suprimiendo “Tiempos idos” ampliaba el contenido según lo indica el último índice transcrito:

Vuelvo a rogarle me haga favor de ver a Aguilar Vera para la edición de *Cuentos y novelas cortas* y *Poemas internos*. Quiero una edición enteramente igual a la de *Poemas rústicos* en los dos libros. El primero sacará doscientas cincuenta páginas y el segundo doscientas... Ya tengo muy avanzada la preparación de ambos y si usted me ayuda, en un mes irá buena parte de los originales. Adjuntos van los índices para que usted se haga cargo.⁹⁰

A pesar de tanta seguridad, Othón no publicó ni uno ni otro libro, pero sí la mayor parte de los cuentos en diversos periódicos. Así, a la fecha, se conservan diez cuentos concluidos y publicados; son los nueve que figuran en las *Obras Completas* preparadas por Zavala, más “La nochebuena del labriego”,⁹¹ que no figura en ninguno de los índices citados; sin concluir y publicado está *El Padre Alegria*⁹² —rescatado por el doctor Peñalosa— y en fragmentos y apuntes *La Malinche*⁹³ y *La Gleba*. Othón habló mucho de *Vida montaraz*:

En estos días que estaré aquí (Hacienda de Noé), voy a escribir el cuento que se perdió —se lo juro bajo mi palabra—, así como los otros. Enviaré por conducto de usted, inmediatamente, ese maldito cuento y, en seguida,

⁸⁹ *Ibid* p. 69-70.

⁹⁰ *Epistolario*, p. 82-83.

⁹¹ “La nochebuena del labriego, boceto real”, cuento de Manuel José Othón, publicado en *El Universal*, México, 6 de enero de 1895 y reproducido en *Abside*, XXII, 2, abril, abril-junio 1958, p. 143-147.

⁹² “El padre Alegria”. En *Letras Potosinas*, XVI, 127, enero—marzo 1958, p. 24-27.

⁹³ Biblioteca Pública de la UASLP. MS, 801., V, p. 25-27, 29-30.

uno que se me ha ocurrido y que saldrá muy bonito por el asunto y por la intensidad de él, pues lo he vivido. Se llamará *Vida montaraz*.⁹⁴

a los dos meses le volvía a escribir a Delgado:

en cuanto a *Vida montaraz* no lo acabo aún, pero creo poder terminarlo a fines de mes. Crea usted que está saliendo de lo muy fino —fuera modestia—, es un trozo de autobiografía y está dedicado a usted.⁹⁵

Más tarde, el 12 de marzo, le advirtió:

En cuanto a *Vida montaraz*, sigo trabajando en él, aunque poco a poco, pues es largo—ocupará cincuenta o setenta hojas como las del presente y, además, va en un estilo cuidado y pulido. Pero usted no se ha formado idea de lo que es. Le dije que era un trozo de autobiografía y así es; mas no se trata de una autobiografía completa. Buscando entre mis papeles, me encontré algunas de mis carteras viejas de apuntes y notas y, entre ellas, estaban los referentes a una temporada larga que pasé yo solo en la Sierra de Corona, entre Celedón y Miquihuana, en el Estado de Tamaulipas, hace ya bastantes años. Vivi allí completamente solo noventa y tres días, como una especie de Robinson. Las impresiones de entonces y la descripción de aquella vida es lo que constituye el trabajo que estoy haciendo. Está en forma de diario y adornado, naturalmente, con episodios imaginados algunos y otros ciertos, para quitarle la monotonía que, de otra manera, sería insoportable.⁹⁶

Dos años después, el 8 de marzo de 1905, le decía a Delgado:

Mi escribiente se ocupa en copiar *Vida montaraz*, y ya le he dicho que es bastante larga. Así es que tardará un poco.⁹⁷

Al poco tiempo Othón volvió a San Luis, tuvo que hacer varios

⁹⁴ *Epistolario*, p. 75-76.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 77.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 79-80.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 102.

viajes de un lado a otro, enfermó y se ocupó en otros quehaceres y, posiblemente, no concluyó el cuento.

Lo mismo sucede con "Cuatro ánimas por un perro", del cual hablaba a Delgado en carta del 30 de julio de 1902: "Éste que trabajo ahora está bueno, pues es un estudio bien meditado y observado. Ya lo verá. Se llama 'Cuatro ánimas por un perro'".⁹⁸ Del anterior y de éste, nada queda. En cambio, "La nochebuena del labriego" y "Una fiesta casera", que no figuran en los índices citados, sí fueron concluidos por Othón.

En total, tomando en cuenta lo que advirtió a Delgado: "Me falta escribir cuatro cuentos", andan perdidos o no escribió o no alcanzó a concluir: La azucena tronchada.— La campana de los muertos.— La capilla de la Virgen.— La casa espectral.— La casa honda.— El columpio del diablo.— Cuatro ánimas por un perro. Cuento (concluido, se perdió).— La cuesta del alcalde.— Fray Lorenzo el sacrilego.— La gleba (novela).— Horrenda noche.— Juan del Jarro (novela).— Juana Maltos.— La Malinche.— Las mariposas.— El ojo que vio Cain.— La orgía de sangre.— La quinta de San Lionel.— La serrana.— Sin Dios ni Santa María.— Tiempos idos.— Las tres novias del niño (o ¿Los tres amores?). Umbra.— La venganza de los muertos.— Vida montaraz.— y una novela sin título. Othón pensó escribir treinta y cinco cuentos y tres novelas, de éstos se conservan once y andan perdidos o no escribió o no concluyó veinticuatro cuentos y tres novelas. Esta serie de trabajos, concluidos unos, proyectados otros, a medio hacer otros más y algunos — quizá— perdidos, ha creado confusión entre los críticos, y se han incluido en las bibliografías de Othón obras que no escribió o, si las escribió, no consta que las haya publicado: Berenice Udick, en su magnífica "Bibliografía de Manuel José Othón (1858—1906)", apoyándose en lo escrito por Monterde —*Bibliografía del teatro en México*—, quien presenta como fuente a López Portillo y Rojas,

⁹⁸ *Ibid.*, p. 61.

da por publicadas *Herida en el corazón* y *La sombra del hogar*;⁹⁹ Gloria Escamilla, entre la “producción” del poeta incluye, en “poesía”, *Poemas internos*, aunque advierte que “no lo llegó a publicar”, y en “cuentos y novelas cortas” transcribe íntegro el índice que Othón envió a Delgado y añade “Una fiesta casera” y “El puente de Dios”, que no es cuento;¹⁰⁰ Manuel Pedro González, en una “nota bibliográfica sobre Manuel José Othón” forma este catálogo de “obras inéditas”: “*La gleba*, novela.—*Herida en el corazón*, drama.—*La sombra del hogar*, drama.—*La cadena de flores*, drama.—*Victoriosa*, drama.—*Vida montaraz*, autobiografía.—*Macbeth*, arreglo de la tragedia Shakespeareana”.¹⁰¹

Sea porque no hay una edición siquiera aceptable de las obras del poeta o sea porque ha corrido con mala suerte, el hecho es que Othón, como cuentista y novelista, es casi desconocido. Ciertamente Zavala hizo hincapié en ello, pero sobre este asunto no hay más que el trabajo del doctor Peñalosa,¹⁰² el de Luis Leal¹⁰³ y una conferencia de la Dra. Emma Susana Sperati.¹⁰⁴ Y en los cuentos de Othón, muy superiores a sus dramas, hay aspectos interesantísimos. En Othón, el poeta y el dramaturgo opacaron al cuentista.

Los cuentos de Othón complementan su poesía. Pueden dividirse en tres clases: románticos, realistas y costumbristas y “de espantos”. En los primeros carece de mérito y de nervio y aun de originalidad; en los últimos, aunque los temas aparezcan triviales, la descripción de lugares, personajes y costumbres, es excelente. Los

⁹⁹ Udick, B. “Bibliografía de Manuel José Othón (1858-1906)”. En *Revista Iberoamericana* XI, 22, 31 de octubre de 1946, p. 371.

¹⁰⁰ Escamilla, G. “Manuel José Othón”. En *Boletín de la Biblioteca Nacional*, México, IX, 2, abril-junio 1958, 6.

¹⁰¹ González, M.P. *Estudios sobre literaturas hispanoamericanas*, p. 70-75. Véase el capítulo “Lo que escribió Othón”, donde analizamos las biografías que de Othón existen.

¹⁰² Peñalosa, “Manuel José Othón, novelista olvidado”. En *Estilo*, 20, octubre-diciembre 1951, p. 185-194.

¹⁰³ Leal, L. “Los cuentos de Manuel José Othón”. En *Armas y Letras*, Monterrey, N.L., I, 2, abril-junio 1958, p. 7-20.

¹⁰⁴ Sperati, E.S. “Othón cuentista” conferencia pronunciada el 27 de junio de 1958 en el Auditorio de la Escuela de Leyes de la UASLP.

mejores son los segundos, los realistas y costumbristas.

La novela de Othón —opina el doctor Peñalosa— no se sustrajo al ambiente realista, que por entonces privaba en la producción de las letras castellanas. Y es realista por los cuatro costados: el culto de la verdad contra la ficción, el apego de lo propio contra lo extranjero, la preferencia de lo conocido contra lo desconocido, inspirado en su momento y en su ambiente. Aun a veces parecería ser demasiado realista, como en algunas pinceladas de *El Pastor Corydón*. Mas el realismo de Othón es el regionalismo, esto es, el realismo de la provincia, del lugar donde el escritor vive y se mueve; los paisajes y las gentes que le son familiares. Pero no es el suyo un provincialismo de almanaque y de turistas, chillón y deslumbrante; ni un provincialismo suspiroso y muelle. Es entrañable compenetración de los problemas humanos y generosa comprensión de los hechos sociales que él vivió y sintió, en su más honda amargura, en el trajín pueblerino de su profesión de abogado y en el ministerio judicial. Por eso hay que considerarlo como uno de los fundadores inmediatos de lo que los críticos han llamado 'novela de la Revolución'. La lucha de patronos y obreros; la arrogancia olímpica de los administradores de haciendas; los amos explotadores que se arrojan aun sobre los amores más sagrados; la miseria de los pueblos y su degradación moral; los días aletargados de los campesinos que viven, indolentes y perezosos, sin ideal de mejoramiento, encasillados en la apatía, el vicio y el egoísmo. Cuadros mágicos que dolorosamente trazó Othón en *El Pastor Corydón* (y 'La nochebuena del labriego'); no por fomentar el odio ni por recrudecer divisiones. El amor que Othón tuvo por la tierra tiene más de misericordia que de apología. Sobre este realismo viviente va bordando paisajes y tipos, leyendas y diálogos de un delicado y medular mejicanismo.

Todo es mejicanísimo en el cuento de Othón: paisajes, escenario, tipos, diálogos, descripciones, argumentos, ideas. "Por eso es inaceptable —añade el citado crítico— la afirmación de Jorge Ferreris: 'Una vez hubo un príncipe, señor de la belleza, que se llamó Manuel José Othón. Fue, entre otros, tipo exacto del colono mental; extranjero por aspiración, es decir, por tara mental...'. No puede ser colono y extranjero quien oyó trepidar la Patria, como tambor viviente, en el 'Himno de los Bosques' y quien nombró los me-

xicanísimos cuadros de sus cuentos”¹⁰⁵ y quien escribió *La Gleba*.

A juzgar por los apuntes de *La Gleba* que dejó Othón, se ve que la ideó con pretensiones de novela. Con ella iba a culminar su obra de cuentista y, de haberla concluido, le habría dado un primer sitio entre los claridosos fundadores de la novela de la Revolución. Ya el mismo título lo dice. Se ve que el poeta estudió a fondo el argumento y que lo trabajó con minuciosidad y cariño a través de su temperamento descriptivo, hizo lista de personajes, de lugares, de actividades, de animales, de costumbres y de escenas. Por el interés que tienen tales apuntes, los transcribimos íntegros, tal como los rescatamos, pues constituyen la mejor explicación:

La Gleba (apuntes)

D. Sotero Liboa y Mucharrás, español, casado con Da. Mercedes Mota del Molino, argentopolitana, hija de español, rica que llevó en dote a su matrimonio \$ 300,000. D. Sotero era dependiente de su suegro y luego socio. Los bienes de Da. Mercedes eran haciendas y casas. Hijos del matrimonio fueron D. Juan Pablo y D. José Francisco. A la muerte de sus padres heredaron la hacienda materna, bastante aumentada por D. Sotero. D. Juan Pablo, el mayor, quedó con las casas de Argentópolis y una hacienda a las inmediaciones. D. José Francisco quedó con la hacienda de San Juan de los Campos, distante 30 leguas al oriente de la ciudad y 4 del pueblo de Villaurbana, a cuya jurisdicción pertenecía. D. Juan se casó y tuvo dos hijos. D. Francisco que desde muy joven había sido puesto por su padre al cuidado de los intereses agrícolas, tomó gran cariño al campo, de donde rara vez salía, por cuya razón sus modales y su educación se resentían de falta de cultura. No fue casado, pero vivió en amasiato con dos mujeres, sin perjuicio de los merodeos que daba por otros cercados. Tuvo dos hijos a quienes reconoció, aunque no legalmente.

A la muerte de D. Pancho, su hermano, por intestado (que procuró no hiciese testamento D. Pancho) heredó S. Juan de los Campos, y tuvo que sostener un litigio que ganó rápidamente merced al dinero que aprontó y a cantidades pequeñas con que se conformó a sus contrarios.

¹⁰⁵ Peñalosa, art. cit.

En esta situación empieza la novela. D. Juan Pablo, dueño de S. Juan de los Campos, va pocas veces a su finca, y su hijo mayor, Ignacio, maneja la hacienda, en la que Marcelino, hijo de D. Pancho, es dependiente. D. Juan Pablo, en vida de su padre y de su hermano, había ido varias veces a S. Juan y entregábase también a los amores con las mujeres del campo; de uno de éstos tuvo una hija, que no reconoció y de cuya existencia no quiso darse por enterado.

“He aquí los dueños de S. Juan”.

Luego está una larga lista de personas con sus respectivos oficios: criadas, mozos, gañanes, dependiente, harpero, administrador, bruja, trojero, sacristán, capitán de cuadrilla, y de lugares, escenas, costumbres, animales, supersticiones y supercherias, y concluye con estos otros apuntes:

Respecto del proletariado, tratar la manera como se explota en las haciendas; el trabajo del jornalero y del sirviente; el trato que se les da; las relaciones entre el amo y el pobre, entre éste y los dependientes y empleados. La murmuración, la sordidez y falta de caridad; la ignorancia supina en que se mantiene al pobre, etc. (Despotismo, desprecio, falta de interés, etc.).

Las relaciones del amo con las mujeres; su lujuria y manera de satisfacerla; ya por las caricias, ya por el amor, por el dinero, por la seducción, por la intriga valiéndose de tercero, por la fuerza, etc.

La manera de vivir los pobres, sus necesidades y exigencias, sus aspiraciones, su ignorancia, su sencillez, su fanatismo, sus malas pasiones, su hipocresía, sus rencores y venganzas; sus relaciones entre sí, de amistad, de parentesco, de amor, las del hogar, etc. Sus gustos y sus goces, sus distracciones; sus penas y dolores, sus vicios y sus virtudes. Las relaciones entre el sirviente y sus amos; según la categoría de aquéllos y de éstos.¹⁰⁶

¹⁰⁶ Biblioteca Pública de la UASLP. MS 801.1, V, p. 25-27, 29-30. Lo que transcribimos es cuanto se conserva de *La gleba*, y no creemos que Othón la haya concluido. Lo que cuenta Valle Arizpe, de que entregó el original a Felipe Muriedas (*Anecdotario*, p. 132-135), no es verdad, como tampoco lo es que vivió una temporada en Gogorrón —escenario de la misma, según Valle Arizpe—, aunque sí visitó esta hacienda en noviembre de 1905— diez años después de que pensó escribir la susodicha novela e invitado por Manuela Muriedas y su esposo; tampoco es cierto que el nombre fue *Los hijos de la gleba*. De haber concluido Othón esta obra, la habría publicado luego, como solía hacerlo con sus escritos, o la habría mostrado a sus amigos. Castro, por ejemplo, de los íntimos del poeta, no la

El argumento de *La Gleba* cuya esencia, por lo que se ve, es la pasión del proletariado, tal vez hoy nos parezca muy trillado. Pero no era así. Othón vio y sintió esas cosas, como hombre y como profesionista, ya que vivió algunas temporadas en distintas haciendas. Acerca de esta novela, Othón escribía en noviembre de 1901 a Delgado: “*La Gleba* necesita concluirse—falta poco—y una reforma capital”.¹⁰⁷

Manuel José Othón pudo ser un escritor fecundo, mas no fue así, aun cuando se ejercitó en casi todos los géneros literarios: poesía, teatro, periodismo, cuento y novela y crítica teatral. Su poesía—lo mejor— es relativamente poca. Tiempo tuvo, quizá le faltó ambiente. Pasada la juventud y fuera de la ciudad de San Luis Potosí, decayó su entusiasmo. Todavía cuando estuvo en Tula, Tamaulipas, trabajó en la fundación de la “Sociedad Altamirano”, y ello le valió una carta del insigne escritor;¹⁰⁸ pero luego desaparecen sus actividades como organizador y animador, y se limitó a escribir, a ser espectador y a ganarse el sustento: le hacían falta sus amigos potosinos, los que le ayudaron—y a quienes ayudó— a formarse. Quizá el día que se estudie la producción literaria de los compañeros de Othón en San Luis, se descubran o los mutuos influjos o la procedencia de la inspiración, incubada en un mismo clima, del idéntico tronco común. Desgraciadamente, excepto lo que el doctor Peñalosa publicó sobre el doctor Castro¹⁰⁹ y sobre el licenciado Ambrosio Ramírez¹¹⁰, nadie ha estudiado la obra de aquellos jóvenes, los integrantes de “la no muerta falange luminosa”, creadora de las actuales letras potosinas. El libro de Rodolfo D. Ruiz *Del lirico*

vio, supo, nada más, del proyecto de la misma.

¹⁰⁷ *Epistolario*, p. 42.

¹⁰⁸ La carta puede verse en *Estilo*, 42, abril-junio 1957, 127ss.

¹⁰⁹ Peñalosa, “La poesía del Dr. Francisco de Asís Castro”. En *Estilo*, 28, octubre-diciembre 1953, p. 171-181; Peñalosa, “El Doctor Castro, biógrafo de Othón”. En *Estilo*, 41, enero-marzo 1957, 17 ss.

¹¹⁰ *Ambrosio Ramírez traductor de Horacio*. Introducción, transcripción y notas de Joaquín Antonio Peñalosa. San Luis Potosí, 1954.

La no muerta falange

vergel potosino, semblanzas y pergenios, San Luis Potosí, 1929, en el que recuerda a algunos de ellos, no es más que un puñado empalagoso, vacío, rimbombante, de frases cursis y románticas, juicios complacientes, vagos e inexactos y alabanzas a granel.

V. UNA GRATA EMOCIÓN DESCONOCIDA

En cierto día —domingo quizá— del año de 1874, cuando Manuel José Othón iba o venía de oír misa en el conventual templo de San Francisco, divisó en el desfile de muchachas a una —Josefa Esther Jiménez— que, a la vista, le prendió el corazón. Othón estudiaba entonces en el Seminario, contaba dieciséis años de edad, pero ya había sentido “una grata emoción desconocida”: el amor. De entonces data su primer noviazgo, o más bien, su triple noviazgo con las tres Marias —María Parra, María Pacheco y María Ponce—. Ignoramos si sus relaciones con éstas fueron simultáneas o en serie.

El amor por las tres Marias, sin embargo, no echó raíces. Lo secó el tiempo, y muy pronto. Lo que dijo en su poesía “A María P” no pasa de ser más que puro verso romántico de “fingido amor y artificial dolencia”:

*...el duelo funerario cubrió con sus crespones
mi corazón marchito...
sufrió mucho mi alma por una cruel mujer,
¡brotaron de mi lira melódicos raudales
de amor y de armonía y acentos funerales
de amargas decepciones, de inmenso padecer...!
Del corazón adúltera mi ruego despreció,
y en hondos y amarguísimos y lúgubres pesares,
y en insondable abismo de revoltosos mares
ingrata y despiadada hundido me dejó.*

El 8 de abril de 1877, Manuel José, que ya andaba tras el corazón de Pepa —o Esther, como la llamó en sus poesías y en la intimidad— le declaró su pasión valiéndose de un prosaico insignificante billetito escrito a lápiz, en el que le decía:

Esther adorada: Ya que es imposible poder decir a U. lo que sufro y lo que siento, verbalmente como yo quisiera, se lo diré a U. en ésta. La amo a U. con todo mi corazón... no puedo decirle más. Si acaso valen algo mis sufrimientos, si vale algo mi amor, piedad por compasión ¡Améme U...!¹

Como es de rigor en tales casos, la pretensa respondió con el silencio, un desesperante y seco silencio que, en vez de desalentar, enardeció al poeta. Al primer billete siguieron otros, diez, por lo menos, en los que Manuel José suplicaba humilde y ahincadamente correspondencia y abundaba en pruebas de amor y de muchos sufrimientos. La constancia tuvo fruto: “el que persevera alcanza”. Al mes de continuo y persistente asedio, se rindió la plaza, y Pepita puso su amor —para siempre— en las manos de Manuel José. Este, en su libreta de bolsillo, registró el inolvidable acontecimiento: “Jueves 17 de mayo, a las 8 3/4 de la noche, me correspondió P[epa] o E[sther]”. Y días después: “Martes 22 de mayo: primera carta de ella”. A los dos días: “Jueves 24 de mayo: primera cita ¡tú!”

Los novios mantuvieron largas relaciones, de mayo de 1877 a febrero de 1883, que acabaron en formal matrimonio. Como la futura suegra no veía con buenos ojos al enamorado poeta e, inclusive, en el transcurso del noviazgo le corrió muchos desaires y *al poco tiempo de concertadas las relaciones Pepa tuvo que seguir a sus padres a Santa María del Río, S.L.P.*, los novios se entendieron por medio de cartas. Ya unidos en matrimonio, Othón hizo frecuentes viajes que lo separaban de la esposa, y en la ausencia, el

¹ Carta sin fecha. Biblioteca Pública de la UASLP. MS. 810.1, XIV. A. esta colección, una parte, y otra a la nuestra, pertenecen las cartas de Othón a la esposa que citamos en este capítulo y en los siguientes.

telegrama, la tarjeta o la carta, eran frecuentes.

Pepa, la novia, nació en Guadalajara, Jalisco, —de ahí la dedicatoria de los *Poemas rústicos*— unos meses después que Manuel José; fue hija del abogado Jesús María Jiménez y de la señora Atilana Muro. Tuvo siete hermanos, una de ellos María de los Dolores Jiménez y Muro, periodista y colaboradora del revolucionario Emiliano Zapata y a quien ayudó Manuel José en su iniciación literaria. En febrero del 78 éste le escribía a Pepa: “Dentro de unos días empezará a publicarse un periódico literario. Dile a Lola que me remita algunas de sus composiciones para publicarlas”.

Cuarenta días tenía Pepa cuando sus padres llegaron a San Luis. Aquí el abogado Jiménez obtuvo algunos puestos públicos, y fue así como durante algún tiempo actuó en Santa María del Río como juez. Murió en mayo de 1883, tres meses después de haberse casado Pepa con Manuel José.

En plena euforia romántica —aunque Othón no haya sido romántico por naturaleza—, Pepa le inspiró muchas poesías, y siempre la mantuvo al tanto de lo que escribía o pensaba escribir. En carta de 1878 le decía: “Recibe estos versos que te adjunto, escritos anoche en medio de mi dolor y bajo el influjo de tu recuerdo y la memoria de tu divina imagen. En ellos se va toda el alma, todo el corazón y toda la vida de tu Manuel para tí, mi única dicha y mi único cosquelo”. En otra del mismo año, le contaba: “Me he distraído algo escribiendo, no versos, pues no he hecho más que los que te he mandado, sino piezas dramáticas”. Y en otra, también del mismo año:

Ahora, vida mía, te voy a contar el argumento de mi comedia ‘La sombra del hogar’ que voy a corregir en estos días. Lo hago con el objeto de que me des tu opinión y le pidas la suya a Lola, pues la materia que trato está más al alcance de las mujeres que de los hombres, y en materia de sentimientos nunca se equivocan ustedes. Pero me has de decir lo que te parezca, yo te lo mando.

Las cartas de Manuel José a Pepa, vehementes, sinceras, copiosas, dejan ver cuán enamorado estaba de ella. El poeta sufría tremendamente cada vez que algo —un chisme o la desaplicación de él o los resfríos de ella— hacía tambalear el noviazgo. A fines de 1879 llegaron a oídos de Pepita —radicada entonces en Santa María— malas noticias de la conducta del novio, y rompió con él. Éste, desesperado y no pudiendo convencer a la novia con las cartas que le envió, emprendió el viaje hasta allá. Encontró la más absoluta frialdad. Así las cosas, le mandó este recado:

Esther mía de mi vida: adorada dueña de mi alma: Te ruego, en nombre, de nuestro amor, en nombre de tus padres, en nombre de Dios, que no tengas ningún rencor conmigo hasta después de oirme, pues te juro que te idolatro más que nunca. Si así lo hicieras, concédeme que te vea desde lejos y aunque sea sólo un momento. Tuyo siempre y para siempre, tu Manuel.

La novia no contestó, ni salió, así fuera desde lejos y por un momento. El poeta, entonces, le mandó otra:

Esther: He venido con el único objeto de pedirte perdón; soy indigno de él, pero tú eres muy buena y me lo concederás: interpongo en mi súplica el recuerdo pasado de nuestro amor. Dios y la santa memoria de mi madre son testigos de que jamás te he engañado. Lo que hice, ni yo mismo me lo explico. No pretendo disculparme, soy un infame, pero la grandeza de tu alma es infinita. Sólo quiero tu perdón, concédemelo y permíteme amarte en silencio. Necesito verte, hablarte, pero me está, tal vez, vedado. Si me perdonas, mi bien perdido, yo quisiera oírlo de tus labios, palparlo de una manera que no pueda equivocarme; una sola mirada, una sonrisa, serán suficientes para hacerme comprender que me perdonas. Advierte que no me atrevo a implorar de ti más que tu perdón y éste lo imploro en nombre de nuestro pasado amor, en nombre del cariño de tus padres, en nombre de Dios. Hoy me iré, y quisiera irme con la conciencia tranquila. Adiós, tal vez sea el último. B. T. P. P. Manuel”.

Otro motivo de disgusto fue la inconstancia de él en los estudios. Bien comprendía Pepa que las tertulias literarias, la

constante asistencia al teatro cuando había representaciones, la participación de Manuel en cuanta revista aparecía, forzosamente debían perjudicarlo. Por eso, al principio con suavidad, después con energía, lo instaba al estudio y a la conclusión de la carrera. En 1878 —la época del mayor entusiasmo teatral de Othón— le confesaba a Pepa: “Lo que me has dicho hoy que estudie para que pronto pueda tener la dicha inmensa de hacerte mi esposa, me ha conmovido en lo más íntimo de mi alma”. La conmoción, sin embargo, fue pasajera. Más tarde Manuel volvía a decirle: “Afortunadamente este es el último año que estudio y a fines del que entra me recibiré si Dios me lo permite”. Insistía: “Te vuelvo a repetir que te juro no olvidarte jamás y amarte siempre: estudiar mucho y recibirme a fines del año, si es posible, y hacer todo lo que tú quieras que haga”. En carta de diciembre del 79: “Yo te juro amarte siempre, estudiar mucho y recibirme en noviembre del año que entra”. Hasta dónde Manuel cumpliera con sus promesas de “estudiar mucho”, lo dice el hecho de que en ese año tuvo ciento treinta y cinco faltas de asistencia a clase.

Viendo que las reclamaciones no surtían efecto, la novia cambió de táctica: primero le enfrentó la frialdad, con lo que hacía sufrir intensamente al poeta; luego, la amenaza del rompimiento. A esta ofensiva respondió Manuel José, el 25 de julio de 1880:

Lo que me has dicho ayer del plazo, es muy injusto. Yo te prometí en mi carta de ayer y te lo vuelvo a prometer hoy y te lo juro, bajo mi palabra de honor que a más, para el día 12 de octubre de este año estaré recibido; me parece que no es largo el plazo. Lo que dices de la ida a Guadalajara, nada tiene de particular y no se opone a nuestros proyectos... Pues bien, ¿qué tiene de difícil que me concedas el plazo que he puesto (porque tú misma me dijiste que lo hiciera)? Nada, creo yo, y es muy fácil, muy justo y hasta humano que tú lo hagas así. Si te vas, y para el día señalado no recibes un aviso de que yo estoy recibido, todo queda truncado y yo nada diré. Esta misma promesa que te he hecho, se la he hecho también a mi papá.

El juramento “bajo palabra de honor” de que para octubre de

ese año estaría recibido, no se cumplió. Un año después, el 12 de julio de 1881, el enojo llegó al colmo:

Ya veo, por desdicha mía —le contestaba a Pepa—, que empieza a ser imposible nuestro amor y que amenazan romperse lazos que han formado nuestras almas y que debían ser indestructibles. Tú has empezado a perderme la estimación; al comprenderlo senti como un terrón de hielo que me sofocaba el corazón... Pues bien, tú quieres ser monja, yo te lo apruebo, lo deseo, estaré muy contento y te juro que, si tú quieres, sobre todo el mundo, dentro de dos meses lo serás. Yo te lo arreglo todo, te lo juro por la vida de mi padre y en recuerdo de mi madre; por lo más sagrado que tengo ahora que eres tú, te lo arreglo completamente, y solo quedará por hacer el que tú te marches a España al convento de las Carmelitas Descalzas. Si tú me prometes que sobre todo el mundo, te vas, ya te digo y repito, te irás sin obstáculo de ninguna especie. En cuanto a mi, déjame aquí solo, que me pase lo que Dios quiera. Solo te aseguro y te juro por nuestro amor, por Dios y por mi salvación, que no volveré a amar a otra mujer, ni me casaré jamás.

Tanta amenaza surtió efecto, y finalmente el moroso estudiante presentó su examen final y la tesis: *De la hipoteca y el registro; sobre las acciones mineras; legislación antigua. Tesis presentada al Supremo Tribunal de Justicia del Estado, por Manuel José Othón en su examen profesional de abogado. San Luis Potosí, Jueves 29 de diciembre de 1881.* En esta tesis, a la vuelta de la primera hoja, el poeta anotó:

Fui examinado por los señores licenciados don Francisco Macías Valadez, don Silvestre López Portillo, don Miguel Villalobos, don Prisciliano Castro, don Manuel Medina, don Santiago Rangel, don Fortunato Nava (fiscal), don Juan B. Barragán (id) y aprobado por unanimidad de votos.²

Obtenido el título, empezó la lucha por la vida. Mal litigante —porque ante todo era poeta— prefirió los empleos desde un

² El original de la tesis se encuentra en el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología.

principio. En abril siguiente le notificaba a Pepa:

Hoy por la mañana me ofreció Flores Ayala —Secretario de Gobierno—, bajo su palabra de honor que para el mes que entra tendría una colocación que darne. Sé que tiene mucho empeño, porque es muy leal y sincero, y en él confío absolutamente. A Eduardo Facha —cuñado de Othón— le dijo que estaba arreglando me dieran el Registro Público de la Propiedad que es un empleo muy bueno y del todo independiente. Te lo digo, porque he recibido mucho gusto.

El año de 1882, o sea el año en que empezó a ejercer la profesión, fue año malo para el poeta: muerta en 1878 su madre, en 1882 enfermó gravemente su padre y también él; sobre esto, aumentaron las dificultades con su futura suegra y aun con Pepita. Atribuladísimo, le escribía el 15 de abril:

Me ha extrañado muchísimo el recibimiento que me has hecho ayer en la tarde y la manera como te portaste durante el tiempo que estuve en tu casa... Te he dicho algunas veces, según creo, que me ha parecido que tu mamá no me quiere; esto no es decir que yo juzgue que me aborrece, sino que le soy del todo indiferente. . . Pues bien, de poco tiempo antes de recibirme, fue más marcada la molestia que mi presencia en tu casa causaba a tu mamá lo cual atribuí yo a que no estudiaba, y todos los días te iba a ver... No se presenta además coyuntura que no aproveche para darne a entender la poca voluntad que me tiene: habla horrores también de los literatos, porque yo lo soy o tengo pretensiones de serlo.

Don José Guadalupe, el padre del poeta, murió días después, el 7 de mayo siguiente. Tanto le afectó esto a Othón que al poco tiempo él mismo cayó enfermo de gravedad. Para entonces llevaban Manuel y Pepa cinco años de novios. Y cuando aquél había cumplido ya con las condiciones —profesión y empleo— para casarse, intervino la tremenda y larga enfermedad. La familia de Pepa se opuso fuertemente al matrimonio con aquel enfermo agónico. Finalmente, vencidas las dificultades, los novios se casaron el 3 de febrero de 1883. El ministro fue el después canónigo Agustín M. Jiménez, fino amigo de Manuel a quien ayudó a vivir y a

morir.³ La ceremonia no pudo ser más sencilla, y tanto *La Voz de San Luis* —de la que era colaborador— como *La Unión Democrática*, apenas sí en breve párrafo hicieron mención del acto. Dijo ésta: “Matrimonio.— Lo contrajo el Sr. Lic. Manuel José Othón con la señorita Josefa Jiménez”; y aquella:

Matrimonio.— El 5 del actual lo contrajo nuestro compañero el señor Lic. D. Manuel José Othón con la señorita Josefa Jiménez. La ceremonia religiosa tuvo lugar en el templo de San Sebastián, siendo testigos los señores D. Jose María Dávila, D. Pedro Acuña, la señora María Othón de Facha y la señorita Carmen Jiménez. Felicitamos a nuestro compañero por la acertada elección que hizo de esposa, y a ambos les deseamos una eterna luna de miel.⁴

No hubo viaje de bodas, pues Manuel, el mismo día del matrimonio, cayó en cama. El citado periódico, el 16 de dicho mes, insertaba esta noticia:

El Sr. Lic. Manuel José Othón. Apenas entre abiertas para él las puertas del templo de himeneo, fue atacado de una enfermedad que lo tiene prostrado en cama. Le deseamos un pronto y seguro alivio.⁵

Del estado —físico y moral—, recién casado en que se encontraba, nos habla su poema entonces escrito “A mi esposa”:

*Solo y abandonado cruzo el mundo
y ya para vivir me falta aliento...
¡Qué abismo ante mis ojos tan profundo!
¡Qué huracán sobre mi alma tan violento!
En este desamparo negro y frío
que hiela el corazón y el alma aterra,*

³ El matrimonio civil lo efectuó Othón un año después, el 4 de febrero de 1884. El acta puede verse en Rodríguez Barragán, N. “Manuel José Othón”. *Letras Potosinas*, XVI, 127, enero-marzo, 17.

⁴ *La Unión Democrática*, 9 de febrero de 1883.

⁵ *La Voz de San Luis*, 11 de febrero de 1883.

*¿a dónde irá a caer el llanto mio
 que no lo seque el fuego de la tierra?
 ¿Quién secará mi pálida mejilla
 por las candentes lágrimas quemada,
 si ya sobre ella amarillento brilla
 algo como un reflejo de la nada?...
 ¡Qué sola el alma! ¡Y el hogar qué frío!
 Ni sombra en ellas de una luz se halla; vendrá la
 duda cruel, vendrá el hastio
 ¡y yo no quiero que la fe se vaya!
 Noches horribles, hondas amarguras,
 poca luz, poca fe... delirio mucho...
 ¡Qué tremendas y bárbaras torturas!
 ¡Qué grandes los gigantes con que lucho!
 No me dejes morir! ¡Te llamo y grito,
 y ardiente llanto de mis ojos salta!
 ¡Ven a darme el calor que necesito,
 ven a darme el cariño que me falta!*

Para reponerse, Othón se fue a Santa María del Río por algún tiempo, y a su regreso continuó su vida normal.

Manuel José y Pepa, no obstante el vacío de los hijos que Dios les negó, vivieron felices los veintitrés años que duraron juntos. Hasta cierto punto, formaron un matrimonio nómada: recién casados emprendieron el viaje a Santa María; al poco tiempo volvieron a San Luis; después se fueron a Cerritos; a los dos años, al renunciar el poeta al juzgado, hizo continuos viajes de Cerritos a Guadalcázar, donde también tuvo casa; en 1886, otra vez en San Luis, por unos dos años, para emigrar al cabo a Tula, Tamaulipas; al par de años, vuelta a San Luis; en 1894, a Santa María del Río; en el 97, a Saltillo y luego a Torreón y en seguida a Ciudad Lerdo, Durango. Con el domicilio aquí, el poeta emprendió continuos viajes a los alrededores, especialmente a la Hacienda de Noé, de los Lavín, donde pasó largas temporadas. En 1904, él volvió a San

Luis, pero ella se quedó en Lerdo. Entre 1904 y 1906, hubo también varios viajes a distintas partes. Finalmente, en noviembre del 6, los separó la muerte.

Litigante mediocre, excelente conversador, nada avaro ni ambicioso, sincero y comprensivo amigo, indulgente e ingenuo, desde que se casó, Manuel José Othón tuvo por inseparable huésped de su hogar a la pobreza. De ahí que la esposa viviera siempre en constantes apuros económicos. Cuando él era juez, el empleo les daba el cotidiano sustento; cuando no lo era, recurría a los préstamos. Especialmente en el norte, con los frecuentes viajes de Manuel, las quejas —pacientes, perennes, abnegadas— de la esposa por falta de dinero caían sobre él. Éste se limitaba a ordenarle por carta: pídele a Fulano, pídele a Mengano, pídele a Zutano.

Cuantas veces el matrimonio Othón cambió de residencia, fue por encontrarse ya en las vecindades de la miseria. Él se iba y ella se quedaba por uno, por dos, por varios meses, a levantar la casa, a malbaratar los muebles, a vivir del agotado crédito y de favores. Las cartas revelan claramente esa situación. Van algunos párrafos. En 1884, a los principios de la vida pueblerina, cuando el poeta cambió su domicilio a Cerritos, desde aquí le escribía a la esposa:

Le digo a Pablo arregle tu viaje para que te vengas pasado mañana en el coche que trae a las hijas de D. Pedro Noyola, el que me ha hecho favor de darme un asiento para ti. Tráete la ropa tuya que puedas y deja empacados los libros que dejé separados para mandar por ellos próximamente.

De vuelta en San Luis, en 1892, entretanto él andaba en México, le escribía:

Mientras arreglo dinero para enviarte, que será el lunes, ve a Agustín Jiménez y pídele lo que necesites, pues así me lo ofreció. No dejes de hacerlo. El martes me presentaré en la Academia.

En noviembre de 1897, cuando volvió a emigrar, en la sima de la

desesperación, le decía a Pepa, que esperaba pacientemente en Cerritos:

¿Qué dirás de mi porque no he ido ni te escribo? Pero todos los días creo que puedo salir al día siguiente y a última hora, por la noche, se me presenta la nueva dificultad, así es que no hay ni tiempo para escribirte ni calma para hacerlo porque nada más estoy pensando en la manera de salvar tanta contrariedad. Hoy, cuando ya todo lo tenemos allanado para vivir decorosamente en el Saltillo: que ya tengo casa amueblada y todo listo allá, me encuentro con que aquí no puedo conseguir los recursos para nuestra translación. No puedes figurarte las angustias que paso, porque desde el 15 del pasado estoy como miembro de la administración en Coahuila y de consiguiente percibiendo sueldo, y el Gobernador me dio licencia hasta el día 14 del presente, en que tengo que estar en el Saltillo. Ahora bien: la quincena que se venció el día 1° la cobró allá un amigo (Manuel Garza Aldape) para erogar los gastos de la compostura de la casa, pues a cuenta de renta tengo que hacerlos, y para pagar lo más indispensable que se ofrece en estos casos. Manuel me escribe que ya está lista la casa, con llave de agua, tres focos de luz incandescente. Los muebles los entregan pasado mañana, y en fin, hay que hacer gastos indispensables, de manera que con lo que percibi no hay para pagar eso y el mismo Manuel me ha prestado dinero así como Crescencio Gómez Rodríguez que son los encargados por mí para todo. Pues bien: aquí no me es posible conseguir doscientos pesos. Mañana, por consejo de varios amigos, voy a ver a D. Encarnación Ipiña, que según dice todo el mundo, hace servicios y es el único rico generoso que hay en San Luis. Ruegale a Dios, hijita, que salga bien. Cada día estoy más fastidiado aquí y es más el odio que me entra contra esta gente.

Esta carta, y sobre todo las últimas líneas, revelan la razón de lo que, años después, le escribió a Delgado: “Hace seis años que salí de mi tierra sin intención de volver a ella”.⁶

A pesar de su pobreza, Manuel José tendió la mano a cuantos a buscar su ayuda fueron. Por un tiempo sirvió de padre a sus

⁶ *Epistolario*, p. 92.

sobrinos Aurora, Felicitas y Jesús, hijos de su cuñado Antonio Jiménez y de Felicitas Gallardo. Al morir éstos recogió a aquéllos y los llevó a vivir a su casa. En carta de febrero del 98, desde Torreón, escribía a Pepa: "Cómprales a las muchachas lo que les falte. Si no tienes dinero, pídelo a Manuel". Cuando se casó Felicitas, Othón la entregó y él y Pepa firmaron las participaciones. Aurora se casó después de muerto el poeta.

Sorella povertade acompañó a Manuel José Othón hasta su muerte. Murió en casa ajena. La viuda se quedó sola, a sufrir estrecheces viviendo con el trabajo de sus manos como guardacasa en el Teatro de la Paz o de boletería en el cine que lleva el nombre del que fue su esposo o de una raquítica pensión. Ella murió, a los noventa años y nueve meses de edad, el 17 de agosto de 1949. La acompañó en sus últimos años su sobrina política, hija de una hermana del poeta, Isabel Staines Othón. Y hasta 1961, compartió con el esposo la misma humilde y sencilla sepultura.⁷

Poeta al fin, no obstante su sempiterna pobreza, Manuel José, a veces, se daba infulas de burgués y buscaba, apoyado en su fama, el trato con la gente bien, especialmente en la Metrópoli, y meterse entre la aristocracia. Tanto como una manifestación artística, lo entusiasmaba el derroche de comodidad o de lujo. Y luego, con una encantadora ingenuidad de pueblerino, lo contaba todo a la esposa. He aquí retazos de esas confidencias:

Carta del 24 de mayo de 1892:

México está menos apestoso que de costumbre, pero más hermoso que nunca. De cuando tú lo viste a la fecha, hay un ciento más de diferencia que del San Luis actual a Tula. Se han multiplicado los palacios, y ¡qué palacios! El piso de las calles es de madera, el centro, y de cemento romano las banquetas, en las calles secundarias; en las principales, esto es: Plateros, San Francisco, 5 de Mayo, etc., el centro y la banqueta son de cemento romano, como la banqueta de la acera del Palacio de ésa.

⁷ Cfr. Peñalosa. "Pepita Jiménez viuda de Othón". En *Estilo*, 46, abril-septiembre 1958, 79-82.

Así es que no oyes el ruido de los mil coches, carros, vehículos y velocipedos, porque ya mucha gente anda en velocipedo.

El día que llegamos, viernes a la una y media de la tarde, había un sinnúmero de gente con músicas en la estación esperando a D. Carlos —Diez Gutiérrez, gobernador de San Luis Potosí cuyo secretario particular fue en ese viaje.— Yo monté en un coche con Lebrija y Faustino Martínez, que me trajeron hasta mi Hotel (Gran Sociedad, n. 46, esquina de Espíritu Santo y el Coliseo; donde estoy muy cerca de la casa de D. Pedro —hermano de don Carlos y que también fue gobernador de San Luis Potosí— que es donde vive D. Carlos). Llegué con jaqueca y me acosté a dormir hasta las 5 que fui a ver a D. Carlos para ver qué se le ofrecía. Me citó para el día siguiente, a las 7 de la mañana, y me dio 50 pesos para que me fuera mientras a pasear. Fui a comer al Café Inglés unos huevos crudos en consomé ardiente y un beefteck. Luego mandé hacer mi flux en casa de Armand Frack, bajos de ese hotel; compré allí mismo un saco de grano de oro elegantísimo que se usan mucho ahora, porque el calor es peor que en ésa; y por último me fui a vagar por las calles. En la noche fui al teatro circo Orrin que es primoroso y donde trabaja una compañía de zarzuela mediana... Me vine a acostar y al día siguiente me levante a las 6, me bañé aquí mismo, pues hay baño y peluquería; me afeité y me fui a ver a D. Carlos. . . me dijo que en unión de su ayudante fuera a Chapultepec, en uno de los coches de D. Pedro, a ver al Presidente, que allí vive ahora, y le dijera que había llegado, que estaba a sus órdenes y que le indicase cuándo podría recibirle. Fui y tuve una antesala de un cuarto de hora; se me presentó un ayudante (un coronel), le indiqué mi objeto, me condujo con el secretario particular, Chausal, quien me introdujo con D. Porfirio. Figúrate qué glegorito. Yo le dije:

—Señor Presidente: el Sr. Gral. Diez Gutiérrez, de quien soy secretario particular, me envía a decir a V. que ha llegado ayer, que se pone a sus órdenes en la casa de su hermano y que ruega a V. se sirva recibirle indicándole el día y la hora en que a bien tenga hacerlo.

—Diga a mi distinguido compañero que celebro mucho su llegada, que siento venga enfermo, según sé yo, y que puede pasar a la hora que guste, pues ya sabe que estoy completamente a sus órdenes; y doy a V. la bienvenida.

Me dio la mano despidiéndome; le hice una profunda reverencia y me largué.

Al llegar a la antesala, te juro que había como veinte adulones que me preguntaban por Carlos.

—¿Cómo está Carlos? ¿Ha llegado bien? Salúdeme V. y póngame a sus órdenes mientras tengo el gusto de ir a hacerlo personalmente.—
Decían unos.

—¿Ha venido Díez Gutiérrez? Oh, ¡cuanto lo celebro!

—¿Cuándo vino Carlos?

—¿Cómo sigue Carlos?

Y Carlos por aquí y Carlos por allá, decían aquellos individuos que en ningún bodegón habían comido con él, como si fueran amigos íntimos, cuando algunos de ellos jamás le han hablado. Y todos me estrechaban la mano y algunos hasta me palmeaban el hombro.

He visto a muchos amigos y me han presentado a muchos otros, entre la gente de letras y algunos políticos y he tenido un recibimiento espléndido. Me han hecho miembro honorario del Liceo Mexicano, he ido a la Prensa Asociada y al Club Porfirista de la Juventud. En el primero y en el último mi entrada fue saludada con aplausos; yo me corté tanto que sin decir nada, como un estúpido, me quedé parado, sintiéndome rojo hasta lo blanco de los ojos. Más despacio te hablaré de asuntos artísticos y literarios que me atañen y me enorgullecen. Por ahora te diré que cené en casa de Peón Contreras (son las doce de la noche), mañana como en casa de Paz —Ireneo—, en Mixcoac, donde está veraneando su familia. Pasado mañana comeré en casa de Enrique Sort de Sanz, diputado, abogado, profesor, casado con una entenada de Lancaster Jones, primorosa, y más primorosa todavía es la madre, viuda de Pedro Zubieta, y una de las más elegantes damas de México. Para que Lancaster Jones haya caído con ella, viuda y con hijas grandes, figúrate cómo será. Anoche fui presentado con esa familia, que vive en la glorieta de Colón, frente a la estatua, en el Paseo de la Reforma y en un chalet elegantísimo. Allí no hay una casa que no sea un chalet, de todas formas, de todos estilos, suizos, italianos, franceses y alemanes.

Hoy en la tarde fui al Casino Nacional, para el que me dio tarjeta de presentación Juan Labat. Este establecimiento ha venido a tumbar a todos los otros, pues como está reformado, la novedad hace que sea ahora el centro más distinguido de México. No puedes figurarte el lujo, la elegancia, el buen gusto que reinan allí. La Lonja de San Luis, fuera del tamaño y comodidades del edificio, es cursi y vale un demonio.

El sábado me presentará el Duque Job en el Jockey Club para poder ir a la matinée del domingo.

Antes de acabar, porque ya es muy tarde, te diré lo que hago diariamente: a las 6 sin falta me levanto y me voy a casa de D. Carlos. Leo la correspondencia, y a las 7 que él sale de su cuarto, firma y me da

el acuerdo para el día siguiente. Se va y yo me quedo despachando la correspondencia del acuerdo, hasta las ocho y media, en que me voy a desayunar a El Aguila de Oro (enfrente) una taza de té, sin leche y medio moyete. A las 11 vuelvo a casa de D. Carlos a ver si ha llegado algo urgente; y llegue o no, lo busco por Plateros para decirle lo que hay y preguntarle qué se le ofrece. Me quedo lagartijeando por allí hasta la una, con o sin amigos. A esa hora me voy a comer a la Estrella de Oriente (5 de Mayo); me vuelvo al hotel, duermo hasta las 4 y me vienen a despertar Urbina, Peón del Valle u otro amigo. Nos vamos a pie a la Reforma hasta las 7. A esa hora voy a buscar a uno de los señorones de la literatura (uno cada noche) hasta las 8. Salgo, voy al lugar donde me he citado con mis amigos; tomamos chocolate a la española (en jicara, con cuchara y muy espeso) para luego irse a los teatros. Nos vamos al teatro; salimos a las doce y a la Concordia a casa de Recamier, Plessant, etc., a tomar un solo plato de cena; charlamos, y a dormir.

Desde que estoy aquí, te juro que el día que más he tomado han sido cinco copas en todo el día. Aquí nadie se embriaga, es muy mal visto; y sobre todo, no hay objeto, toda vez que hay tanto en qué divertirse. He estado muy bien del estómago y de todo. Mi vestido está muy elegante y mañana lo estreno.

En esa misma ocasión y en otra carta del 1 de junio, añadía:

Efectivamente: no creía jamás tener una recepción como la que he tenido en esta temporada en México; ni cuando el drama han hecho aquí conmigo la cuarta parte de lo que hacen ahora; y cuenta que los círculos que me tratan de este modo son los círculos más distinguidos en la política, en las letras y en el dinero.

Hace ya seis días que no como de mi cuenta, pues todos son convites o almuerzos que hacen en mi honor. Además no me dejan gastar un solo centavo, ni en la peluquería, ni en la cantina, ni en los baños. Te diré cuál es mi vida desde el día siguiente que te escribí: me levanto a las 6; me voy a casa de D. Carlos; despacho hasta las 10. A esa hora van por mí o Alejandro Garrido o Jesús Valenzuela o Lebrija. Generalmente salgo con ellos y D. Carlos y sus amigos. Vamos al baño y a la peluquería, luego a la Concordia; luego me despido de D. Carlos y me voy con mis amigos a comer a casa de Recamier o la Concordia o casa de alguno de ellos. Terminamos a las 4. A esa hora va a la parte donde

Una grata emoción desconocida

estamos el coche de Valenzuela o de Garrido, magníficos trenes con soberbios caballos y lacayos de librea (Garrido tiene \$ 800,000 y Valenzuela cerca de un millón y alta posición política); nos despedimos de los demás amigos que nos han acompañado; montamos en el coche y nos vamos a la Reforma hasta que oscurece. Si el teatro vale la pena, allá vamos, si no, vamos al Casino, donde jugamos al boliche o billar, y cenamos, cena que paga invariablemente Alejandro Garrido o Rosendo Pineda. Charlamos, oímos a Villanueva, Felipe o Gustavo Campa tocar el piano y nos separamos a las once y media. Me vengo a dormir, y al día siguiente lo mismo, salvo que tenga que hacer una visita. El jueves y domingo voy a comer a Mixcoac, casa de I. Paz, en una espléndida quinta; allí veranean actualmente más de cien familias y en esa casa se reúnen unas diez o doce. El domingo en la noche voy a casa de Enrique de Olavarria y Ferrari donde hay preciosas tertulias y toca Elena Padilla, la mejor pianista de México. El lunes a casa de Mercado; mañana seré presentado en una tertulia que en honor mío da en su casa D. Rafael Angel de la Peña: pura literatura. Ya te enviaré los periódicos que hablen de eso.

Mañana o pasado sale en *El Universal* mi retrato. Ahora te envío los periódicos de mañana que hablan de mi nombramiento de Académico.

El sábado voy a otra tertulia. Todos mis amigos son de la *cremane*. Yo ando muy bien vestido, pero con modestia; todos me quieren muchísimo. Tengo un magnífico redingot. El día 10 se inauguran en el Casino las veladas artístico literarias. La primera, en la parte literaria, la llenaré yo; la segunda, Justo Sierra; para las demás no se hacen aún los nombramientos.

Pineda, que es una gran potencia, es íntimo amigo mío, y me manifiesta profundo cariño. Empecé a escribir un drama "Victoriosa", pero ya no lo sigo, porque las compañías están infames y todos me aconsejan que no se los dé; hoy, con la situación nueva literaria mía, me he resuelto a no darlo, y lo interrumpo.

Mientras arreglo dinero para enviarte, que será el lunes, ve a Agustín Jiménez y pídele lo que necesites...

Desde Torreón, en enero de 1898:

Este es un pueblo horroroso, lleno de tierra: un montón de casas sin orden ni concierto en medio de una llanura inmensa color de adobe. Pero hay dinero y negocios que es una barbaridad. Mi vida es

levantarme a las 8; desayunarme con Don Pablo Schugt, mi cliente; leer periódicos; ir a la cantina con el mismo; jugar al dominó; beber, pero moderadamente; comer otra vez con D. Pablo en la fonda, espléndidamente; charlar; ir a Ciudad Lerdo que dista cuatro leguas de aquí. Voy con un alemán minero de apellido Dietmark, muy buena persona y muy ilustrado. Tanto él como D. Pablo son melómanos. Este tiene un piano de cola que le costó dos mil doscientos pesos, pero su señora está en Nueva York. Dicen que es una notabilidad como pianista. En la noche, si hay teatro, vamos. Está aquí una compañía de zarzuela y no tan mala. Hoy dan 'El dúo de la africana', 'Los africanistas' y que sé yo que otra cosa.

No tengas cuidado por mí, pues estoy bien y no cometo ningún desarreglo, porque no me convendría. He caído muy bien aquí y todos me tienen un alto concepto de mi persona. No me junto más que con hombres serios y acaudalados, que aunque están casi todo el día en la cantina, no se exceden, pues aquí hay la costumbre de arreglar los negocios en las tabernas.

En los momentos de optimismo, Othón dejaba correr su fantasía tras la inalcanzable fortuna. No como una obsesión, pero sí como un agradable sueño. En 1892 le escribía a Pepita desde México: "Mis asuntos marchan mejor de lo que esperaba, y espero que a partir de hoy seguirán mejor". En 1896, recién llegado a Cerritos:

Esto es una minita para mí por lo pronto, porque D. Pancho —el general Francisco Araujo— quiere que a todo trance arregle, aunque le cueste dinero, pues tiene un contrato de leña por tres años que le vendió al ferrocarril, y recibe de mil quinientos a dos mil pesos mensuales; y los principales negocios consisten en pedazos de tierra que le han cogido los vecinos donde tiene grandes encinales y quiere recobrarlos para poder cumplir su compromiso de leña. Me dio una carta abierta para que Marcos Vives me diera todo el dinero que le pida yo. Ya ves que tiene empeño el viejo, y me ha ordenado que no me vaya hasta que le arregle todo, aunque dure un año. Así me lo dijo.

Además de la carta ya citada, escrita desde Torreón, tenemos esta otra, del 28 de febrero de 1898:

La población está formándose, pero es riquísima. Aquí no hay más que ricos. Se hacen unos negocios tremendos. Acaba de formarse un sindicato para la explotación de la pura semilla de algodón, y el capital del sindicato es de tres millones de pesos. Y así es todo. Con que por esto ya te figurarás lo demás. Aquí todos tienen gran empeño en que yo me quede. Tengo unas igualas por valor, de doscientos cincuenta pesos desde luego, con la seguridad de que aumentará y podré entrar en otra clase de negocios, pues esto es una puerta abierta para todo y sobran personas que le metan a uno el hombro. Acabo de comprar un solar, que es un cuarto de lote, en la plaza de armas. Me costo seiscientos pesos, a seis meses de plazo, y D. Pablo Shugt se empeñó en que lo comprara, pues es un gran negocio. También acabo de tomar veinte acciones en la Compañía Cooperativa de Nuevo León; di al entrar veintidós pesos y tengo que dar doce mensuales para construir una casa en el solar, con hipoteca de la misma. De manera que la finca me costará dos mil seiscientos pesos y dentro de tres años valdrá ocho o diez mil.

Manuel José, en las cartas a la esposa, aprisionó muchos sueños y proyectos de éstos, podrían multiplicarse las citas. A Delgado le explicaba:

Yo me había propuesto trabajar por todos estos andurriales —Ciudad Lerdo, Torreón, etc.— por ver si conseguía hacer alguna cosa sólida, digo, pecuniaria; pero veo que esto es imposible para mí, pues cuando he logrado juntar algo que pudiera considerarse como pie de capital, aunque corto, lo he gastado de la manera más estúpida del mundo, sin sacar maldito el provecho. Ahora tengo un negocio que puede dejarme algo: me he metido en minas; tengo cuatro de mi exclusiva propiedad, que estoy dispuesto a vender tan luego como se establezcan las grandes fundiciones metalúrgicas que están implantándose en Torreón, que será cuando la propiedad minera adquiera valor. No será mucho lo que me dejen las tales minas, pero, en fin, será lo bastante para poder vivir con desahogo unos dos años y dedicarme en ese tiempo a escribir... a escribir solamente lo que me dé la gana y algo de lo mucho que tengo en plan. Esto será, por supuesto, si me lo permite mi carácter que es derrochador por excelencia, pues carezco en la absoluto de "facultad retentiva".

Y en otra: "... porque en materia de dinero soy, no un Quijote, sino un ... que viene a ser lo mismo".⁸

Así las cosas, no sabemos de dónde una moderna enciclopedia, al dar la biografía del poeta, sacó el siguiente infundio, digno de figurar en el *Anecdótico* de Valle Arizpe: "Al hacerse rico súbitamente, Othón se alejó del campo y se radicó en la ciudad donde la vida urbana, bohemia y agitada, no sólo marchitó su mejor inspiración, sino que terminó quitándole la vida".⁹

⁸ *Epistolario*, p. 23.

⁹ *Enciclopedia Balsa*, preparada para el asesoramiento del cuerpo de redacción de la *Enciclopedia Británica*. Buenos Aires, Chicago, México, t. XI, p. 242.

VI. EL AMARGOR DE MIOSTRACISMO

Manuel José Othón fue un hombre inquieto. A ser rico prefirió ser poeta, y por su afición a las letras que le dieron fama, no hizo mucho caso del prosaico trabajo que le daba el sustento.

En el Seminario, siendo casi un niño y bajo la tutela de sus padres y maestros, cumplió con la tarea. En el Instituto, ya de joven, con la atractiva compañía de los literatos en ciernes de que se rodeó, con el fuerte incentivo del teatro, las tertulias y las revistas y periódicos y con el corazón de Pepita en las manos, aflojó las amarras de la aplicación. Los estudios de la jurisprudencia no estaban muy de acuerdo ni con sus aficiones ni con su temperamento ni con sus aptitudes. De ahí que fuera un estudiante que no se distinguió por su diligencia. Ya casado, sin más vínculo fuerte que el de la esposa, fallecidos su madre y su padre, inadaptado en el ejercicio de la abogacía por su carácter franco, bonachón y bohemio, ni las letras le dieron para vivir ni la profesión le satisfizo, ni encontró siempre mecenas —excepto el general Bernardo Reyes, su “primero y único mecenas”¹— que lo ayudaran ni pudo jamás morar en un solo lugar, pues si encontraba los corazones abiertos, en cambio, topaba con los bolsillos cerrados. No le quedaba más remedio que emigrar. Y emigró. Se convirtió — en frase de él— en “abogado de la legua”.

En diciembre de 1881, más tarde de lo debido, se recibió de

¹ *Epistolario*, p. 25.

abogado; en 1882, cuando empezaba a trabajar —en el empleo de director del Registro Público— murió su padre y él mismo cayó enfermo; convaleciente aún, se casó en febrero de 1883, para volver a enfermar. Después de unos meses en Santa María, a fines de 1884, emprendió el primer viaje, y se fue a vivir a Cerritos, S. L. P.

Acababa de llegar Manuel José a esta población, cuando un periódico potosino, a distancia, y dizque advertido por un joven de allá, publicó una alarmante gacetilla que, dado el carácter del poeta y el argumento del silencio en las otras publicaciones, nos parece inverosímil y con más olor a broma que a verdad:

Lamentable suceso.—Ya en prensa el primer número de nuestro periódico, hemos sabido que el apreciable e ilustrado joven Lic. Manuel José Othón, ha pretendido poner fin a sus días, por motivos que nos son absolutamente desconocidos. Según persona a quien merecemos entero crédito, dicho joven, recién llegado a la ciudad de Cerritos, donde ha acontecido tan desagradable caso, desapareció dos días de la población, sin tener noticia donde pudiera encontrarse. Alarmada su estimable familia por tal tardanza, pusieron exhortos a diferentes puntos, siendo del todo inútiles, pues tras largas diligencias que con toda prontitud se hicieron, dos amigos del joven abogado se llegaron a una pequeña casa donde tenían sospechas de que se encontrara, forzaron la puerta que estaba herméticamente cerrada y penetraron en una pequeña habitación que no recibía más luz que la de la puerta. Ahí, sobre un lecho, se encontraba el desfigurado cuerpo del joven, que apretaba convulsamente un pomo de cristal en la mano, y que se hallaba completamente rodeado de flores, cuyo ácido carbónico hubiera acabado con su vida, si aquellos buenos amigos suyos no le hubieran salvado. Hoy, Manuel, todavía enfermo, se encuentra demasiado arrepentido de su atentado, pero no ha querido confesar qué motivos le impulsaron a ello. De cualquier modo que sea, es de lamentarse semejante acontecimiento, pues muy fuertes deben ser las penas que martirizan el corazón de nuestro poeta, para obligarle a practicar actos que sólo un cerebro desorganizado puede cometer.²

De la permanencia de Othón en Cerritos, las anécdotas cuentan

² *La Verdad*, 28 de diciembre de 1884.

muchas cosas, pero ninguna hace alusión a este pretendido suicidio, y en forma tan estafalaria.

Sin menoscabo de su fama como poeta y de su honra como hombre, Manuel José Othón, como abogado —al igual que otros grandes literatos graduados y que jamás ejercieron—, parece ser un inadaptado en el ejercicio de la profesión. Nuestro poeta —poeta por esencia, abogado por accidente—, fue un mediocre profesionista, y no precisamente por falta de inteligencia, sino porque no era esa su vocación. Hubiera vivido muy bien incrustado en la burocracia, en la Metrópoli, gozando de un empleillo fácil. A litigar, prefirió ser empleado o —en el norte— escribano público. Apenas recibido, buscó un puesto en el gobierno, y le dieron el empleo de director del Registro Público. Lo único notable que hizo aquí fue la edición de una hoja defendiéndose de cierta acusación intrascendente que le hacía otra hoja. “¿El Registro Público de la Propiedad no presta garantías?”, así tituló el abogado Othón su defensa, y la firmó el 3 de agosto de 1882.³

En los tiempos en que Othón ejerció la abogacía —como litigante o como juez— en San Luis Potosí —capital y municipios— por el menor pleito tanto las partes contendientes como los abogados patronos y los jueces, publicaban las razones que los asistían en sus pareceres. La bibliografía potosina jurídica es enorme, precisamente por esa susodicha costumbre. Pleitos hubo, como el de las tierras de los Moctezumas o las aguas de Guaxcamá o la hacienda de San Nicolás de los Agustinos, que llenaron las páginas de muchos y sutiles folletos. Manuel José Othón, en esto, se aparta de la costumbre de sus colegas, y aquí en San Luis, no imprimió otra cosa sobre jurisprudencia fuera de la hoja arriba citada —la parva “ley sobre conversión de los ejidos o terrenos comunes en propiedad privada”, decretada por Díez Gutiérrez, la redactaron el licenciado Emilio Ordaz (inhumado el día que murió

³ Rodríguez Barragán, art. cit., reproduce en facsímil la hoja y transcribe el texto.

el poeta) y Othón⁴—; sí publicó, en cambio, bastantes poesías y sueltos críticos. Se conoce de él un solo alegato impreso: “Apuntes que, para alegar de buena prueba ante el señor 3^o de letras del partido de Mapimí produce Don Jesús Revilla, Patrocinado por el Lic. Manuel J. Othón y representante jurídico de la Compañía Minera ‘Siderita y Anexas’, S. A. de S. Luis Potosí en el interdicto de despojo promovido contra la Compañía Minera y Fundidora ‘Descubridora’. 1900. Tipografía Democrática de Alberto N. Swain, Torreón, Coahuila”. Quizá anden por los juzgados del norte algunos alegatos manuscritos de Manuel José Othón. El 24 de octubre de 1902 le escribía a Pepita desde la Hacienda de Noé:

Hace ocho días que estoy en esta hacienda, muy ocupado en la redacción de la memoria que debe irse a México sin falta ninguna el lunes. Me ha costado más trabajo y más tiempo del que yo creía, pues a la vuelta Gilberto—Lavin— me pidió notas más extensas sobre algunos puntos. Pero en fin, gracias a Dios, ya estoy terminando, pues espero que mañana quedará completamente concluida y sólo esperaré que la copien en máquina para revisarla.

Tres días después volvía a escribirle a la esposa:

Hasta hoy pude acabar la laboriosa memoria sobre la cuestión del Nazas que tengo que enviar a México, pero mañana empezarán a copiarla en máquina y como es muy larga, tal vez acaben hasta en la noche. Luego tengo que revisarla y arreglar los documentos, por su orden, que deben acompañarla; y en fin, gastaré en ello todo el miércoles.

Lo poquisimo que escribió Othón sobre cuestiones de jurisprudencia, es índice de la poca voluntad que le tuvo a la profesión, lo mismo que la facilidad para cambiar de litigante a juez, de juez a empleado y de empleado a notario. En sus cartas a Pepa habla mucho de literatura, de música, de amigos, de paseos, pero

⁴ *El Estándarte*, 13 de agosto y 18 de octubre de 1890.

poco o casi nada de la abogacía. Cuando aún era estudiante, si pensaba en el examen, no era en orden a la práctica de un ideal como profesionalista, sino en orden a su matrimonio. El siguiente párrafo de Alfonso Toro es, simplemente, inaceptable: “Si Othón hubiera querido, podía haber sido un notabilísimo jurisconsulto. Su ilustración en la materia era muy vasta, y siempre estaba al tanto de las últimas novedades. Le eran familiares los estudios, entonces poco conocidos, de D’Agnano, Cimbali, Vidalá, Papale y casi todos los célebres jurisconsultos italianos que iniciaron la reforma del Derecho Civil”.⁵

Por otra parte, los empleos que el poeta tuvo fueron empleos raquíticos, suficiente apenas para llevar una vida modesta. Lo que cuenta Valle Arizpe de que “Los padres de Manuel José Othón lo dejaron en buen acomodo de fortuna, legáronle unos treinta mil pesos..”.⁶ que despilfarró velozmente en parrandas —como en general todo su *Anecdotario*—, es falso. El mismo Othón lo contradice en carta a la novia, cuando el padre de él estaba para morir: “figúrate el estado en que estará mi alma: estoy viendo los padecimientos de mi papá...; por otra parte, me encuentro sin colocación y sin trabajo y careciendo de todo, sin tener otra cosa que el pan de cada día: lleno de sobresaltos, lleno de tristeza..”. Cada vez que Manuel José abandonaba un lugar, era porque había conseguido otro empleo en otro lugar, aunque lo abandonara luego. Cuando emigró al norte, a juzgar por las cartas que dirigió a la esposa, tuvo más actividad y aun llegó a ilusionarse con pingües negocios en perspectiva. Estos negocios si a la primera impresión, lo alucinaban, a la larga se volvían nada o lo decepcionaban, y volvía a emigrar. En marzo del 98 le escribía a Pepa:

Anoche a las 12 llegué de Durango a donde fui hace cuatro días. Es una población no fea, pero muy antipática. Te mando un corte negro para que

⁵ Toro, art. cit.

⁶ Valle Arizpe, *Anecdotario*, p. 10.

hagas un vestido para el día de tu santo. Lo compré en Durango a peso vara. Me hice una levita con un sastre americano que hay allí, muy afamado. Te mando también ciento cincuenta pesos, porque por tu cartita veo que estás apurada de dinero. Al decirte que me quiero venir aquí —a Torreón— es porque jamás se me volverá a presentar una oportunidad de hacer algo como ahora. Me han subido las igualas a 300 pesos. Pero en el caso de que me venga, lo haré solo, pues esto no está bueno para familias por ahora, y sólo dentro de tres o cuatro años que hayan venido familias de otras partes se podrá vivir. Tú te quedas en el Saltillo y yo voy a verte cada mes...

Pero como tampoco era negociante —carecía de “facultad retentiva”, según le confesó a Delgado—, sin cálculo, simplemente porque andaba entre gente de negocios y para no ser menos que ellos, gente enriquecida con cierta facilidad en aquella próspera región, se entusiasmaba del mismo modo que lo hacía ante un buen concierto de música o un buen verso.

Pero más que por los negocios mismos, por los cuales sentía entusiasmos efímeros, por la vida regalada que podía llevar entre aquellos ricos incultos y las atenciones de que lo colmaban, era por lo que Othón buscaba la compañía de ellos. Las cartas que hemos ido citando nos dan una clara idea de esto. De Torreón, a 14 de febrero de 1898, le escribía a la esposa:

Me fastidiaría mucho más de lo que me fastidio aquí si toda la gente de aquí, D. Pablo —Schugt— en primer lugar, no me quisieran tanto y no trataran de distraerme de la manera que les es posible. Todos los personajes de aquí, que son comerciantes, banqueros y propietarios, están conmigo a diversas horas, ya llevándome a sus establecimientos para que los vea, ya en los hoteles; y todos son excelentes personas.

Sus trabajos en la Hacienda de Noé, Durango, donde pasó largas temporadas, le brindaban un placentero descanso: comía y bebía bien, vacacionaba y practicaba su diversión favorita, la caza:

Yo estoy perfectamente bien —le decía a Pepa—. Hace diez días hoy

que no pruebo un trago de alcohol, concretándome al vino que tomo en la mesa. Así es que estoy como hace mucho tiempo me sentía de bien. Me levanto a las 6, me salgo a pie con la carabina y regreso, a las 8, con una hambre de bruto. Me desayuno un plato de frijoles magníficos, unos chilitos asados, un pozuelo de chocolate y un vaso de leche. Me pongo a trabajar a las 9 hasta las 2 de la tarde que como bien, pero sin exceso, pues ya sabes que la comida de aquí no me gusta. No duermo siesta: reposo un poco y trabajo una hora. A las 4 y media salgo a caballo o en coche y vuelvo a la oración. A las 9 como colate (sic), y... preguntame qué más: gorditas, picolitos, lechita, chilito y el pintito. Sólo a medio día como carne y caldo. A las 10 me acuesto y duermo de un tirón... Y así todos los días.

En el norte: Saltillo, Torreón, Ciudad Lerdo principalmente, fue donde Othón duró más, de 1897 a 1904. Los años anteriores los pasó en Santa María del Río, en Cerritos, en Guadalcázar, otra vez en Cerritos, en Tula, Tamaulipas, en San Luis Potosí y otra vez en Santa María. En todos estos lugares pasó los años de 1883 a 1897, pero del 83 al 84 y del 88 al 94 vivió en San Luis Potosí. Nunca estuvo—como falsamente afirma Toro— de juez en Venado y en Río Verde, S. L. P.⁷

La vida en los pueblos potosinos era muy distinta de la vida en las poblaciones del norte. Aquéllos, como más antiguos, tenían una vida social respetable y recoleta, y en Santa María del Río, por ejemplo, las tertulias eran cosa común y corriente. Othón le tuvo especial cariño a esta villa: allí pasó varias temporadas de vacaciones, allí visitó a la novia, allí trabajó; le dedicó una poesía “Mi pueblo”, y dejó excelentes amigos, uno de ellos, José Abraham Cabrera. Estaba en Santa María del Río cuando recibió la visita de Juan B. Delgado, fue cuando se conocieron;⁸ y en Guadalcázar fue también donde conoció al historiador Nicolás Rangel, entonces viajero por cuenta de una casa comercial de Morelia, Michoacán. Las poblaciones del Estado de San Luis Potosí eran los lugares

⁷ Toro, art. cit.

⁸ Véase Delgado, *Post Mortem*. En *Estilo*, 46, abril-junio 1958, p. 75-78.

apropiados para el temperamento poético y amigable de Manuel José Othón. Las mejores amistades las hizo en estas villas. A Marcos Vives, el de Cerritos, le dedicó una elegía, al citado Cabrera, también le dedicó una poesía, cosa que no hizo ni con los Lavin ni con Schugt.

O porque era inquieto —“esta ansia eterna mía”, dijo en el “Canto del Regreso”— y no perseveraba, le era imposible hacer fortuna; o bien, porque no podía hacer fortuna, se volvía inquieto y cambiaba de residencia. Como quiera que haya sido, la vida errante de Othón le permitió conocer lugares y paisajes, pero tierra adentro, lejos de las urbes, y aun cuando así no podía estar exactamente al corriente de las nuevas ideas literarias, su inspiración, lejos de las ciudades, tomó la forma original que le dio valor a su poesía; y el íntimo contacto con la naturaleza virgen — desde que nació, si es cierto que nació en despoblado—, ubérrima o desértica, suplió con creces la lectura y el trato con los grandes.

Lejos de los centros culturales, especialmente en el norte, el poeta no pudo leer mucho. Ni pobre, andariego y desordenado como era, pudo hacer una biblioteca en forma. Entre los libros y papeles que dejó, hemos encontrado algunos números de la *Revista Azul*, de *La Republica*, de *El Mundo Ilustrado* y de otras publicaciones. Libros, casi no dejó. Sin embargo, Toro afirma en el citado artículo, que Othón poseía “una copiosa y selecta librería”, lo que es, simplemente, inaceptable.

Distraído y descuidado —“que viniendo de mí mismo, vengo de la región más apartada”—, parece que Othón, excepto con Juan B. Delgado, no escribía mucho a sus amigos. Es muy significativo que, fuera de las cartas al citado poeta, sólo se hayan descubierto unas cuantas. Manuel José, además, así como era de flojo para escribir, era exigente —“premioso”, decía él— y cuando escribía, se extendía generosamente. Le confesaba a Delgado:

Usted habrá notado que yo no escribo corto, porque para mí no tiene objeto escribir sin decir todo lo que uno se propone, y aunque escriba aprisa y premiosamente, hay que vaciar el objeto con que uno se pro-

pone escribir”.⁹

En nuestro poeta advertimos una contradicción: voluntariamente se encerró en poblados de segunda categoría, y era feliz en el campo donde, en el contacto con la naturaleza, enriquecía y fortalecía su numen; pero, al mismo tiempo, padecía una intensa afición por las grandes ciudades. Para un drama escogió como escenario Madrid y, para otro, San Ángel, D. F., a pesar de que para la fecha en que los escribió, no había —como advirtió Agüeros— “abandonado el patrio suelo, la ciudad de San Luis”; ni siquiera conocía México.

La Metrópoli, cuando iba allá, lo volvía loco de entusiasmo. Y con razón: le prodigaban magníficas recepciones, lo envolvían en deslumbrantes tertulias, lo acompañaban sus excelentes amigos con los cuales pasaba horas y horas entre amenísima conversación y buen vino, asistía a espectáculos de todas clases, lucía ropa a la moda y se codeaba con la flor y nata de la sociedad capitalina.

Las cartas que, desde la Capital, envió a Pepita, todas ellas escritas al impulso de la fuerte emoción de encontrarse en México, rebosan infantil entusiasmo, azoro y sueños tan optimistas como peregrinos. Con sobrada razón dijo de él Urbina: “Visitaba las urbes con atolondramiento de colegial en fiesta”.¹⁰ Ya vimos, por lo que él mismo escribía a la esposa, hasta dónde lo fascinaba México. Aun llegó a pensar en vivir allí. En 1900, en noviembre, le ponía estos renglones a Pepa:

con el favor divino, ya podremos estar juntos en este México que nos llama y nos enajena, porque aquí está nuestro lugar, es nuestra ciudad, aunque la hemos amado de lejos. Así me lo dicen todos, amigos y conocidos, por ti y por mí; y de cualquier manera, aquí nos vendremos definitivamente;

⁹ *Epistolario*, p. 25.

¹⁰ En *Obras completas*, p. 1030-1031.

El amargor de mi ostracismo

el 24 del siguiente mes añadía:

Yo, a la verdad, no comprendo ya nuestra vida, que, por razón natural ha de ser poca, sino aquí. Quiero vivir aquí, pero contigo, pues, de otra manera se me haría muy pesada y triste.

La gran ciudad, aun cuando ciertamente habría favorecido la cultura del poeta, al mismo tiempo, con toda seguridad, habría anquilosado su maciza inspiración y perjudicado su salud física. No era para él. De haber vivido definitivamente en ella, no habría escrito ni el *Himno de los bosques* ni el *Idilio salvaje*.

Clásico y moderno, con resabios de romántico, Manuel José Othón se encontró a sí mismo cuando dejó la ciudad y, lejos de los centros culturales, no lo alcanzaron a envolver del todo ni el clasicismo de los unos ni el modernismo de los otros. Fue “el amargor” del “ostracismo” lo que le dio consistencia y originalidad a su inspiración.

De la estancia de Othón en Cerritos (1884-1888) y en Tula (1888-1890) se conservan dos importantes reminiscencias. Ambas fidedignas y expresivas, como que fueron escritas por dos íntimos del poeta: la de Cerritos, por el benemérito profesor don Ángel Veral, y la de Tula, por don Manuel Villarreal Ortiz, su mejor amigo en esta población. La primera confirma la nobleza de su carácter y su actitud ante el dinero; la segunda, su posición ante la naturaleza y la poesía.

Don Ángel Veral, ejemplar maestro de escuela, que en 1878 fue “habilitado de edad para poder recibir el título de profesor de instrucción primaria de tercera clase”, al parecer, a los pocos años de ejercer, regresó a su natal Cerritos, y allí le tocó en suerte ser colaborador de Manuel José Othón. Volvió a las aulas y, en 1914, fue villanamente asesinado por los carrancistas.

El texto de Veral apareció en *El Heraldo*, de Matehuala, S.L.P., publicación que él dirigía, del 9 de diciembre de 1906, al morir el poeta, y lo reprodujo *El Estandarte*, de esta capital, el día 16 siguiente, entre otros recuerdos y elogios. Prometía continuar escribiendo más reminiscencias de Othón en Cerritos.

Desafortunadamente, no cumplió. El poeta —lo aclaramos— inició su tarea de Juez de Primera Instancia en Cerritos el lunes 10. de diciembre de 1884.

MANUEL JOSÉ OTHÓN. RECUERDOS DE SU PERMANENCIA EN CERRITOS

Cuando el Lic. Adolfo Margáin dejó el Juzgado de Letras de Cerritos para ponerse al frente del de esta Cabecera, fue nombrado para sustituirlo el Lic. Manuel José Othón, ya muy conocido como insigne poeta lírico y aventajado dramaturgo. Eramos 'testigos de asistencia' en aquel Juzgado, Ricardo Tovar y yo, ambos aficionadísimos a los versos y admiradores del vate potosino.

Las personas que hayan tratado de cerca a Othón, saben perfectamente que su alma de niño aceptaba todos los afectos y jamás desdeñaba a sus adictos, por humildes que fueran. Su bondad hizo que pronto nos viéramos con cariño fraternal y que no fuéramos para él "empleados" sino viejos colegas.

Todas las tardes paseábamos por las afueras de la ciudad, y algunas veces sentados sobre la cumbre del 'Cerrito de la Cruz.' Nos hablaba de los grandes maestros de la literatura, nos recitaba sus primorosos versos o nos refería con voz ahogada por los sollozos sus emociones gratisimas en el estreno de su drama 'Después de la Muerte.' Las horas huían veloces con tan amena plática, y descendíamos del Cerrito verdaderamente conmovidos con los triunfos, con la gloria tan merecida de nuestro paisano.

Otras veces, esto con más frecuencia, pasábamos a la casa habitación, donde Pepita, siempre cariñosa, siempre atenta, veía en Ricardo y en mí, dos amigos, dos casi hermanos de su dignísimo esposo Manuel.

Iré publicando, para solaz de mis lectores, algunos episodios en que fui actor o testigo, y en los cuales el corazón del ilustre poeta propugnaba la grandeza de su dueño.

Yo era el encargado del Protocolo, y Othón dispuso que al girar toda clase de documentos, tomáramos Ricardo y yo la mitad del monto, recibiendo él la otra mitad. En ciertas ocasiones abundaban las escrituras, y yo, para no desatender la parte de juicios criminales, que eran a mi cargo dedicaba largas horas de tiempo extraordinario a los 'instrumentos públicos'.

Una vez éstos llegaron al auge y con verdadera satisfacción fui a la casa

del Licenciado, llevándole respetable suma de dinero. Al colocarla sobre la mesa, quedó sorprendido, y de pronto, tomando una de aquellas actitudes que le eran peculiares, se puso de pie e introdujo ambas manos en los bolsillos del pantalón, dio una vuelta a los largo de la estancia, y por fin, encarándose conmigo, me dijo en tono semitrágico: 'No, Señor, no tomo un solo centavo'.

Quedéme estupefacto. Pregunté después de corto intervalo qué significaba aquello. Othón, con la mirada brillante y todo trémulo, repuso: 'Usted y Ricardo han ganado ese dinero. Es el producto de su trabajo en horas que no son de oficina. Mi conciencia y el afecto mismo que les tengo, me obligan a no aceptárselo. ¿Qué he hecho yo?... Poner una simple firma. Eso no es justo. Ese dinero no me pertenece'.

Como ya en aquellos momentos la emoción del Licenciado habíase transformado en llanto; como mi cariño para él era tan grande y la delicadeza de su alma se patentizaba, sentí un nudo en la garganta. No pude hablar y sollocé con aquel hombre digno...

Pepita, que llegaba de compras, se enteró de lo que pasaba, y sintiendo el reflejo del alma de su Manuel, quiso oponerse a mi entrega de dinero. Dejé pasar la tempestad de emociones, vino la calma, el raciocinio, y mis súplicas fueron aceptadas; pues en realidad, no había motivo para rehusar lo que justamente pertenecía al Juez con funciones de Escribano Público, cuya 'simple firma' (como dijera Othón), era precisamente la que daba fuerza a los contratos.

Han pasado desde entonces 22 años. Al trazar las presentes líneas, veo en la fotografía de mis recuerdos el cuadro que acabo de describir, empapado ayer con un torrente de lágrimas. Y traído a la memoria con una opresión dolorosísima!...

En el próximo número continuaré la tarea que me propongo. Tarea que en el fondo encierra el deseo, el deber que tengo de loar, siquiera sea en mis desaliñados artículos, algunas de las formas del modo de sentir, de pensar del egregio Cantor de la Naturaleza; del poeta de altísimos vuelos que dejó una angustia perdurable en el corazón de los buenos potosinos y un sitio vacío en el concierto de las Bellas Letras.

El segundo artículo es el siguiente:

MANUEL JOSÉ OTHÓN EN TULA. UN PERIODO DESCONOCIDO DE SU VIDA (1889—1890). Joaquín Antonio Peñalosa.

Según Jesús Zavala, el poeta potosino marchó a Tula, Tamaulipas, a

mediados de 1888 (Manuel José Othón. *Obras completas*. México, Edit. Nueva España, S. A., 1945, p. XIV). Según Guillermina Saldaña de Lara, Othón llegó a Tula en 1889 (*Crónica de Tula*. Tres siglos y medio en la vida de nuestro pueblo. Ciudad Victoria, Universidad Autónoma de Tamaulipas. Instituto de Investigaciones Históricas, 1980, p. 46-48). Ahí vivió hasta diciembre de 1890, fecha en que regresó a San Luis Potosí, deseoso de compartir la Navidad al lado de los suyos. Según Manuel Villarreal Ortiz, su mejor amigo de Tula, Othón llegó ahí en 1889. Recibido con beneplácito por la sociedad de Tula, desplegó, en tan breve estancia, una variada y fecunda actividad.

1.— *El juez.*

Por los habituales apremios económicos, Othón fue a Tula para hacerse cargo del Juzgado de Primera Instancia, que estaba situado en la casa marcada con el número 11 de la actual calle Lerdo de Tejada; casa donde nació, en 1864, María Fabiana Sebastiana Carmen Romero Castelló que, andando los años, sería doña Carmelita, la esposa de don Porfirio Díaz.

El flamante juez se hospedó en la casa de la señora Guadalupe Fernández de Ulibarri, mujer culta y distinguida, de quien ya era conocido; pues esta señora viajaba con frecuencia a San Luis Potosí para asistir al teatro al que era muy aficionada y para visitar a cercanos familiares de su esposo. La casa de la señora De Ulibarri es la marcada ahora con el número 10 y 12 de la calle Lerdo de Tejada.

2.— *El andariego.*

La tensión constante y enfermiza de Othón, que padecía tuberculosis, hallaba descanso y alivio en la contemplación de la naturaleza. Así pudo admirar los contrastes que ofrecía Tula: las áridas estepas que comienzan al poniente de la ciudad y que el poeta recorrió hasta las Mesas de Celedón así como al oriente, a pocas leguas de Tula, los encantadores paisajes de la Sierra de Gallitos, de los que el escritor nos dejó una sentida prosa. Por prescripción médica, pasó una temporada de campo en El Salitre, preciosa quinta a una legua de Tula.

3.— *El escritor.*

¿Qué escribió Othón en Tula? Ciertamente estas cuatro composiciones:

a) En la expedición a la Sierra de Gallitos, en medio del esplendor salvaje y magnífico de aquella naturaleza, se inspiró, y ahí mismo principió a escribir, el *Himno de los bosques*, que le llevó todo el año de 1890 y principios de 1891. Aun sin decir el nombre, así alude Othón: "Me encontraba entonces en la contemplación de los bosques vírgenes de nuestra tierra caliente", como escribe en la dedicatoria del *Himno* al

general Carlos Díez Gutiérrez, gobernador de San Luis Potosí (*El Estandarte*, San Luis Potosí, 21 de abril de 1891). El *Himno de los bosques* fue el mejor trofeo que Othón conquistó en Tula.

b) En 1890, recogió en una amplia prosa titulada *Sobre la sierra*, la narración descriptiva de su ascensión a la Sierra de Gallitos, acompañado de su esposa, increíble montañista, y de dos personas más. Fulgen, en tales páginas, las emociones del cantor de la naturaleza.

c) También en 1890, escribió el monólogo inicial de *Macheth*, "fragmento de un arreglo del drama de Shakespeare a la escena española"

d) Manuel Villasana Ortiz, que fue el mejor amigo y confidente de Othón en Tula, alude a "la composición de una novela de costumbres mexicanas, obra de la que nos dio a conocer algunos trozos y que probablemente dejó sin concluir". Se trata, quizá, de "Los hijos de la gleba", según el *Anecdotario* de Othón escrito por Artemio de Valle Arizpe.

4.— *El propulsor de la cultura.*

Othón fundó la Sociedad Altamirano con los jóvenes aficionados a las diversas expresiones artísticas que deseaban perfeccionar su cultura y estilo. El lema de la Sociedad fue: "Letras, Artes y Ciencias", y su órgano periodístico, *El Tulteco*, que pudo sostenerse por espacio de cinco años, gracias al empeño del vicepresidente de la Sociedad, Manuel Villasana Ortiz.

En la sesión inaugural, los socios acordaron participar la creación de la Sociedad al maestro Ignacio M. Altamirano, que a la sazón se encontraba en Europa, el cual se apresuró a agradecer, desde Barcelona, esta distinción, en carta dirigida a Othón, a quien llama "joven entusiasta, inspirado poeta a quien admiro". La carta se publica íntegra más adelante.

Debo, y agradezco profundamente, al escritor tamaulipeco Francisco Ramos Aguirre, una fotocopia del jugoso artículo que en seguida transcribo íntegramente, como que es una visión aguda y veraz de la vida de Othón en Tula, además de contener la carta de Altamirano al poeta potosino.

Este artículo fue escrito el año de 1929, en Tula, por el maestro Manuel Villarreal Ortiz, oriundo de esa ciudad; se publicó en el periódico *El Mutualista de Ciudad Victoria*, "durante la década de los cincuenta", según me indica Francisco Ramos Aguirre, ya que desafortunadamente la fotocopia del artículo no tiene anotada la fecha.

RECUERDOS DE MANUEL JOSÉ OTHÓN

(en Tula) por el maestro Sr. D. Manuel Villarreal Ortiz, de la ciudad de Tula, Tamaulipas.

Conoci a Othón el año 1889. Asuntos de su profesión habíanle traído a Tula, pero poeta antes que abogado, aquí como en cualquier punto en que residiera, más tiempo dedicaba a las musas que a los códigos. En esta población de Tamaulipas el nombre del poeta potosino era ya ventajosamente conocido, así es que sus admiradores lo acogimos como un viejo amigo, congratulándonos de poder estrechar su mano. Su extrema modestia y su carácter tan campechano como el de un estudiante, hacían su trato sumamente agradable. Tres o cuatro amigos íntimos con él de tal manera que casi todas las noches nos reuníamos y pasábamos en su compañía las más agradables veladas que recuerdo. El punto de cita era con frecuencia mi casa. Ahí nos leía Othón sus autores predilectos, lectura que interrumpía a cada paso para hacernos admirar sus bellezas o para hacer comentarios en que se revelaba su buen gusto literario; otra vez nos deleitaba con la recitación de sus versos, y siempre con su conversación amena y animada.

Othón se preciaba y muy justamente, de ser un buen lector. Tenía una manera peculiar de decir los versos, marcando mucho la cadencia, pues para él el verso era la música del idioma. Pero en donde más demostraba su talento era en la conversación, en la que brillaba el espíritu del hombre de buena sociedad junto con la fogosa imaginación del poeta. La conversación era improvisación constante, natural y espontánea, difiere de la facultad del orador y del conferencista que tienen que hablar o disertar sobre un asunto determinado, facultad de que Othón carecía; él nunca improvisaba prosa ni verso; por el contrario, la rima era su preocupación constante. En cuanto a sus composiciones líricas de corta extensión, poco era lo que corregía sobre el papel y al verlo escribir rápidamente en la primera cuartilla que encontraba a mano, parecía que improvisaba, pero era que su cerebro había ya dado mil vueltas a aquella composición hasta quedar satisfecho de su forma. Este trabajo puramente interior hacíanle parecer frecuentemente distraído.

En aquella época de su vida Othón se encontraba en la plenitud de su talento, pero como trabajaba sin método y la inquietud constante de su imaginación lo llevaba a ocuparse a la vez en composiciones de muy distinto género, eran pocas las veces que salía de su pluma en la forma

perfecta que él exigía para darlas al público.

Ocupábase entonces en un arreglo en verso de Macbeth de Shakespeare y en la composición de una novela de costumbres mexicanas, obras de las que nos dio a conocer algunos trozos y que probablemente dejó sin concluir.

Cuántas joyas que serían ornato de la literatura mexicana perdidas por la prematura muerte de nuestro poeta y sobre todo por la incuria y por la indiferencia con que vemos nuestras glorias literarias, pues aunque nuestro único tomo de versos que Othón logró dar a la estampa sus *Poemas Rusticos* bastan para su celebridad, es indudable que debe haber dejado entre sus papeles muchas composiciones inéditas amén de las que, dispersas en periódicos y revistas de aquella época, es ya imposible coleccionar.

La tensión constante y enfermiza en que Othón mantenía siempre sus nervios, sólo hallaba descanso y alivio en la contemplación de la naturaleza, y al encontrarse en Tula, no perdió la oportunidad de admirar los contrastes que aquella ofrece en esta región de Tamaulipas. A poca distancia, al Poniente de esta ciudad, comienzan las áridas estepas que se extienden hasta el estado de San Luis; él mismo quiso recorrerlas y fue hasta las *Mesas de Celedón* al oriente. También a pocas leguas de Tula, se encuentran los encantadores paisajes de la Sierra de Gallitos, admirados y descritos por el Barón de Humboldt, y Othón fue también a extasiarse en la contemplación de aquellas maravillas. En varias de sus poesías descriptivas y especialmente en su celebrado *Himno de los bosques*, se descubre la impresión que dejara en la mente del poeta la visión de aquellos espléndidos panoramas. En efecto dicha composición es de esa época.

Pasaba entonces Othón por prescripción médica: una temporada de campo en El Salitre, preciosa quinta a una legua de Tula. Ahí en aquel sosegado apartamento dio la primera forma a su poema, y ahí mismo tuvimos el gusto de oírlo recitar a la sombra de los árboles y al murmullo del riachuelo que atraviesa la huerta.

En las veladas que pasábamos en mi casa y de que he hablado al principio de este artículo, surgió la idea de fundar una sociedad literaria, ya que todos los jóvenes que ahí se reunían eran aficionados a todas las manifestaciones del arte y gustaban de la lectura y deseaban perfeccionarse. Eran los más entusiastas y constantes: José Ruiz Sánchez, soñador y bohemio, en que era natural el buen gusto artístico; Miguel Fritsch, hábil pianista y compositor excelente; Emilio Ramirez, siempre jovial y ocurrente y Miguel Acuña, de carácter suave y apacible,

como las notas de su violin que tocaba con gusto. Aquella idea propuesta por Othón fue acogida con entusiasmo por todos nosotros y secundada por la mayor parte de los intelectuales de la sociedad tulteca. La sociedad literaria quedó constituida bajo la presidencia de su iniciador y con el nombre de Ignacio M. Altamirano. Este ilustre maestro honra eterna de las letras mexicanas, a quien Othón profesaba entrañable afecto, hacia entonces poco tiempo que había marchado a Europa de donde por desgracia no debía volver a su querida patria. En la solemne sesión inaugural de nuestra sociedad, acordóse participar su creación al maestro con cuyo nombre se honraba y algún tiempo después, Othón recibió la siguiente carta, que nos complacemos en reproducir porque en ella demuestra la extrema modestia y la bondad del maestro Altamirano.

Barcelona, febrero 10 de 1890.

Sr. Don Manuel J. Othón.

Tula. Tamaulipas. Muy querido Manuel: Sé por periódicos que me han llegado con gran retraso y por una carta de mi hijo político, el Lic. Joaquín D. Casasús, que se ha fundado en esa población una sociedad cuyo lema es: *Letras, Artes y Ciencias* y que lleva el nombre de 'Sociedad Altamirano'.

Aunque los pocos periódicos que he visto no son explícitos en cuanto al motivo del nombre que lleva la sociedad, Joaquín me hace entender que ese nombre es el mío y que es una honra que se me dispensa. Si es así como me he complacido en creerlo, no tengo duda en que Ud., joven entusiasta, inspirado poeta a quien admiro, cuyos triunfos he aplaudido y que aunque me ha tratado poco me favorece con su valiosa amistad, debe haber influido juntamente con la bondad de esos jóvenes tamaulipecos, en dar un humilde nombre a tan simpática sociedad, honrándome así más de lo que merezco. Precisamente porque no me considero acreedor a tamaña distinción y la atribuyo solamente al conocimiento de que tiene la juventud del entusiasmo con la que estímulo siempre, he creído de mi deber dirigir a Ud. esta carta para manifestarle mi gratitud y para rogarle, que como digno presidente que es de esa corporación juvenil, diga a todos los que la forman que cuentan con mi eterno agradecimiento y tanto Ud. como ellos puedan disponer de mi inutilidad desde hoy en esta ciudad donde por bondad de nuestro gobierno estoy ocupando un puesto consular y cuando regrese a mi querida patria de la que acabo de separarme y de que ya la extraño mucho. Reciba Ud. mi querido Manuel, la expresión cariñosa con que

El amargor de mi ostracismo

me suscribo de Ud., amigo agradecido y con que me repito su admirador.

Ignacio M. Altamirano.

Poco tiempo disfrutó la Sociedad de la sabia dirección de su fundador, pues éste después de dos años o más de residir entre nosotros se ausentó definitivamente de Tula. Y aquella, en consecuencia, tuvo que ir languideciendo hasta disolverse. Sin embargo, el periódico que al inaugurarse se fundó con el nombre de "El Tulteco", órgano de la Sociedad Altamirano pudo sostenerse por espacio de 5 años bajo la dirección del que esto escribe que había fungido como vicepresidente de aquella Sociedad.

Tuvo dicho semanario lisonjera acogida y contó con distinguidos y constantes colaboradores como Manuel Barrero Argüelles, Cipriano Martínez, Antonio Coronado, Cruz García Rojas, Martiniano Benavente y otros, que de diversos puntos del Estado remitían al Tulteco sus producciones literarias. Todos esos nombres despiertan en mi alma gratos recuerdos de aquella época ya tan lejana de mi vida, y al traer en mi memoria el nombre ilustre de Manuel Othón, puedo decir lo que de él dijo el incomparable Urueta en uno de sus discursos. "Entre los que habitan mi necrópolis interior ¡ay! ya muy poblada por tantos seres que me fueron queridos, Manuel Othón es uno de los que llamo y llamaré con más frecuencia, para hablar con él de los tiempos pasados, de los amigos comunes, de los recuerdos que se prenden y florecen con la tenacidad de la hiedra entre las ruinas de la esperanza!"

VII. CORONISTAS, POETAS Y DOCTORES

Manuel José Othón, no obstante la irresistible atracción que sobre él ejercía la Metrópoli, principalmente por el ambiente artístico y la compañía de los célebres, es, quizá, el único de los grandes poetas modernos mexicanos que no abandonó la provincia. Un caso raro. Sin embargo, se codeó estrecha y periódicamente con los “Coronistas, poetas y doctores” de su tiempo, todos ellos —a no ser que estuvieran viviendo del presupuesto como “agregados” en algún consulado o embajada exterior— concentrados —como siempre en México, D. F. Y, cosa curiosa, el gran poeta se coló en el círculo de esos “grandes”, no por la claraboya de la poesía, sino por la del teatro.

En este ambiente, Manuel José Othón fue muy bien recibido y estimado. En él fue excepción el dicho de González Martínez, “La Capital no toma en cuenta los valores de la provincia hasta que no vienen a rendirle homenaje, a incorporarse a la vida metropolitana y olvidarse un poco de la tierra en que hicieron sus primeras armas”.¹ Othón no fue a la Capital a rendirle homenaje: fue, llamado por ella, en 1885, a recibirlo. Y aunque ella lo fascinaba y en más de una ocasión pretendió radicar definitivamente en México, no lo hizo. Cuantas veces la visitó, siempre volvió al “amargor” de su “ostracismo”, a sus “oscuras soledades”.

El primer viaje de Othón a México tuvo lugar en febrero de

¹ González Martínez, *El Hombre y el búho*, p. 143.

1884. El poeta, en San Luis, para entonces ya era famoso, gracias a las repetidas presentaciones de su drama *Después de la muerte* y a sus otros trabajos; en México, por obra de la propaganda que le hizo Agüeros con el prólogo de *Poesías*, publicado también en *El Tiempo*,² no era un desconocido, pero tampoco se contaba entre los grandes. En este primer viaje no creemos que haya aprovechado gran cosa ni que haya ampliado mucho su círculo de relaciones. Consta, sí, que platicó largamente con el oscuro filósofo ecléctico Ramón Manterola.

Fue un año después cuando se puso en contacto con los grandes. En 1885, al tiempo en que él vivía en Cerritos, S. L. P., María Servín puso por tercera vez en el Teatro Principal de la Capital el drama *Después de la muerte*. El éxito fue estruendoso. De este drama dijo López Portillo y Rojas: "es, sin disputa, el más hermoso y de mayor empuje que se ha escrito en México, desde aquellos tiempos hasta los actuales".³ Y Enrique de Olavarría y Ferrari:

Este drama magnífico basta por sí solo para honrar a su autor, a su patria y a las letras nacionales. En mi opinión, y más que en la mía, que poco vale, en la de escritores y críticos imparciales, quizá no se encuentre entre nosotros nada que le sea semejante en mérito, desde que existió D. Juan Ruiz de Alarcón, dejando aparte las obras de género enteramente distinto de D. Manuel Eduardo Gorostiza. El trascendental pensamiento que inspiró a Othón la acertadísima trama, su desarrollo lógico y perfecto, sus situaciones diestramente preparadas con la mayor naturalidad, sus mayores golpes dramáticos, su correcta e inspirada versificación sembrada de grandes pensamientos en un diálogo expertamente conducido, son para admirar y producir asombro... En el estreno, el público del Principal no pudo menos de dejarse subyugar por el admirable talento del autor, aplaudiendo la obra con entusiasta frenesi.⁴

² En *Obras completas*, p. 1013-1023.

³ López Portillo y Rojas. "Elogio de Manuel José Othón" En *Obras*, p. XVIII.

⁴ Cit. *ibid.*

Lo que menos vale de Othón, o sea el teatro, no la poesía, fue lo que le abrió las puertas de la Capital y lo situó entre los “coronistas, poetas y doctores”. Más todavía, *Después de la muerte* ni siquiera es una obra original sino una imitación —afortunada, inteligente, bien lograda— de *El gran galeoto* de Echegaray. Othón todavía no era Othón —el de *Poemas rústicos* y el *Idilio salvaje*—, era un discípulo de Echegaray. Y no fue la obra en sí —hoy olvidada— lo que le dio celebridad en la Capital al escritor provinciano, sino el público, que también vivía bajo el influjo de Echegaray. La aclamación “con entusiasta frenesí”, fue para el dramaturgo y para lo menos valioso de Othón, no para el poeta inmortal.

El público capitalino, entre el cual estaban los “coronistas, poetas y doctores”, se empeñó en conocer al autor del celebrado drama. Y a nombre de él, un grupo de literatos y actores, lo invitó para que asistiera a una nueva representación. El poeta, ingenuo como siempre, modesto, sencillo, se alegró infinito por el éxito de su drama y por la invitación. Mas, como no pensaba por entonces visitar la Capital porque, en realidad, carecía de dinero, se excusó discretamente. Sabida en México la verdadera causa, se organizó una colecta que rindió fruto, y el poeta fue a la Metrópoli, y un público delirante homenajeó al dramaturgo. De las crónicas de entonces, son los siguientes párrafos:

Tiempo hacía que no presenciaba un triunfo tan completo —escribía el crítico de *La Prensa*—, como el que obtuvo la noche del jueves, en el Teatro Principal el drama en tres actos intitulado *Después de la muerte*, escrito por el joven poeta potosino Manuel José Othón. La obra es realmente de mérito; pero lo raro es que en México se haya hecho justicia a un poeta mexicano. Othón llegó el mismo jueves, del Estado de San Luis Potosí, y una comisión de paisanos suyos fue a recibirlo dignamente a la estación de Buenavista. Pasó de allí al teatro y comenzó la representación de su aplaudido drama. *Después de la muerte* es una obra que encierra gran fondo de moralidad y cuyo fin es una enseñanza que debe aprovechar especialmente a ciertas clases de la sociedad... Los caracteres de la obra están bien sostenidos, la versificación es correcta y fácil; los personajes están movidos, y los finales de acto son espléndidos.

El público acogió la obra con entusiastas aplausos; llamó al autor once veces a la escena, y fue saludado con dianas. Varios poetas leyeron versos en honor del aplaudido literato; y yo, sincero amigo suyo, lo felicito cordialmente por su triunfo, que si es grato para él, no deja de ser trascendental para la decaída literatura mexicana. Manuel José Othón ha ceñido a su frente gloriosos laureles por su talento. Siga el camino trazado por su pluma, y dará a la escena patria días de gloria.⁵

El cronista de *El Tiempo*:

Antes de anoche tuvo lugar la representación del drama del joven abogado potosino D. Manuel José Othón, *Después de la muerte*. El teatro estaba completamente lleno. El autor fue muy aplaudido y llamado varias veces a la escena. Arrojáronse poesías de lo alto de las galerías, leyéronse otras composiciones a telón corrido, y estando el Sr. Othón rodeado de los actores que forman la compañía del Principal; finalmente esta compañía le ofreció una corona. Satisfecho debe estar el dramaturgo por la ovación que ha recibido. Nosotros, que fuimos los primeros en felicitarlo por parte telegráfico al día siguiente de la primera representación, en esta temporada de su pieza, lo felicitamos de nuevo, porque en materias literarias juzgamos la obra por su mérito intrínseco únicamente, y nos parece bueno el drama del Sr. Othón.⁶

El Siglo XIX:

Ovaciones al joven poeta Manuel J. Othón.— Como habíamos anunciado, anoche llegó a esta capital el autor del aplaudido drama *Después de la muerte*. Esperábanlo en la estación del ferrocarril de Toluca, muchos de sus amigos, la mayor parte de ellos, potosinos, y paisanos suyos con quienes tiene íntimas relaciones. Luego que bajó del wagon, fue saludado y abrazado por todos. En seguida, una buena orquesta colocada allí con anticipación, empezó a tocar varias piezas de música, y después, la comitiva subió a los wagones urbanos que la condujeron, recorriendo varias calles, hasta la esquina de las de Tiburcio y las Damas. Desde este punto, la comitiva se dirigió al teatro

⁵ *La Prensa*, 14 de junio de 1885.

⁶ *El Tiempo*, 13 de junio de 1885.

Principal, donde el poeta fue recibido con grandes demostraciones de regocijo. Continuaron éstas durante toda la representación del expresado drama, sin que el autor hubiera podido siquiera sacudirse el polvo recogido en el camino. Nos es grato consignar en nuestras columnas esta noticia, que cede en honor de la literatura nacional, y de un hijo de nuestro país que con tan feliz éxito la cultiva.⁷

El Monitor Republicano:

El teatro Principal ha tenido un día de gala en la semana: el jueves. Representaron por tercera vez el drama de Othón *Después de la muerte*, y como el autor había llegado de San Luis para asistir a aquella representación, sus amigos quisieron aplaudirle y demostrarle sus simpatías. El teatro estaba lleno, advertiase entre la concurrencia a la gente de pluma, a los que llamamos nuestros literatos y además una buena parte de la alta sociedad mexicana. El drama fue muy aplaudido, el autor llamado a la escena entre bravos, dianas y todo género de ovaciones, se leyeron poesías, de los departamentos altos cayeron sonetos impresos, y los artistas por su parte procuraron interpretar lo mejor que pudieron los difíciles tipos pintados por Othón en su drama. La Compañía del Principal se ha decidido al fin, si no a proteger, si a animar la literatura nacional, va a poner de preferencia en escena obras de autores mexicanos, y obras de autores españoles, pero residentes en México; hasta ahora el drama de Ulloa y el de Othón van quitando al público la preocupación de que sólo mamarrachos podían escribirse en la tierra de Guatimoc.⁸

Mucho más eufóricos que los anteriores, estuvieron los cronistas de *La Patria*⁹ y *La Época Musical*.¹⁰ Esta última reprodujo algunas de las composiciones “que le fueron consagradas la noche de la representación, así como el honroso telegrama

⁷ *El Siglo XX*, 12 de junio de 1885.

⁸ *El Monitor Republicano*, 14 de junio de 1885.

⁹ *La Patria*, 14 de junio de 1885.

¹⁰ *La Época Musical*, 14 de junio de 1885. Semejante al éxito de la Capital fue el obtenido con las representaciones en los estados y en Centroamérica, crónicas que no transcribimos para no alargar el texto. *El Estandarte* reprodujo algunos de los telegramas enviados a Othón después de estas representaciones así como los versos que le dedicaban en su elogio.

dirijidole de San Luis Potosí”.

De esta fecha en adelante, cuantas veces fue Othón a la Capital, se movió entre la flor y nata de la sociedad metropolitana. Cuenta— le advertía a la esposa en carta fechada en México, el 1 de junio de 1892— “que los círculos que me tratan de este modo, son los círculos más distinguidos en la política, en las letras y en el dinero”.

De cómo y cuáles eran los pasos del poeta entre sus amigos, Urbina nos da cabal cuenta.¹¹ Eso tonificaba su espíritu. Allá encontraba lo que lo hacía feliz: amigos, arte, cariñoso trato, excelente comida y buen vino. Andaba en todas partes, aun en los clubes políticos, pero de preferencia en las redacciones de los diarios y revistas. Las cartas que hemos ido citando nos dan una idea de lo que hacía Othón durante sus visitas a México, lo mismo que el texto de Urbina.

Mucho más importante que la amistad con los amigos literatos, es el influjo estético que sobre él pudieron ejercer. A todos los oía y de todos aceptaba consejos y elogios; con nadie discutía, a no ser para defender al prójimo; fuera del estímulo y una que otra insinuación, parece que ninguno de ellos logró cambiar o desviar su sello original poético. Trató íntimamente con los que se preciaban de escribir a la manera clásica o a la romántica o a la moderna, pero no se dejó inficionar por ellos. Cuando Othón estrechó su amistad con los grandes, especialmente de 1890 en adelante, ya había encontrado su estilo propio y tenía una personalidad poética bien definida. Hacía años que había dejado de ser romántico, y para entonces era, a su modo, clásico y moderno a la vez, el inmortal autor de los *Poemas rústicos*.

Poemas rústicos es el libro de Othón. “Libro definitivo” —lo llamó Alfonso Reyes—. Lo que escribió antes y después de él, en conjunto —lo anterior, casi lo desconoció; y para lo posterior, basta ver el índice de *Poemas internos*—, por lo mismo que agrupó lo grande con lo mediocre, no está a la altura singular de *Poemas*

¹¹ Urbina, art. cit.

riísticos. Es en este libro donde se concentra la estética, la técnica, la poética, en suma, de Manuel José Othón.

Se ha dicho —y con justicia— que pocos poetas tan difíciles de clasificar como el potosino: según Manuel Pedro González, Othón representa la coronación del clasicismo mexicano, por su fidelidad a las formas mediante una franca aproximación a un discreto romanticismo, depurado y esencial;¹² Federico de Onís piensa que la poesía de Othón, por su rara pasión e intensidad, “queda a un lado de la poesía moderna, alta y solitaria, como las montañas de la altiplanicie mexicana que cantó”;¹³ Pedro Henríquez Ureña lo clasifica entre los poetas que marcan la transición del romanticismo al modernismo,¹⁴ para Octavio Paz, Othón es un académico que descubre el romanticismo y escapa así al parnasianismo de su escuela;¹⁵ y para Max Henríquez Ureña, Othón no hizo suya ninguna de las innovaciones técnicas de ese movimiento, pero “había realizado, sin embargo, por caminos diferentes, la aspiración renovadora que fue el punto de partida del modernismo, aunque su poesía no salga de las formas tradicionales”.¹⁶

¿Clásico? ¿Romántico? ¿Modernista? —se pregunta Oscar Castañeda—, y afirma: La determinación no puede ser excluyente. Por la forma, por el apego a la pureza académica, sin dejar de reconocer la necesidad de hacer progresar el idioma, resultaría un clásico; pero sólo por eso. Por la pasión desbordada —casi satánica, la llamaba el poeta Ramón Gálvez— del ‘Idilio Salvaje’, representaría, quizá mejor que nadie, el romanticismo americano pleno: desbordado *pathos*, individualidad exacerbada, ‘propensión elegíaca’, sentimiento profundo de la naturaleza. Por el innegable impulso renovador del idioma y de la visión del paisaje, que es el primero que capta poéticamente en su verdad, por su profunda musicali-

¹² González, M.P. *ob. cit.*, p. 15 ss.

¹³ Onís, F. de *Antología de la poesía española e hispanoamericana*. Madrid, 1934, p. 59.

¹⁴ Henríquez Ureña, P. *Las corrientes literarias en la América Hispana*, México, 1949, p. 169-170.

¹⁵ Paz, O. “Introducción a la historia de la poesía mexicana”. En *Cuadernos Americanos*, 3. 1951, p. 1877-188.

¹⁶ Henríquez Ureña, M. *Breve historia del modernismo*. México, 1954, p. 482.

dad, por su fina captación de los colores, aunque sin llegar a las sinestesias de que tanto abusaron los seguidores del simbolismo, no podría negársele la calidad de modernista, aunque con ciertas salvedades.¹⁷

Estas “salvedades” empezaron en el momento en que aparecieron los *Poemas rústicos*. Unos y otros lo aplaudieron, y cada bando contaba a Othón entre los suyos. Amado Nervo decía:

...a mi me gusta más Othón cuando se torna parnasiano. Por ahí lo llama Dios, en mi concepto, por el camino del verso atildado, del bruñido soneto, en que sólo un ponderado impetu palpita bajo la impecable forma... Lástima que ese poeta tan noble y vigoroso sea enemigo jurado de las nuevas cadencias y combinaciones métricas. Digolo sobre todo por sus alejandrinos hechos como se hacían hace cuarenta años, con el inevitable y monótono martillazo del agudo al fin de cada estrofa ¿Por qué Othón que con zampoña vernácula o con siringa griega instrumenta tan bien, por que es joven todavía, por qué Othón que puede seguir siendo académico sin dejar de ser armonioso, se confina en una ortodoxia métrica tan estrecha?¹⁸

Del otro lado, Montes de Oca —tiempo después— decía de Othón:

Debemos, pues, colocarlo entre los poetas netamente clásicos, y ésta es su mayor alabanza en una época de mal gusto, escoge la mejor de las escuelas; despreciar la popularidad, cuando más que nunca la buscan los escritores, aún a costa de los mayores sacrificios; escribir en castellano puro, cuando en derredor resuenan barbarismos de origen septentrional y notas selváticas, es un verdadero milagro; y en loor de quien lo ha obrado, debemos tejer toda suerte de panegíricos.¹⁹

En *Poemas rústicos* Othón empleó el soneto —hay sesenta y

¹⁷ Castañeda Batres, O. “Manuel José Othón y el modernismo”. En *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda*. México, 136 (1 julio 1958) I, p. 7.

¹⁸ Nervo, A. “Poemas rústicos de Manuel José Othón”. En *Revista Moderna*, V, 18 (segunda quincena de septiembre de 1902) p. 284-285.

¹⁹ Montes de Oca, I. *Obras pastorales y oratorias*, VII, p. 277.

cuatro— para la mayoría de sus composiciones. Pero lo importante está en que, aun cuando la innovación de la forma tradicional data de los años anteriores a *Azul* (1888), en donde ya aparece el soneto alejandrino de corte francés —el favorito de los modernistas—, Othón sigue cultivando la forma tradicional.²⁰ De ahí el reproche de los modernistas por boca de Nervo, y de ahí, también, la refutación de Othón que en carta a Delgado le decía:

Lo que dice —Nervo— de los metros antiguos y los metros nuevos, es una sandez ¡Como si hubiera tales! Los puede haber cuando un idioma se está formando, pero no cuando ya está en su madurez y puede decirse que en su decrepitud, como el nuestro. Por otra parte, ese prurito de los llamados modernistas de emplear el alejandrino francés, es una estupidez y un desconocimiento profundo, indole de ambas lenguas. Estoy seguro que no saben los pobres que el tal alejandrino fue usado en España mucho antes que en Francia... Pero eso tuvo razón de ser cuando el castellano se estaba formando y era rebelde aún, pobre e inflexible; pero al desarrollarse, el metro resultó malo y feo y por eso lo echamos al demonio. En francés es el metro heroico, como el endecasílabo en el nuestro; pero el francés es una lengua desde el punto de vista armónico y eufónico de lo más infeliz, pues no podía ser de otra manera en un idioma donde todas las voces son agudas. ¿Qué resultaría si los franceses quisieran escribir endecasílabos? A que no. Todavía nosotros podemos usar su alejandrino porque podemos usar todo.²¹

Esta carta es la declaración de Othón frente a la posición innovadora métrica de los modernistas. Sin embargo, él mismo empleó después —en “Símbolo” y en el *Canto del regreso*— el metro de catorce. Aunque,

en cuanto al metro, advertía, cualquiera es bueno, como éste bien manejado; pero me parece más propio el endecasílabo y el más impropio el alejandrino francés.²²

²⁰ Cfr. Leal, I., “Los cuentos de Manuel José Othón”. En *Armas y letras* I, 2 (abril-junio 1958) p. 7 ss.

²¹ *Epistolario*, p. 75.

²² *Ibid.*, p. 96.

Manuel José Othón, en el retiro de su soledad, lejos de las discusiones artísticas de los cafés, alcanzó únicamente a conocer la primera etapa del modernismo, la inicial, la preciosista y amanerada, artificiosa y evasiva. Pero cultivó el modernismo y el parnasianismo en su obra, aun cuando tronara contra ellos en sus juicios. Lo que tuvo de indulgente, de comprensivo, de pacífico para con los literatos, tuvo de duro, de agresivo, de inflexible para con los modernistas. Los llamó “tropa de raquíticos y enfermos”, “montón de modernistas que no han entendido el arte francés y que sólo por moda o por extravagancia siguen servilmente sin comprenderlo”. Lo que le “chocaba” del modernismo eran “las extravagancias y oscuridades estrambóticas”, “su convencionalismo, rebuscamiento, prurito de ser único”. Las cartas a Delgado abundan en estos conceptos.²³

Othón, sin embargo, no se cerraba —ni en teoría— a todo lo moderno, “pues la belleza siempre ha sido, es y será eternamente moderna”.²⁴ Aceptaba una reforma “con cuenta y razón, y no a la trompa talega, como nuestros amigos los modernistas latinoamericanos”;²⁵ y en el mismo prólogo de *Poemas rústicos* hace suyos algunos de los postulados del arte nuevo.

Después de los *Poemas rústicos* Othón escribió alrededor de treinta y cinco poemas, de diversa calidad, y en algunos de ellos aplicó tales principios. El último de los grandes poemas fue la “Elegía a D. Rafael Ángel de la Peña”, escrito ya “a la boca de la hambrienta sepultura”.

Párrafo aparte merecen las relaciones de amistad entre Manuel José Othón y el Ilmo. Sr. D. Joaquín Arcadio Pagaza, obispo de

²³ *Epistolario*, pp. 6, 13, 17, 22, 26, 48, 75, 90. A pesar de su muchas veces expresada fobia antimodernista, Othón no fue congruente con tales juicios, como se puede ver, por ejemplo, en su soneto *Flos mors* escrito en 1904, en metro más modernista que clásico, 7 + 5, con alternación de sólo dos rimas y repetición de los finales de sus versos 1o y 3o como 13o y 14o. Cfr. Méndez Plancarte, A. Díaz Mirón, poeta y artífice. México, 1954, p. 239.

²⁴ *Epistolario*, p. 13.

²⁵ *Ibid.*, p. 48.

Veracruz. Y es porque aquél encontró en éste un espíritu y un numen gemelo del suyo. Lo veneró como a padre y lo siguió como discípulo. La afinidad entre los dos es evidente: la misma sensibilidad ante el paisaje; la misma formación y gusto clásicos; la misma afición por las palabras latinizantes y cultas; el mismo amor a las formas tradicionales; la misma convivencia con la naturaleza — el uno en el árido y fuerte altiplano, el otro en el apacible Valle de Bravo o en el ubérrimo Veracruz— la misma vida provinciana.

No sabemos cuándo se empezaron a tratar los dos poetas. Lo cierto es que Othón conoció a Pagaza a través de *Murmurios de la selva*—editado en 1887— y leer este libro y hacerse discípulo de su autor, fue una misma cosa.

Llegué a familiarizarme—confiesa Othón— con la musa de Pagaza de tal modo, que muchos de los cantos de aquel inspirado libro se quedaron grabados en mi ya perdida memoria; y tuve deseos de engolfarme en los laberintos de retamas y hojarasca de la poesía pastoril, y abrí mi Garcilaso y mi Virgilio, arrinconados y polvorientos en una de las tablas de mi pobre biblioteca; y volví a leer a Ipandro Acaico, y llegó a tal grado mi entusiasmo y amor por la bucólica, que despertóse en mi la ya dormida y casi muerta inspiración, y escribí, escribí versos a los que intenté dar sabor y colorido campestres; y si no conseguí siquiera acercarme al umbral del templo en que habitan los maestros, saqué gran provecho, y más que todo, tuve gran consuelo...²⁶

Quizá el artículo de Othón “El Padre Pagaza”, escrito en 1890 —el mismo año en que concibió el “Himno de los bosques”—, fue la tarjeta de presentación ante el ilustre obispo. La amistad se estrechó pronto y acendró con el tiempo; la afinidad temperamental y poética creó entre ellos una mutua, honda y sincera estimación y un doble cariño. Hasta dónde Pagaza estimara a Othón, nos lo dice la fotografía de su persona que le obsequió a Manuel José con esta dedicatoria: “Recuerdo de cariño a mi poeta predilecto Manuel J.

²⁶ “El Padre Pagaza”. En *Obras Completas*, p. 677.

Othón. Joaquín Arcadio Pagaza, Obpo. de Veracruz. Jalapa, agosto 25 de 1899".²⁷ El mismo Señor Pagaza, en una carta al Ilmo. Sr. Montes de Oca, su hermano en el episcopado y en las letras, lo llama "el bien querido Manuel Othón".²⁸ Y de cuando ambos se vieron en México, D. F., Othón describe así el encuentro, en carta a su esposa, del 26 de noviembre de 1900:

Hoy llegó el Sr. Pagaza de Valle del Bravo, lo fui a recibir a la estación, donde había varios de sus amigos esperándolo y familias de la alta aristocracia que también le aguardaban. Figúrate que le dio mucho gusto y sorpresa verme. Me abrazó estrechamente y me besó en la frente. A la tarde le voy a ver. Vive en la casa del Lic. Araoz que es un palacio espléndido.

Si, en un principio, Othón vio a Pagaza como maestro, día llegó en que éste correspondió viendo a aquél con el mismo sentimiento. Tenemos una carta del citado Sr. Pagaza, fechada el 4 de septiembre de 1899 y dirigida a su "Amigo muy querido", pidiéndole consejo; le dice a Othón:

Alguien me rogó que le dijera en verso cuál fue el motivo que impulsó a Sor Juana a hacerse monja; y le complaci escribiendo luego ese sonetito que le envío a V. para que le haga las correcciones que estime necesarias antes de que le dé yo una copia a la persona interesada, que ya lo conoce y lo quiere tener.

Creo haber leído antes los tres bellos sonetos *Procul Negotiis* aunque no recuerdo dónde ni cómo, ni he tenido tiempo de buscarlos entre los muchos recortes de periódicos que conservo. De todos modos me regocija que haya V. tenido la feliz idea de enviármelos y los conservaré siempre. Los repasaré despacio, y si les advierto algún lunarillo se lo diré a V. para que los corrija si le parecen aceptables mis indicaciones. Quedo esperando el del Nazas y el poema Pastoral. No conozco la Revista Moderna.

Rafael Delgado vive en Orizaba y es amigo mio; pronto le hablaré de V. y creo que tendrá grande placer en comunicarse con Manuel J. Othón a

²⁷ Original en poder del Dr. Peñalosa.

²⁸ *Epistolario de Ispanro Acaico*. Introducción, transcripción y notas de Joaquín Antonio Peñalosa. San Luis Potosí, 1952, p. 67.

quien sin duda conoce y estima tanto como Manuel J. Othón a él. Memorias a la Sra.; y devuélvame el soneto una vez anotado.²⁹

El soneto a que alude la carta se llama “A Sor Juana Inés de la Cruz”, y junto con este soneto y la citada carta, encontramos otro, “Invierno en Jalapa”, enviado también por Pagaza a Othón con el mismo objeto, pero en distinta fecha.

A propósito de “Pastoral” y “el del Nazas”, Manuel José escribió días después a Juan B. Delgado:

Ya concluí la ‘Pastoral’, que me ha costado de corrección más de dos meses. Ya debe estar en poder del ilustrísimo señor Pagaza, a quien la envié antier, para que la vea y haga en ellas las correcciones que a bien tenga... Me ocupo en escribir otro poema rústico de menos de cien versos que se llama ‘Oda de oro’, y concluyo dos sonetos para el señor Pagaza, quien me encargó le escribiera uno que se llamará: ‘Una estepa del Nazas’. Yo hice dos con el nombre de ‘Frondas y glebas’. El segundo es el del encargo, y el primero se intitula ‘Paraiso huasteco’.³⁰

Varios años después, ya fallecido Othón, el Ilmo. Sr. Montes de Oca publicó su “Discurso pronunciado en los Juegos Florales celebrados en San Luis Potosí el 6 de abril de 1913”. Hace un elogio de ambos —Othón y Pagaza— y recalca “la influencia y la fascinación que éste ejerció en el ánimo del vate potosino”. Montes de Oca se expresaba así de Manuel José Othón:

En sus *Poemas Rústicos*, hay un terno (quisiera llamarle “trilogía”) de sonetos, que nos dan la clave de sus principios, de sus tendencias, de sus aspiraciones literarias. Están dedicados a Clearco Meonio, nombre arcádico de mi antiguo condiscipulo y actual colega, Joaquin Arcadio Pagaza, Obispo de Veracruz. Fijad vuestra atención en la dedicatoria. Nos dice en el prólogo que ha borrado los nombres que ampararon sus poesías, cuando por primera vez salieron a luz. ‘Dejo solamente aquellas dedicatorias ne-

²⁹ Original en nuestro poder, publicado en *Estilo*, 47-48 (julio-diciembre 1949) p. 29-31.

³⁰ *Epistolario*, p. 28-29.

cesarias para la inteligencia del poema, y que son como parte integrante, de su materia y de su forma'. Así pues, el solo nombre de Clearco, coronando los tres sonetos, nos revela la veneración que profesó al egregio traductor de Virgilio, y la influencia y la fascinación que éste ejerció en el ánimo del vate potosino.³¹

Más adelante, comparando el estilo y el espíritu de la poesía de ellos, Montes de Oca añadía, a propósito de la virgiliana canción de Dafnis "en la traducción parafrástica del maestro de Othón, Clearco Meonio": "...a los admiradores de la sencillez y virilidad helénica, nos place beber más en la fuente Aretusa, que en los lejanos estanques, a donde llega el agua del apartado manantial, más dulce, pero menos cristalina".³²

Este último juicio no le agradó a Pagaza, y así se lo hizo saber a Montes de Oca: "Desde que llegó el discurso lo he leído a trechos; más no pude desde el primer día, ni puedo ahora ver las cosas como V. las ve, en los tres sonetos que me dedicó el bien querido Manuel Othón. Pero no es tiempo de pensar en tales cosas".³³

Manuel José Othón tuvo oportunidad de alternar con los mejores literatos de su tiempo y de "departir" con ellos "en la divina fábula" de que "fueron únicos señores". Pero éstos no fueron para él más que amigos, muy queridos, muy buscados, muy estimados. Pagaza, en cambio, fue para Othón algo más todavía, no en la forma sino en los motivos de la inspiración. Cuando el fogoso y explosivo Díaz Mirón tomó a Manuel José del brazo y se lo llevó, diciéndole: "Vámonos, tú y yo somos los más grandes poetas de América", el potosino pudo sentirse halagado, sinceramente agradecido, enternecido quizá, más no afín a él, ni muy próximo. La afinidad única sólo pudo tenerla y sentirla para con él otro veracruzano, Joaquín Arcadio Pagaza.

La amistad que tuvo Othón con Pagaza, no la tuvo con el Ilmo.

³¹ Montes de Oca, *ob cit.*, p. 262-263.

³² *Ibid.*, p. 271.

³³ *Epistolario de Ipandro Acaico*, p. 67.

Sr. Montes de Oca, no obstante que ambos tuvieron igual afición por la literatura y por los clásicos, que ambos fueron académicos y que ambos vivieron por años en la misma ciudad. En el citado discurso de Ipandro confesaba sinceramente: “Casi no conocí a Manuel José. Una sola vez nos sentamos a la misma mesa; no recuerdo que hayamos conversado en otra ocasión”.³⁴

La afinidad entre Manuel José Othón y Joaquín Arcadio Pagaza entraña una enorme diferencia en los sillares esenciales: frente a la naturaleza —el tema de ambos— Pagaza la ve entre el mundo de la égloga o como fondo para sus idilios virgilianos, espina dorsal de sus poemas, y en vez de tomar el color suave, o como personaje secundario; y Othón, en cambio, la pone como agarra la naturaleza en su forma robusta y la llena de grandiosa realidad cósmica. Ahí está un mismo tema, tratado al mismo tiempo por los dos, cada quien en su forma original, el Papaloapan:

*Escucho aún tu plácida quejumbre,
gigante río...: límpida guirnalda
tu sien orne, y del médano la falda
ciñas con aparente mansedumbre!
Del sol hermoso la divina lumbre
retrátase en tu linfa de esmeralda;
y en ti se vea, tinto de oro y gualda
del “Citlatepetl” la nevada cumbre.
De tus riberas el papayo rico
la poma ostente en nido de verdura,
del tordo herida por el rojo pico;
y mézcanse tus palmas en la altura
blandamente agitando el abanico
que al dulce Tlacotalpan da frescura.*

³⁴ Montes de Oca, *lug. cit.*

Fuera de algún adjetivo incoloro —advierte Octaviano Valdés—, es un buen soneto y bello el cuadro; pero contemplado éste desde muy lejos,—no importa que el poeta lo haya tenido delante—, a través del gélido cristal de la altiplanicie. Sabemos que es tierra caliente por la alusión decorativa a las palmas y al papayo. El Papaloapan no se hincha aquí respirando barbaros efluvios, sino que se desliza elegante bajo el dosel de los ventalles, aspirando el fresco de su 'limpida guirnalda'. M. J. Othón, sin ver el río, imaginádoselo en un soneto que dedica al mismo Clearco Meonio, expresa mejor la realidad grandiosa de su fuerza.³⁵

*Adivino los fértiles parajes
que baña el río, y la pomposa vega
que con su linfa palpitante riega,
desmenuzado en trémulos encajes;
la basilica inmensa de follajes
que empaña la calina veraniega
y la furiosa inundación anega,
en tímidos e hirvientes oleajes.
Cerca de allí, cual fatigado nauta
que cruza sin cesar el océano,
repose tu alma halló, serena y cauta.
Allí te ven mis ojos, soberano
pastor, firme en tu báculo, y la flauta
que fue de Pan, en tu sagrada mano.*

En alguna ocasión —añade el citado crítico— se ha tratado de establecer un paralelo entre el paisaje pagaciano y el de la poesía de Manuel José Othón, al cual no han faltado quienes lo cataloguen entre los bucólicos. Vendría, sin embargo, más a propósito hablar de antítesis que de paralelo, debido a la inspiración de Mons. Pagaza, tan bucólicamente monocorde, en oposición con la del vate potosino, que está penetrada de un sentido universal y hondo del mundo y de la vida.

Este, por otra parte, —luminosamente lo nota Alfonso Reyes—, no tiene más bucolismo que el que puede asignarle una clasificación apresurada,

³⁵ Valdés, O. "Joaquín Arcadio Pagaza, el poeta original". En *Abside*, III, 8 (agosto 1939), p. 34-35.

pues sus descripciones de paisajes le sirven únicamente de medio para llegar a la expresión de la idea, y a la interpretación transcendental de sus sentimientos. En sus ensayos expresamente bucólicos, deja de ser él, colocándose en posición artificial.

Ni el paisaje del uno tiene que ver con el otro. Por los panoramas de *Poemas Rústicos* atraviesan clamores genesiacos: 'Su pulmón la tempestad inflama'. Cruzan 'los gritos de los pájaros salvajes.' El sol 'como una roja llamarada de incendios... sobre los abruptos peñascales, ríos de lava incandescente arroja.' Hay 'cielos dolorosos', en donde 'el relámpago azul fosforece', surcados de 'pajaros negros', y 'no se incrustan las águilas serenas.'

El paisaje de Pagaza es musical y florido; paz y descanso. El otro, al contrario, áspero en creciente hasta culminar en el páramo hosco e inexorable, 'la estepa maldita' del 'Idilio Salvaje', el grito más grande de Othón.³⁶

³⁶ Art. Cit.

VIII. COMO UNA CONVULSIÓN DE LA CONCIENCIA

A medio siglo de la muerte de Manuel José Othón, su personalidad, modesta, clara, jovial, se nos va desleyendo. Su vida, siempre lejos del ‘rumor de las ciudades’, especialmente de la Gran Ciudad, metido constantemente en sus ‘oscuras soledades’, fue diáfana, pobre, descansada y honesta. Las muchas anécdotas que de él corren, basadas en los momentos efimeros —”momentos torrenciales”, los llamó Urbina— de las visitas a México, y por consiguiente, excepcionales, pretenden dibujarnos la caricatura de un Othón distraído —”que viniendo de mí mismo, vengo de la región más apartada”—, plácida e infantilmente borrachín, alérgico a las faldas —”en lances de amor fue siempre apocado y tímido, era el campeón de la timidez”, según Valle Arizpe¹, e insensible a los problemas de la época. Como diría Urbina “un colegial en fiesta”. Nada más lejos de la realidad. Manuel José Othón fue lo que fue, un hombre y un poeta, pobre y cristiano, normal en sus ideas y en su conducta, de acuerdo siempre, estética y humanamente, con el tiempo en que vivió.

Alfonso Reyes, al hablar del amor que el potosino sentía por el campo, parece que no alcanzó a entender sus sentimientos y convicciones, actitud que hizo de Othón el juez más benévolo y compasivo que conocieron los villorrios en que vivió, cuando dice:

¹ Valle Arizpe. *Anecdotario*, p. 122.

Tendrá de Virgilio la afición al campo. . . ; pero no describe las costumbres del campo, en suma, le interesa el campo, pero no lo que se ha dado en llamar las costumbres del campo. ¡Poco le interesa a él saber cómo viven los pastores o cuándo será menester casar las viñas con los olmos ni cuándo binar la sementera. . . Y, si a elegir fuera, preferiría sin duda el campo sin hombres, sin pastores, con ruido solamente de animales y con la infinita presencia de Dios.²

Por este párrafo, podría creerse fundada la injusta e injuriosa apreciación de Jorge Ferretis, que Othón era “un príncipe... tipo exacto del colono mental; extranjero por aspiración.”.. Nada más inexacto.

Tomando cualquier aspecto de la obra de Othón —aclara Turrent Rozas—, su colección de novelas cortas, por ejemplo, encontramos diversos cuadros que retratan —admirablemente— con propósito que bien puede calificarse de revolucionario, la superstición y la miseria que privaban en el campo mexicano durante la época en que fueron escritas, es decir, en los años largos de la dictadura de Díaz. ‘Encuentro pavoroso’, ‘Coro de brujas’, ‘El nahual’, ‘El montero Espinosa’, todas ellas abordan el tema del fanatismo y la miseria de la clase campesina. En ‘El montero Espinosa’ el autor se rebela contra un hacendado que exhibe, ‘contra el infame déspota que, no contento con vejar a los sirvientes y tratarlos como animales, les arrebató sus mujeres, sus hermanas y sus hijas, para saciar la nunca saciable sed abrazadora de su carne’. La reacción del novelista contra esta vida que retrata, puede encontrarse constantemente. En ‘El nahual’, esa pequeña obra maestra que aporta a la literatura universal, expresa: ‘...el campo es triste, siempre triste; y hay la singularidad de que la penetrante impresión de melancolía que produce es tan augusta en la meditación del sol como en el peso de la noche’. Pero, sobre todo, en la novela corta ‘El pastor Corydón’, está denunciada, con mano maestra, la explotación del campesino en la época de Díaz. Hay que leer este relato, si se quiere juzgar el mayor o menor arraigo de Othón, su mayor o menor solidaridad para con el pueblo.³ Pero todavía hay más, “La Nochebuena del

² Reyes, A. “Los poemas rústicos de Manuel José Othón”. En *Obras Completas*, p. 1060.

³ Turrent Rozas. “¿Othón, colono mental?”. En *Poemas y cuentos*. Selección y prólogo de Miguel Bustos Cerecedo, p. 84.

labriego” y “La gleba” superan, por su mensaje de protesta y clamor justiciero, los anteriores cuentos. Sólo que Othón no fue un demagogo; cuando describió la pasión del proletariado, lo hizo porque lo sentía y como lo sentía, sincera, cristiana, humanamente, y muchos años antes de la Revolución. Por eso no podemos exigirle que pegara gritos como los que dan quienes han lucrado con ella. Othón no prefería —como equivocadamente quiere suponer Alfonso Reyes— una naturaleza monda; la tomó como fue creada: describió —en prosa y en verso— el campo con hombres, con pastores, con ruido de animales y con la infinita presencia de Dios. ¿Para qué sirve el “Desierto” si lo quitamos a él —a Othón— y a la “India Brava”?

Ya en 1880 descubrimos en el poeta esta reacción ante las injusticias sociales en “El duelo, drama en tres actos”, donde se nos antoja que pone en verso y humorísticamente la idea que después expondría en prosa e hirientemente en “La Nochebuena del labriego”.

Manuel José Othón amó lo grande y lo bueno. En lo económico nada de esto pudo alcanzar, siempre vivió pobre y no fue más allá de una vida decente y modesta, a veces con comodidades y a veces sin ellas; en lo moral, tuvo, además de los tres escarceos amorosos de la adolescencia romántica, un solo amor, su esposa, y una sola afición, el buen vino. Fuera de la todavía no bien aclarada aventura del “Idilio salvaje”, nada hay de extraordinario en su vida cotidiana.

El buen vino, especialmente bebido en compañía de artistas o de hombres de negocios fuertes o de personas de la alta clase, fue uno de los gustos preferidos de Othón. No consta que haya degenerado en la embriaguez corriente, más bien parece que se detenía en la euforia. Teodoro Torres, en su estudio *El humorismo y la sátira en México*,⁴ entre los “versos humorísticos”, transcribe un diálogo a propósito del vino, diálogo, entre Othón y el poeta coahuilense Jacobo M. Aguirre:

Othón:

*—Si ois contar de un bitago la historia,
ya que en la tierra hasta el beber se olvida,*

⁴ Torres, T. *El humorismo y la sátira en México*. México, 1943, p. 344.

Como una convulsión de la conciencia

¿beberéis una copa a mi memoria?

Aguirre:

—La beberé si alguno la convida.

Si algo hubo que a veces soltara su vaho sobre el claro espejo del matrimonio Othón, fue únicamente el vino. En las cartas del uno al otro se leen expresiones de pobreza, mas no quejas; la infidelidad no se menciona nunca; y lo único que aparece con frecuencia son las alusiones al vino, ya porque uno dice que lo usó, ya porque la otra le recomienda que no abuse.

Hemos citado algunos de esos párrafos, y no hay para qué insistir más. Pero sí es conveniente advertir que, a partir de cierto tiempo, el poeta empezó a beber más de lo conveniente a su salud. Es cuando aparecen con insistencia las recomendaciones de ella y las excusas de él o las promesas. En carta del 21 de julio de 1903, le escribió el poeta a la esposa: “No tengas cuidado por mí, pues estoy bien, y te ofrezco no cometer ningún exceso”. Conviene advertir, también, que en los momentos mismos en que Manuel José se aficionaba más a la bebida, se recrudecía en él la no extinguida enfermedad que tanto lo maltrató en la juventud. A esto, más bien, se deben, y no a los estragos que el alcohol podía causar como vicio, las preocupaciones de la esposa. Para desvanecerlas, Othón repetía: “Ya no me he parado para nada en las cantinas, y me propongo no pararme, pues no tengo a qué. Mis distracciones —ya estaba de regreso en San Luis, la carta es del 8 de mayo de 1905— se reducen a ir a visitas, y así estoy muy contento”. Al año, el 23 de mayo de 1906, le decía: “Sé que pasado mañana llegan a ésta —Aguascalientes— Baudelio Contreras, Rubén Campos y Ernesto Elorduy, pero precisamente por eso me voy, pues les tengo miedo y puedo cometer algún desorden y volver a enfermarme”.

No hay para qué exagerar. Las cartas de los esposos manifiestan que el alcohol perjudicaba la salud cada día más deficiente, y esto provocaba las preocupaciones de ella. Nada más. De tales cartas, y

mucho menos de las anécdotas, no se puede concluir que Manuel José Othón fuera un borracho; tampoco se puede concluir, ni con el más afinado prurito psicoanalista, que el poeta, con el vino, tratara de ocultar o de aniquilar alguna “convulsión de la conciencia”. Sin embargo, Othón la padeció en el ocaso de su vida, pero no a la manera freudiana, sino en el más pleno sentido cristiano: un pecado y un arrepentimiento.

En torno al ‘Idilio salvaje’ se han hecho varias especulaciones, y cuanto más se ahonda, más se embrolla la cosa. Othón, en esto, fue sumamente discreto; los que sobre tal asunto han escrito después, ansiosos de enriquecer la historia, se contradicen y confunden, a tal grado que, por la misma autoridad que alegan, se les pierde la confianza.

Del ‘Idilio salvaje’ tenemos tres narraciones, las tres distintas: la de Jesús Zavala, apoyada en los cuentos de Alfonso Toro, José Luis Velasco y Santiago R. de la Vega; la de Artemio de Valle Arizpe y la de Amado Illarramendi. Se pelean por el nombre y calidad de la persona, la “India Brava”, y nada dicen del “idilio”.

Zavala, influido por la lectura del poema, lo sintentiza para explicar el “idilio” y convierte en historia lo que es poesía, cuando dice:

el poeta se hallaba refugiado en la penumbra de su rincón de olvido, en Ciudad Lerdo. Se extasiaba en la contemplación del desierto que, con anterioridad, había cantado en su soneto ‘Una estepa del Nazas’. De improviso, se aparece ante sus ojos una india brava, de talla escultural y fina, cuya bruna y ardiente cabellera flagelaba su espalda. El poeta se enamora de ella. Enloquece. El rayo de la pasión le fulmina. Nuevo Don Quijote, convierte a Aldonza en Dulcinea. Sólo que, esta vez, no es Aldonza la dama de los puros y bellos pensamientos, sino la musa de carne y hueso, la mejor musa, que dijera Darío. La india brava convertida en hoguera, cuyas lianas musculosas se retuercen voluptuosamente, como sierpes, en el torso viril que la subyuga. Pasión torturada y torturadora. Pasión candente, voraz e insaciable de la que habría de surgir, al desgajarse, ese grito satánico y angustioso del Idilio salvaje. Así, pues, no informa absolutamente nada, es una mera síntesis, prosificada, del poema: Una mera su-

posición lírica.

Y, en cuanto a la "india", añade:

¿El nombre de la musa? Guadalupe Jiménez que, de la noche a la mañana, se presenta en Ciudad Lerdo y establece una hostería a la cual concurre el poeta, a quien inspira una pasión volcánica. Mujer de ánimo esforzado, no le faltan arrestos para desasirse de los brazos de su amigo en el instante más impetuoso de la satisfacción del deseo, ni para alejarse, hierática e inexorable, por los arenales del desierto, mientras aquel se debate en un grito estentóreo de desolación y desesperanza" —otra vez, la prosificación, sintentizada y lírica, del poema, sin añadir nada—. "¿Qué fue de la india brava que con crueldad tamaña estrujó el alma del poeta?" Alfonso Toro nos ha referido que, años más tarde, en el periodo de la Revolución, la vio en Aguascalientes, en compañía de un milite revolucionario. Todavía era la hembra garrida y musculosa que perturbó los sentidos del poeta. José Luis Velasco y Santiago R. de la Vega nos han relatado también que poco después, excursionando por una ranchería, cerca de El Paso, Texas, se hospedaron en una venta cuya propietaria conservaba restos de su pasada hermosura. Invitados por ésta a dar un paseo por el campo, al ver reflejarse los oros del crepúsculo en la bruna cabellera de la hembra, acudieron a los labios de Velasco los versos del "Idilio salvaje". Al escucharlos, la mujer, conmovida, se arrebujo en un taciturno silencio; mas, de regreso en la venta, reaccionó y, presa de júbilo, dijo a sus compañeros: "¿Sabéis que esa india brava soy yo?"

Y, para comprobarlo, sacó de un arcón, donde lo conservaba religiosamente, el manuscrito perfumado y amarillento del "Idilio salvaje".⁵

⁵ Zavala, *op. cit.*, p. 224-225.

A la gentileza del Sr. Prof. José de la Luz Valdés debemos copia fotostática de una carta manuscrita, atribuida a la protagonista del "Idilio salvaje" —Lupe Jiménez o Rodríguez—, y dirigida a Othón. El original —según nos informó— se encuentra en el Archivo de la Sociedad de Escritores y Periodistas de Saltillo, Coahuila; y, según Altair Tejada de Tamez, "fue encontrado por el acucioso historiador D. Pablo C. Moreno en manos de un amigo de Manuel José Othón, propietario de una cantina a donde el poeta acudía a tomar sus 'torreones' en la ciudad de Lerdo". (Primer encuentro con la musa de "El idilio salvaje". En *U.C. Revista de la Universidad de Coahuila*, a. 1, 2a. ép., n. 2, julio de 1966, p. 31-44, reproduce —alterando la grafía en la transcripción— y comenta la carta).

Si bien el pésimo estilo y la ortografía concuerdan con la descripción que da Toro —a través de

Artemio de Valle Arizpe se jacta de haber sido él —entonces un mozalbete de unos diecisiete años y Manuel José Othón un hombre maduro— quien dio al poeta la idea de achacar la aventura a Alfonso Toro; también esquiva el asunto del “idilio”, y cuenta:

Zavala— de la “India brava”, dudamos de la autenticidad de dicha carta. Nada hay en ella que de prueba, en forma fehaciente, de que la escribió Lupe Jimenez o Rodríguez, y precisamente a Othón. La carta, fechada en “Mapimi Diciembre 13 de 1904” está dirigida a un “Manuel”, sin ningún calificativo ni apellido, y firmada por una “Lupe”, sin más identificación. Habla de un monedero que le robaron, de una cita y del fuerte e inextinguible amor que profesa al destinatario. Pero, tanto la crítica interna de la carta como la de las circunstancias, obligan a creer que no se trata de Othón, cuando menos.

Si es cierto lo que confiesa el poeta —y que Zavala acepta como tal— la carta contradice al poema:

*Quise entrar en tu alma, y ¡qué descenso!
 ¡Qué andar entre ruinas y entre fosas!...
 ¡Pasó! ¿Qué resta ya de tanto y tanto
 deliquio? En ti, ni la moral dolencia
 ni al dejo impuro, ni el sabor del llanto...*

O sea, que la “india brava”, después del idilio, se tornó indiferente: “mujer de ánimo esforzado —palabra de Zavala—, no le faltan arrestos para desasirse de los brazos del amigo en el instante más impetuoso de la satisfacción del deseo, ni para alejarse, hierática e inexorable, por los arenales del desierto”...; en Othón, una pasión volcánica; en ella, nada. Y el texto de la carta demuestra todo lo contrario: una mujer amante, apasionada, terca en proseguir unas relaciones ilícitas y prolongadas y que no teme humillarse para conseguirlo. Abundan frases como estas: “pasaré por todo, te veré en Torreón”, “Ay, si no te quisiera tanto”, “cuánto me desespera... no poder correr a tu lado, no poder llamarte mío”, “yo puedo dejar (sic) de quererte entre más mal te portas y me desprecias más y más te quiero”... Se invierten los papeles y los sentimientos.

Dice además, Lupe: “te veré en Torreón pero dónde, no lo sé, si no yo no tengo confianza con nadie a más se que lla (sic) bive (sic) allí en Torreón tu familia”... Lo cual es falso, porque ésta vivía entonces, y desde tiempo atrás, en Lerdo, Durango.

La carta tiene fecha de 13 de diciembre de 1904 y da a entender que Lupe y Manuel se veían y escribían con cierta frecuencia. Pero, resulta que, en ese año, el poeta estuvo muy enfermo. El 8 de agosto escribía a Delgado: “...me puse a contestarle, pero no sé cuándo acabaré porque estoy muy enfermo y escribo con mucha dificultad, y no es cosa de ponerme a dictarle intimidades a mi escribiente”. Más aún: convalecía de la penosa recaída cuando, en el mismo mes de agosto, aceptó la invitación para venir a San Luis Potosí. A fines de mes salió de Lerdo, en San Luis permaneció tres meses y regresó a Lerdo cuando terminaba noviembre, para recluirse mes y medio, víctima del enfisema y de la afección cardíaca que lo arrimaban ya al cabo de la vida. Así las cosas, al menos entre los fines de agosto y los de noviembre —por ausencia del poeta— no se vieron, y tampoco después, en diciembre y enero, por la enfermedad que lo tuvo en cama a él. Luego se recobró un poco, lo suficiente, apenas, para seguir tirando y sin alientos para andar en malos pasos.

Finalmente, Othón, que fue extremadamente discreto con la publicación del poema —“no debe salir de usted” urgía a Delgado—, no habría dejado la carta —en el remoto supuesto de que sea auténtica— rodando por ahí, en una cantinucha, a las cuales, por la progresiva enfermedad, no acudía ya. La habría desaparecido.

Un día le dije que lo publicase —el poema— colgándole el succulento milagro a cualquiera de sus amigos.

—Pues hombre, Artemio, me has dado la gran idea del siglo, ¿Cómo diablos no se me había ocurrido antes este estupendo recurso? Es que tengo la imaginación cansada”. Esto de la “imaginación cansada” no es más que una repetición de la idea de Othón, en el mismo “Idilio”: “¡A fuerza de pensar en tales cosas me duele el pensamiento cuando pienso!”.

Luego añade: “Y, en efecto, así lo hizo. Escribió un precioso soneto dedicando el admirable ‘Idilio salvaje’ al licenciado don Alfonso Toro, en el que lo hace pasar por el héroe del poema”.

“Y a propósito de este poema —prosigue— se ha contado por ahí que su heroína fue una india palurda y montaraz, que no sabía leer y andaba descalza. No es verdad nada de esto. Yo conocí muy bien, muy bien, a la inspiradora de estos versos, era una mujer muy bien plantada, frondosa, apañonada de color y con grandes ojos negros. Era de Saltillo, mi tierra, se llamaba Guadalupe Rodríguez, su padre era don Antonio, hermano carnal de los abogados don Blas y don Roque, entrambos con hijas muy hermosas y muy apreciadas de todo el mundo. Casó Guadalupe con un español y se fueron a radicar a Torreón; se separaron por desaveniencias conyugales y entonces la conoció Othón, la hizo su amante y es ella y no otra, la que anda en el ‘Idilio salvaje’ y con la que Othón “quemó su último incienso.”⁶

Aquí hay mucha semejanza, por el apellido y las costumbres, con la otra biografiada de Valle Arizpe, la célebre Güera Rodríguez.

Finalmente, Illarramendi, según lo que escribió José Santos Valdés, al conocer aquél la versión de Valle Arizpe, afirmó enfáticamente:

lo. La mujer por quien Othón escribió, la que inspiró su “Idilio salvaje”, no fue Lupe Rodríguez, ni era de Saltillo”.

⁶ Valle Arizpe, *op cit.*, p. 84-85.

“2o. La que motivó la pasión del poeta fue una mujer casada, originaria de la ciudad de Durango, ligada en parentesco con el obispo Bustamante. Se llamó Gregoria Bustamante, tenía un restaurante aquí en Lerdo y le decían ‘La Machinena’, porque su esposo, un mecánico originario de Santiago Papasquiaro, se llamaba José María Machinena”.

“3o. Todavía quedan algunas personas, tal vez una docena, aquí en Lerdo, que conocieron personalmente a don Manuel José Othón y especialmente los hombres, que supieron de estos amoríos”.

“...todos supimos —añade Illarramendi por la pluma de Valdés— que teniendo sus ligas sentimentales con el poeta, “La Machinena” se sintió atraída por un charro famoso en la región. Este charro se la llevó por unos días, a una de las ferias o fiestas por el rumbo de Mapimi, y por circunstancias que ignoro, “La Machinena” regresó y quiso reanudar su idilio con el bardo potosino, pero éste la rechazó. Según Illarramendi, el genial autor del *Himno de los Bosques*, le confió hasta las palabras y el dolor de la separación.

Y, como se trata de desmentir a Valle Arizpe, continúa diciendo que la descripción del poema corresponde más a La Laguna que a Saltillo.⁷ Así las cosas, se triplica el nombre y la calidad de la protagonista, la “india brava”: Guadalupe Jiménez, según Alfonso Toro, una mujer corrientona, “garrida y musculosa”, una auténtica india que pasó por varias manos y acabó de mesonera; Gregoria Bustamante, “La Machinena”, según Illarramendi, casada ella, de la clase media, dueña de un restaurante, prescindiendo de que haya sido india o no; y Guadalupe Rodríguez, según Valle Arizpe, casada también, y divorciada, de buena familia, sin nada de india, al contrario, una “mujer bien plantada”.

La versión de Alfonso Toro, avalada por Zavala, no nos parece muy de fiar. Ciertamente que conoció y trató al poeta allá en el norte y a él dedicó el colosal poema, pero, en vista de las contradicciones en que incurre y de que cuando escribió sobre la vida de Othón dijo muchas mentiras “porque ¡ay!, (dice Valle Arizpe, y es quizá en lo único que tiene razón), pintorreaba don Alfonso unos retratos

⁷ Valdés, J.S. “A propósito de Manuel José Othón”. *El Heraldito*, 26 de junio de 1958.

imposibles que ¡Ave María Purísima!”, perfectamente bien probadas como tales, dudamos de su veracidad. Lo de Valle Arizpe no merece mejor crédito: es un cuento más entre todos los que integran su *Anecdotario*: si Othón fue discreto al hablar con los adultos sobre este asunto “allá va casi todo el poema..., le escribía a Delgado, pero sabe que este poema no debe salir de usted”⁸, mucho más con los jóvenes, y sobre todo en San Luis Potosí en donde a la sazón estudiaba don Artemio—, donde vivían sus parientes y el chisme podía llegar fácilmente a oídos de la esposa—. Lo que Othón dijo del “Idilio”, lo dijo en México, y sólo en cuanto a la publicación, muy lejos de su casa. En cuanto a Illarramendi, da demasiadas pruebas; y si en algún lugar tenía que ser reservado el poeta, ese lugar era Lerdo, donde vivía la esposa.

Fuera de lo que “dicen” y de la sustancia moral del acto, nada consta satisfactoriamente; lo demás versa sobre las circunstancias, más bien, de la redacción del poema y su divulgación. La personalidad de la “India Brava” —y no está probado que haya sido india—, con semejantes versiones, empieza a disolverse, a perderse, “bruna y austera”, como llegó, por las “planicies” de la leyenda, y sólo queda de ella una cosa cierta: su existencia y sus relaciones con Manuel José Othón. Nada más. Y con eso basta. La reserva con que el mismo poeta dio a conocer su gran obra, primero muy cautelosamente a Delgado—”no debe salir de usted”—, y por medio de él a Balbino Dávalos; luego a los editores de la *Revista Moderna*, es más que suficiente para desbaratar la duda.

Nada hay que nos indique cuándo tuvo lugar el acontecimiento. El poema fue escrito en 1904, cuando la salud de Othón estaba en franca decadencia y no le permitía andar en malos pasos. El suceso tuvo que ser antes, pero no mucho, porque el poeta, concebir un poema, ponerse a redactarlo y publicarlo luego, era lo que hacía siempre. El “idilio” tuvo lugar entre 1901 y 1903, y quizá en la

⁸ *Epistolario*, p. 95. Cfr. Peñalosa. “El idilio salvaje, historia, texto y estilo”. En *Letras Potosinas*, XVI, 128-129, abril-septiembre de 1958, p. 7-12.

primera mitad de este último año, y en Lerdo, porque el año anterior el poeta pasó largas temporadas en la Hacienda de Noé, visitó la Capital e hizo viajes a Mapimí, Durango y Parras. Por la siguiente carta de Pepa, fechada en Lerdo, en agosto de 1905, cuando ya el poeta se encontraba en San Luis y llevaban tiempo de separados, no por disgusto, sino por las circunstancias, podemos suponer fundadamente que fue el año que indicamos:

Nunca me figuré que había de llegar el día —se quejaba Pepa— en que habías de estar muy lejos de mí, y en mes y medio, no el deber sino tu corazón, no te inclinaria a escribirme ni una vez, más cuando no tienes otra familia más que a mí. Dios, en su infinita sabiduría ha querido que yo, que soy todo corazón, no cuente con un cariño en la vida. Sembré cariño y beneficios y he recogido odio y desprecios. Pero, en medio de mis dolores y desengaños me consolaba la idea de que, a pesar de todo lo que me hacías sufrir, me querías, y yo me agarraba a ese afecto con toda mi alma... pero, *de tres años acá*, has cambiado tanto conmigo, que casi me es imposible reconocer en el Manuel actual al Manuel de mis amores. Hace mucho tiempo que día a día notaba yo un desengaño o un cambio . . .⁹

¿Qué sería lo que provocó ese distanciamiento entre el poeta y su esposa, y que con tanta justicia le reprochaba ella, llena de dolor: los rescoldos de la pasión por la “India Brava” o los estragos de la vergüenza y el remordimiento?

El poeta contestó al reproche en los siguientes términos:

Tienes razón, mucha razón al estar tan sentida conmigo por la incalificable inconsecuencia que te he cometido y que me llena de remordimiento y de vergüenza... Créeme, te lo juro, siento que te quiero con toda mi alma, aunque mi carácter, por las circunstancias, por los nervios y hasta por el vicio del vino, se haya hecho áspero y duro, pero, te lo prometo, te lo juro solemnemente, nuestra suerte y nuestro porvenir van a cambiar completamente. Me propongo que vivamos felices hasta

⁹ Carta del 30 de agosto de 1905. Biblioteca Pública de la UASLP. MS 801.1, XIV.

Como una convulsión de la conciencia

donde la vida dé, los días que nos quedan en la tierra, amantes y contentos.

Semanas después, el 12 de noviembre de 1905, Manuel José volvía a insistir:

Por mi parte, y refiriéndome a tus dos últimas cartitas, que hubiera, con el alma, querido contestar luego, te diré, alma mía, que si tú has tenido tanta angustia, dolores y zozobras, yo no he estado menos atribulado, sobre todo pensando en ti y en el estado de tu ánimo. Pero te juro, idolo de mi corazón, que jamás por jamás había llegado a sentir tanta angustia y tanta pena como ahora, en ninguna de nuestras separaciones. De tal manera he sentido esto en mi corazón, que a mi mismo me he jurado y lo he jurado ante la Sma. Virgen de Guadalupe, no volver a darle el menor disgusto, sino vivir, pobres o ricos, con más o menos comodidades, pero siempre unidos, unidos para siempre, porque ya siento que se acortan los días de mi vida y quiero pasarlos sólo a tu lado, tranquilo, feliz y apoyando mi cabeza en tu adorado seno hasta el instante que Dios se sirva llamarme a Si. Olvida mis injusticias y mis extravíos, que ya han terminado para siempre...; y ten presente que eres mi reina y el único dios de mi hogar que Su Divina Majestad se ha servido poner a mi lado para mi redención y para mi consuelo eterno.

Pocas cartas se conservan de Pepita, y todas ellas rezuman sincero amor. La que citamos arriba, es la única que vierte amargura y decepción. De igual manera, todas las cartas de Manuel José, especialmente las últimas, abundan en frases cariñosas y nostálgicas. La señora Othón, a lo que parece, vino a saber el asunto del "Idilio" hasta que Zavala lo hizo del dominio público, hiriéndola cruelmente. Por tal razón, el 22 de julio de 1947, poco antes de morir ella, le dirigió al citado crítico una dolorosa carta:

...mientras que levantaba en alto —le decía— el talento de Manuel, dando a la admiración pública el mérito de sus composiciones, a mi me arrojaba a la cara la inmundicia de la sucia acción de mi marido y elevándome con esto un puñal en el corazón cuya herida me sangra, y la tendré hasta que muera, pero la obra de usted no quedó con ninguna

laguna...¹⁰

Todo lo que el poema nos puede decir de las relaciones entre la "India Brava" y Manuel José Othón, es discutible: lo enmarca la poesía. Sólo queda como cierto e innegable el núcleo histórico, o sea, el adulterio. ¿Fueron amantes? ¿Intimaron nada más una vez? Rechazamos lo primero y nos inclinamos por lo segundo: ni la calidad moral del poeta ni su consistencia física en aquel entonces, ya muy precaria, permitían unas relaciones prolongadas.

El poema, repetimos, no aclara nada. Y sólo afirma una cosa: el arrepentimiento. Porque eso es el Idilio salvaje, una expresión intensa, airada, briosa, del arrepentimiento; y todo confluye deliberadamente, el escenario, el momento, la mujer, el acto, a publicar eso, el arrepentimiento.

La fuerza del poema —observa Octaviano Valdés— brota de las más profundas raíces del alma, que se ha quedado como 'un campo de matanza', tras el conflicto agotador entre sus netos e insobornables principios religiosos y el tremendo halago de la carne. Sin esta clave, el poema se habría reducido a una confesión cínica, más o menos narcisista.¹¹

Ya el doctor Peñalosa lo ha demostrado en su estudio sobre el *Idilio salvaje*:

El Escenario:

A la manera de los grandes poemas clásicos, Othón empieza por describir el escenario del drama. La intención descriptista del paisaje se intensifica con rotundos imperativos duplicados: 'Mira el paisaje..'

No el paisaje de postal e idilio, gajo del bosque, o cuenco de agua, o manojo de flores. Todo, todo aquí es 'inmenso': inmensa la serranía, inmensa la llanura, inmenso el desierto, inmenso el cielo. Ya no el paisaje como espectáculo, y ni siquiera como símbolo: el paisaje como

¹⁰ Copia mecanoscrita hecha por la viuda de Othón, en nuestro poder. Publicada en *Estilo*, 47-48, julio-diciembre de 1958, p. 145-148.

¹¹ Valdés, O. "El idilio salvaje de Manuel José Othón", en *Universidad de México*, XIII, 4, diciembre de 1958, p. 17.

protagonista, como agonía, pasión y vida.

Con los robustos trazos que acostumbró en *Poemas Rústicos*, Othón pintó uno de los más estupendos murales de la plástica mexicana, anticipo del mejor José Clemente Orozco. El del desierto; pero un desierto en el que Othón tenía que haber visto los bloques gigantes de la sierra, según fue su obsesión vital y estética por las montañas.

Al fondo del mural, sobre la tela gris del desierto, pasa 'el galope triunfal de los berrendos'.

Para mí, esta presencia inusitada, esta loca carrera de los potros piafantes, este cruce fugitivo y bárbaro, es uno de los mejores aciertos del pintor. Para Othón, la naturaleza nunca fue estática, sino dinámica. Sus bosques se estremecen de rumores, late la vida del cosmos. De un desierto inmóvil y asordado, surge el dinamismo musculoso, el estrépito del galope, los berrendos salvajes que anticipan el desenfreno de las pasiones.

La Hora:

También aquí la otra preocupación de los clásicos por expresar la hora de los acontecimientos. No por simple afán de precisión cronológica, sino por el clima poético que establece la hora, y por las consecuencias anímicas que despierta.

Es el bochorno del mediodía, la 'asoladora atmósfera candente', el calor de las primeras horas de la tarde que se vuelve tan plástico, tan denso, que las águilas pueden hundirse en él, como clavos vivos, y hundirse lentamente...

Es la hora cálida que incendió las venas. Calor y pasión que integran un solo estado de ánimo.

El escenario y la hora son buscados de propósito, con un destino poético. Alma y paisaje se funden en un todo. El desierto es el alma baldía; los berrendos sin freno cabalgan cual la lujuria; la "sibilante brisa", es la temperatura del corazón en acecho.

En ningún otro poema logró Manuel José Othón una síntesis tal; ni sus paisajes jamás, como éste, se transformaron en carne y en espíritu, en amor y en odio, en viva humanidad. Es la transformación del objeto en el sujeto. Y la sublimación de la naturaleza en el hombre. Como en Virgilio, las cosas tienen un rocío, de lágrimas...

Ella:

Todo está preparado para que entre a escena la mujer. 'Si vienes... si no vienes'. El poeta no sabe de dónde surgió la llama, ni por qué en el desierto apareció el huracán. Como los que creen en el lenguaje de las

margaritas —‘me quieres, no me quieres’—, ya no el poeta sino el hombre, confuso, atónito, se pregunta por la inesperada presencia: Si vienes del dolor, si vienes del placer... El viajero dialoga con la esfinge. ‘irgues tu talla escultural y fina.’

No es la mujer en Othón la melancólica evocación de Nervo, o la frívola silueta de Gutiérrez Nájera; es la india brava.

Cuando la ve, sólo se fija en los dardos negros de los ojos, en la bruma cabellera flotando, es decir, en lo más externo y circunstancial, precisamente por su preocupación plástica que pinta a la mujer con los rasgos más sensibles para nuestra mirada: un dardo y un aión.

Advirtamos que el poeta no nos ofrece a la mujer ni de cerca ni de lejos; aparece como esfumada en las dos ocasiones en que la retrata: ‘como un relieve en el confín impreso’ y ‘destaca contra el sol muriente’. La silueta, el contorno, la esfumación, en primer término; al fondo, la sabana y el ocaso.

Cuando aparece ella, la hora avanza, se adelgaza la atmósfera, el huracán se torna un blando céfiro ‘como una música divina’ y el calor de la tarde se desliza en ‘húmeda neblina’. Es la hora del amor.

Tan importante como la aparición, es la desaparición de la mujer:

*...Allá vas, bruna y austera
por las planicies que el bochorno escalda,
al verberar tu ardiente cabellera
como una maldición sobre tu espalda.*

Se ha vuelto la esfumación cada vez más intensa; al poeta no le interesan ya los ojos, ni la ve de frente para despedirla. Si repite el tema de la cabellera, es por su intención plástica; pero ya no una cabellera que flota y juguetea con el viento, sino lacia y caída sobre la espalda, como su propio espíritu.

‘Si vienes..., si no vienes’. Ni el poeta ni el hombre supieron de dónde vino, a dónde fue el huracán y la llama que, en el desierto, hizo otro desierto más. El Epitalamio: Como en las églogas virgilianas, ‘el amor de las rocas nido y caverna’. Como en la Fábula de Góngora, Acis y Galatea celebraron sus nupcias bajo el dosel de las peñas y entre la frágil celosía de las yedras. Como los pastores de Garcilaso, que en esto se inspiró en Petrarca, que en el campo libran los combates del amor:

cama de campo y campo de batalla.

¡Qué pura y larga tradición renacentista del Soneto IV!

*Y en el regazo donde sombra eterna
del peñascal bajo la enorme arruga,
es para nuestro amor nido y caverna.*

Y qué delicadeza espiritual para narrar el epitalamio con ritmo acelerado, no con morosa delectación.

Arrepentimiento: Otro poeta, quizá, hubiera clausurado el poema al concluir este verso:

con una gran palpitación de vidas,

ahí donde se consuma el epitalamio. Pero Othon, no, que sabía la contradicción entre la conducta y la moral, y cuya fe religiosa, además de una creencia, se le imponía como una vivencia.

A la pasión sucede el arrepentimiento. Un arrepentimiento tan hondo y tan veraz que le conturba el paisaje circundante y le estremece la conciencia. Le duele el alma, también el paisaje. "El campo de amor es campo de matanza".

El pecado le deja en el corazón una larga cauda de sentimientos: la sensación del vacío, la subversión de los valores, el asco de sí mismo.

El terremoto humano ha destruido

mi corazón, y todo en él expira.

La nota más aguda del arrepentimiento se concentra en la memoria, mediante una serie de intensificaciones y variaciones, desde la maldición más violenta y fría

—Mal hayan el recuerdo y el olvido—

hasta la más cálida y plástica:

A fuerza de pensar en tales cosas

me duele el pensamiento cuando pienso.

Dignificación del hombre que reconoce su extravío; originalidad del poeta de la naturaleza que, en esta ocasión, se sumerge en el paisaje sobrecogedor del alma. Ante el tema inusitado en los labios bondadosos del poeta, Alfonso Reyes se pregunta: "¿De qué nueva hondura interior surgió ese poema tremendo y maldiciente?"¹² "Carece de par en nuestra poesía, escribe Jesús Zavala. Jamás en la poesía de habla española se habían escuchado acentos tan patéticos y profundamente humanos."¹³

Por eso, "señala un hito altísimo de la poesía castellana", continúa Francisco González Guerrero,¹⁴ y, en juicio de Antonio Castro Leal, es "uno de los grandes poemas de nuestra lírica," en el que Othon, concluye Gabriel Méndez Plancarte,¹⁵ "ya no es clásico ni romántico, sino

¹² En *Obras completas*, p. 1066.

¹³ *Ibid.*, p. 25.

¹⁴ *Los libros de los otros*. México, 1946, p. 229.

¹⁵ *Horacio en México*, México, 1937, p. 217.

puro y trágicamente humano.¹⁶

Las relaciones entre la 'India Brava' y Manuel José Othón no pudieron durar mucho. Creemos que, después del acto, el poeta regresó a su hogar estéril. Y más que el regusto de la pasión, lo conmovió la vergüenza, para hundirse en ella y salir, poco tiempo después a expresarla en este incomparable poema 'como una convulsión de la conciencia.'

¹⁶ Peñalosa, art. cit.

IX. MIS ENFERMOS DÍAS

Quienes conocieron a Manuel José Othón y, además de conocerlo, convivieron con él en sus momentos más expresivos, cuando la euforia de encontrarse entre amigos o en la Capital, lo hacía más franco, más locuaz, nos dejaron este retrato de él:

Francisco de Asís Castro:

Me parece aún verlo cerca de mí hablándome con su franqueza y sinceridad acostumbradas. De joven, imberbe, gustaba usar la romántica melena de los poetas de antaño, tal como lo tengo en retrato fechado en 1897, el primero que dedicó a nuestra amistad. Quizá soñaba en parecerse a Espronceda, a Zorrilla... cuando los años le arrebataron esas ideas propias de una imaginación juvenil caldeada por el romanticismo literario que aún predominaba en aquellos tiempos, usaba el cabello corto, lo que hacía aún más despejada su frente de por sí amplia, apenas surcada por alguna prematura arruga, como un espejo donde se reflejaba todo lo grande, todo lo elevado que se encerraba en su alma. Bajo esa frente brillaban los ojos expresivos, que tan pronto manifestaban ternura, quietud, sueños de calma y apacibilidad, como energía, fuerza intelectual, inspiración de fuego; nunca ira, jamás cólera; la cólera y la ira son pasiones que no tuvieron abrigo en el noble corazón de nuestro poeta. Sus labios delgados, pálidos, sombreados por un ligero bigote sonreían con frecuencia, con sinceridad, con la amabilidad propia de quien no sabe ocultar sus pensamientos. Cargado de hombros, movía los brazos al andar, sin llegar a la exageración; y sus pasos eran precipitados, nerviosos; con la frente más o menos inclinada, parecía que la inspiración no se separaba de él un solo instante. Cuando tomaba la palabra en alguna reunión de amigos, su verbosidad era inagotable. Manoteaba, gesticulaba de mil modos, sus ojos tomaban una expresión

extraña, revelaba una nerviosidad que todos le conocíamos, y no había quien se atreviera a poner dique a aquel torrente de palabras que con fluidez, con asombrosa facilidad brotaban salpicadas muchas veces de candentes, de cáusticas frases; otras ocasiones eran filosóficas, pintorescas, impregnadas todas ellas de sentimiento, de ingenuidad, de amor para todos ¿Su indumentaria? ¡Bah! Sólo de vez en vez o cuando visitaba la Metrópoli, vestía con elegante sencillez: en los pueblos en que ejercía su profesión su traje era igual al de un campesino o de *Sportman*; blusa de dril, sombrero de palma o cachucha de cazador. . . Para él nada significaba el vestido. Hubo vez que se nos presentaba en el teatro durante alguna representación, con el saco echado sobre los hombros, en camiseta y en pantuflas...

Luis G. Urbina:

Manuel era un hombre que, a primera vista, no llamaba la atención y podía cruzar inadvertido entre el montón de las gentes comunes y corrientes. Vestido con ordinaria pulcritud, el cuerpo alto, flacón, de hombros que se elevaban y adelantaban, como queriendo sumir el pecho. La cara, de facciones regulares, simétricas: el óvalo alargado, la nariz aguileña, no grande, pero bien formada la frente, delgada y suave la boca, que medio sombreaba un bigotillo insignificante. La cabeza, con el pelo cortado a rape, daba al conjunto no sé qué reminiscencias de cuartel, de soldado raso, de uno de esos "juanes", a quien se les hunde el "chacó" hasta las orejas. Los ojos, sí. Quien se fijase en ellos, los vería relampaguear a cada instante, con lampos de inteligencia. Causaban la impresión de esas ventanas que se iluminan, a intervalos, con vivos resplandores, y que nos hacen sospechar que hay incendio adentro. Incendio interior había, y constante, en Manuel Othón. Contemplativo de paisajes desiertos, de lontananzas infinitas, no bien se ponía en contacto con la ciudad, y en ella, con amigos y compinches, su imaginación destacábase en chisporroteos de ingenio, que, cuando no se le salían las palabras, parecía que se le asomaban impacientemente a los ojos... Repito que no tenía singularidades aparentes la figura del poeta. Otros colegas suyos de la ciudad de México, poseían rasgos de extrañeza característica... Sin cuidado le tenía mostrar, por la calle, su calidad de

¹ Castro. "Manuel José Othón en la intimidad". En *Estilo*, 41, enero-marzo de 1957, 27-28.

artista; y en su vestir aburguesado, aunque correcto, no había notas de peculiaridad o extravagancia. Pero es que unos minutos de charla, de cualquier género, frívola o grave, artística o epigramática, eran suficientes para que el ánimo del interlocutor quedase prendido en la irresistible simpatía hacia aquel hombre, y subyugado por el sortilegio de su palabra franca, animadora y pintoresca. Entonces, la figura del poeta adquiría un relieve, una fascinación inolvidable. El poder del espíritu realizaba, sin esfuerzo, el milagro. No se podía dudar: nos hallábamos frente a un ser extraordinario.²

Y en otra ocasión, al calce del retrato de nuestro poeta, escribió: 'Que no se olvide el retrato de Manuel Othón. Y mientras lo decía yo, pensaba en este insigne poeta en cuyos versos viven nuestros campos, nuestros cielos, nuestros espíritus. Gran soñador es éste, grande y bueno, porque no ha cantado únicamente las cosas grandes, sino también las bondadosas. Estas líneas que escribo evocan su recuerdo. Estoy contemplando a Manuel Othón. Es un niño entrado en años; un niño al que se le ha marchitado un poco la cara, y otro poco se le han emblanquecido los cabellos. Pero ¡qué ojos tan cristalinos, tan claros, tan amables! ¡qué sonrisa, que quiere ser escéptica, con el afán del chicuelo que quiere usar bastón como papá, y que no es sino angelical y amable y optimista!. El poeta es excelso, el poeta es bueno. Es un pastor de égloga. Vive alejado de las ciudades y, por lo mismo, no se ha contaminado de sus insanias. Claro que es una fuerte alma abierta a las sublimes impresiones; de recias alas, de poderoso vuelo. La poesía de Othón es una maravilla de verdad, de energía, de sentimiento de la vida. Su obra, que es de las que han vencido, será de las que perduren. Está pensada y sentida en la altura de ideal; está tallada en mármol. Es grandilocuente y caudalosa como la Naturaleza. Y al escribir este cordial elogio, pienso persistentemente en el hombre, en el pastor de la Arcadia, en el niño envejecido a quien no logró contaminar la maldad, y que tiene siempre amor y perdón en los ojos amables y en la sonrisa compasiva!'³

José López Portillo y Rojas:

Alto, delgado, de hombros un tanto subidos y deprimido el pecho, tez

² En *Obras Completas*, p. 1026.

³ En *El Mundo Ilustrado*, II, 23 de julio de 1905.

blanca y sonrosada, bigote corto, nariz delgada y arqueado perfil, ojos pequeños, oscuros y penetrantes, cejas inclinadas hacia la nariz y un tanto elevadas hacia el extremo de las sienes, frente regular y tersa y cabellera castaña, cortada al rape; tal era el aspecto de la persona... Vestía un terno irreprochable, color gris, y llevaba en la mano un sombrero Stetson... Aquel ilustre poeta fue el hombre más modesto de la República, sencillo en su trato, enemigo, tanto de hinchazones y rebuscamientos, como de palabras cabalísticas y entonaciones teatrales. Jamás convirtió en tripode su asiento, ni su palabra en sentencia; jamás impuso su parecer a los demás, ni exigió de nadie postración, homenaje ni incienso. Desconoció en absoluto eso que llaman pose los franceses, fue un hombre como todos. Cuando no hacía versos no se distinguía de los otros sino por su dulzura infinita, por su exquisita cortesania y por su admirable candor infantil. Y así fue también en el atavío exterior de su persona: ni llevó cabellera larga, ni sombrero a la Rembrandt, ni gran corbata en forma de mariposa ni entornaba los ojos, ni se las daba de Manfredo o de D. Juan. Vistió ternos al uso común, gastó sombrero de bola o de copa y ciñó al cuello corbatas ajustadas al gusto reinante... Gran vida, toda consagrada al culto del arte y de la eterna belleza; sencilla, buena, fecunda como pocas. Contados de nuestros hombres ilustres habrán valido tanto como Othón, que fue tan grande por el corazón como por el numen. Inteligencia preclara y conciencia de niño, nunca sintió turbada la paz de su vida por la bajeza ni por las malas pasiones. Díaz Miron, consideraba a Othón, no sólo como uno de los poetas próceres de la República, sino también como una de las almas más dulces y buenas que hubiese conocido. 'Manuel José Othón, le oí decir varias veces, tiene seis alas blancas, como los serafines.'⁴

Celedonio Junco de la Vega:

Aún paréceme verle: más que mediana la estatura; algo encorvada la recia espalda; manos y pies pequeños; un tanto caída hacia adelante la cabeza; frente ancha; pelo cortado a rape; rubio el escaso bigote; algo grueso el labio inferior; expresivos los claros ojos, y por leve curva perfilada la nariz. De la coronilla a la frente pasábase de cuando en cuando la diestra como alisándose el cabello. Su andar era de pasos

⁴ En *Obras*, I, XVI ss.

menudos pero rápidos. Su voz era robusta, y generalmente hablaba alto, cual si tuviera una muchedumbre por auditorio. Recitaba los versos pausadamente, marcando con gravedad el ritmo, y haciendo en la pronunciación de la "V" de la "B" esa precisa diferencia tan poco usual entre nosotros. Su carácter era apacible, melancólico a ratos. Solía mostrar un tristón gestecillo como de aburrimiento; pero no era huraño. Nada de eso: no rehusaba la charla amena entre los íntimos; gustaba de la jácara, festejaba las anécdotas picantes y los chascarrillos zumbones, y los sacaba a cuento en su punto y sazón. Y aunque no fue ésta la cuerda especial suya, porque no era ni mordaz, ni ingenioso —ni la picaba de eso— yo le conocí rasgos festivos de rico sabor... No supo ser rico. Para serlo le faltó cálculo y le sobró largueza. El dinero fue para él cosa de poca monta: veíalo como cifra de cambio, como factor que le proporcionara esto o aquello... y nada más. Sincero como pocos, no ocultaba lo que sentía, aunque sin confundir la franqueza que encanta con la brusquedad que lastima. La soberbia le inspiró desdén. Ni se envanecía nunca de sus propias obras, ni negó aplausos al que se los merecía. Era bondadoso e indulgente hasta donde puede serlo alma nacida. Lo noble y sano de su espíritu rivalizaba con la magnificencia de su numen. Si por el cerebro fue un coloso ¡a qué inmensa altura llegaba también por el corazón! Pocos habrá que en sencillez de alma le igualen; ninguno quizá le supere. Nada sabía de odios, nada de rencores. Acaso por eso no tuvo enemigos... ¿Ternezas? Las hubo de sobra en su corazón; sabía conmovirse y llorar como un niño; que al fin no fue sino un "muchacho grande", como con acertado trazo lo designara Urbina... Parecía un distraído, un indiferente a todo lo que le rodeaba; y sin embargo, ¡cuán maravillosa potencia descriptiva! Tenía el aspecto de un despreocupado, de un escéptico, y en lo más oculto del alma le sobraba la fe. Era un creyente, pero no blasonaba de serlo, ni trataba de disuadir a los que iban por opuesto camino al suyo. . . .⁵

Con el perfecto equilibrio de las obras clásicas, vida y arte se unieron — y convivieron— en Othón. Gran poeta y gran hombre, con una vida tan perfecta y sencilla, dentro de lo humanamente posible —aún con el grave error del "Idilio salvaje"—, como su misma poesía, tan perfecta también, dentro de lo artísticamente posible.

Fue bondadoso y jovial, pacífico y comprensivo, paciente y pobre. Puso su afición en la naturaleza —la gran obra de Dios— mas no en las

⁵ En *Estilo*, 46, abril-junio de 1958, 61-64.

cosas. Careció aun de hijos. Viajó poco, y siempre entre los caminos desolados que cruzan la meseta desértica o entre las veredas del exuberante trópico. Fuera de la Capital, no conoció otras grandes ciudades. Quizá por eso sus distracciones fueron —como su vida— simples y sanas.

Manuel José Othón no fue un enclenque. Al contrario. Algo había en su cuerpo de la naturaleza ruda. Pero tampoco fue un hombre lleno de cabal salud. Pobreza y enfermedad se dieron la mano para agobiarlo. Y él lo sufrió todo con cristiana resignación.

Su deporte favorito —el único— fue la caza. No hay constancia de que haya sido un gran flechador, y quizá ella sólo era un pretexto para deambular por el campo. Este caminar a pie o a caballo le sirvió a Othón para contrarrestar los efectos de la terca enfermedad que lo acompañó desde joven. Exento de vicios, pues la afición por la bebida no fue más allá de eso, tampoco minó su resistencia física con excesivo trabajo. Por eso pudo vivir más tiempo. El aire puro del campo, donde pasó la mayor parte de su vida adulta, sirvió para conservarlo. De haber vivido en la ciudad, la muerte le habría cortado sus pasos antes.

Los males de Manuel José Othón empezaron poco después de haber concluido sus estudios, con motivo de la prolongada enfermedad de su padre —fallecido en mayo de 1882—. Las agotadoras vigili­as a la cabecera del enfermo abrieron la puerta a la insuficiencia mitral y a la enfermedad del pulmón. Le escribía a Pepita el 15 de abril de 1882: 'Figúrate el estado en que estará mi alma: estoy viendo los padecimientos de mi papá, que no encuentra gusto en ninguna parte y que está poseído de una tristeza mortal; sé que morirá muy pronto, quizá no pasará este año sin que lo haya perdido, pues me han dicho ya los médicos que no tiene remedio y que es cuestión de muy poco tiempo. Todas las noches me desvelo oyéndolo quejarse hasta las dos o las tres de la mañana, y muchas veces hasta mucho más tarde; por otra parte, me encuentro sin colocación y sin trabajo y careciendo de todo, sin tener otra cosa que el pan de cada día: lleno de sobresalto, lleno de tristeza.'

Poco tiempo después de esta carta, se le declaró la enfermedad a Othón. Y a la pena física se añadió la amenaza de que se frustrara su matrimonio. Pepita venció la oposición familiar, y se casó con el enfermo, en febrero de 1883. Pasado el matrimonio, aprovechando la primer convalecencia, los esposos se fueron a Santa María del Río, donde pasaron una larga temporada. *La Voz de San Luis*

informaba en septiembre de ese año que el Lic. Othón acababa de regresar de ese lugar, donde estuvo “algún tiempo restableciéndose”.⁶

Quizá, además de su innata inquietud y de la pobreza, fue la necesidad de aire puro para sus enfermos pulmones y atrofiado corazón lo que lo movió a peregrinar por los villorrios. Los cuidados de la esposa lo ayudaron por entonces a reponerse casi del todo. Pudo, al menos, llevar una actividad normal y hacer largas caminatas.

La enfermedad, que no se le separaba, empezó a estrechar a Othón hacia 1900. Ya antes había caído varias veces en cama, pero por otras causas: en 1898, después de una excursión por las sierras de Chihuahua, pasó “un mes de reumas inflamatorias, sin movimiento ni para comer, pues por ajenas manos yantaba... A un gustazo, un trancazo”.⁷ Lo serio empezó en 1900. En diciembre le escribía, desde México, a Pepita: “Estuve dos días en cama, pero no por enfermedad, sino por miedo, pues hacía un frío horrible y ya sabes que me dan unas bronquitis horrorosas”. De esta carta en adelante, abundan las explicaciones a la esposa, insistiendo en que se encontraba bien.

Pero Othón se hacía ilusiones. Conforme corria el tiempo, lo agobiaba más la enfermedad. El regreso a San Luis, en 1904, fue un cautiverio, por eso dijo en su “Canto del regreso”: “Ya aliento con las brisas del valle potosino”. . . Sólo que el recobrado aliento duró poco: el trajín del drama *El último capítulo*, los homenajes, las idas y venidas, acabaron por arrimarlo a la sepultura. En mayo de 1905 le decía a la esposa:

Yo he seguido, del estómago ya del todo bien, pero siempre de dieta, aunque he ido poco a poco disminuyendo el rigor de ella. Hoy comí tortas de sesos y no me hicieron daño. Creo que ya no volverá el mal. Del pecho he tosido algo, pues antier y ayer hizo aquí mucho calor, tanto como allá, y

⁶ *La Voz de San Luis*, 9 de septiembre de 1883.

⁷ *Epistolario*, p. 19.

hoy amaneció muy fresco, casi frío, tal vez por alguna granizada que haya caído cerca. Esto me ha hecho toser.

Cayendo y levantando, mientras Pepita continuaba en Ciudad Lerdo, sin poder quitar la casa, y Manuel José vivía en San Luis, en el domicilio de su hermana, preparando el definitivo regreso, pasó el poeta todo 1905 y 1906. Tenía días buenos en los que el optimismo lo hacía forjarse mil ilusiones; pero también tenía días muy malos, de atroz abatimiento. En los inviernos o en los días lluviosos, las recaídas eran tercas y molestas. Cuando se encontraba bien, el poeta seguía con sus negocios y con sus viajes, aun estuvo en Monterrey, con motivo del centenario de Juárez e invitado por el general Reyes.

En agosto de 1906 salió de Ciudad Lerdo para siempre. Enfermo, llegó a San Luis. Había recibido una invitación de la Academia Mexicana de la Lengua para que leyera, el 24 de octubre siguiente, una elegía a don Rafael Ángel de la Peña. La enfermedad le menguaba los alientos. Y en vista de que no contestaba la invitación, fue preciso recurrir a los buenos servicios del regiomontano Junco de la Vega. Por fin, Othón aceptó la invitación y se aprestó al viaje, cuidando más —decía él— de su salud. De esto informa a la esposa en carta del 3 de octubre:

Aquí —en San Luis— no hay absolutamente nada en que pasar el tiempo, que está muy malo, y viniendo tú te estarías encerrada, pues yo no salgo para nada, temeroso de que me haga daño y no pueda ir a México. El día 24 es la velada, y quiero llevarte.

Las frecuentes cartas que el poeta enviaba a su esposa en esta temporada, no encubren su mal. Aun el escribir le fatigaba. Las cartas son breves y, las más veces, difíciles de leer. Vivía en la casa de la hermana María y lo atendía diligentemente el doctor Antonio F. Alonso, quien le prescribió una permanencia en Tampico. El 7 de octubre le escribía a la esposa:

Ayer te escribí una carta postal como ésta, pues no puedo escribir largo, porque me fatigo... Tengo un fastidio profundo, no obstante que María procura por todos los medios que esté contento y que vienen a verme varias personas... Yo sigo bien, pero delicado, debido al clima y a la temperatura.

Tres días después, añadía:

Estoy muy delicado, aunque ya estoy perfectamente bien, pues ya casi no toso, como muy bien y duermo perfectamente; ya no tomo las cucharadas de Alonso ni medicina ninguna. Tengo pensado, por prescripción médica y porque hay seguridad de que me alivie radicalmente de mi mal del pulmón, pasar unos treinta o cuarenta días en Tampico, para lo cual ya tengo conseguido el dinero. Pero eso ha de ser en el invierno. . . La permanencia de los tres, en mes y medio, nos cuesta doscientos pesos y ciento cincuenta el viaje de ida y vuelta. Agregando otros cincuenta, resulta que gastaremos quinientos pesos, con que ya cuento. Mañana terminaré, porque ya es tarde, y escribo muy incómodo y me canso.

Una semana después, calmando las cuitas de Pepita, le decía:

Cree que con tantito que no me siente fuerte y sano del todo o que el tiempo se presente sospechoso, no voy a México, pues bien he visto los resultados que puede traerme y quiero sanar a toda costa. Así es que enviaré mi poema.

Seguramente Othón mejoró un poco, o pudo más la atracción que sobre él ejercía la Capital que la misma enfermedad, pues fue a México a leer su "Elegía" con voz y cuerpo quebrantados. El ambiente de la Metrópoli lo reanimó. En la casa de López Portillo, quien nos ha dejado una exacta reseña de esta última ida del poeta a México, concluyó Othón su poema. Pepita todavía se encontraba en Lerdo, en espera del traslado definitivo. Allá recibió la última carta que le escribió su esposo, en la que le decía:

En todo el tiempo que estuve en México, más del que me proponía, porque me puse un poco mal a causa de la altura y porque me propuse curarme por medio de eminencias; en todo ese tiempo, digo, apenas si salí del ho-

tel, pues estaba siempre encerrado a causa del clima y no quise exponerme a pescar una gripa o bronquitis que hubieran sido mi muerte. Sin embargo, aprovechando algunas buenas noches y yendo en coche cerrado a la ida y a la vuelta, fui a la ópera del Arbeu, donde vi "Sansón y Dalila", la "Condernación de Fausto" y el "Baile de máscaras". Vi también la ópera de Castro que vale mierda, y visité a Ana María Charles que es un fenómeno.

El poeta, quizá para no alarmar a la esposa, le pintó esta situación tan optimista. La realidad era muy distinta. López Portillo, que lo acompañó durante esos días que estuvo en México, cuenta que:

No bien bajó del Pullman y le hube recibido en altos brazos, cuando me habló de lo muy quebrantada que tenía la salud. Dijome que adolecía de un penoso enfisema que le atacaba la respiración y le ocasionaba toses persistentes y desgarradoras. Y efectivamente, varias veces interrumpió su relato, acongojado por accesos de tos sumamente crueles, que se prolongaban por varios segundos, le sofocaban, le amorataban el rostro y le hacían salir casi de las órbitas los azorados ojos.

De esos tremendos accesos, nada dijo Manuel a la esposa. López Portillo, que tuvo oportunidad de tratarlo muy de cerca en esta ocasión, con su testimonio desmiente lo que el poeta decía a Pepita en la citada carta, pues añade:

Permaneció algún tiempo en México, seducido por el trato y conversación de artistas, poetas y literatos, que no cesaban de visitarle; y se encontraba tan bien en esta atmósfera intelectual y artística, que no pensaba en tornar a sus hogares. Pero su estado físico empeoraba todos los días, y se veía que momento a momento iba perdiendo terreno. Se desvelaba con frecuencia, ora en reuniones musicales ora en coloquios con sus colegas, los inspirados y exquisitos; se levantaba al llegar el sol al zenit y llevaba una vida tan irregular y antihigiénica, que hubiera perjudicado a un hombre con salud de hierro. Yo, que le quería tanto cuanto le admiraba, me alarmaba al ver cuán rápidamente la enfermedad iba minando sus fuerzas. Llévele a la consulta del célebre especialista Vázquez Gómez, y quedé aterrado por el diagnóstico; tenía una enfermedad cardíaca pavorosamente desarrollada, y debía salir de México a la mayor brevedad posible; la altura de la Mesa Central lo estaba matando, y podía ocasionarle la muerte en el momento menos

pensado. Tuve que ejercer sobre él cariñosa violencia para arrancarle de la ciudad, y no paré hasta dejarle cierta noche en el tren que debía conducirlo al lugar de su residencia... y le recomendé no permaneciese en San Luis, cuya altura es casi igual a la de México, y que se trasladase directamente hasta Ciudad Lerdo. Pero me desobedeció, porque era caprichoso como un adolescente, y porque, sin duda, creía, allá para sus adentros, no estar tan seriamente enfermo como se lo decían los hombres de ciencia. El caso es que permaneció varios días en su ciudad natal, retenido, quizá, por un destino misterioso que quiso cavar su fosa al pie mismo de su cuna.

López Portillo entendió mal a Othón. Éste se quedó en San Luis, no por terco, sino por pobre, porque carecía de medios para ir él y su esposa —que estaba en Lerdo— a un lugar más bajo.

El poeta volvió de México el 11 de noviembre, muy enfermo, y a la casa de su hermana María. Desde hacía algunos meses sentía ya cerca “la boca de la hambrienta sepultura”. Agotado y triste, el 14 escribió a su esposa la última carta, insistiendo en el viaje y citándola en Monterrey para de allí irse a Tampico. Pero día a día iba agravando. El 17 mandó un telegrama a Pepita: “No tengas cuidado. Quiero vengas para irnos. Recibirás fondos. Escribeme”. Lo del viaje fue pretexto: la llamaba para que estuviera con él en sus últimos momentos.

En su lecho de enfermo, antes y después del viaje a la Capital, el poeta recibía constantes visitas de los amigos. A todos los aceptaba con gusto. Pero tuvo especial predilección por la joven Josefina Facha, sobrina de Eduardo, el esposo de María, en cuya casa estaba. Apenas llegó de México, le envió una tarjeta postal avisándole su regreso: “Pina —le decía—: saluda a tu mamá y a tus hermanos; y a tí te espero, pues llegué un poco mal y deseo saludarte. B. t. p. Manl. J. Othón”. A ella, a Josefina Facha, fue a quien el poeta dedicó sus últimos versos el mismo día en que murió:

*Déjame, Josefina,
decir que más que humana, eres divina,
por tu gran caridad, tu sentimiento*

*y la noble virtud de tu talento,
con que has llenado mis enfermos días
de sencillas y puras alegrías;
por eso te bendigo
y la gracia de Dios será contigo.⁸*

Llegó el 28 de noviembre, marcado por la mano de Dios para que fuese el último de su vida. Por fortuna, su santa y buena esposa, el ángel tutelar de su vida, estaba ya a su lado. Yacía Othón en el lecho, atormentado por la asfixia, pero fuerte y entero. Creyente sincero y animado de un espíritu poéticamente religioso, se había preparado para morir como cumplía a su deber, recibiendo la Bendición de Paz, el Pan del Fuerte y la Unción del Sepulcro. Tranquilo, con aquella mística provisión para emprender el gran viaje; pegó los labios al Crucifijo; y aguardó el instante supremo. No se hizo esperar mucho. Murmuraban una plegaria, cuando le sorprendió la tos: el acceso no se cortó, sacudiéndole los pulmones; sofocándole y poniéndole espanto en sus ojos. De pronto, sobrevino un vómito, arrojó torrentes de sangre, y expiró. La enorme aneurisma que se le había formado en la aorta, había reventado al golpe de la tos, como herida por un puñal o por una bala.⁹

Manuel José Othón, abandonó “el rumor de las ciudades”, había entregado cristianamente su alma a Dios.

⁸ Castro. “Los últimos versos de Manuel José Othón” en *Estilo*, 41, enero-marzo de 1957, p. 43-45; Vera, A. “La última musa de Othón” en *Bohemia*, San Luis Potosí, III, p. 36-37, noviembre-diciembre de 1945, p. 4, 14.

⁹ López Portillo y Rojas. En *Obras*, I, xxxix-ix.

LO QUE ESCRIBIÓ OTHÓN

Aun cuando se han hecho dos ediciones de las *Obras* —una de ellas con pretensiones de “Completas”— de Manuel José Othón, es hora que todavía no tenemos reunida su producción ni sabemos qué y cuánto escribió el poeta. Dado su carácter, “premioso” para escribir pero impaciente para publicar, y lo desordenado que era en sus cosas, creemos que algunos de los trabajos citados por él, no los escribió; otros, apenas sí los empezó; y otros más, en cambio, aunque terminados, pudieron haberse perdido o porque Othón mismo —a no ser que estén escondidos en algunas publicaciones— los destruyó o porque se extraviaron, cuando estaban por pasar por última vez bajo la lima, en los frecuentes cambios de domicilio. De “Vida montaraz”, por ejemplo, el poeta le informó a Delgado, en marzo de 1905, que su escribiente ya la estaba copiando;¹ mas como Othón regresó luego a San Luis, donde lo hicieron diputado y le dieron empleo, abandonó el cuento y no se volvió a ocupar de él, perdiéndose esta pieza.

Las varias —y contradictorias— referencias que Manuel José Othón hizo de algunos de sus trabajos, a veces diciendo que estaba por terminarlos, a veces que no se ocuparía más de ellos, según su estado de ánimo; más todavía, la seguridad y pormenores con que habló de ellos y las citas hechas por algunos críticos y contemporá-

¹ Manuel José Othón. *Epistolario*. Glosas, esquema, índices y notas de Jesús Zavala. México, 1946, p. 102. Las referencias a las cartas que M.J.O. escribió a J. Delgado, las tomamos de esta obra.

neos suyos, han creado cierta confusión alrededor de su bibliografía: corren varias listas de las obras de Othón, incompletas y erróneas, que nos dan una falsa visión de sus escritos.

No pocos, con infeliz éxito —excepto la Dra. Bernice Udick—, se han ocupado de la bibliografía de Manuel José Othón. En 1916 Genaro Estrada² compiló una; después, en 1923, Alberto Jiménez Rueda³ publica otra; más tarde, en 1934, Arturo Torres Ríoseco y Ralph E. Warner,⁴ por un lado, y Federico de Onís,⁵ por otro, dieron a luz dos bibliografías más; aprovechando el material reunido por el primero y los últimos, y agregando de su “propia cosecha algunos títulos no registrados por los otros compiladores”, Manuel Pedro González,⁶ en 1935, formó un “Apéndice bibliográfico” para su estudio sobre Othón, dividido en tres secciones, lo impreso, lo inédito y los estudios, pero dejó bastante afuera, de aquello y de esto; más tarde, en 1943, Manuel Calvillo⁷ nuevamente hizo una lista de “Obras de Manuel José Othón”, sin distinguir entre inédito y publicado, errónea en la poesía —tres títulos nada más— y confusa e incompleta en “teatro” —ocho títulos— y “cuentos y novelas cortas” —dieciocho títulos— calificando el último grupo de “muchos meros relatos”. Pasamos por alto las notas bibliográficas

² Estrada, G. *Poetas nuevos de México, antología con noticias biográficas, críticas y bibliográficas*. México, 1916, p. 213.

³ Jiménez Rueda, A. “Una bibliografía de Manuel José Othón” En *El Libro y el Pueblo*. México, XI, 6, junio de 1923.

⁴ Ríoseco, A., y Warner, R.E. *Bibliografía de la poesía mexicana*. Cambridge, Mass. Harvard University Press, 1934, p. 64.

⁵ Onís, F. de. *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)*. Madrid, 1934.

⁶ González, M.P. *Estudios sobre literaturas hispanoamericanas; glosas y semblanzas*. México, 1951. Algunas influencias perceptibles en la obra de Manuel José Othón, p. 15-69, “Apéndice bibliográfico” p. 70-75. Tal estudio ya había sido publicado antes (En *Homenaje a don Domingo Amunátegui Solar*, auspiciado por la Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1935, II, 239-283); ésta es una reimpresión y, aunque para 1951 ya había salido la “Bibliografía” preparada por la Dra. Bernice Udick, no se le hizo al citado “Apéndice” ninguna corrección. Éste fue vuelto a reproducir, también sin ninguna corrección, en *Homenaje a Manuel José Othón*, (Monterrey, N.L.) p. 250-252. Del trabajo de M.P. González tomamos las referencias a G. Estrada, A. Jiménez Rueda, A. Ríoseco y Warner y F. de Onís, cuyos estudios nos fue imposible tener a la mano.

⁷ Manuel José Othón. *Paisaje*. Prólogo y selección de Manuel Calvillo. México, 1944, p. XXXVII-XXXVIII.

de antologías e historias de la literatura, que nada añaden y no hacen sino repetir errores, y la *Bibliografía del Teatro en México*, de Francisco Monterde,⁸ que en lo referente a Othón, además de lo incompleto, incurre en equivocaciones.

La única bibliografía de Manuel José Othón que merece el nombre de tal, es la de la doctora Bernice Udick, fruto de las investigaciones para su tesis —inédita aún— *Manuel José Othón, Nature Poet of Mexico*.⁹ Con cariñoso y tenaz afán ella logró reunir, primero, 208 fichas de Othón y 78 sobre Othón; después, 79 de aquéllas y 29 de éstas. Tiene lagunas, desde luego —no tomó en cuenta lo inédito, pues se ignoraba la suerte de los manuscritos—, como es inevitable y natural en el campo de la bibliografía, donde la obra exhaustiva y final, es casi imposible, y más tratándose de un poeta; pero el valioso trabajo de la doctora Udick es completo en lo sustancial.

Jesús Zavala,¹⁰ en su postrera edición de algunas piezas del poeta que andaban dispersas, dio una “Bibliografía de Manuel José Othón”, integrada exclusivamente por volúmenes, en la que —¡también él!— incurrió en errores y omisiones: repite, por ejemplo, la mala referencia de Monterde sobre *Herida en el corazón* y *La sombra del hogar*, y ésta aún con la equivocación de *en él* por *del*, quedando *La sombra en el hogar*, pasa por alto *La flauta de Pan* —editada por él mismo— y prescinde de los estudios sobre Othón.

Por último, Gloria Escamilla¹¹ repite la lista de Calvillo rectificándola en cuanto que pone *Poesías* como debe ser y no *Violetas y leyendas*, y enlista el pobrísimo acervo de obras sobre Othón y de

⁸ Monterde, F. *Bibliografía del teatro en México*. México, 1933, p. 253-255.

⁹ Udick, B. “Bibliografía de Manuel José Othón (1858-1906)”. En *Revista Iberoamericana*, México, XI, 22 (31 octubre 1946) p. 351-378; “Adiciones a la Bibliografía de Manuel José Othón”. En *Abside*, México, XV, 2 (abril-junio 1951) p. 279-294.

¹⁰ Manuel José Othón. *Poesía, teatro, prosa, epistolario*. Edición, prólogo y notas de Jesús Zavala. Las Letras Patrias, México, 3 (julio-septiembre de 1954) p. 101.

¹¹ Escamilla, G. “Manuel José Othón. 1858-1858”. *Boletín de la Biblioteca Nacional*. México, IX, 2 (abril-junio 1958) 6.

Othón que hay en la Biblioteca Nacional de México.

Si para las obras del poeta que han sido publicadas y para los estudios sobre el mismo, tenemos la bibliografía casi completa —cuando menos hasta 1951—, no sucede así con lo inédito; quienes enlistaron esto, lo hicieron mal, basados en una que otra referencia. Con el fin de ayudar a resolver el problema, compilamos la presente bibliografía, *exclusivamente* de los escritos de Othón —proyectados o realizados, concluidos o inconclusos (es difícil, por ahora, distinguir entre todos éstos), publicados o inéditos— en los que registramos todos los títulos que pudimos reunir a través del estudio de las cartas, papeles y manuscritos del poeta y de las notas periodísticas.¹² Posiblemente algunos de los trabajos registrados no pasaron de ser un mero proyecto; pero otros, quizá, sí fueron escritos y, o se encuentran en las páginas de alguna publicación o en las manos de algunas personas, y tal vez aparezcan un día. Por razón de las circunstancias, consideramos en esta bibliografía como inédito todo aquello —proyectado, inconcluso, perdido— que no nos consta que esté publicado.

Dividimos este capítulo según el género de su contenido: dentro de cada grupo distinguimos lo inédito de lo impreso. Quizá

¹² A propósito de los manuscritos de Othón, creemos oportuno rectificar la versión de Jesús Zavala (*Cfr. Manuel José Othón, el hombre y el poeta*, México, 1952, p. 283-286). La Srita. Isabel Staines jamás afirmó que hubiera incinerado los "manuscritos y obras inéditas del poeta"; ciertamente, de acuerdo con la voluntad de la viuda, quemó un legajo de Manuel José, nada más. Y si es verdad que un pariente de Othón radicado en los Estados Unidos de Norteamérica le insinuo la conveniencia —desde el punto de vista económico— de que allá vendieran los manuscritos, no lo es que la Srita. estuviera dispuesta a hacerlo: ella, desde un principio, determinó que se quedaran en San Luis. Al morir la viuda del poeta (17 de agosto de 1949), por invitación de la citada señorita, formamos un inventario provisional de los papeles y manuscritos de Othón con el objeto de que la Universidad Autónoma de San Luis Potosí los adquiriera, lo cual logramos después de varias gestiones. Este inventario fue publicado abusivamente por un diario local, y de allí lo tomó Zavala para el citado libro. El inventario exacto puede verse en nuestro *Catálogo de los manuscritos de la Biblioteca Pública de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí*, San Luis Potosí, 1958, p. 52-59.

Tanto el Sr. Dr. D. Augusto Díaz Infante —bajo cuyo rectorado se adquirieron los manuscritos de Manuel José Othón— como el Sr. Dr. D. Manuel Nava Martínez —a quien tocó celebrar el centenario del nacimiento del poeta— pusieron especial empeño en el estudio de dichos manuscritos y en la edición de las *Obras Completas* de Manuel José Othón por parte de la UASLP. La incompreensión de algunas personas, una de ellas el depuesto gobernador Manuel Álvarez, y el fallecimiento del llorado Dr. Nava Martínez estorbó eficazmente la noble empresa.

—repetimos— algunas piezas que consideramos inéditas o perdidas, no fueron escritas, pero las incluimos porque Othón hizo referencia de ellas, y no consta positivamente si las escribió o no. De las impresas, damos su descripción bibliográfica si aparecieron en volumen; si no, indicamos las páginas donde se encuentran o en las *Obras Completas* editadas por Zavala o en la publicación respectiva; en cuanto a las inéditas, si algo se conserva, damos la referencia, si no, nada más citamos el título y, en algunos casos, las páginas que tuvo o iba a tener, según él lo apuntó. En todos los títulos seguimos el orden alfabético, y en los que nos fue posible anotamos el año de redacción o de publicación. Finalmente, como lo que nos interesa es saber qué y cuánto escribió Othón —tal es el objeto de este Apéndice Bibliográfico— y no lo que de él o sobre él se ha publicado y republicado, prescindimos de las impresiones aisladas de todos sus poemas en revistas y periódicos, ya que la mayor parte de ellos están reunidos en las *Obras Completas* y, además, todo lo que se ha encontrado hasta la fecha pronto lo dará a conocer el doctor Peñalosa. De los poemas, sólo atendemos a aquéllos que aparecieron en volumen. Los poemas de Othón suman —hasta ahora— doscientos siete, en total, de los cuales sesenta y siete no figuran en las *Obras Completas* y veinticuatro son inéditos. La poesía “Del obispo Caramuel, citado por el P. Tosca”, no es del potosino, aunque se conserva copiada por su propia mano, pero imitando la grafía antigua; así mismo, advertimos también que el soneto *Pulcherrima dea* —de *Poemas rústicos*— es el mismo que apareció en *Poesías* y que Zavala repitió en “La emoción dispersa”, o sea, que aparece tres veces en las *Obras Completas* (pp. 72-73, 236 y 363).

I. COLECCIONES.

A. Impresas.

1. *Cuentos de espantos y novelas rústicas*. (Tlahuapan. Pue.), Premiá Editora, S. A., INBA, SEP, (1984). 81 p., 3 h., ils., 21

cm. La Matraca. Segunda serie 17.

2. *Cuentos Completos* de Manuel José Othón. Recopilación, introducción y comentario de Joaquín Antonio Peñalosa. San Luis Potosí, S.L.P., México, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 1995. 245 p., 22 cm.

La mejor edición, inclusive por el comentario, que se ha impreso de los cuentos de M.J.O..

3. *Epistolario*. Glosas, esquemas, índices y notas de Jesús Zavala. México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1946. XXXI, 123, (2) p., 24 cm. 1 grabado.

Colección de 43 cartas, la mayoría a Juan B. Delgado, de 1891 a 1906.

4. *Obras de Manuel José Othón*. México, Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, 1928. 2 vols., 23 cm.

Edición preparada por S. N. (Salvador Novo?). El tomo I contiene: Victoriano Agüeros, Prólogo a la edición de *Poesías*; José López Portillo y Rojas, Elogio de Manuel José Othón; Luis G. Urbina, Manuel José Othón en la ciudad de México y Anécdotas de la intimidad; Jesús Urueta, A Manuel José Othón; Alfonso Reyes, *Los Poemas rústicos* de Manuel José Othón; y las poesías de Othón, divididas en tres secciones —arbitrariamente—: Poesías antiguas, Poemas rústicos, Últimas producciones. El tomo II contiene teatro y prosa.

De esta edición dijo Francisco González Guerrero: "la más infeliz publicación que se haya hecho de poeta mejicano" (*Los libros de los otros*. México, 1947, p. 226), y Manuel Pedro González: "... desdichadísima edición... resulta en extremo sospechosa e insuficiente, pues no sólo está plagada de erratas y disparates que con frecuencia alteran el texto original, sino que dista mucho de ser completa... indeseable". (*Estudios sobre literaturas hispanoamericanas: glosas y semblanzas*. México, 1951, p. 21).

5. *Obras Completas*; poesía, prosa, teatro. Edición preparada por Jesús Zavala. México, Editorial Nueva España, S. A., (1945). 3 h.p., IX-LXXI, 1067, [8] p., 17:5 cm.

Contiene un prólogo de Jesús Zavala, Manuel José Othón su vida y su obra y un apéndice: V. Agüeros, Don Manuel José Othón, prólogo a *Poesías*; L. G. Urbina, Recuerdos de Othón; A. Reyes, *Los Poemas rústicos* de Manuel José Othón.

Acerca de esta edición que, no obstante ser mejor que la anterior, también tiene errores y omisiones, véase: Peñalosa, J. A. "Para las *Obras Completas* de Manuel José Othón", *Ábside* XII, 3 (julio-septiembre 1948) 257-283; y Alcorta Guerrero, R. "En torno a las obras de Othón", *Letras Potosinas* VI, 71-72 (noviembre-diciembre 1948) p. 16.

6. *Poemas y cuentos*. Selección y prólogo de Miguel Bustos Cerecedo. México, 1945. XXVII, 87, [1] p., 19.5 cm. Biblioteca Enciclopédica Popular SEP, n. 39 cm.

Contiene, además del prólogo, 15 poemas, dos cuentos y el artículo de Lorenzo Turrent Rozas, "Manuel José Othón ¿Colono mental?"

7. *Poesía, teatro, prosa, epistolario*. Edición, prólogo y notas de Jesús Zavala. México, 1954. 101, [1] p., 24 cm. Suplemento, con paginación propia, de *Las Letras Patrias*, México, n. 3 (julio-septiembre 1954). Se hizo sobretiro.

Contiene: 20 poemas encontrados después de 1945, La cadena de flores, Páginas íntimas, La espada y el puñal y 7 cartas.

8. *Poesías y cuentos*. Selección, estudio y notas de Antonio Castro Leal. México, Editorial Porrúa, S. A., 1963. 319 p., 19 cm. Colección de Escritores Mexicanos 5.

Cambio de título: en la 1a. ed. era *Poemas rústicos*. "Segunda edición aumentada con algunas poesías y una selección de cuentos", por Antonio Castro Leal.

B. Inéditas.

9. *Epistolario*. Recopilación, transcripción, introducción y notas de Rafael Montejano y Aguiñaga.

Colección de 171 cartas, de 1877 a 1906, a la esposa y a los amigos; incluye el Epistolario de Zavala.

II. POESÍA.

A. Impresas.

10. *Antología*, precedida de un estudio biográfico-crítico. México, Editorial Novaro, (1959). 2 h.p., 7-185, (4) p., 17 cm.
Contiene 67 poemas.
11. *Antología poética*. Prólogo y selección de Jesús Medina Romero. San Luis Potosí, Gobierno Constitucional del Estado, 1978. 65 p., 17 cm. Potosinos Eméritos, 4. 3 h.p., 9-113, [3] p., 20.5 cm.
Contiene 17 poemas.
12. Breve antología lírica. Prólogo y selección de Jesús Zavala. México, Edición de la UASLP. 3 h.p. p. 9-113, [3] p., 20.5 cm.
Contiene 17 poemas.
13. El dios en el precipicio. Poesía Escogida. Prólogo, selección y notas de Evodio Escalante. [México], Universidad Autónoma Metropolitana, [1989]. 255 p., 23 cm.
14. *Elegía*. San Luis Potosí, Colegio Manuel José Othón, 1956. 1 h.p., 5-10 p., 17 cm.
Edición conmemorativa en el Cincuentenario de la muerte del poeta, de la "Elegía a D. Rafael Angel de la Peña".
15. *Elogio de Manuel José Othón*, José López Portillo y Rojas. [México, PRI, 1976]. 108 p., 19.5 cm.
Contiene: "Elogio de M.J.O". y 11 "últimos poemas".
16. *En el desierto; idilio salvaje*. Comentario de Jesús Zavala. México, Imprenta Universitaria, 1952. 25, [1] p., 33 cm., 1 grabado en linóleum de F. Moreno Capdevilla.
17. *Ensayos poéticos inéditos*. Edición y prólogo de Joaquín An-

tonio Peñalosa. San Luis Potosí, Con el perfil de Estilo, 1947. 3 h.p., XVII, 57, [2] p., 24 cm., 1 dibujo.

Primer libro que escribió Othón, entre 1873-1875; contiene 36 poemas; jamás hizo mención de él.

18. *La flauta de Pan*; (Antología mínima). Selección y prólogo de Jesús Zavala. México, B. Costa-Amic, 1945. 40, [2] p.

Contiene 8 poemas.

El título indicado está impreso en la página 7, a continuación del prólogo. El frontispicio es: *Cuadernos de poesía*. Publicación mensual. Editor B. Costa Amic. México, D. F. 2 febrero 1945. Manuel José Othón, selección y prólogo de Jesús Zavala.

19. *Himno de los bosques*. San Luis Potosí, 1893. ? p., ? cm.

Nadie, hasta ahora, había hecho mención de esta ficha, el único dato que tenemos es el que el mismo poeta proporciona a J. B. Delgado: "Viendo que por todas partes perseguía la mala suerte a mi poema, resolví hacer una cortísima edición" (Carta del 2 de mayo de 1894).

—*El himno de los bosques*. Edición de *Capullos*. San Luis Potosí, (Escuela Industrial Militar), 28 de noviembre de 1908. 18 p., 21 cm., 1 retrato.

Título de cubierta, carece de frontispicio la edición.

Torres Rioseco equivocadamente registra una edición potosina de 1918.

Erróneamente los editores antepusieron el artículo al título; lo mismo hicieron G. Estrada, Loera y Chávez, A. Jiménez Rueda, la edición de las *Obras* hecha por la SEP, F. de Onís y otros.

20. *Homenaje a Manuel José Othón*. (Monterrey, N. L., 1958) 1 h.p., 238-255 p., 24.5 cm. *Poesía en el mundo*, n. 11, segunda temporada 1958-1959.

Contiene: Nota de Manuel Pedro González sobre M.J.O.; Sombras para una Soledad, poema de Luis Horacio Durán; *Idilio salvaje*; nota bibliográfica sobre M.J.O. —de M. P. González, tomada de *Estudios sobre literaturas hispanoamericanas*—; nota sobre Joaquín Antonio Peñalosa y el programa del homenaje a M.J.O., 13 de octubre de 1958.

21. *Homenaje a Manuel José Othón en el primer aniversario de su*

nacimiento. (México), Universidad Nacional Autónoma de México, (1958). 8 h.s.n., 24.5 cm.

Contiene: *Himno de los bosques, De un poema y En el desierto.*

22. *La montaña y el rayo.* Antología. Selección y prólogo: Norberto de la Torre. [San Luis Potosí, gobierno del Estado de San Luis Potosí, 1995]. 68 p., 21cm.

Contiene 21 poemas.

23. *Montañas épicas.* Monterrey, N. L., 1899?. ? p., ? cm.

Sobretiro que de ellas hizo *La Voz de Nuevo León*. (Carta a J. B. Delgado, 6 marzo 1899).

24. *Noche rústica de Walpurgis.* Obsequio de la Revista Moderna de México en la Velada celebrada en honor del poeta en el Teatro Renacimiento. México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1907. 27 p., 23 cm., 1 retrato.

Torres Rioseco registra mal el título al escribir *Noche triste de las Walpurgis*, lo mismo G. Estrada, quien pone *Noche rústica de la Walpurgis*.

25. *Nuevas poesías.* San Luis Potosí, Tip. de B. E. García, 3a. del 5 de Mayo, No. 11, 1883. 102 p., 18 cm.

Contiene 14 poemas.

Zavala insistió en que la edición fue incinerada al no poder pagar M.J.O. la impresión, pero la verdad es que se hicieron muy pocos ejemplares. Calvillo, González y demás críticos y bibliógrafos, no lo citan; los que lo han citado, lo registran mal, con el título de *Últimas poesías*.

26. *Paisaje.* Prólogo y selección de Manuel Calvillo. México, Imprenta Universitaria, 1943. XXXVIII, p. 169, (6) p., 19.5 cm. Biblioteca del Estudiante Universitario, 50.

Contiene 32 poemas, la mayor parte de *Poemas rústicos*.

27. *Poemas escogidos.* Selección de Agustín Loera y Chávez.

(México, Imp. Victoria, 1917). 78, (2) p., 16.5 cm. Cuadernos "Cultura", tomo II, n. 4, 1 de enero de 1917.

Contiene 17 poemas.

28. *Poemas rústicos* de Manuel José Othón, 1890-1902. Méjico. Aguilar Vera y Comp., Editores, 1902. 4 h.p., IV, p. 13-152, (1) p., 21 cm., 1 dibujo de Ruelas.

Contiene 25 poemas.

Erróneamente Torres Ríoseco registra una edición de 1882.

—*Poemas rústicos*. México, Editorial Porrúa, S. A., 1944. 2 h.p., p. 7-180, (1) p., 19 cm.

Colección de Escritores Mexicanos, n. 5.

Además de *Poemas rústicos* incluye 17 "Últimas poesías".

—*Poemas rústicos*. Presentación de José Joaquín Blanco. (México), Premiá Editora, S. A., (1979) 168 p., 21 cm. 8 Libros del Bicho.

Además de *Poemas rústicos* en edición facsimilar, incluye Apéndice; En el desierto Idilio Salvaje y La Casita, que no es de Othón.

—Segunda edición. 1984.

—Tercera edición. 1985.

—*Poemas rústicos*. Edición, introducción y notas de Joaquín Antonio Peñalosa. (Xalapa, Ver.), Universidad Veracruzana. 1990. 247 p., XVI láms., 23 cm. 3 Clásicos Mexicanos.

29. *Poesías*. San Luis Potosí. Imp. de Dávalos, 1880.

XI, 166 p., 22 cm.

Contiene 41 poemas. El prólogo es de Victoriano Agüeros.

Calvillo erróneamente lo registra con el nombre de *Violetas y Leyendas*. Está dividido en dos partes: *Violetas y Leyendas y poemas*. Zavala invirtió este último rubro en *Obras Completas*.

—*Poesías* (1880). Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa. (Tlahuacán. Pue.) Premiá Editora, S.A., 1986. XI, 166 p., 3 h., 21 cm. 67 Libros del Bicho. Edición facsimilar.

30. *Poesías completas*. Recopilación, prólogo y notas de Joaquín Antonio Peñalosa. México, Editorial Jus, 1974. 513 p., 23 cm.

— Segunda Edición. San Luis Potosí, Comité Organizador "San

Lo que escribió Othón

Luis 400", 1992. 527 p., 21 cm.

Contiene un "Epílogo con diez poesías más".

— *Poesías completas*. Recopilación, prólogo y notas de Joaquín Antonio Peñalosa. San Luis Potosí, Comité Organizador "San Luis 400", 1992. 527 p., 21 cm.

Segunda edición. Contiene un "Epílogo con diez poesías más".

31. *Selección poética*. San Luis Potosí, Museo Othoniano, 1991. 40 p., 21.5 cm.

Selección de Carlos Morán de la Rosa.

B. Inéditas.

32. *Poemas brutales*.

"Por lo que toca a la publicación subsecuente de mis obras, en el forro de los Poemas rústicos, solo se anunciarán las poéticas, de que hablo en el preámbulo, y éstas son: Poemas internos —publicados casi todos—, Poemas del odio —inéditos casi todos— y Poemas brutales —del todo inéditos, pues aun tengo pocos escritos" (Carta a Delgado, 22 de noviembre de 1901).

33. *Poemas del odio*.

34. *Poemas internos*.

Sobre este libro le escribía M.J.O. a Delgado: "Pienso arreglar para diciembre el volumen de *Poemas internos*, pero deseo también imprimirlo en 'La Europea', exactamente igual al presente (*Poemas rústicos*). Ya nos arreglaremos con Aguilar para que se comprometa a hacer la edición en dos o tres meses a lo sumo. ¿Le parece?" (Carta del 4 de octubre de 1902). "Arrégleme con 'La Europea' la edición de los *Poemas internos* que estoy formando ya, y la de *Cuentos y novelas cortas* (Carta del 12 de febrero de 1903). "Vuelvo a rogarle me haga favor de ver a Aguilar Vera para la edición de *Cuentos y novelas cortas* y *Poemas internos*. Quiero una edición enteramente igual a la de *Poemas rústicos* en los dos libros. El primero sacará doscientas cincuenta páginas y el segundo doscientas. De manera que puede hacer el cálculo de lo que me cuesten, en la inteligencia de que haremos ochocientos ejemplares de

cada uno en papel común y doscientos en Laid Antique, Japón y Wathman. Las condiciones de pago serán las mismas y sólo suplico que no vaya a durar la impresión arriba de cuatro meses, pues quiero hacer las dos ediciones al mismo tiempo. Ya tengo muy avanzada la preparación de ambos y si usted me ayuda, en un mes irá buena parte de los originales". (Carta del 12 de marzo de 1903).

III. CUENTOS Y NOVELAS CORTAS.

A. Impresas.

35. "Coro de brujas".

En *Obras Completas*, 563-581. M.J.O. se comprometió a enviarle a Spindola seis cuentos para *El Mundo Ilustrado*; los tres primeros formaban una serie, "los tres restantes están aislados uno de otro". De aquéllos, se perdió uno. "Mejor quisiera —le escribía a Delgado— que se hubieran perdido los otros y no éste, pues como lo copié yo mismo y corregí antes las cuartillas del borrador, casi todas quedaron inservibles y las destruí. Pero si el cuento no aparece, tendré que escribirlo, y no el mismo, sino otro, pues tocó la maldita casualidad de que yo, que jamás me da por el humorismo, estaba en circunstancias tales que naturalmente me brotó el cuento en un estilo fácil y humorista. Tendría, para repetirlo, que ponerme en el mismo estado de ánimo, lo cual es casi imposible. Así es que para completar la serie, si el perdido no aparece, escribiré otro completamente distinto". M.J.O. publicó tres cuentos en *El Mundo Ilustrado*: "Coro de brujas", "Encuentro pavoroso" y "El nahual"; faltaron tres de los seis prometidos. Como no dio el nombre de todos ellos y parece que no recuperó el perdido, uno de los anteriores sirvió para reponer éste. (Cfr. Cartas del 30 de julio, 17 de agosto 1902 y 12 de febrero de 1903).

36. "Encuentro pavoroso". 1902.

En *Obras Completas*, p. 549-561.

37. "El exclaustado". 1891.

En *Obras Completas*, p. 43-445.

38. "El montero Espinosa".

En *Obras Completas*, p. 493-513.

Lo que escribió Othón

39. "El nahual".

En *Obras Completas*, p. 583-601.

40. "La Noche Buena del labriego; boceto real".

En *El Universal*, México, 6 de enero de 1895; reproducido en *Ábside*, XXII, 2 (abril-junio 1958) p. 143-147.

41. "El Padre Alegría". 1879(?)

En *Letras Potosinas*, XVI, 127 (enero-marzo 1958) p. 24-27. Trunco.

42. "El pastor Corydón". 1895.

En *Obras Completas*, p. 515-548.

43. "El último trovador; en la muerte de Zorrilla". 1890.

En *Obras Completas*, p. 483-491.

44. "Un nocturno de Chopin". 1891.

En *Obras Completas*, p. 447-481.

45. "Una fiesta casera". 1890.

En *Obras Completas*, p. 603-616.

B. Inéditas.

I. en volumen.

46. *Cuentos y novelas cortas*. 1902.

A 4 de octubre de 1902, le escribía M.J.O. a Delgado: "Proponga a Bouret la impresión de un tomo de *Cuentos y novelas cortas*. Será de trescientas o cuatrocientas páginas y contendrá lo siguiente: El Exclaustrado, Un nocturno de Chopin, El montero Espinosa, El pastor Corydón, Encuentro pavoroso, Coro de brujas, El nahual, Tiempos idos —primera y segunda partes—, Cuatro ánimas por un perro. Y dos novelitas más que escribiré luego, pues son las que le tengo que enviar a Spindola. Si consigue usted y arregla que Bouret haga este negocio, propóngale lo que crea conveniente. Yo me conformo con lo que usted haga. Sola-

mente exijo que la edición sea buena, limpia y correcta. Para que no haya que corregir pruebas, irá el original escrito con máquina o impreso". Véase, además, la nota del número 34.

47. *Selvas y montañas*. 1890.

El Estandarte (a. VI, n. 29, 20 de mayo de 1890), al publicar anónimo el relato de M.J.O. "Sobre la Sierra. Las Mesas de Celedón", ponía esta nota: "De un libro inédito del autor, intitulado: *Selvas y Montañas*". En nuestros próximos números literarios seguiremos publicando otros artículos de la misma colección". Nada más apareció "Una fiesta casera".

48. *Tradiciones, cuentos en prosa*. 1879.

El índice de este libro se encuentra en *Cantos de la Montaña*.

49. *Página de prosa*. Artículos, narraciones, novelas, discursos. (1896?)

El índice en la Biblioteca Pública de la UASLP, Ms. 801.1., p. 54-55.

50. *Vida montaraz*. 1905.

"... espero aliviarme y entonces será otra cosa, pues tengo muchos asuntos, notas y apuntes pendientes, que sólo esperan que este mi ánimo tranquilo y dispuesto. Por ahora solamente puedo ocuparme en preparar la publicación de un libro de cuentos y novelitas que se llamará *Vida montaraz*, pero todos son viejos". (Carta a Delgado, 6 de marzo de 1905).

II. trabajos sueltos.

51. "La azucena tronchada (leyenda)".

52. "La campana de los muertos".

53. "La capilla de la Virgen".

54. "La casa espectral".

Lo que escribió Othón

55. "La casa honda".

56. "El columpio del diablo".

57. "Cuatro ánimas por un perro". 1902.

"... me ocupo en otro actualmente... creo que éste que trabajo ahora está bueno, pues es un estudio bien meditado y observado. Ya lo verá. Se llama "Cuatro ánimas por un perro". (Carta a Delgado, 30 de julio de 1902).

58. "Cuento". 1902.

Es el cuento enviado a *El Mundo Ilustrado* y que se perdió, como se explica en la nota correspondiente al n. 25.

59. "La cuesta del alcalde".

60. "Fray Lorenzo el sacrílego".

61. La gleba.

De esta novela solo se conservan apuntes, Biblioteca Pública de la UASLP. Ms. 801.1, V, 25-27, p. 29-30.

El Estandarte, 27 de marzo de 1897, informaba que M.J.O. preparaba la publicación de su novela *La gleba*; el 18 de agosto siguiente añadía que la iba a publicar *El Mundo*. Años después el poeta le escribía a Delgado: "La gleba necesita concluirse —falta poco— y una reforma capital". (Carta del 22 de noviembre de 1901).

62. "Horrenda noche".

63. "Juan del Jarro (novela)".

Juan del Jarro fue un célebre y pintoresco pordiosero potosino, sobre cuyas virtudes y pronósticos se escribió bastante, fallecido en esta ciudad, en noviembre de 1859. Su nombre era Juan de Dios Azios.

64. "Juana Maltos".

La Maltos (¿Ana Maltos?), vivió en la ciudad de San Luis Potosí a fines del siglo XVIII, en la cuarta cuadra de la actual calle de Carranza.

Por ella el pueblo le dio tal nombre a esta calle y la introdujo en las leyendas potosinas.

65. "La Malinche".

Fragmentos en la Biblioteca Pública de la UASLP. MS. 801.1, V, p. 7-11; XIII, 1.

66. "Las mariposas".

67. "El ojo que vio Caín".

68. "La orgía de la muerte".

69. "La quinta de San Lionel"

70. "La serrana".

71. "Sin Dios ni Santa María"

72. "Tiempos idos".

Véase Núm. 46.

73. "Las tres novias del niño".

En los apuntes de M.J.O. figura también el siguiente título "Los tres amores". Creemos que se trata del mismo cuento, pues en el índice de *Cuentos y novelas cortas*, donde está incluido "Las tres novias del niño", al final advirtió que: "De éstos me falta escribir cuatro cuentos. A algunos de los apuntados les he variado nombre". (Carta del 12 de marzo de 1903).

74. "Umbra".

75. "La venganza de los muertos".

76. *La Vida Montaraz*. 1903.

M.J.O., acerca de este cuento, le escribía a Delgado: "En estos días

que estaré aquí (Hacienda de Noé), voy a escribir el cuento que se perdió —se lo juro bajo mi palabra—, así como los otros. Enviaré por conducto de usted, inmediatamente, ese maldito cuento y, en seguida, uno que se me ha ocurrido y que saldrá muy bonito por el asunto y por la intensidad de él, pues lo he vivido. Se llamará *Vida montaráz* (Carta del 4 de diciembre de 1902). “... en cuanto a *Vida montaráz*, no lo acabo aún, pero creo poder terminarlo a fines del mes. Crea usted que está saliendo de lo muy fino —fuera modestia—, es un trozo de autobiografía y está dedicado a usted”. (Carta del 12 de febrero de 1903). “En cuanto a *Vida montaráz*, sigo trabajando en él, aunque poco a poco, pues es largo —ocupará cincuenta o sesenta hojas como las del presente— y, además, va en un estilo cuidado y pulido. Pero usted no se ha formado idea de lo que es. Le dije que era un trozo autobiográfico y así es; mas no se trata de una autobiografía completa. Buscando entre mis papeles, me encontré algunas de mis carteras viejas de apuntes y notas y, entre ellas, estaban los referentes a una temporada larga que pasé yo solo en la Sierra de Corona, entre Celedón y Miquihuana, en el Estado de Tamaulipas, hace ya bastantes años. Vivi allí completamente solo noventa y tres días, como una especie de Robinsón. Las impresiones de entonces y la descripción de aquella vida es lo que constituye el trabajo que estoy haciendo. Está en forma de diario y adornado, naturalmente, con episodios imaginados algunos y otros ciertos, para quitarle la monotonía que, de otra manera, sería insoportable. Así es que háblele a Spindola de ese trabajo, pues de publicarse en *El Mundo*, sacará lo menos tres o cuatro hojas”. (Carta del 12 de marzo de 1903). Dos años después añadía: “Mi escribiente se ocupa en copiar *Vida montaráz*, y ya le he dicho que es bastante larga. Así es que tardará un poco.” (Carta del 8 de marzo de 1905). Sin embargo, dos días antes le escribía a Rafael Delgado diciéndole de una colección de “cuentos y novelitas” que llevaría este título (Véase núm. 49). Poco tiempo después M.J.O. regresó a San Luis Potosí.

77. Una novela sin título.

IV. TEATRO.

A. Impresas.

78. “A las puertas de la vida”. Monólogo. 1904.

En *Obras Completas*, p. 991-1009.

79. *La cadena de flores*; comedia en un acto, original y en verso, por Manuel José Othón. 1878.

En *Poesía, teatro, prosa, epistolario*, p. 51-86.

Esta obra fue escrita y representada en 1878. El manuscrito de Zavala —“copia clara y cuidadosa del original primitivo”— consta de 21 hojas, mide 22 por 16.5 cm. y dice en la carátula: “La cadena de flores. Comedia en un acto, original y en verso por Manuel José Othón. San Luis Potosí, 1879”. (Zavala. Manuel José Othón, el hombre y el poeta, p. 26-27). Monterde, sin indicar de dónde tomó el dato, da esta otra descripción: *La Cadena de Flores. Comedia en un acto. (Verso). San Luis Potosí. S.p.i. 1879.— 42 p., 22 cm. Ms. La escena en Madrid*. (Monterde. *Bibliografía del teatro en México*, p. 253). Luis Leal, en el “Apéndice bibliográfico” de la *Antología de la literatura mexicana. Introducción, selección y crítica de Carlos del Castillo* (Chicago, 1949, p. 417) repite la descripción de Monterde, pero sin la indicación de “Ms”, lo que obliga a suponer que fue publicada, ya que —como Monterde— pone “s.p.i”.

80. *Después de la muerte*; drama en tres actos, original y en verso, por Manuel José Othón. Estrenado en el Teatro Alarcón de San Luis Potosí, el 30 de diciembre de 1883. San Luis Potosí, Imp. de Dávalos, 1884. 86 p., 21 cm. En *Obras Completas*, p. 701-814.

—*Después de la muerte*; drama en tres actos, original y en verso, por Manuel José Othón. Estrenado en San Luis Potosí en el Teatro Alarcón el 30 de diciembre de 1883 y en México en el Teatro Principal, con extraordinario éxito la noche del 31 de mayo de 1885. Segunda Edición. México, Tip. de Mena y Vilaseca, 1880. 92 p., 15.5 cm.

—*Después de la muerte*; drama en tres actos, original y en verso, por Manuel José Othón. Edición del Diario del Hogar, Tip. Literaria de Filomeno Mata, México, 1886. 100 p., 15 cm.

81. *Lo que hay detrás de la dicha*; drama en tres actos, original y en prosa, por Manuel José Othón. Estrenado en el Teatro Alarcón de San Luis Potosí la noche del 14 de octubre de 1886. San Luis Potosí, Imp. de Dávalos, 1886. 2 h.p., 8-68 p., 21 cm. En *Obras Completas*, p. 815-919.

G. Estrada y A. Jiménez Rueda, lo dan erróneamente como en verso.

82. *El último capítulo*; pieza original de Manuel José Othón. Estrenada en el gran Teatro de la Paz de San Luis Potosí, el 9 de octubre de 1905, en el festival con que se celebró el tercer centenario del Quijote. San Luis Potosí, Talleres de Imprenta y Encuadernación de J. Kaiser, 1906. 36 p., 21 cm.

Este drama originalmente era en dos actos, pero "como el muchacho encargado del Cervantes no se podía morir debidamente en escena", M.J.O. se vio obligado a refundirlo en uno. En *Obras Completas*, 921-971.

83. *Viniendo de picos pardos*. (San Luis Potosí, Imp. de Antonio Cabrera, 1891). ? p., ? cm.

El Estandarte, del 21 de septiembre de 1897, trae la noticia de que Antonio Cabrera acababa de publicar esta pieza en su colección de ediciones

En *Obras Completas*, p. 973-990.

B. Inéditas.

84. "Con el alma y con la espada". En tres actos. 1878.

Concluida, no se llevó a escena.

85. "Francesca de Rimini". Drama en cuatro actos.

86. "La gente decente". Comedia en tres actos.

87. "Herida en el corazón". En tres actos, en verso. 1877.

Primer obra dramática de Othón, estrenada el 14 de octubre de 1877. Monterde trae la siguiente descripción, que si es exacta en cuanto a que registra los títulos, provoca confusión en cuanto que hace suponer que fueron editadas: "Herida en el Corazón y La Sombra en el Hogar. Obras dramáticas. (En: *El Tiempo Ilustrado*. Año VII, Número 39. México, 29 de septiembre de 1907. p. 652). Dato de José López Portillo y Rojas". *Bibliografía del teatro en México*, p. 254). El dato consiste en la mención que López Portillo y Rojas hizo de estas obras en su "Elogio

de Manuel José Othón”, del cual publicó *El Mundo Ilustrado* un fragmento. La Dra. Udick repite la descripción de Monterde, rectificando el título de la segunda pieza; lo mismo hace Zavala sin corregir el error pues pone *La sombra en el hogar* (*Poesía, teatro, prosa, epistolario*, p. 101).

88. “Macbeth. Tragedia en cuatro actos y en verso”. 1901.

“... un arreglo para la escena de ‘Macbeth’, en verso, del que tengo muchas escenas”. (Carta del 22 de noviembre de 1901). Los fragmentos que se conservan de esta obra los ha incluido el doctor Peñalosa en la “poesía dispersa” del volumen en prensa.

89. “El maestro Zacarías; drama lírico en tres actos”.

Se conserva el acto I y parte del II, Biblioteca Pública de la UASLP. Ms. 801. I, II, p. 15-21; XII, p. 1-5.

90. “Sendas de amor. En un acto”. 1878.

Concluida, no se llevó a escena. Véase número siguiente.

91. “La sombra del hogar. Drama en tres actos”. 1878.

Estrenada el 11 de mayo de 1878. Perdida. En carta del 7 de enero de 1878, le escribía M.J.O. a la novia: “Me he distraído algo escribiendo, no versos, pues no he hecho más que los que te he mandado, sino piezas dramáticas. He concluido una en un acto titulada *Sendas de Amor* y un drama en tres llamado *Con el alma y con la espada*. Actualmente estoy escribiendo una comedia en tres actos que se llama *La sombra del hogar*”. Véase la nota del número 84.

92. “El último idilio”. Comedia en un acto.

93. “Una novela de Tirso”. Comedia lírica en cuatro poemas.

94. “Victoriosa”. Drama en cuatro actos.

El 1 de junio de 1892 M.J.O. le escribía a la esposa: “Empecé a escribir un drama ‘Victoriosa’, pero ya no le sigo, porque las compañías están infames y todos me aconsejan que no se los dé; hoy, con la situación nueva literaria mía, me he resuelto a no darlo y lo interrumpo”. Diez años después le escribía a Delgado: “... y por lo que toca a las dramáticas, no tengo publicados más que dos dramas y un monólogo, pues las demás, varias que tengo, ni concluidas están. En esto precisamente

me ocupo ahora que tengo algún tiempo libre y reposo necesario. Ya he rehecho un acto de 'Victoriosa' y me faltan tres que espero terminar en enero próximo... Tengo además, trazado uno y en proyecto otro. Los demás empezados, ya no los acabaré nunca, con excepción de un arreglo para la escena de Macbeth". (Carta del 22 de noviembre de 1901). Alfonso Toro, en un artículo digno de poquisima fe, escribió: "Entre sus papeles (de M.J.O.) debe encontrarse un drama simbolista (?), titulado 'Victoriosa', del que me leyó algunas escenas muy hermosas". El mismo escritor, en el mismo artículo, habla de otra pieza teatral, "una modernización del viejo asunto del Tenorio, en que, conservando los nombres de los personajes de Zorrilla, trasladaba la acción a nuestros tiempos. Don Juan era un millonario crapuloso a la alta escuela, que seducía a doña Inés, doncella educada en aristocrático colegio. Esta, una vez lanzada en la vida, se convertía en una 'cocotte' de moda, que viendo perdida y amargada su existencia, acababa por odiar a don Juan, de quien huía. En el último acto del drama, éste, enfermo de parálisis general, a consecuencia de sus desórdenes, desengañado de todo, sólo recuerda con placer el amor de doña Inés, a quien ahora ama profundamente y desea volver a ver. En busca de alivio a su enfermedad, va a un balneario y allí encuentra a su antigua víctima; pero doña Inés ahora impúdica cortesana, cuando el inválido se arrastra a sus pies pidiéndole un poco de amor, sólo tiene para él la burla y el desprecio. Entonces don Juan, desesperado, muere a consecuencia de un ataque cerebral". ("En Memoria de Manuel José Othón", *Revista de Revistas*, XIII, 655, 26 de noviembre de 1922, p. 12-13). Acerca de este truculento drama, no tenemos más dato que el presentado por Toro. Mas, como el citado escritor en dicho artículo dice más mentiras que verdades, mientras no aparezca otra noticia que compruebe su aserto, y como, además, nos parece que la trama y el desarrollo no están de acuerdo con el pensamiento de Othón —que en esa época, como lo declaró en *Poemas rústicos* y en cartas a Delgado— buscaba la originalidad, rechazamos la versión de Toro. Por lo demás, según dice éste, no era más que un proyecto, y no hay más constancias.

V. CRÍTICA.

A. Impresas.

95. "Ecos del teatro"

En *La Unión Democrática*, San Luis Potosí, 14 de junio de 1878; reproducida en *Estilo*, 32 (octubre-diciembre 1954) p. 186-188.

96. "El postillón de la Rioja" y "El Juicio Final"

En *La Unión Democrática*, 30 de abril de 1879; reproducida en *Estilo*, 40 (octubre-diciembre 1956) p. 219-221.

97. "Sor Teresa".

En *La Unión Democrática*, 1 de mayo de 1878; reproducida en *Estilo*, 32 (octubre-diciembre 1954) p. 185-186.

98. "Este libro".

En *Obras Completas*, p. 685-690.

Prólogo a la colección de cuentos de Alberto Sustaita (P. K. Dor), San Luis Potosí, 1892.

B. Inéditas.

99. "El mayor monstruo, los celos"

Critica de esta pieza. Biblioteca Pública de la UASLP, MS 801.1, V, p. 17-19.

100. "Prólogo"

El Estandarte del 18 de julio de 1886 anunció la publicación de *Cuentos de la montaña*, de F. de A. Castro, con un prólogo de Manuel José Othón y Jacobo C. Dávalos.

101. "Prólogo".

En carta a Delgado, del 8 de agosto de 1904, M.J.O. le escribía: "Acepto con el mejor placer escribir al frente de su libro, no precisamente un prólogo, sino lo que salga. Y vea usted qué casualidad. Desde hace tiempo pensaba yo en decir a usted que si publicaba uno de los títulos que tiene en preparación, yo escribiría —si usted me dejaba— algo sobre usted y sobre lo que pienso de la poesía lírica moderna".

VI. DISCURSOS.

A. Impresos.

102. "Discurso pronunciado por el Lic. Manuel José Othón en la

Lo que escribió Othón

distribución de premios a los alumnos del Instituto del Estado, la noche del 30 de noviembre último". (1890).

En *El Estandarte*, 5 de diciembre de 1890, reproducido en *Estilo*, 40 (octubre-diciembre 1956) p. 222-226.

B. Inéditos.

103. "Alocución en la velada fúnebre a la memoria del diputado coronel don Mariano Moctezuma". 27 de junio de 1896.

104. "5 de Mayo". Discurso.

Biblioteca Pública de la UASLP. Ms. 801.1, XIII, p. 74-85.

105. "Discurso el 15 de septiembre de 1890"

106. "Discurso en los mercados". 6 p.

Título dado por M.J.O.. En la noche del 6 de noviembre de 1891 se inauguró el "Mercado Porfirio Díaz", durante el *lunch* M.J.O. pronunció un discurso. Creemos que se trata del mismo.

107. "Discurso" (sobre la necesidad de la instrucción religiosa en las escuelas). Biblioteca Pública de la UASLP. Ms. 801.1, XIII, p. 65-72.

108. "Discurso en la inauguración del Palacio Municipal de Cd. Lerdo, Dgo., 17 de junio de 1905".

J. S. Valdés informa que el original manuscrito está en poder del Sr. A. Illarramendi ("A propósito de Manuel José Othón". En *El Heraldo*, San Luis Potosí, 26 de junio de 1958).

VII. PROSA VARIA.

A. Impresas.

109. "Días de otoño".

En *Obras Completas*, p. 653-660.

110. "En la gruta de Canoas".

En *Obras Completas*, p. 645-651.

111. "La espada y el puñal".

Publicado en varios periódicos, lo recogió Zavala en *Poesía, teatro, prosa, epistolario* (p. 90-91) transcribiendo la versión incompleta de *El Estandarte* (a. XXI, n. 4310, 9 mayo 1905).

112. "Hostia".

En *Obras Completas*, p. 691-693.

113. "El Padre Pagaza".

En *Obras Completas*, p. 675-679.

114. "Páginas íntimas". 1879(?)

Lo descubrió el Dr. Peñalosa en *Cantos de la montaña* y lo dio a conocer en *Abside*, XII, 3 (julio-septiembre 1948); lo produjo Zavala en *Poesía, teatro, prosa, epistolario*, p. 89.

115. "El Puente de Dios".

En *Obras Completas*, p. 629-644.

116. "Recuerdos del General Martínez". 1891.

En *Obras Completas*, p. 665-674.

117. "Reseña de la Hacienda de Noé".

El 23 de mayo de 1906, desde Aguascalientes, M.J.O. le escribía a la esposa: "estaba muy ocupado escribiendo la reseña de la Hacienda de Noé para el libro de Emilia E. García, que ya me tenía frito, se me puso de plazo hasta el 18; pero el 19 lo mandé por express y ya lo recibieron". No hemos podido comprobar si se publicó.

118. "Rosalinda"

En *Obras Completas*, p. 695.

119. "Soberbia humana".

Lo que escribió Othon

En *Obras Completas*, p. 697.

120. "Sobre la Sierra. El Cementerio Campestre.— La Cuesta de Gallitos". 1890.

En *Obras Completas*, p. 619-628.

El título correcto es el que damos nosotros. Zavala, siguiendo al compilador de las obras (edición de la Secretaría de Educación Pública), también eliminó el subtítulo poniéndolo como encabezado del párrafo. Originalmente apareció en *El Estandarte*, a. VI, n. 55, 22 de junio de 1890.

121. "Sobre la Sierra. Las Mesas de Celedón". 1890.

Lo descubrimos en *El Estandarte* (a. VI, n. 29, 20 de mayo de 1890), donde, como el anterior, apareció sin firma, y lo reproducimos en *Estilo*, n. 58, abril-junio 1961, p. 65-74. Véase número 39.

122. "Telón de boca". 1892.

En *Obras Completas*, p. 681-684.

123. "El tercer centenario del Quijote". 1905.

En *El Estandarte* a. XXI, n. 4338, 11 de junio de 1905; reproducido en *Letras Potosinas*, XII, 114, octubre-diciembre 1954, pp. 5-7.

124. "27 de abril".

En *Obras Completas*, p. 661-664.

B. Inéditas,

I. en volumen.

125. *Páginas de prosa*, artículos, narraciones, novelas y discursos. 1896?

Colección de veinte trabajos en prosa y un prólogo; calculaba M.J.O. que el libro tendría 350 páginas, posiblemente manuscritas.

II. trabajos sueltos.

126. "Arco de teatro".

127. "Artículo sobre José García Rodríguez". 1898.

128. "Artículo sobre Juan B. Delgado".

En carta del 2 de diciembre de 1898, le escribía M.J.O. a éste: "Tengo trazado un artículo sobre Pepe (García Rodríguez), que publicaré pronto... En ese artículo hablo de usted —cuando lo conocí— y de otros jóvenes que están o han estado en igualdad de circunstancias, tales como Carrillo Barreto, de Victoria, Tamaulipas, que también vale mucho, y algún otro. Creo que su publicación, como la del artículo que escribiré sobre usted y su poema, va a hacer que los decadentistas y modernistas pongan el grito en el cielo, y a mi, como no digan dueñas, pero nada me importa, pues la verdad siempre se ha de decir y a todo el mundo".

129. "Brisas de primavera". 10 p.

130. "Crítica contra el naturalismo en literatura".

Biblioteca Pública de la UASLP. Ms. 801.1, V, p. 20-21. Al final: "Estos apuntamientos se deben extender cuando haya oportunidad. Lamartine, Dumas, etc., fastidiosos, necios, ridículos".

131. "Cuando se ha llegado"

Biblioteca Pública de la UASLP, Ms. 801.1, II, p. 50. Fragmento.

132. "Pálida como tú".

Ib. II, 50. Título tomado de las palabras iniciales.

133. "Pensamiento".

Ib. V, 42.

134. "Por las montañas". 10 p.

135. "Ráfagas de invierno". 10 p.

136. "Tarde primaveral".

Ib. V, 37-41. Fragmento de la traducción en prosa del poema del Pbro. Modesto Santa Cruz. M.J.O. lo tradujo primero del latín y luego lo puso en verso.

VIII. JURISPRUDENCIA.

A. Impresas

137. De la hipoteca y el registro: sobre las acciones mineras. Legislación antigua. [Tesis para el examen profesional. 1881]

En *Fichas de Bibliografía Potosina*, a. VII, n. 3, julio-septiembre, 1965, p. 78-90. Con una introducción de Rafael Montejano y Aguiñaga.

138. ¿El Registro Público de la Propiedad presta garantías? San Luis Potosí, agosto 3 de 1882.

Hoja suelta.

139. Ley sobre conversión de los ejidos o terrenos comunes en propiedad privada.

En *El Estandarte* (18 de octubre de 1890) se publicó esta ley, decretada por el gobernador Carlos Díez Gutiérrez el 27 de septiembre de 1890. Fue redactada por los abogados Emilio Ordaz y Manuel José Othón.

140. Sentencia [del Juez de la Instancia del Partido de Santa María del Río, S.L.P., en contra del Sr. Antonio B. López, dueño de la Hacienda de Badillo, sobre la injustificación con que este señor violó las servidumbres que la dicha Hacienda reporta en favor del culto católico que se rinde a la virgen de Guadalupe en la Capilla de las Torrecitas, situada en terrenos de la misma finca].

En *El Estandarte*, a. XI, n. 1466, 20 de julio de 1895.

141. Apuntes que para alegar de buena prueba ante el señor Juez 3o. de Letras del Partido de Mapimí, produce don Jesús Revilla patrocinado por el Lic. Manuel J. Othón y representante jurídico de la Compañía Minera "Siderita" y Anexas, S. A. de San Luis Potosí, en el interdicto de despojo promovido contra la Compañía Minera y Fundidora "Descubridora".

En *El Estandarte*, a. XVI, n. 2795, 13 de febrero de 1900.

—Torreón, Coahuila, Tipografía Dramática de Alberto Swain,
1900. 31 p., 20.5 cm.

B. Inéditas.

142. *Memoria sobre la cuestión del Nazas*. 1902.

Alude a ella en carta a Esther, 27 de octubre de 1902.

POST SCRIPTUM

Con fría indiferencia, el Gobierno del Estado de San Luis Potosí —entonces en manos del C. Manuel Álvarez, el mismo que se negó terminantemente a cooperar con el Dr. D. Manuel Nava, Rector de la Universidad, para la edición de las *Obras de Othón*— dejó pasar, no obstante las gestiones de quienes nos interesamos en la digna y justa conmemoración, el Cincuentenario de la muerte y el Centenario del nacimiento del gran poeta potosino. En contraste con los entusiastas homenajes organizados por los grupos e instituciones culturales, estuvieron los que hizo el Gobierno del Estado. El certamen nacional fue un rotundo fracaso. Participaron en él varios prestigiados críticos —uno de ellos el Dr. Joaquín Antonio Peñalosa—, mas el veredicto negativo amén de las protestas de dos o tres de los participantes por las irregularidades cometidas —el trabajo del Prof. Melchor Sánchez Jiménez no llegó a las manos del jurado, fueron abiertos antes de tiempo los sobres de los seudónimos, el estudio se hizo en una semana— provocó no infundadas sospechas e indignación; en los dos certámenes anuales, dedicados esta vez a Manuel José Othón, exclusivos para los residentes en San Luis Potosí, con sendos paupérrimos premios de \$2,000.00, el resultado no fue mejor.

El presente estudio —sin el capítulo bibliográfico que añadimos ahora— tomó parte en el certamen “Francisco Estrada”. Mas el jurado tuvo a bien declarar desierto dicho certamen.

Nada de eso, no obstante, nos disuade de publicar el presente estudio que tuvimos el gusto de consagrar a Manuel José Othón en su Centenario. Al mismo tiempo hacemos sinceros votos de que salgan a luz los otros trabajos sobre el inmortal potosino.

ILUSTRACIONES



Ultimo retrato de Manuel José Olibos.

Contraportada, sin pie de imprenta.



Casa donde nació Manuel José Othón, hoy sede del Museo Othón.



Da. Pudenciana Vargas de Othón con su pequeño hijo Manuel.



Manuel José Othón, niño.



Manuel José Otnón y sus hermanas Isabel y Maria el día de la primera comunión de ésta.



Los redactores de *La Esmeralda*. Sentados: Adrián Aguirre, Paulo Colunga, y Pablo Lopez; de pie, Manuel José Othon.



Dolores Jimenez y Muro, cuñada del poeta, colaboradora de *La Esmeralda* y más tarde escritora zapatista.

Manuel José Olhon.

Ensayos poéticos

I.

Violetas.

Juan Luis Potosí.
1879.

Violetas. Manuscrito.



MIRAN'S ART PHOTO

NEW YORK PHOTO

Manuel J. Othon.

Manuel José Othon. 1880.

Hammel José Othon.

POESIAS.

San Luis Potosí
IMPRESA DE DAVALOS
—
1880.

Poesias, primer libro impreso de Othón.



Pepita Jiménez de Othón, ya viuda. 1925.

El maestro Zacarias.
 Drama lírico en tres actos.

Personajes:

Gerardo, 1.º Sr. de ————— Sr. Srano
 Zacarias, el hijo ————— Sr. Srano
 Alberto, el hermano ————— Sr. Srano
 Filomena, ————— Sr. Srano
 Marta, ama de Gerardo ————— Sr. Srano
 Una sirviente, ————— Sr. Srano
 Vendedores de ginebrinos, aldeanos, puelleros, etc.
 En suma ————— Sr. Srano XV

Acto primero.

Una sala sencilla y oscura, de aspecto modesto, pero no pobre. Puertas al fondo y laterales. Signetajo y sillón en la izquierda. Chimenea enmarcada en la pared de la derecha.

Escena 1.

Gerardo, Alberto, Marta.

En primer término, a la izquierda, se ve la puerta. Alberto. Marta. Marta. Marta.

Ger. — ¿Qué ~~es~~ la mala noticia que me trae y habladoo junto con los señores

De la hipoteca y el registro:
sobre las acciones mineras: legis-
lacion antigua.

Tesis

presentada al Supremo Tribunal
de Justicia del Estado

1881
Manuel Joubertón,
en su carácter profesional de Abogado.

San Luis Potosí,
Jueves 4 de Diciembre de
1881.



Manuel José Othón. Fotografía en su título de abogado, diciembre de 1881.



Lic. D. Primo Feliciano Velázquez y el poeta.

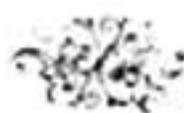
Después de la Muerte

DRAMA

EN TRES ACTOS ORIGINAL Y EN VERSO

POR

Manuel José Othón



SAN LUIS POTOSI
IMPRESA DE DAVALOS
1884

Original del drama que le abrió a Othón las puertas de la Capital y de la fama.



En la Capital, entre "coronistas, poetas y doctores", junio de 1892. Sentados, Luis G. Urbina, Enrique de Olavarria y Ferrari, Manuel José Othón, Carlos Amézaga y José María Bustillos; de pie: Joaquín Haro, Enrique Fernández Granados, Francisco de Alba, Manuel Larrañaga, Portugal, Balbino Dávalos, Carlos López, Bernabé Bravo, Alberto Michel, Angel de Campo, Guillermo Vigil y Robles, Antonio de la Peña y Reyes, Arturo Paz y Agustín Silva y Valencia.



Fotografía de Othón en su título de escribano público; firmado en Durango,
15 de julio de 1898.

APUNTES

QUE, PARA ALEGAR DE BUENA PRUEBA
ANTE EL SEÑOR

JUEZ 3º DE LETRAS DEL PARTIDO DE MAPIMI

PRODUCE

Don Jesus Revilla, patrocinado por el Lic. Manuel J. Othon
y representante juridico de la Compañia Minera
"Siderita" y Anexas, S. A.

DE S. LUIS POTOSI

en el interdicto de despojo promovido contra
la Compañia Minera y Fundidora
"Descubridora"



1900

TIPOGRAFIA DRAMATICA DE ALBERTO N. SWAIN

TORREON. COAHUILA

POEMAS RÚSTICOS

DL

MANUEL JOSÉ OTHÓN

1890 - 1902



MEJICO

AGUIAR VERA Y COMP. EDITORES

MDCCLXXIV

Poemas rústicos.

EL ULTIMO CAPITULO

PIEZA ORIGINAL

DE

MANUEL JOSÉ OTHÓN

ESTRENADA EN EL GRAN TEATRO DE LA PAZ
DE SAN LUIS POTOSÍ,
EL 9 DE OCTUBRE DE 1905, EN EL FESTIVAL CON QUE SE CELEBRA
EL TERCER CENTENARIO DEL QUIDOTE.

SAN LUIS POTOSÍ

Talleres de Imprenta y Encuadernación de J. Kainet

1906

El último capítulo.



Mascarilla de Othón, sacada en yeso por Margarito Vela y fundida en bronce por Baudelio Contreras. 1906.



Ayer a las 7 h. y 35 m. de la noche

MURIÓ

en el seno de la Santa Madre la Iglesia Católica, Apostólica
y Romana,

EL SEÑOR LIC.

Manuel José Othón.

Su afligida esposa, hermanas, hermanas políticas, primas, sobrinas y demás parientes, le participan a Ud. con profunda pena, rogándole pida a

Dios Nuestro Señor

en sus oraciones, el descanso eterno para el alma del finado

San Luis Petosí, 22 de Noviembre de 1900.

El cuerpo se recibirá hoy en la E. de Comanfort casa num. 15 a las 4 de la tarde y se deposita en el Panteón

IMPRESIONADO EN LA
MÁS EXCELENTE

IMPRESIONADO EN LA MÁS EXCELENTE



Reinhumación de los restos de Othón en la avenida central del cementerio de El Saucito, 28 de noviembre de 1934. De izquierda a derecha: Francisco Javier Garza, Luis Castro y López, ?, ?, Agustín Vera, Francisco Noyola, Eduardo Torres Zúñiga, Isabel Staines Othón, Roberto Monsivais, ?, Manuel Flores e Ignacio Medellín Espinosa. Sin identificar: Rubén G. Sánchez, Antonio Castillo y Ángel Araiza.



Entrega de los rescatados manuscritos de Othón. Palacio de Gobierno, 28 de noviembre de 1949. Ismael Salas, gobernador del Estado; Antonio Hernández; Dr. Augusto Díaz Infante, rector de la UASLP; Guillermo Medina; Alfonso Lastras; Rafael Cavada; Ignacio Gómez del Campo; Rafael Montejano y Aguiñaga e Isabel Staines Othón.

INDICE

	pág.
Una biografía de Othón	
Marco Antonio Campos	5
Preliminar	11
I. La urente llama	21
II. Con el primer aliento de la vida	33
III. Los helénicos panales	45
IV. La no muerta falange	59
V. Una grata emoción desconocida	101
VI. El amargor de mi ostracismo	121
VII. Coronistas, poetas y doctores	139
VIII. Como una conclusión de la conciencia	157
IX. Mis enfermos días	175
Lo que escribió Othón	187
Post Scriptum	216
Ilustraciones	217

*Por acuerdo del señor Rector
de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí,
Ing. Jaime Valle Méndez,
el libro Manuel José Othón y su Ambiente
de Rafael Montejano y Aguiñaga,
se terminó de imprimir el 30 de enero
de 2001 en los Talleres Gráficos de la
Editorial Universitaria Potosina.
La edición estuvo al cuidado del
C.P. José de Jesús Rivera Espinosa.
Se imprimieron 1000 ejemplares.*